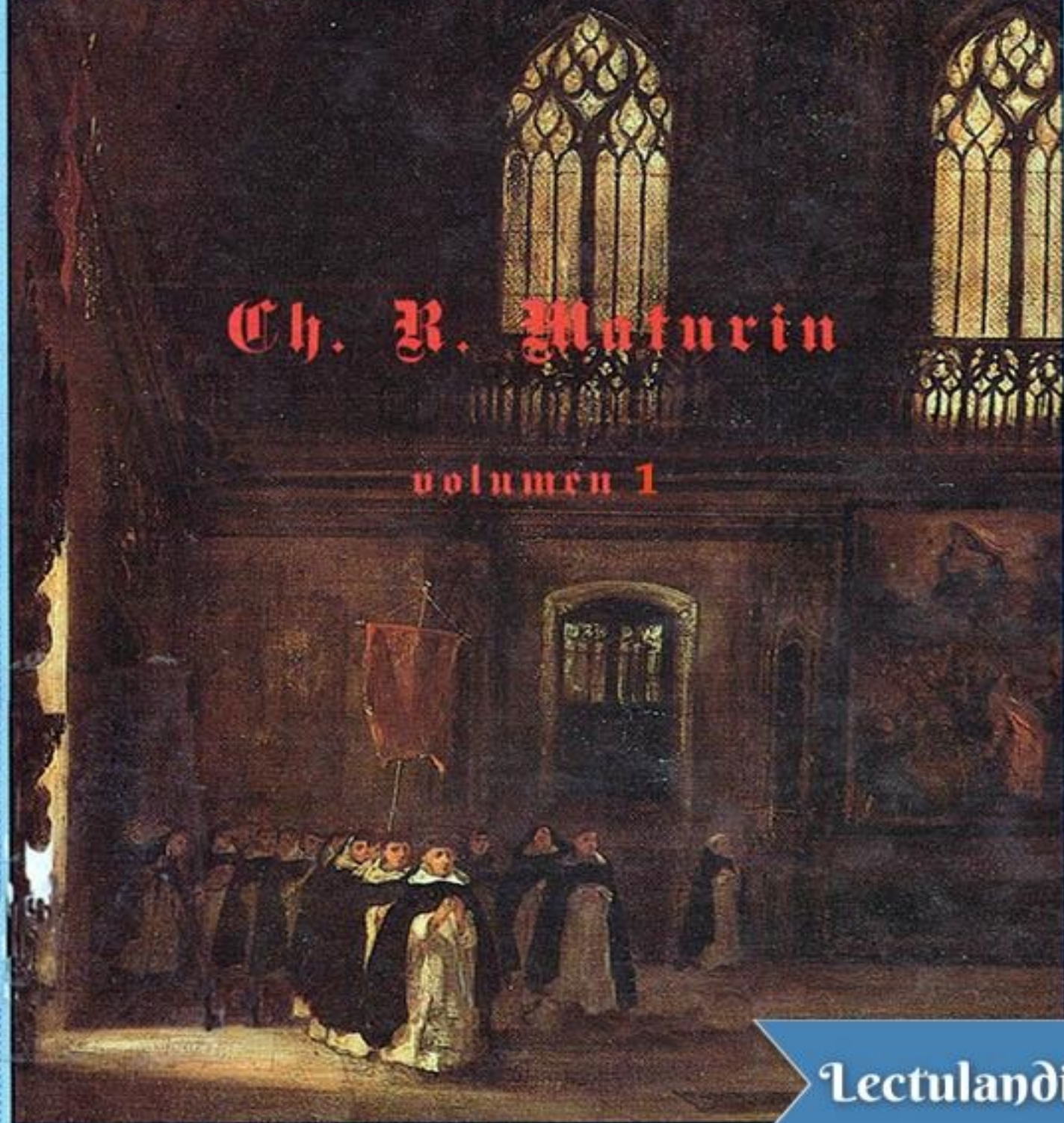


Melmoth el Errabundo

Ch. B. Maturin

volumen 1



Lectulandia

Cuando a principios del siglo XIX la novela gótica languidecía repitiéndose a sí misma, un excéntrico clérigo irlandés, de familia hugonote huida de Francia tras la revocación del Edicto de Nantes, le proporcionó su cota más alta que ciertamente excedió a todo cuanto el género había logrado hasta entonces. Se trata de Charles Robert Maturin (1780-1811), oscuro autor de varias novelas publicadas anónimamente o bajo seudónimo y de algunas tragedias de efímero éxito, como *Sir Bertram or The Castle of St. Aldobrand*, quien se aseguró la inmortalidad literaria con *Melmoth el errabundo*, «obra romántica por excelencia y código del romanticismo», en opinión de Beaudelaire.

Desmedida y fragmentaria en su estructura, pero exenta de la ampulosidad y retórica propias de la ficción gótica así como de las usuales explicaciones racionales a sus profusos efectos sobrenaturales, la novela narra, con una sabia dosificación de elementos terroríficos, la pesadillesca historia de un hombre condenado a la inmortalidad como consecuencia de un pacto con el diablo. La trágica grandeza del personaje, para Lovecraft «una de las supremas figuras alegóricas de la moderna literatura europea» equiparable al *Don Juan* de Molière, al *Fausto* de Goethe y al *Manfredo* de Byron, explica la fascinación que despertó en escritores como Walter Scott, Balzac, Poe, Víctor Hugo, Baudelaire, y más recientemente, André Breton.

Lectulandia

Charles Robert Maturin

Melmoth el errabundo vol.1

El ojo sin párpado - 15

ePub r1.0

Titivillus 11.01.16

Título original: *Melmoth the Wanderer*

Charles Robert Maturin, 1820

Traducción: Francisco Torres Oliver

Ilustración de cubierta: *Interior de un convento dominico*, «*L'Amende honorable*»; Eugène Delacroix, sf

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A LA MUY NOBLE MARQUESA DE
ABERCORN DEDICA ESTA NOVELA
RESPETUOSAMENTE, CON EL PERMISO
DE SU SEÑORÍA,
EL AUTOR

INTRODUCCIÓN

SITUACIÓN DE MELMOTH

«Todos los colores desaparecen de noche,
y la desesperación
carece de diario».

MATURIN

LA presente reedición de «*Melmoth el Errabundo*» viene a cubrir una de las lagunas más considerables de esa información que nos es necesaria no sólo para elucidar el problema de las fuentes —rara vez hemos visto brotar más fecundantes—, sino también para establecer un punto crucial en la historia de las ideas.

Cuando aparece la obra, en 1820, ha transcurrido ya más de medio siglo desde que Horace Walpole, con su «*Castillo de Otranto, historia gótica*», diera impulso al género «fantástico». Como revela su correspondencia, la construcción del libro parte de un sueño —producto de su instalación en una casa de campo a orillas del Támesis que ha tenido el capricho de transformar en «pequeño castillo gótico»— y lo escribe como al dictado, en «estado segundo». Desde las primeras páginas, la caída en el patio del castillo de un yelmo «cien veces más grande que ninguno de los jamás contruidos por el ser humano, y cubierto por una cantidad proporcional de plumas negras», va a revolucionar el espíritu del lector, a «magnetizarle» de grado o por fuerza, para introducirle en un mundo de prodigios. La novedad y violencia de determinadas imágenes, como la de la marcha de las estatuas de guerreros que bajan de sus pedestales con la nariz sangrante, se van a revelar de una eficacia tanto más profunda cuanto que, aun sin ofrecer suficiente base para una interpretación simbólica, van a desempeñar el papel de presagios.

Sin duda debió de hacer estremecer de emoción a la afectividad de la época, si tenemos en cuenta el auge que iba a conocer poco más tarde, en Inglaterra y en Francia, la «novela de terror» o «novela negra». Era preciso que su capacidad de penetración fuese excepcionalmente fuerte para que la cohorte de autores que siguieron a Walpole por este camino, con méritos muy desiguales, no pudiera salirse nunca de su marco «gótico» ni renovar sensiblemente su provisión de corredores y armaduras, subterráneos y espectros. Aunque no se iba a poner inmediatamente en marcha dicha cohorte, Clara Reeve, que da la señal con «*El viejo barón inglés, historia gótica*», en 1777, es decir trece años después del tañido de gong de Otranto, hace demasiado caso a las quejas de la crítica, que lamenta que un espíritu de la calidad de Walpole no evitara inverosimilitudes flagrantes y echara mano del arsenal de viejas carnavaladas, recreándose incluso en ellas. Esta vez, como de costumbre, la supuesta «sensatez», consciente y celosa de las seducciones desplegadas por una obra conquistadora, no aspira sino a nivelar el terreno para instalar en él sus sucursales.

Walpole, señor de la idea, juzgará desde muy alto, como es natural; dicho intento: «¿Ha leído “*El viejo barón inglés*” —escribe—, a imitación de “*Otranto*” como confiesa su autora, pero de un “*Otranto*” reducido a la razón y a la verosimilitud? Probablemente, cualquier asesinato en la “Old Bailey” podría dar pie a una historia más interesante».

Lo cierto es que, en ese momento, la carga de un proyectil de largo alcance como «*Otranto*» sigue en el aire; llamado como está a hacer impacto más lejos, y «en la historia». Son efectivamente las sacudidas revolucionarias las que van a proporcionar el clima propicio para la aparición de obras gracias a las cuales el género «terrorífico» conocerá su máximo esplendor. Conviene subrayar que la novela «*Romance of the Forest*», de Ann Radcliffe —en la que revela por primera vez su valía— aparece en 1791, es decir, el mismo año en que lo hace una obra incomparablemente más «negra», aunque de un negro diferente: la primera «*Justine*» de Sade. Las otras dos obras más señaladas de Ann Radcliffe: «*Los misterios de Udolfo*» y «*El italiano, o el confesionario de los penitentes negros*», llevan las fechas de 1794 y 1797 respectivamente. La obra maestra de Matthew Gregory Lewis, «*El monje*», es de 1795 o 1796; Alice M. Killen no ha podido establecer con mayor precisión la fecha de su publicación.

A pesar del éxito que pudieron conocer, las novelas de Ann Radcliffe son de penosa lectura hoy. Todo lo más, cabe reconocer en su autora dotes plásticas, encontrando en la evocación que hace de los aspectos sombríos o dramáticos de la naturaleza cierta fuerza poética —como involuntaria—, apoyada en el contraste entre el trazo acusado con que los perfila y el entorno general, mucho más vago, de las criaturas humanas en las que pretende interesarnos. Sin que pueda negársele una imaginación viva, descubrimos muy pronto que es incapaz de alzar el vuelo. Sin embargo, dada su sensibilidad a flor de piel, sigue siendo reina del escalofrío, si bien éste se propaga con demasiada frecuencia a ras de tierra, y descansa en pretextos pueriles. Donde en mi opinión se consuma su fracaso, es en el instante en que interviene para disipar artificialmente, de un manotazo, la bruma de angustia que ha ido espesando a su antojo; en el instante en que se considera en la obligación de presentar su fantasmagoría como la consecuencia aberrante de una serie de causas naturales. Tropezamos aquí con el racionalismo de su tiempo, y ni que decir tiene que lo maravilloso, que ha corrido con los gastos —y en cuyo impacto reside el éxito— resulta no sólo «explicado» sino ridiculizado.

En el momento mismo en que lo maravilloso apenas se atreve a insinuarse en Radcliffe, se lo ve resurgir en Lewis en estado virgen, refulgiendo con miles de fuegos. Hizo falta, nos dicen los que han estudiado la génesis de «*El monje*», que se conjugaran en un corazón de veinte años todas las brasas que el viento desatado de 1789 a 1794 había reavivado en el fondo de los principales crisoles del mundo occidental. El joven escritor conoce tanto las literaturas alemana y francesa como la inglesa, de suerte que «*Los misterios de Udolfo*» le va a servir justamente de

trampolín. Aunque indudablemente estuvo marcado por el recuerdo de «*El diablo enamorado*», es injusto que se le achacara el haber sufrido influencias de «*La monja*», cuyo original data de 1796. Maurice Heine, que corrige a este respecto una afirmación de Alice M. Killen, se pregunta si durante su visita a París en 1792 no pudo adquirir Lewis un ejemplar de «*Justine*» cuya tercera edición acababa de salir a la luz (Sade tendrá «*El monje*» por una obra meritoria, aunque le reprocha no haber eludido el escollo de lo sobrenatural). Entre las reminiscencias alemanas más evidentes destacan la del «*Geisterseher*» de Schiller, «*El pequeño Pedro*» de Spiess y «*El brujo*» de Weit Weber. No olvidemos tampoco que durante el mismo año 1792 en que visita París, Lewis, que a la sazón cuenta dieciséis años, viaja a Weimar, donde residirá varios meses y será presentado a Goethe: esto dice bastante sobre lo que deberá al primer «*Fausto*».

Aparte de ciertas bellezas para mí inigualables de la obra destinadas a actuar en el espíritu del lector en forma de encantamientos, a arrastrarle vertiginosamente a una pendiente de seducción en la que la maravillosa Matilde, como ninguna otra heroína de libro, le tiene a su merced, nunca felicitaremos bastante al autor, creo, por haberse dejado llevar de su impulso lírico, sin concesiones a la plausibilidad final del relato. Por otra parte, no se ve por qué había que prohibírselo a Lewis; cuando Shakespeare, o Goethe, no han tenido que rendir cuentas jamás al respecto. ¿No es la alta ficción, sin duda la única legítima, aquella que, deslastrando al ser humano de su peso terreno, le pone en condiciones de abordar el mundo de los mitos eternos y de abrirse su propio camino?

El espléndido cielo tormentoso de «*El monje*», que cubre y descubre con ardor sin igual el conflicto de las aspiraciones a la virtud más austera y el deseo carnal exasperado por la más sagaz provocación, ejercerá una larga fascinación; como atestiguan las frecuentes reediciones del libro, tanto en Francia como en Inglaterra; a lo largo del siglo XIX. Puestos en boga por el éxito obtenido, y naturalmente inclinados a aceptar el convencionalismo de la «novela negra» como expresivo de las inquietudes o semi-remordimientos de la época, surgen entonces escritores de «Castillos» y «Visiones» por todas partes. De nada serviría enumerarlos: sus obras son sorbidas como una droga, sin tener ya en cuenta para nada su calidad. Poco importa que se trate de apócrifos o no. «Por más que se diga —comentará Théophile Gautier más tarde—, “*Nuestra Señora de París*” no vale lo que “*El Castillo de los Pirineos*”».

Lo cierto es que así queda asegurada la gran transición del siglo XVIII al romanticismo. «Chateaubriand —recuerda Paul Hazard— habla de Ann Radcliffe y de Lewis, al que conoció en Londres, tanto en las “*Memorias de Ultratumba*” como en su “*Historia de la Literatura inglesa*”».

Hay que esperar hasta 1820 para que un nuevo meteoro se desprenda del marco ritual de la ventana ojival, interrumpiendo su interminable lluvia de cenizas. «*Melmoth el Errabundo*» va a consumir, con fulgores de gran alcance espiritual, toda

la fuerza que queda en los recursos de un género que no cesa de declinar en manos de mercenarios. Puede decirse que fue «el canto de cisne de la novela negra».

Su autor, Charles-Robert Maturin, nacido en Dublín en 1782, procede de una familia de origen francés establecida en Irlanda durante la revocación del Edicto de Nantes. Entre sus ascendientes figuran varios sacerdotes: su bisabuelo, Peter, fue deán de Killala, su abuelo, Gabriel James, arzobispo de Tuam.

Habida cuenta el gusto que revela desde su más tierna infancia por el teatro y los disfraces, no se puede responder de la sinceridad de su vocación eclesiástica; vocación que desmentirá a lo largo de su vida. Según la reseña biográfica —traducida de la «*Revista de Edimburgo*»— que precede a la edición de «*Melmoth*» de 1867, «un gran anhelo de emociones tiernas le hizo enamorarse a temprana edad y, en cuanto pudo disponer de sí mismo, se casó con la que amaba desde la infancia, Henriette Kingsburg, hermana del arcediano de Killala, y nieta de aquel doctor Kingsburg que, según la tradición, recogió las últimas palabras de Swift, antes de que perdiese la razón». A este nuevo parentesco debe sin duda Maturin el que fuera llamado a la cátedra de Longrea y después a la de San Pedro de Dublín. Los cargos de su ministerio le dejan bastante libre para publicar, con el seudónimo de Dennis Jasper Murphy, tres novelas: «*The Fatal Revenge; or, the House of Montorio*» (1804), «*The Wild Irish Boy*» (1808), y «*The Milesian Chief*» (1811), que obtienen un éxito resonante: Walter Scott imita «*The Milesian Chief*» en «*La novia de Lammermoor*». Se discute cuáles fueron las causas que, en 1813 le redujeron a la ruina: bien la prodigalidad y los excesos de todas clases, bien «la imprudente generosidad de avalar a un amigo que después huyó, dejando que su fiador se encargase de sus deudas». Lo cierto es que por estas fechas abandona su casa y su enseñanza con objeto de consagrarse enteramente ala carrera literaria. Hace leer su tragedia en cinco actos, «*Bertram, o el Castillo de san Aldobrand*» a Walter Scott, y éste la somete a Byron, quien la recomienda al actor Kean. Representada en Drury Lane y publicada poco más tarde, la obra obtuvo enorme resonancia, a pesar de la crítica acerba de Coleridge, que acababa de ver rechazada la suya.

Maturin vive entonces en Londres, donde escribe varias tragedias más: «*Manuel*», en la que Kean vuelve a ser, en 1817, el intérprete principal; «*Fredolfo*», que se representará el mismo año que «*Macready*», y «*Osmyn*», cuyo manuscrito se ha perdido. En 1818 publica, además, una novela «*Women, or Pour et contre*».

El «reverendo» Maturin, como la historia ha dado en llamarle, nos ha sido descrito como un espíritu bastante excéntrico. «Le encantaba la sociedad frívola; adoptaba una pose de *dandy* y se jactaba de ser un excelente bailarín. Sobre él se cuentan anécdotas extravagantes. Prefería dedicarse a sus escritos en un salón lleno de gente, en medio de las discusiones más acaloradas. Para evitar la tentación de intervenir, había adoptado la precaución de sellarse los labios con liga. A veces ostentaba en la frente una hostia roja, para indicar que soportaba las angustias de la composición literaria. Obligaba a su mujer a maquillarse en exceso, a pesar de sus

colores encendidos naturales. Iba de pesca con medias de seda, vestido con un hábito azul brillante».

Maturin sobrevive sólo cuatro años al resplandor sin igual de «*Melmoth*» (1820). Su última novela, «*The Albigenes*», aparece en 1824, y el 30 de octubre de ese mismo año muere en la miseria, dicen que «al equivocarse de medicamento». Todos sus manuscritos inéditos son destruidos por sus hijos que, habiendo abrazado la religión, no pueden por menos de condenar las relaciones de su padre con el teatro:

Desde el punto de vista puramente intelectual, los rasgos sobresalientes de tan original personalidad se hallan ya vigorosamente perfilados en su primer libro: «*Fatal Revenge*», «enteramente basado en la pasión del terror sobrenatural», nos dice. De esta obra (totalmente imposible de encontrar en su traducción francesa, salvo en la Biblioteca Nacional), podrá decirse un siglo más tarde que es un laberinto en el que ninguna Ariadna viene a proporcionar el hilo conductor de una intriga enmarañada. «De la manera más descuidada —comenta Edith Birkhead—, el autor pretende facilitar en una sola página la explicación —sobremanera discutible— de una historia que se enmaraña a lo largo de varios tomos». Reconoce sin embargo que Maturin, pese a su dependencia de Lewis, posee una psicología más trabajada, que sin duda toma de Shakespeare. Con razón hace un vaticinio, a esta exclamación de Orazio, en «*Montorio*», que bordea ya los grandes abismos de «*Melmoth*»: «¡Oh, esta oscuridad crepuscular del alma que busca aquello cuya pérdida, sólo le ha dejado el sentimiento de la privación más desolada, que atraviesa leguas en movimiento y mundos de pensamiento y sin conciencia del más mínimo consuelo, sino con el temor de detenerse. No tengo nada que buscar, nada que recobrar: el mundo entero es incapaz de devolverme un átomo, o de restituirme lo que he perdido; y sin embargo, me abalanzo siempre como si el próximo paso fuera a proporcionarme la paz y el descanso!». La gran solemnidad baudeleriana está aquí presente, ya.

La acogida que dispensó a «*Melmoth*» la crítica de su tiempo; junto a la que pudo recibir de las distintas capas de opinión, bastarían para considerarla una obra genial. Para la «*New Monthly Magazine*» —diciembre de 1820—, es «la más atrevida, extravagante y poderosa de todas las novelas de su autor... “Melmoth nos transmite una muy alta idea de sus recursos, y un muy profundo pesar por el uso que hace de ellos». «*La Revue encyclopédique*» de 1821, al dar cuenta de la obra en su traducción francesa, hace hincapié en dicha queja: «Esta composición informe reúne lo más raro, lo más horrible y —a veces— lo más gracioso de cuanto puede alumbrar la imaginación. Es un verdadero monumento a la depravación, del gusto, una producción a la vez asombrosa y monstruosa que merece distinguirse, a este respecto, como perteneciente a una especie de caos intelectual».

Para comprender bien estas reacciones, es indispensable tomar el pulso a los años 1820-1821, en que el furor romántico se ha apoderado de los jóvenes espíritus. Los mantenedores del «orden» y la «medida» tratan de conjurar por todos los medios lo que les parece una calamidad. «Si entendemos por “romántico” —podemos leer en el

“*Journal des Débats*” (27 de septiembre de 1821)— este género de invención y de estilo que pretende rebasar cuanto se ha hecho en los siglos más fecundos, ultrajando la energía y la sencillez, sustituyendo lo sublime por lo horrible y lo natural por lo ramplón, nada es a la vez menos acertado y menos nuevo que este intento... En ese sentido, la creación del género romántico no es, pues, más que un nombre afortunado para designar la corrupción del gusto». Como se ve, la maniobra a la que recurren los adversarios inmutables de toda nueva corriente de ideas, pese a sus fracasos reiterados, no ha cambiado demasiado desde entonces.

Mientras que las reediciones de «*El monje*» y de «*Los misterios de Udolfo*» abundan a lo largo del siglo XIX, puede causar extrañeza que «*Melmoth*» (del que en 1821 aparecieron simultáneamente dos traducciones, una en seis tomos, por J. Cohen, y otra en tres, firmada por Mme. E.F.B., pseudónimo de Emile Bégin), se reeditara sólo una vez en un volumen, en una traducción de María de Fos.

No olvidemos que Ann Radcliffe «tiene cogido» por la epidermis al común de los mortales y que Lewis imana, en cada uno de nosotros, los centros de la tentación física mejor llevada a cabo para que sucumbamos a ella. Si el público no concede el mismo favor a «*Melmoth*», se debe, muy probablemente, a que buena parte de las inquietudes expresadas en él pasan muy por encima de su cabeza.

En cambio, hay muy pocas obras que puedan atribuirse un ascendiente como el suyo sobre espíritus de calidad excepcional y, entre otros, sobre los más grandes. La primera novela de Víctor Hugo, «*Han de Islandia*», toma de «*Melmoth*» los colores más sombríos, y Charles Nodier, llamado a dar cuenta de ello, es claramente poco sincero al lamentar que se encuentre «entre esta nueva generación de poetas que ha hecho triunfar en Francia el género romántico, un rival de ese triste novelista inglés lo bastante desdichado como para superarle en la exageración horrible de los recursos». Sin el menor rebozo, Balzac plagia «*Melmoth*» en el «*Centenario, ou les deux Beringheld*» (1822), y se muestra, a continuación, lo bastante obsesionado con su héroe como para querer librarle de su suerte en «*Melmoth reconciliado*» (1835). No menos evidente es la influencia ejercida por la obra de Maturin en la literatura popular a través de Alejandro Dumas y Eugenio Sue.

Sin embargo, su repercusión será mucho más grande y duradera en el plano de la lírica. Baudelaire, que elogia a Pétrus Borel por elevarse a veces, en «*Madame Putiphar*», al vigor de Maturin, se acuerda a menudo de «*Melmoth*», y lo sitúa siempre tan alto que hay que hacer de su testimonio un caso completamente aparte. Un eco del tono de Maturin, en lo que puede tener de inaudito: «Esta vez, sus ojos estaban fijos en la luz que descendía para dejar paso a la oscuridad, esta oscuridad contra natura que parecía decir a las más bellas obras de la divinidad: retiraos: dejad de brillar», hace a veces aguzar el oído al leer a Xavier Forneret: «¡Luces, vosotras palideceréis!». Más tarde, cualquiera que sea el permiso que cree poder tomar de Maturin, al que llama «Compañero de Tinieblas», no cabe duda que Lautréamont ha dotado a Maldoror del alma misma de Melmoth. Se trata, en los dos casos, no del

demonio propiamente, sino del agente del demonio: el «enemigo del género humano» está entre nosotros, y es reconocible sólo por el fulgor y «lenguaje» turbadores de sus grandes ojos grises «que no brillan jamás sobre el destino de los hombres sino como planetas de desdicha».

El genio de Maturin consiste en haberse elevado en el único tema a medida de los grandes recursos de que disponía: el don de los «negros» más profundos ¡que son también los que permiten las más deslumbrantes reservas de luz. Tenía la claridad necesaria para llamar a situarse en el problema por excelencia: el del «mal». Como dicho problema es de los que rechaza el espíritu de la mayoría de los hombres, sin duda no podía aspirar sino a un escaso auditorio, que le compensa, como hemos visto, por lo selecto. En el umbral del misterio, al borde de ese «secreto profundo e inconcebible» que envuelve el destino de «*Melmoth*» y a veces le quema los labios, no sé que haya nada más maravillosamente en suspenso que el episodio de Immalee. Jamás se había prendado el alma humana de una fuente tan clara: la idea de pecado no sería capaz de rozarla siquiera levemente. «El amor de estos dos seres —se ha podido decir de Melmoth e Immalee— se asemeja a la unión del cielo y el infierno»; y en efecto, en varias ocasiones se llega al momento sublime en que está a punto de culminarse tal unión. Ese momento, sabemos, ha sido vislumbrado por Blake, y por Hugo hacia final de su vida; pero Maturin, para encontrarlo, sólo ha tenido que bucear al principio en las profundidades del corazón. ¡Cuánto menos queríamos a Immalee sin ese movimiento!: «¡Oh, sí! —dijo Immalee, sonriendo como una mañana de primavera a través de sus lagrimas—; tienes que enseñarme a sufrir, y pronto estaré preparada para tu mundo... Pero preferiría llorar por ti a sonreír ante mil rosas».

André Bretón

MELMOTH VISTO POR BAUDELAIRE

Recordemos a Melmoth, ese emblema admirable. Su tremendo sufrimiento se debe a la desproporción entre sus maravillosas facultades, instantáneamente adquiridas por un pacto satánico, y el medio en que, como criatura de Dios, se ve condenado a vivir. Y ninguno de los que él pretende seducir accede a comprarle, en las mismas condiciones, su terrible privilegio. Del mismo modo, todo el que no acepta las condiciones de la vida vende su alma. Es fácil ver la relación existente entre las creaciones satánicas de los poetas y los seres que se han entregado a los excitantes. El hombre ha querido ser Dios, y he aquí que, en virtud de una ley moral incontrolable, cae más bajo que su naturaleza real. Es un alma que se vende al por menor.

LES PARADIS ARTIFICIELS.

¡Esa es la inmortal antítesis filosófica, la contradicción esencialmente humana sobre la que gira desde el comienzo de los siglos toda filosofía y toda literatura, desde los reinos tumultuosos de Ormuz y Ahrimán hasta el reverendo Maturin, desde Manes hasta Shakespeare!...

CURIOSITÉS ESTHÉTIQUES
Salón de 1859.—VIII. Sculpture.

Todos los villanos de melodrama, malditos, condenados, marcados fatalmente por un rictus que les llega hasta las orejas, se hallan dentro de la ortodoxia pura de la risa. Los demás, son casi todos nietos legítimos o ilegítimos del célebre viajero Melmoth, la gran creación satánica del reverendo Maturin. ¿Qué más grande, qué más poderoso, en lo que atañe a la pobre humanidad, que este pálido y aburrido Melmoth? Sin embargo, hay en él un lado débil, abyecto, antidivino y antiluminoso. ¡Y cómo ríe, cómo ríe, comparándose sin cesar con los gusanos humanos, él, tan fuerte, tan inteligente, para quien una parte de las leyes que condicionan a la humanidad, físicas e intelectuales, no existe! Y esa risa es la explosión perpetua de su cólera y su sufrimiento. Es, entiéndase bien, la resultante necesaria de su doble naturaleza contradictoria, que es infinitamente grande con relación al hombre, e infinitamente vil y despreciable con relación a la Verdad y la Justicia absolutas. Melmoth es una contradicción viviente. Ha salido de las condiciones fundamentales de la vida; sus órganos no soportan ya su pensamiento. Ésa es la razón por la que su risa le retuerce las entrañas. Es una risa que no duerme jamás, como una enfermedad que sigue inexorable su proceso, obediente a una orden providencial. Y así, la risa de Melmoth, que es la más alta expresión del orgullo, cumple perpetuamente su función, desgarrando y quemando los labios al irremisible reidor.

... Al comparar —como tenemos derecho— la humanidad con el hombre, observamos que las naciones primitivas, al igual que Virginie, no conciben la caricatura y carecen de comedias (los libros sagrados, sean de la nación que sean, no ríen jamás); y que y mientras avanzan poco a poco hacia los picos brumosos de la inteligencia, o se asoman a los hornos tenebrosos de la metafísica, las naciones se, echan a reír diabólicamente con la risa de Melmoth; y en fin, que si, en las mismas naciones ultracivilizadas, una inteligencia, llevada por una ambición superior, osa traspasar los límites del orgullo mundano y se zambulle en la poesía pura, limpia y profunda como la naturaleza, la risa se ausentará como en el alma del Sabio.

... La risa no es sino una expresión, un síntoma, un diagnóstico. ¿Síntoma de qué? Esa es la cuestión. La alegría es «una». La risa es la expresión de un sentimiento «doble», o contradictorio; de ahí la convulsión. Por otro lado, la risa de los niños —que podría objetárseme— es totalmente distinta, incluso como expresión física, como forma, de la risa del hombre que asiste a una, comedia, mira una

caricatura, o dé la risa terrible de Melmoth, el ser extrañado, el individuo situado en el límite último de la patria humana y en las fronteras de la vida superior; de Melmoth, perpetuamente convencido de estar a punto de librarse de su pacto infernal, perpetuamente en espera de trocar ese poder humano que constituye su desdicha por la conciencia pura de algún ignorante que lo envidie.

CURIOSITÉS ESTHÉTIQUES.

De l'Essence du Rire.

Beethoven ha comenzado a poner en movimiento los mundos de melancolía y desesperación incurable acumulados como nubes en el cielo interior del hombre. Maturin en la novela, Byron en la poesía, Poe en la poesía y la novela analítica, el uno a pesar de su prolijidad y verborrea, tan detestablemente imitadas por Alfred Musset; el otro a pesar de su irritante concisión han expresado admirablemente la parte blasfema de la pasión: han proyectado rayos espléndidos, deslumbrantes, sobre el Lucifer latente que se ha instalado en el corazón humano. Quiero decir con esto que el arte moderno tiene una tendencia esencialmente demoníaca. Y parece que esa parte infernal del hombre, que el hombre se complace en explicarse a sí mismo, aumenta de día en día, como si el diablo se divirtiese en engordarla con procedimientos artificiales, a la manera de los cebadores, en inflar pacientemente al género humano en sus corrales, a fin de prepararse un banquete más succulento.

L'ART ROMANTIQUE.

Théodore de Banville.

NOTA DEL TRADUCTOR

Nuevamente he tenido oportunidad —esta vez de manera fortuita— de acometer la traducción de *Melmoth el Errabundo*. Es un libro espiritualmente tenebroso, formalmente complicado y estéticamente sobrecogedor. Uno siempre lo lee como dominado por una mezcla de vértigo y fascinación, sintiéndose arrastrado hacia regiones poco exploradas del alma donde abundan los abismos y las sombras amenazadoras. Su lectura, por eso, es apasionada, al par que enriquecedora. Ésa ha vuelto a ser mi experiencia, al menos, al cabo de los años.

Esta nueva traducción ofrece tres rasgos diferenciales respecto de la publicada en 1976: en primer lugar, se han desglosado los diálogos a fin de darles visualmente la agilidad y viveza dramática entrañada en ellos. En segundo lugar, se han suprimido las notas explicativas, dejando sólo, como es natural, las del propio autor. Finalmente, he intentado el máximo acercamiento al texto de Maturin, con un resultado que hoy considero más fiel y literal.

Todo ello redundará, sin duda, en una lectura más satisfactoria.

F. T. O.

PREFACIO

La idea de esta novela (o relato) esta extraída de un pasaje de uno de mis sermones, el cual (como supongo que lo han leído muy pocos) me tomo la libertad de citar. El pasaje es éste:

«¿Hay en este momento alguno entre los presentes —aunque nos hayamos desviado del Señor, hayamos desobedecido su voluntad y desoído su palabra—, hay alguno de nosotros que acepte, en este momento, todo cuanto el hombre pueda otorgar o la tierra producir, a cambio de renunciar a la esperanza de su salvación? No; no hay nadie...; ¿no existe un loco semejante en toda la tierra, por mucho que el enemigo del hombre la recorra con este ofrecimiento!».

Este pasaje me sugirió la idea de *Melmoth el Errabundo*. El lector encontrara dicha idea desarrollada en las paginas que siguen; a él le corresponde juzgar con que fuerza o éxito.

El «Relato del Español» ha sido criticado por un amigo a quien se lo he leído, el cual afirma que hay en él demasiado empeño en revivir los horrores de la novela gótica a lo Radcliffe, así como las persecuciones de conventos y los terrores de la Inquisición.

Yo me defendí, tratando de explicar a mi amigo que la miseria de la vida conventual estriba menos en las espantosas aventuras que uno encuentra en las novelas, que en la irritante serie de tormentos insignificantes que constituyen el suplicio de la vida en general, y que en medio del inmóvil estancamiento de la existencia monástica, la soledad proporciona a sus huéspedes ocio para inventar, y poder mezclado de malignidad, que facilita la plena disposición para llevarlos a la practica. Confío en que esta justificación convenza mas al lector de lo que convencí a mi amigo.

En cuanto al resto de la novela, hay algunas partes que he tomado de la vida misma.

La historia de John Sandal y Elinor Mortimer esta basada en hechos.

El original, del que la esposa de Walberg es un bosquejo imperfecto, es una mujer viva, y aún puede que siga viviendo mucho tiempo.

No puedo aparecer nuevamente ante el público bajo la tan inapropiada imagen de escritor de novelas sin lamentar la necesidad que me impulsa a ello. De proporcionarme mi profesión los medios de subsistencia, me consideraría culpable, efectivamente, de valirme de otros medios; ¿pero acaso puedo elegir?

Dublín, 31 de agosto, 1820

VOLUMEN I

Capítulo I

*Alive again? Then show me where he is.
I'll give a thousand pounds to look upon him.*

SHAKESPEARE

En el otoño de 1816, John Melmoth, estudiante del Trinity College (Dublín), abandonó dicha institución para asistir a un tío moribundo en el que tenía puestas principalmente sus esperanzas de independencia. John era el huérfano de un hermano menor, cuya pequeña propiedad apenas sufragaba los gastos de enseñanza de John; pero el tío era rico, soltero y viejo, y John, desde su infancia, había llegado a concebir por él ese confuso sentimiento, mezcla de miedo y ansiedad sin conciliar —sentimiento a la vez de atracción y de repulsión—, con que miramos a una persona que (como nos han enseñado a creer niñeras, criadas y padres) tiene los hilos de nuestra propia existencia en sus manos, y puede prolongarlos o romperlos cuanto le plazca.

Al recibir esta llamada, John partió inmediatamente para asistir a su tío.

La belleza del campo por el que viajaba —era el condado de Wicklow— no conseguía impedir que su espíritu se demorara en infinidad de pensamientos dolorosos, algunos relativos al pasado, y los más al futuro. El capricho y mal carácter de su tío, las extrañas referencias sobre el motivo de esa vida retirada que había llevado durante largos años, su propia situación de dependencia, martilleaban dura y pesadamente en su cerebro. Se despabiló para alejarlos...; se incorporó, acomodándose en el asiento del correo, en el que era pasajero único; miró el paisaje, consultó su reloj; luego creyó por un momento que los había conjurado..., pero no había nada con qué sustituirlos, y se vio obligado a llamarlos otra vez para que le hiciesen compañía. Cuando el espíritu se muestra así de diligente en llamar a los invasores, no es extraño que la conquista se efectúe con presteza. A medida que el carruaje se iba acercando a Lodge —así se llamaba la vieja mansión de los Melmoth—, sentía John el corazón más oprimido.

El recuerdo de este temible tío de su infancia, al que jamás le permitieron acercarse sin recibir innumerables recomendaciones —*no ser molesto*, no acercarse demasiado, no importunarle con preguntas, no alterar bajo ningún concepto el orden inviolable de su caja de rapé, su campanilla y sus lentes, ni exponerse a que el dorado brillo del plomo de su bastón le tentase a cometer el pecado mortal de cogerlo... y por último, mantener diestramente su peligroso rumbo zigzagueante por el aposento sin estrellarse contra las pilas de libros, globos terráqueos, viejos periódicos, soportes de pelucas, pipas, latas de tabaco, por no hablar de los escollos de ratoneras y libros mohosos de debajo de las sillas... junto con la reverencia final, ya en la puerta, la cual debía ser cerrada con cautelosa suavidad, y bajar la escalera como si llevase calzado de fieltro—. A este recuerdo siguió el de sus años escolares, cuando, por

Navidades y Pascua, enviaban el desastrado jamelgo, hazmerreír del colegio, a traer al renuente visitante a Lodge... donde su pasatiempo consistía en permanecer sentado frente a su tío, sin hablar ni moverse, hasta que los dos se asemejaban a Raimundo y el espectro de Beatriz, de *El Monje*...; luego le observaba sacar los huesos de flaco carnero de su plato de caldo insulso, del que servía a su sobrino con innecesaria cautela, para no «darle más del que quería»; después corría a acostarse todavía de día, incluso en invierno, para ahorrar una pulgada de vela, y allí permanecía despierto y desasosegado a causa del hambre, hasta que el retiro de su tío a las ocho en punto indicaba al ama de la racionada casa que era el momento de subirle furtivamente algunos trozos de su propia y escasa comida, recomendándole con susurros, entre bocado y bocado, que no se lo dijera a su tío. Luego, su vida en el colegio, transcurrida en un ático del segundo bloque, ensombrecida por una invitación al campo: pasaba el verano lúgubrementemente, deambulando por las calles desiertas, ya que su tío no quería costear los gastos de su viaje; las únicas señales de su existencia, recibidas trimestralmente en forma de epístolas, contenían, junto a las escasas pero puntuales asignaciones, quejas acerca de los gastos de su educación, advertencias contra el despilfarro y lamentaciones por los incumplimientos de los arrendatarios y la pérdida de valor de las tierras. Todos estos recuerdos le venían; y con ellos, la imagen de aquella última escena en que los labios de su padre moribundo grabaron en él su dependencia respecto a su tío:

—John, voy a dejarte, mi pobre muchacho; Dios quiere llevarse a tu padre antes de que haya podido hacer por ti lo que habría hecho esta hora menos dolorosa. John, debes recurrir a tu tío para todo. Él tiene sus rarezas y sus debilidades, pero tienes que aprender a soportarle con ellas, y con muchas otras cosas también, como no tardarás en averiguar. Y ahora, hijo mío, pido al que es padre de todos los huérfanos que considere tu desventurada situación y abogue en tu favor a los ojos de tu tío —y al evocar esta escena en su memoria se le llenaron los ojos de lágrimas, y se apresuró a enjugárselos en el momento en que el coche se detenía para que él bajase ante la verja de la casa de su tío.

Se apeó y, con una muda de ropa envuelta en un pañuelo (era su único equipaje), se acercó a la verja. La casa del guarda estaba en ruinas, y un muchacho descalzo salió apresuradamente de una cabaña contigua para hacer girar sobre su único gozne lo que en otro tiempo fuera verja y ahora no consistía sino en unas cuantas tablas unidas de tan precaria manera que claqueteaban como sacudidas por un ventarrón. El obstinado poste de la verja, cediendo finalmente a la fuerza conjunta de John y de su descalzo ayudante, chirrió pesadamente entre el barro y las piedras, donde trazó un surco profundo y fangoso, y dejó la entrada expedita. John, tras buscar inútilmente en el bolsillo alguna moneda con que recompensar a su ayudante, prosiguió su marcha, mientras el chico, de regreso, se apartó del camino de un salto, precipitándose en el barro con todo el chapoteo y anfíbio placer de un pato, y casi tan orgulloso de su agilidad como de «servir a un señor». Mientras avanzaba John lentamente por el

embarrado camino que un día fuera paseo, iba descubriendo, a la dudosa luz del atardecer otoñal, signos de creciente desolación desde la última vez que había visitado el lugar..., signos que la penuria había agravado y convertido en clara miseria. No había valla ni seto alrededor de la propiedad: un muro de piedras sueltas, sin mortero, en cuyos numerosos boquetes crecían la aliaga o el espino, ocupaba su lugar. No había un solo árbol o arbusto en el campo de césped; y el césped mismo se había convertido en terreno de pasto donde unas cuantas ovejas triscaban su escaso alimento en medio de piedras, cardos y tierra dura, entre los que hacían rara y escuálida aparición algunas hojas de yerba.

La casa propiamente dicha se recortaba aún vigorosamente en la oscuridad del cielo nocturno; pues no había pabellones, dependencias, arbustos ni árboles que la ocultaran o la protegieran y suavizaran la severidad de su silueta. John, tras una melancólica mirada a la escalinata invadida de yerba y a las entabladas ventanas, «se dirigió» a llamar a la puerta; pero no había aldaba; piedras sueltas, en cambio, las había en abundancia; y John llamó enérgicamente con una de ellas, hasta que los furiosos ladridos de un mastín, que amenazaba con romper la cadena a cada salto y cuyos aullidos y gruñidos, unidos a «unos ojos relucientes y unos colmillos centelleantes», sazonados tanto por el hambre como por la furia, hicieron que el asaltante levantara el sitio de la puerta y emprendiera el conocido camino que conducía a la cocina. Una luz brillaba débilmente en la ventana, al acercarse alzó el picaporte con mano indecisa; pero cuando vio la reunión que había en el interior, entró con el paso del hombre que ya no duda en ser bien recibido.

En torno a un fuego de turba, cuya abundancia de combustible daba testimonio de la indisposición del «amo», quien probablemente se habría echado él mismo sobre el fuego si hubiera visto vaciar el cubo de carbón de una vez, se hallaban sentados la vieja ama de llaves, dos o tres *acompañantes* —o sea, personas que comían, bebían y haraganeaban en cualquier cocina que estuviese abierta a la vecindad con motivo de alguna desgracia o alegría, todo por la estima en que tenían a su señoría, y por el gran respeto que sentían por su familia—, y una vieja a quien John reconoció inmediatamente como la curandera de la vecindad..., una sibila marchita que prolongaba su escuálida existencia ejerciendo sus artes en los temores, ignorancia y sufrimientos de seres tan miserables como ella. Entre las gentes de buena posición, a las que a veces tenía acceso por mediación de los criados, aplicaba remedios sencillos, con los que su habilidad obtenía a veces resultados productivos. Entre las de clase inferior, hablaba y hablaba de los efectos del «mal de ojo», contra el que ponderaba las maravillas de algún remedio de infalible eficacia; y mientras hablaba, agitaba sus grises mechones con tan brujeril ansiedad, que jamás dejaba de transmitir a su aterrado y medio crédulo auditorio cierta cantidad de ese entusiasmo que, en medio de su conciencia de la impostura, sentía probablemente ella misma en gran medida; ahora, cuando el caso se revelaba finalmente desesperado, cuando la misma credulidad perdía la paciencia, y la esperanza y la vida se escapaban conjuntamente,

instaba al miserable paciente a que confesara *que tenía algo en el corazón*; y cuando arrancaba tal confesión del cansancio del dolor y la ignorancia de la pobreza, asentía y murmuraba misteriosamente, como dando a entender a los espectadores que había tenido que luchar con dificultades que el poder humano no era capaz de vencer. Cuando no había pretexto alguno de indisposición, entonces visitaba la cocina de «su señoría» o la cabaña del campesino; si la obstinación y la persistente convalecencia de la comarca amenazaba con matarla de hambre, aún le quedaba un recurso: si no había vida que acortar, había buenaventuras que decir; se valía «de hechizos, oráculos, levantar figuras y patrañas por el estilo que sobrepujan a nuestros alcances». Nadie torcía tan bien como ella el hilo místico que debía introducir en la cueva de la calera, en cuyo rincón se hallaba de pie el tembloroso consultante del porvenir, dudando si la respuesta a su pregunta de «¿quién lo sostiene?» iba a ser pronunciada por la voz del demonio o del amante.

Nadie sabía averiguar tan bien como ella dónde confluían los cuatro arroyos en los que, llegada la ominosa estación, debía sumergirse el camisón, y tenderlo luego ante el fuego —en nombre del que no nos atrevemos a mencionar en presencia de «oídos educados»— para que se convirtiese en el malogrado marido antes del amanecer. Nadie como ella —decía— sabía con qué mano había que sostener el peine, a la vez que utilizaba la otra para llevarse la manzana a la boca, durante cuya operación la sombra del marido fantasma cruzaría el espejo ante el cual se ejecutaba. Nadie era más hábil y activa en quitar todos los utensilios de hierro de la cocina donde las crédulas y aterradas víctimas de su brujería ejecutaban habitualmente estas ceremonias, no fuera que, en vez de la forma de un joven apuesto exhibiendo un anillo en su blanco dedo, surgiese una figura sin cabeza, se llegase a la chimenea, cogiese un asador largo o, a falta de él, echase mano de un atizador del hogar, y tomase al durmiente, con el largo de ese hierro, la medida para su ataúd. Nadie, en fin, sabía mejor que ella atormentar o amedrentar a sus víctimas haciéndolas creer en esa fuerza que puede reducir y de hecho ha reducido las mentalidades más fuertes al nivel de las más débiles: y bajo el influjo de ella, el cultivado escéptico lord Lyttleton aulló un día, y rechinó y se retorció en sus últimas horas; como aquella pobre muchacha que, convencida de la horrible visita del vampiro, chillaba y gritaba que su abuelo le chupaba la sangre mientras dormía, y falleció a causa del imaginario horror. Ése era el ser al que el viejo Melmoth había confiado su vida, mitad por credulidad, y —como dice *Hibernicè*— *más de la mitad* por avaricia. John avanzó entre este grupo, reconociendo a unos, desaprobando a muchos, y desconfiando de todos. La vieja ama de llaves le recibió con cordialidad; él era siempre su «niño rubio», dijo (*entre paréntesis*, el joven tenía el pelo negro como el azabache); y trató de alzar su mano consumida hasta su cabeza en un gesto entre bendición y caricia, hasta que la dificultad de su intento le hizo ver que esa cabeza estaba unas catorce pulgadas más arriba de lo que ella alcanzaba, desde la última vez que la acarició. Los hombres, con la deferencia del irlandés hacia una persona de clase superior, se levantaron todos al

verle entrar (sus taburetes chirriaron sobre las losas rotas), y desearon a su señoría «mil años de larga y dichosa vida; y si su señoría no iba a tomar alguna cosa para aliviar la pena del corazón»; y al decir esto, cinco o seis coloradas y huesudas manos le tendieron sendos vasos de whisky a la vez. Durante todo este tiempo, la sibila permaneció en silencio sentada en un rincón de la espaciosa chimenea, soltando espesas bocanadas de su pipa. John declinó, amable, el ofrecimiento de la bebida, aceptó las atenciones de la vieja ama cordialmente, miró de reojo a la vieja arrugada del rincón ya continuación echó una ojeada a la mesa, la cual exhibía un banquete muy distinto del que él estaba acostumbrado a ver en «tiempos de su señoría». Había un cuenco de patatas que el viejo Melmoth habría considerado suficiente para el consumo de una semana. Había salmón salado (lujo desconocido incluso en Londres. Véanse los cuentos de Mrs. Edgeworth: «The Absentee»).

Había ternera de lo más tierna, acompañada de callos; por último, había también langosta y rodaballo frito en cantidad suficiente como para justificar que el autor de esta historia afirme, «suo periculo», que cuando su bisabuelo, el deán de Willala, contrató criados para el deanato, estos pusieron como condición que no se les exigiera comer rodaballo o langosta más de dos veces a la semana. Además, había botellas de cerveza de Wicklow, amplia y subrepticamente sacadas de la bodega de «su señoría», y que ahora hacían su primera aparición en el hogar de la cocina, y manifestaban su impaciencia por volver a ser taponadas siseando, escupiendo y rebullendo delante del fuego, que provocaba su animosidad. Pero el whisky (genuinamente falsificado, con fuerte olor a yerbajo y a humo, y exhalando desafío a la aduana) parecía el «verdadero anfitrión» del festín: todo el mundo lo alababa, y los tragos eran tan largos como las alabanzas.

John, viendo la reunión y pensando que su tío estaba en la agonía, no pudo por menos de recordar la escena de la muerte de don Quijote en la que, a pesar de la pena que producía la disolución del esforzado caballero, sabemos que «con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza». Después de corresponder «como pudo» a la cortesía de la reunión, preguntó cómo estaba su tío. «Todo lo mal que se puede estar». «Ahora se encuentra mucho mejor, gracias señoría», contestó la reunión en tan rápido y discordante unísono, que John miró a uno tras otro, no sabiendo a quién o qué creer. «Dicen que su señoría ha recibido un susto», dijo un individuo de más de seis pies de estatura, acercándose a modo de susurro, y rugiendo las palabras seis pulgadas por encima de la cabeza de John. «Pero luego su señoría ha tenido *un pasmo*», dijo un hombre que se estaba bebiendo tranquilamente lo que John había rechazado. A estas palabras, la sibila, que seguía en el rincón, se quitó lentamente la pipa de la boca, y se volvió hacia la concurrencia; jamás suscitaron los movimientos oraculares de una pitonisa en su trípode más terror ni impusieron más profundo silencio. «No está *aquí*», dijo apretando su dedo marchito contra su arrugada frente, «ni *aquí*... ni *aquí*»; y extendió la mano hacia las frentes de los que estaban cerca de ella, todos los cuales inclinaron la cabeza como si recibiesen una

bendición, aunque inmediatamente recurrieron a la bebida como para asegurarse sus efectos. «Todo está *aquí*... todo está *en el corazón*»; y al tiempo que lo decía, separó y apretó los dedos sobre su cavernoso pecho con tal vehemencia que hizo estremecer a sus oyentes. «Todo está *aquí*», añadió, repitiendo el gesto (probablemente, alentada por el efecto que había producido); luego se hundió en su asiento, volvió a coger su pipa, y no dijo ya nada más. En este momento de involuntario temor por parte de John, y de aterrador silencio por parte del resto de los presentes, se oyó un ruido insólito en la casa, y toda la reunión dio un respingo como si hubieran descargado en medio de ellos un mosquete: fue el desacostumbrado sonido de la campanilla de Melmoth. Sus criados eran tan pocos, y se hallaban tan asiduamente junto a él, que el sonido de la campanilla les sobresaltó como si doblase por su propio entierro. «Siempre la hacía sonar con la mano para llamarme a mí», dijo la vieja ama de llaves, saliendo apresuradamente de la cocina; «él decía que hacerlo con el tirador estropeaba el cordón».

El sonido de la campana hizo pleno efecto. El ama entró atribulada en la habitación seguida de varias mujeres, las plañideras irlandesas, dispuestas todas a recetar al moribundo o a llorar al muerto, todas dando palmadas con sus manos callosas o enjugándose sus ojos secos. Estas brujas rodearon el lecho; y viendo su sonora, violenta y desesperada aflicción, y oyendo sus gritos de «¡Ay, se nos va, su señoría se nos va, su señoría se nos va!», uno habría imaginado que sus vidas estaban unidas a él como las de las esposas de la historia de Simbad el Marino, que eran enterradas vivas con el cadáver de sus maridos.

Cuatro de ellas se retorcían las manos y gemían alrededor de la cama, mientras otra, con toda la destreza de una Mrs. Quickly, palpaba los pies de su señoría, y «más y más arriba», y «todo estaba frío como una piedra».

El viejo Melmoth apartó los pies de la zarpa de la bruja, contó con su aguda mirada (aguda, teniendo en cuenta el inminente ofuscamiento de la muerte) el número de las que se habían congregado alrededor de su lecho, se incorporó apoyándose en su afilado codo y, apartando al ama de llaves (que trataba de arreglarle el gorro de dormir que se le había ladeado con el forcejeo y daba a su rostro macilento y moribundo una especie de grotesca ferocidad), bramó en un tono tal que hizo estremecer a los presentes: «¿Quién diablos os ha traído aquí?». La pregunta dispersó la reunión por un momento; pero reagrupándose instantáneamente, conferenciaron en voz baja; y tras santiguarse varias veces, murmuraron: «El diablo... el Señor nos asista; lo primero que ha dicho ha sido el nombre del diablo».

—¡Sí —rugió el inválido—, y el diablo es lo primero que ven mis ojos! — ¿Dónde, dónde?— exclamó la aterrada ama de llaves pegándose al inválido, y medio ocultándose en la manta que arrancó sin piedad a las agitadas y descubiertas piernas de su señor.

—Ahí, ahí —repetía él (durante la batalla de la manta), señalando a las agrupadas y aterradas mujeres, presas de horror al verse tratadas como los mismos demonios a

los que habían venido a conjurar.

—¡Oh!, el Señor le conserve la cabeza a su señoría —dijo el ama de llaves en un tono más conciliador, cuando se le hubo pasado el miedo—; estoy segura de que su señoría las conoce a todas, *ésta* se llama... y *ésta*... y *ésta*... —fue señalando a cada una de ellas, añadiendo su nombre, que nosotros pasamos por alto para ahorrar al lector la tortura de este recitado (como prueba de nuestra lenidad, incluiremos solamente el último, Cotchleen O'Mulligan).

—¡Mientes, perra! —gruñó Melmoth—: El nombre de éstas es Legión, pues son muchas... sácalas de esta habitación... aléjalas de la puerta; si aúllan a mi muerte, aullarán de veras..., pero no por mi muerte (pues me verán muerto, y condenado también, con los ojos secos), sino por el whisky que habrían robado si hubiesen podido —y el viejo Melmoth sacó una llave que tenía debajo de la almohada y la agitó en un inútil triunfo ante la vieja ama, la cual poseía desde mucho tiempo atrás un medio de acceder a la bebida que «su señoría» ignoraba—, y por la falta de provisiones con que las mimas.

—¡*Mimarlas*, Jesús! —exclamó el ama.

—Sí; además, por qué hay tantas velas encendidas, todas de a *cuatro* lo menos; y lo mismo abajo, estoy seguro. ¡Ah!, eres... eres un demonio derrochador.

—La verdad, señoría, es que todas son de a seis.

—¿De a seis... y por qué diablos has encendido de a seis?; ¿es que crees que estáis *velando* al difunto ya? ¿Eh?

—¡Oh!, todavía no, señoría, todavía no —corearon las brujas—, eso cuando llegue la hora del Señor, señoría —añadieron con mal reprimida impaciencia por que tal acontecimiento sucediera.

—Su señoría debería pensar en poner en paz su alma.

—Ésa es la primera frase razonable que has dicho —dijo el moribundo—, tráeme mi devocionario; está debajo de ese viejo sacabotas... sacúdele las telarañas; no lo he abierto desde hace años —se lo tendió la vieja administradora, a la que dirigió una mirada de reproche—. ¿Quién te ha mandado encender velas de a seis en la cocina, acémila dilapidadora? ¿Cuántos años hace que vives en esta casa?

—No lo sé, señoría.

—¿Y has visto alguna vez un solo derroche o dispendio en ella?

—¡Oh, nunca, nunca, señoría!

—¿Y se ha derrochado alguna vez una sola vela en la cocina? —Nunca, nunca, señoría.

—¿Y no has sido siempre todo lo ahorrativa que te han permitido la mano y la cabeza y el corazón?

—¡Oh, sí, desde luego, señoría!; cualquier *alma* a nuestro alrededor lo sabe..., todo el mundo piensa con justicia, señoría, que tenéis la casa y la mano más cerradas de la región... Su señoría ha dado siempre buena prueba de ello.

—Entonces, ¿cómo te atreves a abrir mi puño antes de que me lo haya abierto la

muerte? —dijo el avaro moribundo agitando hacia ella su flaca mano—. Huelo a carne en la casa... y he oído voces... he oído girar la llave de la puerta una y otra vez. ¡Ah, si pudiera levantarme! —dijo, derrumbándose en el lecho con impaciente desesperación—. ¡Ah, si pudiera levantarme para ver el dispendio y la ruina que se está cometiendo! Pero esto me matará —prosiguió, hundiéndose en el flaco cabezal, pues nunca se permitió el lujo de emplear una almohada como Dios manda—, me matará... sólo el pensarlo me está matando ya.

Las mujeres, decepcionadas y frustradas, tras varios guiños y susurros, salieron precipitadamente de la habitación, pero fueron llamadas por las voces vehementes del viejo Melmoth.

—¿Adónde vais ahora? ¿A la cocina a hartaros de comer y de empinar el codo? ¿No quiere ninguna quedarse a escuchar, mientras se lee una oración por mí? Algún día os hará falta también, brujas.

Aterrada por esta reconvención y amenaza, la comitiva regresó en silencio; y se fueron colocando todas alrededor de la cama, mientras el ama, aunque católica, preguntó si su señoría deseaba que viniera un pastor a administrarle los *derechos* (ritos) de su Iglesia. Los ojos del moribundo chispearon de enojo ante tal proposición.

—¿Para qué? ...¿para que le den una bufanda y una cinta de sombrero en el funeral? Anda, léeme las oraciones, vieja... algo salvarán.

El ama hizo el intento, pero no tardó en renunciar, alegando, con justicia, que tenía los ojos llorosos desde que su señoría cayera enfermo.

—Eso es porque siempre andas bebiendo —dijo el inválido con un gesto de malevolencia que la contracción de la cercana muerte convirtió en rictus espantoso—. ¡Eh!... ¿no hay ninguna, entre las que rechináis y gemís ahí, que pueda coger un devocionario por mí?

Imprecadas de este modo, una de las mujeres ofreció sus servicios; y de ella habría podido decirse con toda justicia, como del «muy habilidoso hombre del reloj» de los tiempos de Dogberry, que «sabía leer y escribir por naturaleza»; pues jamás había ido a la escuela, y no había visto ni abierto un devocionario protestante en su vida; sin embargo, siguió adelante y, con más énfasis que discreción, leyó casi todo el servicio «de parida», el cual, como viene en los devocionarios después del de los entierros, quizá creyó que tenía relación con el estado del inválido.

Leía con gran solemnidad... Fue una lástima que la interrumpieran dos veces durante su declamación, una el viejo Melmoth, quien, poco después del comienzo de los rezos, se volvió hacia la vieja ama y le dijo en un tono escandalosamente audible: «Baja a la cocina y cierra el tiro de la chimenea para que no gaste; y cierra la puerta con llave, y *que te oiga yo cerrarla*. No puedo pensar en otra cosa mientras no me hagas eso». La otra corrió a cargo del joven John Melmoth, quien había entrado sigilosamente en la habitación al oír las inadecuadas palabras que recitaba la ignorante mujer: tomándole el devocionario de las manos, al tiempo que se arrodillaba junto a ella, leyó con voz contenida parte del servicio solemne que, de

acuerdo con las normas de la Iglesia anglicana, está destinado a reconfortar a los que están a punto de expirar.

—Ésa es la voz de John —dijo el moribundo; y el poco afecto que había manifestado siempre por el desventurado muchacho inundó en este momento su duro corazón, y lo conmovió. Se sentía, también, rodeado de sirvientes desalmados y rapaces; y por escasa que hubiese sido su confianza en un pariente al que había tratado siempre como a un extraño, comprendió que en esta hora no era ningún desconocido; y se aferró a este apoyo como a una paja en medio de un naufragio—. John, mi pobre muchacho, estás ahí. Te he tenido lejos de mí cuando estaba vivo, y ahora eres quien más cerca está de mí en mi última hora... John, *sigue leyendo*.

John, profundamente conmovido por el estado en que veía a este *pobre hombre*, con toda su riqueza, así como su solemne petición de consuelo en sus últimos momentos, siguió leyendo; pero poco después su voz se hizo confusa, por el horror con que escuchaba el creciente hipo del paciente, el cual, sin embargo, se volvía de cuando en cuando, con gran trabajo, a preguntarle al ama si *había cerrado el tiro*. John, que era un joven sensible, se levantó un poco nervioso.

—¡Cómo!, ¿me dejas como los demás? —dijo el viejo Melmoth, tratando de incorporarse en la cama.

—No, señor —dijo John, observando el alterado semblante del moribundo—; es que me parece que necesitáis algún refrigerio, algún remedio, señor.

—Sí; lo necesito, lo necesito, pero ¿en quién puedo confiar para que me lo traiga? *Éstas* (y sus ojos macilentos vagaron por el grupo), *éstas* me envenenarán.

—Confiad en mí, señor —dijo John—; yo iré a casa del boticario, o a quienquiera que acostumbréis acudir.

El viejo le cogió la mano, le atrajo a la cama, lanzó a los presentes una mirada amenazadora y, no obstante, recelosa, y luego susurró con una voz de agónica ansiedad:

—Quiero un vaso de vino; eso me mantendrá vivo unas horas. Pero no hay nadie en quien pueda confiar para que me lo traiga... *me robarían una botella y me arruinarían*.

John se quedó estupefacto.

—Señor, por el amor de Dios, permitidme a mí traeros un vaso de vino.

—¿Sabes dónde está? —dijo el viejo con una expresión en el rostro que John no logró entender.

—No, señor; sabéis que yo he sido más bien un extraño aquí.

—Toma esta llave —dijo el viejo Melmoth, tras un espasmo violento—; toma esta llave; el vino está en ese cuarto: *Madeira*. Yo siempre les he dicho que no había nada ahí, pero ellos no me creían; de lo contrario, no me habrían robado como lo han hecho. Una vez les dije que era whisky, pero eso fue peor, porque entonces empezaron a beber el doble.

John cogió la llave de su tío; el moribundo le apretó la mano. Y John,

interpretándolo como un gesto de afecto, le devolvió el apretón. Pero se sintió decepcionado al oírle susurrar:

—John, muchacho, no bebas tú mientras estés ahí dentro.

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó John, arrojando indignado la llave sobre la cama; luego, recordando que el miserable ser que tenía delante no podía ser ya objeto de resentimiento alguno, le prometió lo que le pedía, y entró en el cuarto jamás hollado por otros pies que los del viejo Melmoth por espacio de casi sesenta años.

Tuvo dificultad en encontrar el vino, y tardó lo bastante como para despertar sospechas en su tío..., pero su espíritu se sentía turbado y su mano insegura. No pudo por menos de observar la singular expresión de su tío, en la que a la palidez de la muerte venía a sumársele el temor a concederle permiso para entrar en dicho cuarto. Ni le pasaron inadvertidas las miradas de horror que las mujeres intercambiaron al verle dirigirse a la puerta. Y, finalmente, cuando entró, su memoria fue lo bastante malévola como para evocar vagos recuerdos de una historia, demasiado horrible para la imaginación, relacionada con este cuarto secreto. Recordó que, durante muchísimos años, no se sabía que hubiese entrado nadie en él, aparte de su tío.

Antes de salir, levantó la mortecina luz y miró en torno suyo con una mezcla de terror y curiosidad. Había infinidad de trastos viejos e inútiles, tal como se sabe que se almacenan y se pudren en el gabinete de un avaro; pero los ojos de John se sintieron atraídos durante un instante, como por arte de magia, hacia un retrato que colgaba de la pared. Y le pareció, incluso a su mirada inexperta, que era muy superior en calidad a la multitud de retratos de familia que acumulan polvo eternamente en las paredes de las mansiones familiares. Representaba a un hombre de edad mediana. No había nada notable en su ropa o en su semblante; pero *sus ojos*, le dio la impresión, tenían esa mirada que uno desearía no haber visto jamás, y que comprende que no podrá olvidar ya nunca. De haber conocido la poesía de Southey, habría podido exclamar a menudo, después, a lo largo de su vida:

*«Sólo los ojos tenían vida,
Brillaban con la luz del demonio».*
Thalaba

Movido por un impulso a la vez irresistible y doloroso, se acercó al retrato, sostuvo la vela ante él, y pudo distinguir las palabras del borde del cuadro: Jno. Melmoth, anno 1646. John no era ni de naturaleza tímida, ni de constitución nerviosa, ni de hábito supersticioso; sin embargo, siguió mirando con estúpido horror este singular retrato hasta que, despertado por la tos de su tío, volvió apresuradamente al aposento. El viejo se tragó el vino de un sorbo. Pareció revivir un poco; hacía tiempo que no probaba un cordial de esta naturaleza..., su corazón se animó en una momentánea confianza.

—John, ¿qué has visto en ese cuarto?

—Nada, señor.

—Eso es mentira; todo el mundo quiere engañarme o robarme.

—Señor, yo no pretendo hacer ninguna de esas dos cosas.

—Bueno, ¿qué has visto que... que te haya chocado?

—Sólo un retrato, señor.

—¡Un retrato, señor...! ¡Pues yo te digo que el original está vivo todavía! John, aunque se hallaba aún bajo el efecto de sus recientes impresiones, no pudo por menos de mirarle con incredulidad.

—John —susurró su tío—; John, dicen que me estoy muriendo de esto y de aquello; unos dicen que por falta de alimento y otros que por falta de medicinas... pero, John —y su rostro se puso espantosamente lívido—, de lo que me estoy muriendo es de terror. Ese hombre —y extendió su flaco brazo hacia el cuarto secreto como si señalara a un ser vivo—, ese hombre, y tengo mis buenas razones para saberlo, está vivo todavía.

—¿Cómo es posible, señor? —dijo John involuntariamente—. La fecha del cuadro es de 1646.

—La has visto... has reparado en ella —dijo su tío—. Bueno... —se arrebujó y asintió con la cabeza, en su cabezal, por un momento; después, agarrando la mano de John con una expresión indescifrable, exclamó: Le verás otra vez; está vivo— luego, hundiéndose nuevamente en el cabezal, cayó en una especie de sueño o estupor, con los ojos abiertos aún, y fijos en John.

La casa se encontraba ahora completamente en silencio, y John tuvo tiempo y espacio para reflexionar. En su mente se agolpaban pensamientos que no deseaba tener, pero que tampoco rechazaba. Pensaba en los hábitos y el carácter de su tío, y le daba vueltas una y otra vez al asunto; y se dijo a sí mismo: «Es el último hombre de la tierra que caería en la superstición. Jamás ha pensado en otra cosa que en la cotización de los valores y las variaciones de la bolsa, y en mis gastos de colegio, que es lo que más le pesaba en el corazón. Y que este hombre se muera de terror... de un terror ridículo a que un hombre de hace ciento cincuenta años viva todavía; sin embargo... sin embargo, se está muriendo». John se interrumpió; porque la realidad confunde al lógico más obstinado. Con toda su dureza de espíritu y de corazón, se está muriendo de miedo. Lo he oído en la cocina, y lo he oído de él mismo... no pueden engañarle. Si me hubieran dicho que era nervioso, o imaginativo, o supersticioso..., pero una persona tan insensible a todas esas impresiones..., un hombre que, como dice el pobre Butler en el Anticuario, de sus *Remains*, «habría vendido a Cristo otra vez por las monedas de plata que Judas obtuvo»... ¡que un hombre así se muera de espanto! «Pero lo cierto es que se está muriendo», se dijo John clavando sus ojos temerosos en el hocico contraído, ojos vidriosos, mandíbula caída, y todo el horrible aparato de la *facies hipocrática* que mostraba, y que no tardaría en dejar de mostrar.

El viejo Melmoth parecía en este momento sumido en un profundo estupor; sus

ojos habían perdido la poca expresión que había revelado antes, y sus manos, que hacía poco agarraron convulsivamente las mantas, habían aflojado su breve y temblona contracción, y permanecían ahora extendidas a lo largo de la cama como garras de alguna ave que hubiese perecido de hambre... así de flacas eran, así de amarillas, así de relajadas. John, poco acostumbrado a la visión de la muerte, creyó que sólo era síntoma de que se iba a dormir; y, movido por un impulso que no se atrevía a confesarse a sí mismo, cogió la miserable luz y se aventuró una vez más a entrar en el cuarto prohibido: la *cámara azul* de la morada. El movimiento sacó al moribundo de su sopor, que se incorporó como por un resorte en la cama. John no pudo verle, pues se hallaba ahora en el cuarto; pero le oyó gruñir, o más bien oyó el farfullar ahogado y gutural que anuncia el horrible conflicto entre la convulsión muscular y la mental. Se sobresaltó; dio media vuelta; pero al hacerla, le pareció percibir que los ojos del retrato, en los que había fijado los suyos, *se habían movido*, y regresó precipitadamente junto al lecho de su tío.

El viejo Melmoth expiró en el transcurso de esa noche, y lo hizo como había vivido, en una especie de delirio de avaricia. John no podía haber imaginado escena más horrible que la que le depararon las últimas horas de este hombre. Juraba y blasfemaba a propósito de tres monedas de medio penique que le faltaban, según decía, en una cuenta que había sacado con su moro de cuadra, unas semanas atrás, a propósito del heno para el famélico caballo que tenía. Luego agarró la mano de John y le pidió que le administrara el sacramento. «Si mando venir al pastor, me supondrá algún gasto que no puedo pagar... no puedo. Dicen que soy rico... mira esta manta; pero no me importaría, si pudiera salvar mi alma». Y delirando, añadía: «La verdad, doctor, es que soy muy pobre. Nunca he molestado a un pastor, y todo lo que necesito es que me concedáis dos insignificantes favores, muy poca cosa para vos: que salvéis mi alma, y (susurrando) que me consigáis un ataúd de la parroquia... no me queda bastante dinero para un entierro. Siempre he dicho a todo el mundo que soy pobre; pero cuanto más lo digo, menos me creen».

John, profundamente disgustado, se apartó de la cama y se sentó en un rincón. Las mujeres estaban otra vez en la habitación, ahora muy oscura. Melmoth se había callado a causa de la debilidad, y durante un rato reinó un silencio mortal. En ese momento, John vio abrirse la puerta y aparecer en ella una figura que miró por toda la habitación; luego, tranquila y deliberadamente, se retiró; aunque no antes de que John descubriera en su rostro el mismísimo original del retrato. Su primer impulso fue proferir una exclamación; pero se había quedado sin aliento. Iba, pues, a levantarse para perseguir a la figura, pero una breve reflexión le contuvo. ¡Nada más absurdo que alarmarse o asombrarse por el parecido entre un hombre vivo y el retrato de un muerto! La semejanza era, desde luego, lo bastante grande como para que le chocara, aun en esta habitación a oscuras; pero sin duda se trataba de un parecido tan sólo; y aunque podía ser lo suficientemente impresionante como para aterrar a un anciano de hábitos sombríos y retraídos, y de constitución endeble, John decidió que no debía

producir el mismo efecto en él.

Pero mientras se felicitaba por esta decisión, se abrió la puerta, apareció en ella la figura, y le hizo señas afirmativas con la cabeza con una familiaridad en cierto modo sobrecogedora. John se levantó de un salto esta vez, dispuesto a perseguirla; pero la persecución quedó frustrada en ese momento por unos débiles aunque escalofriantes chillidos de su tío, quien forcejeaba a la vez con la vieja ama y con las ansias de la muerte. La pobre mujer, preocupada por la reputación de su señor y la suya propia, trataba de ponerle un camisón y un gorro de dormir limpios; y Melmoth, que tenía la justa sensación de que le estaban quitando algo, gritaba débilmente:

—¡Me están robando... robándome en mi última hora... robando a un moribundo! John... ¿no me ayudas?, moriré como un pordiosero; me están quitando mi último camisón... moriré como un pordiosero...

Y el avaro expiró.

Capítulo II

*You that wander; scream, and groan,
Round the mansions once you owned*

ROWE

Pocos días después del funeral, se abrió el testamento en presencia de los correspondientes testigos, y John se encontró con que era heredero único de la propiedad de su tío, la cual, aunque originalmente moderada, debido a la avaricia y a la vida mezquina de su tío, se había incrementado considerablemente.

Al concluir la lectura del testamento, el abogado añadió:

—Hay unas palabras aquí, en la esquina del pergamino, que no parecen formar parte del testamento, ya que no tienen forma de codicilo ni llevan la firma del testador; pero, a mi entender, son de puño y letra del difunto.

Mientras hablaba, le mostró las líneas a Melmoth, quien inmediatamente reconoció la letra de su tío (aquella letra perpendicular y tacaña que parecía decidida a aprovechar el papel al máximo, abreviando ahorrativamente cada palabra y dejando apenas un átomo de margen), y leyó, no sin emoción, lo siguiente: «Ordeno a mi sobrino y heredero, John Melmoth, que quite, destruya o mande destruir, el retrato con la inscripción J. Melmoth, 1646, que cuelga de mi cuarto. Asimismo, le insto a que busque un manuscrito, que creo hallará en el tercer cajón, el de más abajo, de la izquierda de la cómoda de caoba que hay bajo dicho retrato; está entre unos papeles sin valor, tales como sermones manuscritos y folletos sobre el progreso de Irlanda y cosas así; lo distinguirá porque está atado con una cinta negra, y el papel se encuentra muy estropeado y descolorido. Puede leerlo si quiere; pero creo que es mejor que no lo haga. En todo caso, le insto, si es que queda alguna autoridad en un moribundo, a que lo queme».

Después de leer esta nota singular, prosiguieron con el asunto de la reunión; y como el testamento del viejo Melmoth estaba muy claro y legalmente redactado, todo quedó solucionado en seguida; y se disolvió la asamblea y John Melmoth se quedó a solas.

Debíamos haber mencionado que los tutores designados por el testamento (ya que aún no había alcanzado la mayoría de edad) le aconsejaron que regresara al colegio y completara puntualmente su educación; pero John adujo la conveniencia de tributar el debido respeto a la memoria de su tío permaneciendo un tiempo decoroso en la casa, después del fallecimiento. No era éste el verdadero motivo. La curiosidad, o quizá, mejor, la feroz y pavorosa obsesión por la persecución de un objeto indeterminado, se había apoderado de su espíritu. Sus tutores (hombres respetables y ricos de la vecindad, y a cuyos ojos había aumentado rápida y sensiblemente la importancia de John desde la lectura del testamento), le insistieron para que se alojase temporalmente en sus respectivas casas, hasta que decidiera regresar a Dublín. John declinó

agradecido, pero con firmeza, estos ofrecimientos. Pidieron todos sus caballos, le estrecharon la mano al heredero y se marcharon..., y Melmoth se quedó solo.

El resto del día lo pasó sumido en lúgubres y desasosegadas reflexiones, registrando la alcoba de su tío, acercándose a la puerta del cuarto secreto para, a continuación, retirarse de ella, vigilando las nubes y escuchando el viento, como si la oscuridad de las unas o los murmullos del otro le aliviaran en vez de aumentar el peso que gravitaba sobre su espíritu. Finalmente, hacia el anochecer, llamó a la vieja mujer, de quien esperaba alguna explicación sobre las extraordinarias circunstancias que había presenciado a su llegada a la casa de su tío. La anciana, orgullosa de que se la llamara, acudió en seguida; pero tenía muy poco que decir. Su información discurrió más o menos en estos términos (ahorramos al lector sus interminables circunloquios, sus giros irlandeses y las frecuentes interrupciones debidas a sus aplicaciones de rapé y al ponche de whisky que Melmoth tuvo buen cuidado de servirle). Declaró «que su señoría (como llamaba siempre al difunto) entraba a menudo en el pequeño gabinete del interior de su alcoba, a leer, durante los dos últimos años; que la gente, sabedora de que su señoría tenía dinero, y suponiendo que lo guardaba en ese sitio, había entrado en el cuarto (en otras palabras, había habido un intento de robo), aunque no habían encontrado más que papeles, y se habían marchado sin llevarse nada; que él se asustó tanto que mandó tapiar la ventana, pero *ella estaba convencida de que había algo más*, pues cuando su señoría perdía tan sólo medio penique, lo proclamaba a los cuatro vientos, y, en cambio, una vez que estuvo tapiada la ventana, no volvió a decir ni media palabra; que después su señoría solía encerrarse con llave en su propia habitación, y aunque nunca fue aficionado a la lectura, le encontraba siempre, al subirle la cena, inclinado sobre un papel, que escondía tan pronto como alguien entraba en su habitación, y que una vez hubo un gran revuelo por un cuadro que él trataba de esconder; que sabiendo que había una *extraña historia en la familia*, hizo lo posible por enterarse, y hasta fue a casa de Biddy Branningan (la sibila curandera antes mencionada) para averiguar la verdad, pero Biddy se limitó a mover negativamente la cabeza, llenar su pipa, pronunciar algunas palabras que ella no logró entender, y a seguir fumando; que tres días antes de que su señoría *cayera* (es decir, enfermara), estaba ella en la entrada del patio (que en otro tiempo se hallaba rodeado por los establos, el palomar y todos los etcéteras habituales de la residencia de un hacendado, pero que ahora era tan sólo una ruinoso fila de dependencias desmanteladas, techadas con albarda y ocupadas por cerdos), cuando su señoría le gritó que cerrara la puerta con llave (su señoría estaba siempre *ansioso* por cerrar las puertas temprano), e iba a hacerlo ella apresuradamente cuando le arrebató él la llave de una manotada, espetando una maldición (pues andaba siempre preocupado por cerrar con llave, aunque las cerraduras se hallaban en muy mal estado, y las llaves estaban tan herrumbrosas que al girar sonaban en la casa como *quejido de muerto*); que se quedó un minuto de pie, viendo lo furioso que estaba, hasta que él le devolvió la llave, y luego le oyó soltar un grito y le vio

desplomarse en la entrada; que ella se apresuró a levantarlo, *esperando* que fuera un ataque; que lo encontró tieso y sin sentido, por lo que gritó pidiendo ayuda; que la servidumbre de la cocina acudió a ayudarla; que ella estaba tan asustada y aterrada que no sabía lo que hacía ni decía; pero recordaba, con todo su terror, que al recobrarse, su primer signo de vida fue alzar el brazo señalando hacia el patio, y en ese momento vio la figura de un hombre alto cruzar el patio, y salir, no supo por dónde ni cómo, pues la verja de entrada estaba cerrada con llave y no había sido abierta desde hacía años, y ellos se encontraban reunidos todos alrededor de su señoría, junto a la otra puerta; ella vio la figura, su sombra en el muro, y la vio avanzar lentamente por el patio; y presa de terror, había exclamado: «¡Detenedle!» pero nadie le había hecho caso porque estaban ocupados en atender a su señoría; y cuando le trasladaron a su alcoba, nadie pensó sino en hacerle volver en sí otra vez y no podía decir nada más. Su señoría (el joven Melmoth) sabía tanto como ella, había conocido su última enfermedad, había oído sus últimas palabras, le había visto morir... así que cómo iba a saber ella más que su señoría.

—Cierto —dijo Melmoth—; es verdad que le he visto morir; pero... usted ha dicho que *había una extraña historia en la familia*: ¿no sabe nada sobre el particular?

—Ni una palabra; es de mucho antes de mi época, de antes de que naciera yo.

—Sí, quizá sea así; pero ¿fue mi tío alguna vez supersticioso, imaginativo?

Y Melmoth se vio obligado a emplear muchas expresiones sinónimas, antes de hacerse comprender. Cuando lo consiguió, la respuesta fue clara y decisiva:

—No, nunca. Cuando su señoría se sentaba en la cocina, durante el invierno, para ahorrarse el fuego de su propia habitación, jamás soportaba las charlas de las viejas que venían a encender sus pipas *a las veces* (de vez en cuando). Solía mostrarse tan impaciente que se limitaban a fumar en silencio, sin el consolador acompañamiento de un mal chismorreó sobre algún niño que sufría mal de ojo, o algún otro que, aunque en apariencia era un mocosó llorón, quejica y lisiado durante el día, por la noche iba regularmente a bailar con la *buena gente* a la cima del monte vecino, atraído con este motivo por el sonido de una gaita que indefectiblemente oía a la puerta de su cabaña todas las noches.

Los pensamientos de Melmoth comenzaron a adquirir tintes algo más sombríos al oír esta información. Si su tío no era supersticioso, puede que su extraña y repentina enfermedad, y hasta la terrible visita que la precedió, se debiera a alguna injusticia que su rapacidad había cometido con la viuda y el huérfano. Preguntó indirecta y cautamente a la vieja al respecto... y su respuesta absolvió por entero al difunto.

—Era un hombre —dijo— de mano y corazón duros, pero tan celoso de los derechos de los demás como de los suyos propios. Habría matado de hambre al mundo entero, pero no habría estafado ni medio penique.

El último recurso de Melmoth fue mandar llamar a Bidy Brannigan, que aún se encontraba en la casa, de la que esperaba oír al menos la extraña historia que la vieja confesaba que había en la familia. Llegó, pues, y al presentarse a Melmoth, fue

curioso observar la mezcla de servilismo y autoridad de su mirada, resultado de los hábitos de su vida, que eran, alternativamente, uno de abyecta mendicidad y otro de arrogante pero hábil impostura. Al hacer su aparición, se quedó en la puerta, temerosa, y con una inclinación reverencial, murmurando palabras que, con la posible pretensión de bendiciones, tenían, sin embargo, por el tono áspero y el aspecto bruñido de la que hablaba, toda la apariencia de maldiciones; pero al ser interrogada acerca de la historia, se infló de importancia: su figura pareció dilatarse espantosamente como la de Alecto de Virgilio, que en un momento cambia su apariencia de débil anciana por la de una furia amenazadora. Entró decidida en la habitación, se sentó, o más bien se acucilló junto al hogar de la chimenea como una liebre, a juzgar por su silueta, extendió sus manos huesudas y secas hacia el fuego, y se meció durante largo rato en silencio, antes de comenzar su narración. Cuando la hubo terminado, Melmoth siguió, atónito, en el estado de ánimo en que le habían sumido las últimas circunstancias singulares... escuchando con variadas y crecientes emociones de interés, curiosidad y terror una historia tan disparatada, tan improbable o, mejor, tan realmente increíble, que de no haberse dominado se habría ruborizado hasta la raíz del cabello. Resultado de estas impresiones fue la decisión de visitar el cuarto secreto y examinar el manuscrito esa misma noche.

Pero de momento era imposible llevar a cabo tal resolución porque, al pedir luces, el ama le confesó que la última había ardido en el velatorio de *su señoría*; así que se le encargó al muchacho descalzo que fuese corriendo al pueblo vecino y trajese velas; y si pueden, que te *dejen* un par de palmatorias, añadió el ama.

—¿No hay palmatorias en la casa? —preguntó Melmoth.

—Las hay, cariño, y muchas, pero no tenemos tiempo para abrir el viejo, arcón, pues las plateadas están en el fondo, y las de bronce, que son las que andan *por ahí* (en la casa), una no tiene el casquillo de encajar la vela, y la otra no tiene pie.

—¿Y cómo ha sujetado la última? —preguntó Melmoth.

—La encajó en una patata —precisó el ama.

Conque echó a correr desalado el mozo, y Melmoth, hacia el anochecer, se retiró a meditar.

Era una noche apropiada para la meditación, y Melmoth tuvo tiempo de sobra, antes de que el mozo regresara con el recado. El tiempo era frío y oscuro; pesadas nubes prometían una larga y lúgubre sucesión de lluvias otoñales; pasaban rápidas las nubes, una tras otra, como oscuros estandartes de una hueste inminente cuyo avance significara la devastación. Al inclinarse Melmoth sobre la ventana, cuyo desencajado marco, al igual que sus cristales rajados y rotos, temblaba a cada ráfaga de viento, sus ojos no descubrieron otra cosa que la más deprimente de las perspectivas: el jardín de un avaro. Muros derruidos, paseos invadidos por la maleza y una yerba baja y desmedrada que ni siquiera era verde, y árboles sin hojas, así como una lujuriente cosecha de ortigas y cardos que alzaban sus desgarradas cabezas allí donde un día hubo flores, oscilando y meciéndose de manera caprichosa y desagradable al

azotarlos el viento. Era un verdor de cementerio, el jardín de la muerte. Se volvió hacia la habitación en busca de alivio, pero no había alivio allí: el enmaderado estaba negro de mugre, y en muchos sitios se hallaba rajado y despegado de la pared; la herrumbrosa parrilla del hogar, desconocedora desde hacía años de lo que era un fuego y entre cuyas barras deslucidas no salía sino humo desagradable; las sillas desvencijadas con los asientos desfondados, y la gran butaca de cuero exhibiendo el relleno alrededor de los bordes gastados, mientras los clavos, aunque en su sitio, habían dejado de sujetar lo que un día aseguraran; la repisa de la chimenea, que, sucia más por el tiempo que por el humo, mostraba por todo adorno la mitad de unas despabiladeras, un andrajoso almanaque de 1750, un reloj enmudecido por falta de reparación y una escopeta oxidada y sin llave. Evidentemente, el espectáculo de desolación hizo que Melmoth volviera a sus pensamientos, pese a lo inquietos y desagradables que eran. Recapituló la historia de la sibila, palabra por palabra, con el aire del hombre que está interrogando a un testigo y trata de que se contradiga.

El primero de los Melmoth, dice ella, que se estableció en Irlanda fue un oficial del ejército de Cromwell, que obtuvo una cesión de tierras, propiedad confiscada a una familia irlandesa adicta a la causa real. El hermano mayor de este hombre había viajado por el extranjero y había residido en el continente durante tanto tiempo que su familia había llegado a olvidarlo por completo. No había ayudado el afecto a tenerle en la memoria, pues corrían extrañas historias acerca del viajero. Se decía que era como el «mago condenado del gra: Glendower», «un caballero que poseía singulares secretos».

»Téngase en cuenta que, en esta época, e incluso más tarde, la creencia en la astrología y la brujería estaba muy generalizada. Incluso durante el reinado de Carlos II, Dryden calculó el nacimiento de su hijo Carlos, los ridículos libros de Glanville estaban en boga, y Del Río y Wierus eran tan populares que hasta un autor dramático (Shadwell) llegó a citarlos abundantemente en notas anejas a su curiosa comedia sobre las brujas de Lancashire. Se decía que en vida de Melmoth, el viajero llegó a hacerle una visita; y aunque por aquellas fechas debía de ser de edad considerablemente avanzada, para asombro de su familia, su persona no denotaba el más ligero indicio de tener un año más que la última vez que le vieron. Su visita fue corta, no habló para nada del pasado ni del futuro, ni su familia le alentó a hacerlo. Se dijo que no se sentían a gusto en presencia suya. Al marcharse, les dejó su retrato (el mismo que Melmoth había visto en el cuarto secreto, fechado en 1646); y no le volvieron a ver. Años más tarde, llegó una persona de Inglaterra, se dirigió a la casa de los Melmoth preguntando por el viajero y dando muestras del más maravilloso e insaciable deseo de obtener alguna noticia de él. La familia no pudo facilitarle ninguna, tras unos días de inquietas indagaciones y de nerviosismo, se marchó dejando ya por negligencia, ya con toda intención, un manuscrito que contenía un extraordinaria relación de las circunstancias bajo las cuales había conocido John Melmoth el Viajero (como él le llamaba).

»Guardaron el manuscrito y el retrato, y corrió el rumor de que aún vivía, que le habían visto a menudo en Irlanda, incluso en el presente siglo..., pero que no se sabía que apareciese sino cuando le llegaba la última hora a algún miembro de la familia; y ni aun entonces, a menos que las malas pasiones o hábitos del miembro en cuestión arrojaran una sombra de tenebroso y horrendo interés sobre su última hora.

»Por consiguiente, se consideró un augurio nada favorable para el destino espiritual del último Melmoth el que este extraordinario personaje hubiera visitado, o hubieran imaginado que visitaba, la casa antes de su fallecimiento».

Ésta fue la información facilitada por Biddy Brannigan, a la que ella añadió su propia y solemne convicción de que John Melmoth el Viajero no había cambiado ni en un pelo hasta ese mismo día, ni se le había encogido un solo músculo de su armazón; que ella conocía a quienes le habían visto, y que estaban dispuestos a confirmar lo que decían mediante juramento si era necesario; que nunca se le había oído hablar, ni se le había visto participar en ninguna comida, ni se sabía tampoco que hubiese entrado en otra casa que en la de su familia; y, finalmente, que ella misma creía que su última aparición no presagiaba nada bueno para los vivos ni para los muertos.

John se hallaba meditando todavía sobre todo esto cuando llegaron las velas; y haciendo caso omiso de los pálidos semblantes y de los susurros admonitorios de los sirvientes, entró resueltamente en el gabinete secreto, cerró la puerta y procedió a buscar el manuscrito. Lo encontró en seguida, ya que estaban claramente explicadas las instrucciones del viejo Melmoth, y las recordaba muy bien. El manuscrito, viejo, deteriorado y descolorido, estaba exactamente en el cajón que el anciano decía. Las manos de Melmoth sintieron tanto frío como las de su tío muerto, cuando extrajeron las páginas de su escondrijo. Se sentó a leerlas... Un mortal silencio reinaba en la casa. Melmoth miró inquieto las velas, las avivó y siguió pareciéndole que estaba muy oscuro (tal vez le parecía que la llama era un poco azulenca, pero se guardó para sí esta idea). Lo cierto es que cambió varias veces de postura, y hasta habría cambiado de silla, de haber habido alguna más en el aposento.

Durante unos momentos, se sumió en un estado de sombría abstracción, hasta que le sobresaltó el ruido del reloj al dar las doce: era lo único que oía desde hacía algunas horas; y los ruidos producidos por las cosas inanimadas, cuando todos los seres vivos alrededor parecen muertos, poseen en esa hora un efecto indeciblemente pavoroso. John miró su manuscrito con cierto desasosiego, lo abrió, se detuvo en las primeras líneas y, mientras el viento suspiraba en torno al desolado aposento, y la lluvia tamborileaba con lúgubre sonido contra la desgarnecida ventana, deseó (¿por qué lo desearía?), deseó que el gemido del viento fuera menos lúgubre, y el golpeteo de la lluvia menos monótono... Se le puede perdonar; era medianoche pasada, y no había otro ser humano despierto, aparte de él, en diez millas a la redonda cuando comenzó a leer.

Capítulo III

parebat eidolon senex

PLINIO

El manuscrito estaba descolorido, tachado y mutilado más allá de los límites alcanzados por ningún otro que haya puesto a prueba la paciencia de un lector. Ni el propio Michaelis, al examinar el supuesto autógrafo de san Marcos en Venecia, tuvo más dificultades: Melmoth sólo pudo ver clara alguna frase suelta aquí y allá. El autor, al parecer, era un inglés llamado Stanton que había viajado por el extranjero poco después de la Restauración. Para viajar en aquel entonces, no se contaba con los medios que el adelanto moderno ha introducido, y los estudiosos y literatos, los intelectuales, los ociosos y los curiosos, vagaban por el continente durante años como *Tom Coryat*, aunque tenían la modestia, a su regreso, de titular meramente «apuntes» el producto de sus múltiples observaciones y trabajos.

»Stanton, allá por el año 1676, estuvo en España; era, como la mayoría de los viajeros de aquella época, hombre de erudición, inteligencia y curiosidad, pero ignoraba la lengua del país y andaba trabajosamente de convento en convento en busca de lo que llamaban “hospitalidad”, es decir, de cama y comida, a condición de sostener un debate en latín acerca de alguna cuestión teológica o metafísica con un monje que acabaría siendo el campeón en la disputa. Ahora bien, como la teología era católica, y la metafísica aristotélica, Stanton deseaba a veces encontrarse en la miserable posada de cuya suciedad y famélica ración había luchado por escapar; pero aunque sus reverendos antagonistas denunciaban siempre su credo, y se consolaban, si eran derrotados, con la certeza de que se iba a condenar por su doble condición de hereje e inglés, se veían obligados a reconocer que su latín era bueno y su lógica irrefutable; y en la mayoría de los casos se le permitía cenar y dormir en paz. No fue éste su sino la le del 17 de agosto de 1677, cuando se encontraba en las llanuras de Valencia, abandonado cobardemente por su guía, el cual, aterrado ante la visión de una cruz erigida en memoria de un asesinato, se escurrió de su mula calladamente y, santiguándose a cada paso mientras se alejaba del hereje, dejó a Stanton en medio de los terrores de una tormenta que se avecinaba, y de los peligros de un país desconocido. La sublime y suave belleza del paisaje que le rodeaba había colmado de deleite el alma de Stanton, y gozó de este encanto como suele hacerlo un inglés: en silencio.

»Los espléndidos vestigios de dos dinastías desaparecidas: las ruinas de los palacios romanos y de las fortalezas musulmanas, se alzaban a su alrededor y por encima de él; las negras y pesadas nubes de tormenta que avanzaban lentamente parecían los sudarios de estos espectros de desaparecida grandeza; se acercaban a ellos, pero no los cubrían ni los ocultaban, como si la misma naturaleza se sintiera por una vez temerosa del poderío del hombre; y allá lejos, el hermoso valle de Valencia

se arrebolaba e incendiaba con todo el esplendor del crepúsculo, como una novia que recibe el último y encendido beso del esposo ante la proximidad de la noche. Stanton miró en torno suyo. Le impresionaba la diferencia arquitectónica entre las ruinas romanas y las musulmanas. Entre las primeras estaban los restos de un teatro y algo así como una plaza pública; las segundas consistían sólo en fragmentos de fortalezas almenadas, encastilladas, fortificadas de pies a cabeza, sin una mala abertura por donde entrar con comodidad..., las únicas aberturas eran sólo aspilleras para las flechas; todo denotaba poder militar, y despótico sometimiento a *l'outrance*. El contraste habría encantado a un filósofo, quien se habría entregado a la reflexión de que, si bien los griegos y los romanos fueron salvajes (como dice acertadamente el doctor Johnson que debe ser todo pueblo que quiere apoderarse de algo), fueron unos salvajes maravillosos para su tiempo, ya que sólo ellos han dejado *vestigios de su gusto por el placer* en los países que conquistaron, mediante sus soberbios teatros, templos (igualmente dedicados, de una manera o de otra, al placer) y termas, mientras que otras bandas salvajes de conquistadores no dejaron jamás tras ellos otra cosa que las huellas de su avidez por el poder. En eso pensaba Stanton mientras contemplaba, vigorosamente recortado, aunque oscurecido por las sombrías nubes, el inmenso esqueleto de un anfiteatro romano, sus gigantescos peristilos coronados con arcos, recibiendo unas veces un destello de luz, otras, mezclándose con el púrpura de la nube cargada de electricidad; y luego, la sólida y pesada mole de una fortaleza musulmana, sin una luz entre sus impermeables murallas, una oscura, aislada, impenetrable imagen del poder. Stanton se olvidó de su cobarde guía, de su soledad, de su peligro en medio de la tormenta inminente y del inhóspito país, donde su nombre y su tierra le cerrarían todas las puertas, ya que toda descarga del cielo se supondría justificada por la atrevida intrusión de un hereje en la morada de un *cristiano viejo*, como los católicos españoles se llaman absurdamente a sí mismos para diferenciarse de los musulmanes bautizados. Todo esto se le borró del pensamiento al contemplar el esplendoroso e impresionante escenario que tenía ante sí: la lucha de la luz con las tinieblas, y la oscuridad amenazando a una claridad aún más terrible, y anunciando su amenaza en la azul y lívida masa nubosa que se cernía en el aire como un ángel destructor con sus flechas apuntadas, aunque en una dirección inquietantemente indefinida. Pero cesó de tener en olvido estos locales e insignificantes peligros, como la sublimidad de la ficción podría definirlos, cuando vio el primer relámpago, ancho y rojo como el pendón de un ejército insolente con la divisa *Vae victis!*, reducir a polvo los restos de una torre romana; las rocas hendidas rodaron monte abajo y llegaron hasta los pies de Stanton. Se sintió aterrado y, aguardando el mandato del Poder, bajo cuyos ojos las pirámides, los palacios, y los gusanos que edificaron unas y otros, y los que arrastran su existencia bajo su sombra o su opresión, son igualmente despreciables, siguió de pie, recogido en sí mismo; y por un momento sintió ese desafío del peligro que el peligro mismo suscita, y con el que deseamos medir nuestras fuerzas como si se tratase de un enemigo físico,

instándole a hacer lo peor, conscientes de que lo peor que él haga será en definitiva para nosotros lo mejor. Siguió inmóvil, y vio el reflejo brillante, breve y maligno de otro relámpago por encima de las ruinas del antiguo poderío, y la exuberancia de toda la vegetación. ¡Singular contraste! Las reliquias del arte en perpetuo deterioro... y las producciones de la naturaleza en eterna renovación. (¡Ah, con qué propósito se renuevan, sino para burlarse de los perecederos monumentos con que los hombres tratan de rivalizar!). Las mismas pirámides deben perecer; en cambio, la yerba que crece entre sus piedras descoyuntadas se renovará año tras año. Estaba Stanton meditando en todas estas cosas, cuando su pensamiento quedó en suspenso al ver dos personas que transportaban el cuerpo de una joven, aparentemente muy hermosa, que había muerto víctima de un rayo. Se acercó Stanton y oyó las voces de los que la llevaban, que repetían: «¡Nadie la llorará!». «¡Nadie la llorará!» y decían otras voces, mientras otros dos llevaban en brazos la figura requemada y ennegrecida de lo que había sido un hombre apuesto y gallardo: «¡Nadie llorará por él ahora!». Eran amantes, y él había muerto carbonizado por el rayo que la había matado a ella, al tratar de interponerse para protegerla. Cuando iban a cargar con los muertos otra vez, se acercó una persona con paso y gesto tranquilos, como si no tuviera conciencia alguna del peligro y fuese incapaz de sentir miedo; y después de mirar a los dos desventurados un momento, soltó tan sonora y feroz risotada, al tiempo que se incorporaba, que los campesinos, sobrecogidos de horror tanto por la risa como por la tormenta, echaron a correr, llevándose los cadáveres con ellos... Incluso los temores de Stanton quedaron eclipsados por su asombro; y volviéndose hacia el desconocido, que seguía en el mismo lugar, le preguntó el motivo de tal injuria a la humanidad. El desconocido se volvió lentamente, revelando un semblante que... (aquí el manuscrito tenía unas líneas ilegibles)... dijo en inglés... (aquí seguía un gran espacio en blanco; y el siguiente pasaje legible, aunque era evidentemente continuación del relato, no era más que un fragmento) [...].

»Los terrores de la noche hicieron de Stanton un enérgico e insistente suplicante; y la voz chillona de la vieja, repitiendo: «¡Herejes, no; ingleses, no! ¡Protégenos, Madre de Dios! ¡Vade retro, Satanás!», seguida del golpazo de la puertaventana (típica de las casas de Valencia) que había abierto para soltar su andanada de anatemas, y que cerró como un relámpago, fueron incapaces de rechazar su inoportuna petición de amparo en una noche cuyos terrores debieron de ablandar todas las mezquinas pasiones locales, convirtiéndose en un terrible sentimiento de miedo hacia el poder que los causaba, y de compasión por quienes a ellos se exponían. Pero Stanton intuía que había algo más que un mero fanatismo nacional en las exclamaciones de la anciana; había un extraño y personal horror por el inglés... y estaba en lo cierto; pero esto no disminuyó lo acucian te de su [...].

»La casa era hermosa y espaciosa, pero el melancólico aspecto de abandono [...].

»Los bancos estaban junto a la pared, pero no había nadie que se sentara en ellos; las mesas se hallaban extendidas en lo que había sido el salón, aunque parecía como

si nadie se hubiese sentado en torno a ellas desde hacía mucho años; el reloj latía débilmente, no se oían voces alegres u ocupadas que ahogaran su sonido; el tiempo impartía su tremenda lección al silencio solamente los hogares estaban negros de combustible largo tiempo consumido; los retratos de familia eran los únicos moradores de la mansión; parecían decir desde sus marcos deteriorados: “No hay nadie que se mire en nosotros”; y los ecos de los pasos de Stanton y de su débil guía eran el único sonido audible entre el estrépito de los truenos que aún retumbaban terriblemente, aunque más distantes..., cada trueno era como el murmullo apagado de un corazón consumido. Al proseguir, oyeron un grito desgarrado. Stanton se detuvo, y le vinieron al pensamiento imágenes espantosas de los peligros a que se exponen los viajeros del continente en las moradas deshabitadas y remotas.

»—No hagáis caso —dijo la vieja, encendiendo una lámpara miserable— no es más que el [...].

»Satisfecha ahora la vieja, por comprobación ocular, de que su invitado inglés, aunque fuese el diablo, no tenía cuernos, pezuñas ni rabo, soportaba la señal de la cruz sin cambiar de forma, y de que, cuando hablaba, no le salía de la boca ni una sola bocanada sulfúrea, empezó a animarse; y al final le contó su historia, la cual, pese a lo incómodo que Stanton se sentía [...].

»—Entonces desapareció todo obstáculo; los padres y los familiares dejaron de oponerse, y la joven pareja se unió. Jamás hubo nada tan hermoso: parecían ángeles que hubieran anticipado sólo unos años su celestial y eterna unión. Se celebraron con gran pompa las bodas, y pocos días después hubo un banquete en esta misma cámara enmaderada en la que os habéis detenido al ver lo lúgubre que es. Aquella noche se colgaron ricos tapices que representaban las hazañas del Cid; en especial, aquella en la que quemó a unos musulmanes que se negaron a renunciar a su execrable religión. Se les representaba hermosamente torturados, retorciéndose y aullando, y salía de sus bocas: «¡Mahoma! ¡Mahoma!», tal como le invocaban en la agonía de la hoguera; casi podía oírles gritar. En la parte de arriba de la habitación, al pie de un espléndido estrado, sobre el que había una imagen de la Virgen, se hallaba doña Isabel de Cardoza, madre de la novia; y junto a ella estaba doña Inés, la novia, sentada sobre ricos cojines; el novio se hallaba sentado frente a ella; y aunque no hablaban entre sí, sus ojos, que se alzaban lentamente para apartarse de súbito (ojos que se ruborizaban), se contaban el delicioso secreto de su felicidad. Don Pedro de Cardoza había reunido gran número de invitados en honor de las nupcias de su hija; entre ellos estaba un inglés llamado *Melmoth*, un viajero; nadie sabía quién le había traído. Estuvo sentado en silencio, como el resto, mientras se ofrecían a los invitados refrescos y barquillos azucarados. La noche era muy calurosa, y la luna resplandecía como un sol sobre las ruinas de Sagunto; los bordados cortinajes se agitaban pesadamente, como si el viento hiciese un vano esfuerzo por levantarlos, y desistiera a continuación.

(Aquí había otro tachón del manuscrito, aunque muy breve).

»La reunión se dispersó por los diversos senderos del jardín; el novio y la novia pasearon por uno de ellos, en el que el perfume de los naranjos se mezclaba con el de los mirtos en flor. Al regresar al salón preguntaron los dos si había oído alguien los exquisitos sonos que flotaban en el jardín, justo antes de entrar. Nadie los había oído. Ellos se mostraron sorprendidos. El inglés no había abandonado el salón; dicen que sonrió, de manera extraordinaria y peculiar al oír tal observación. Su silencio había chocado ya anteriormente; pero lo atribuyeron a su desconocimiento de la lengua española, ignorancia que los españoles no desean comprobar ni disipar dirigiéndole la palabra a un extranjero. En cuanto a la cuestión de la música, no volvió a suscitarse hasta que los invitados se hubieron sentado a cenar, momento en que doña Inés y su joven esposo, intercambiando una sonrisa de complacida sorpresa, manifestaron haber oído los mismos deliciosos sonos a su alrededor. Los invitados prestaron atención, pero ninguno consiguió oírlos; todo el mundo lo consideró extraordinario. ¡Chisst!, exclamaron todas las voces casi al mismo tiempo. Se hizo un silencio mortal...; podría haberse pensado, por sus miradas atentas, que escuchaban hasta con los ojos. Este profundo silencio, en contraste con el esplendor de la fiesta y la luz que difundían las antorchas que sostenían los criados, producía un efecto singular: durante unos momentos, pareció una asamblea de muertos. El silencio fue interrumpido, aunque no había cesado la causa del asombro, por la entrada del padre Olavida, confesor de doña Isabel, el cual había sido requerido antes del banquete para que administrase la extremaunción a un moribundo de la vecindad. Era un sacerdote de santidad poco común, muy querido en la familia y respetado en el pueblo, donde manifestaba un gusto y talento poco frecuentes por el exorcismo: de hecho, era el *fuerte* del buen padre, del que él mismo se vanagloriaba. El diablo no podía caer en peores manos que en las del padre Olavida; pues cuando se resistía contumaz al latín, e incluso a los primeros versículos del Evangelio de san Juan en griego, al que no recurría el buen padre si no era en casos de extrema obstinación y dificultad (aquí Stanton se acordó de la historia inglesa del *Muchacho de Bilsdon* y aun en España se avergonzó de sus compatriotas), apelaba siempre a la Inquisición; y si los demonios seguían tan obstinados como antes, luego se les veía salir volando de los posesos, tan pronto como, en medio de sus gritos (indudablemente de blasfemia), se les ataba al poste. Algunos persistían hasta que les rodeaban las llamas; pero hasta los más porfiados eran desalojados cuando concluía el trabajo, pues ni el propio diablo podía ya habitar un ennegrecido y pegajoso amasijo de cenizas. Así, la fama del padre Olavida se extendió por todas partes, y la familia Cardoza puso especial empeño en lograr que fuese su confesor, cosa que consiguió. La misión que venía ahora de realizar había ensombrecido el semblante del buen padre, pero esta sombra se disipó tan pronto como se mezcló entre los invitados y fue presentado a todos. Inmediatamente le hicieron sitio, y se sentó casualmente frente al inglés. Al serle ofrecido el vino, el padre Olavida (que como he dicho antes, era hombre de singular santidad), se dispuso a elevar una breve oración interior. Dudó, tembló y desistió; y,

apartando el vino, se enjugó unas gotas de la frente con la manga de su hábito. Doña Isabel hizo una seña a un criado, y éste se acercó a ofrecer otro vino de más calidad al padre. Movi6 los labios como en un esfuerzo por pronunciar una bendición sobre 6l y los allí reunidos, pero su esfuerzo volvi6 a fracasar; y el cambio que experiment6 su semblante fue tan extraordinario que todos los invitados repararon en 6l. Tuvo conciencia de lo alterado de su expresi6n, y trat6 de disiparla esforz6ndose en levantar la copa hasta los labios. Y tan fuerte era la tensi6n con que los reunidos le observaban que el 6nico rumor que se oy6 en la espaciosa y poblada sala fue el susurro del h6bito, al intentar levantar la copa de nuevo... en vano. Los invitados permanecieron sentados en at6nito silencio. S6lo el padre Olavida estaba de pie; pero en ese momento se levant6 el ingl6s, que pareci6 decidido a atraer la atenci6n de Olavida mediante una mirada como de fascinaci6n. Olavida se tambale6, vacil6, se agarr6 al brazo de un paje y, finalmente, cerrando los ojos un momento como para escapar a la terrible fascinaci6n de esa mirada terrible (todos los invitados hab6an notado, desde que hizo su entrada, que los ojos del ingl6s desped6an un fulgor pavoroso y preternatural), exclam6:

»—¿Qui6n hay entre nosotros? ¿Qui6n? No puedo pronunciar una bendici6n mientras 6l est6 aqu6. No puedo invocar una jaculatoria. ¿Donde pisa, la tierra se abrasa! ¿Donde respira, el aire se vuelve fuego! ¿Donde come, el alimento se envenena! ¿Donde mira, su mirada se hace rel6mpago! ¿*Qui6n est6 entre nosotros?* ¿Qui6n? —repiti6 el sacerdote en la angustia de la imprecaci6n, al tiempo que se le ca6a hacia atr6s la cogulla y se le erizaban los endebles cabellos que rodeaban su afeitado cr6neo, a causa de la terrible emoci6n, al tiempo que sus brazos abiertos, emergiendo de las mangas del h6bito y extendidos hacia el extranjero, suger6an la idea de un inspirado, en un r6pto tremendo de denuncia prof6tica. Estaba de pie..., completamente inm6vil, mientras el ingl6s permaneci6 sereno y est6tico frente a 6l.

»Hubo un agitado revuelo en las actitudes de quienes les rodeaban que contrast6 notablemente con las posturas inm6viles y r6gidas de los dos, que segu6an mir6ndose en silencio.

»—¿Qui6n le conoce? —exclam6 Olavida, recobr6ndose aparentemente del trance—; ¿qui6n le conoce?, ¿qui6n le ha tra6do aqu6?

»Los invitados negaron uno por uno conocer al ingl6s, y cada cual preguntaba a su vecino en voz baja qui6n le *habr6a* llevado all6. Entonces el padre Olavida se6al6 con el brazo a los presentes, y les pregunt6 por separado:

»—¿Le conoces?

»—¡No!, ¡no!, ¡no!—, le fueron contestando todos.

»—Pues yo s6 le conozco —dijo el padre Olavida— ¡por este sudor fr6o! —y se sec6 la frente—, ¡y por estas articulaciones crispadas! —y trat6 de santiguarse, aunque no pudo. Alz6 la voz, hablando con creciente dificultad: Por este pan y por este vino, que recibe el fiel como el cuerpo y la sangre de Cristo, pero que su presencia convierte en sustancias tan venenosas como los espumarajos del agonizante

Judas...; por todo eso, le conozco. ¡Y le ordeno que se vaya! Es... es...

»Y se inclinó hacia adelante mientras hablaba, y clavó la mirada en el inglés con una expresión que era mezcla de cólera y de temor, y le daba un aspecto terrible. A estas palabras, los invitados se levantaron... y los reunidos formaron ahora dos grupos diferentes, el de los sorprendidos, que se juntaron a un lado repetían: «¿Quién es, quién es?», y el del inglés, inmóvil, y Olavida, que había quedado en una actitud mortalmente rígida, señalándole. [...]

»Trasladaron el cuerpo a otra habitación, y nadie advirtió que el inglés había ido hasta que los invitados regresaron a la sala. Se quedaron hasta más tarde comentando tan extraordinario incidente, y por último acordaron continuar en la casa, no fuese que el espíritu maligno (pues no creían que el inglés fuera nada mejor) se tomara con el cadáver libertades nada agradables para un católico, sobre todo habiendo muerto evidentemente sin el auxilio de los últimos sacramentos. Y acababan de adoptar esta loable resolución, cuando estremecieron al oír gritos de horror y agonía procedentes de la cámara nupcial, adonde la joven pareja se había retirado.

»Echaron a correr hacia la puerta, pero el padre llegó primero. La abrieron violentamente, y descubrieron el cadáver de la novia en brazos del esposo.

[...]

»Nunca recobró el juicio; la familia abandonó la mansión, tan terrible para ellos por tantas desventuras. Uno de los aposentos lo ocupa aún el desdichado loco; eran suyos los gritos que hemos oído al cruzar las desiertas habitaciones. Se pasa el día callado; pero cuando llega la medianoche, grita siempre con voz penetrante y apenas humana: «¡Ya vienen!, ¡ya vienen!»; y luego se sume en un profundo silencio.

»El funeral del padre Olavida estuvo acompañado de una circunstancia extraordinaria. Fue enterrado en un convento vecino; y la reputación de santidad, unida al interés que despertó su singular muerte, atrajo a la ceremonia gran número de asistentes. El sermón del funeral corrió a cargo de un monje de destacada elocuencia, contratado expresamente con ese fin. Para que el efecto de su discurso resultara más intenso, se colocó el cadáver en la nave, tendido en el féretro, con el rostro descubierto. El monje tomó su texto de uno de los profetas: «La muerte ha subido a nuestros palacios». Se extendió sobre muerte, cuya llegada, repentina o gradual, es igualmente espantosa para el hombre. Habló de las vicisitudes de los imperios con profunda elocuencia y erudición, pero su auditorio no parecía mostrarse muy afectado. Citó varios pasajes de las vidas de los santos, describió las glorias del martirio y el heroísmo de los que habían derramado su sangre o muerto en la hoguera por Cristo y su santísima madre; pero la gente parecía esperar que dijera algo que les llega más hondo. Cuando prorrumpió en invectivas contra los tiranos bajo cuyas sangrientas persecuciones sufrieron estos hombres santos, sus oyentes se enderezaron un instante, pues siempre resulta más fácil excitar una pasión que un sentimiento moral. Pero cuando habló del muerto, y señaló con enfático gesto hacia el cadáver que yacía frío e inmóvil ante ellos, todas las miradas se clavaron en él, y todos los

oídos permanecieron atentos. Incluso los enamorados que, so pretexto de mojar sus dedos en el agua bendita, intercambiaban billetes amorosos, suspendieron un momento tan interesante correspondencia para escuchar al predicador. Éste hizo hincapié en las virtudes del difunto, de quien dijo que era especial protegido de la Virgen; y enumerando las diversas pérdidas que su fallecimiento representaba para la comunidad a la que pertenecía, para la sociedad, y para la religión en general, se inflamó finalmente, en una encendida reconvención a la deidad a este propósito.

»—¿Por qué? —exclamó—, ¿por qué, Dios mío, nos has tratado así? ¿Por qué has arrancado de entre nosotros a este glorioso santo, cuyos méritos, adecuadamente aplicados, habrían sido sin duda alguna suficientes para expiar la apostasía de san Pedro, la hostilidad de san Pablo (antes de su conversión), y aun la traición del propio Judas? ¿Por qué, oh, Dios, nos lo has arrebatado?

»Y una voz profunda y cavernosa, entre los asistentes, contestó.

»—Porque merecía su destino.

»Los murmullos de aprobación con que todos alababan la increpación del orador medio ahogaron tan extraordinaria interrupción; y aunque hubo algún revuelo en la inmediata vecindad del que había hablado, el resto del auditorio siguió escuchando atentamente.

»—¿Qué es? —prosiguió el predicador, señalando hacia el cadáver—, ¿qué es lo que has dejado aquí, siervo de Dios?

»—El orgullo, la ignorancia, el temor —contestó la misma voz en un tono aún más patético.

»El tumulto se hizo ahora general. El predicador se detuvo; y abriéndose la multitud en círculo, dejó aislada la figura de un monje que pertenecía al convento, el cual había estado de pie; entre ellos [...].

»Tras comprobar la inutilidad de toda clase de admoniciones, exhortaciones y disciplinas, así como de la visita que el obispo de la diócesis hizo personalmente al convento al ser informado de estos extraordinarios incidentes para obtener alguna explicación del contumaz monje, se acordó, en capítulo extraordinario, entregarlo al brazo de la Inquisición. El monje manifestó gran horror cuando le comunicaron esta decisión, y se ofreció a declarar una y otra vez cuanto *pudiera* contar sobre la causa de la muerte del padre Olavida. Su humillación y sus repetidos ofrecimientos de confesar llegaron demasiado tarde. Fue transferido a la Inquisición. Los procedimientos de ese tribunal se revelan muy raramente, pero hay un informe secreto (no puedo garantizar su veracidad) sobre lo que dijo y sufrió allí. En su primer interrogatorio, dijo que referiría cuanto podía. Se le dijo que eso no bastaba, que tenía que decir todo lo que sabía [...].

»—¿Por qué mostraste ese horror en el funeral del padre Olavida?

»—Todo el mundo dio muestras de horror y pesar ante la muerte de ese venerable eclesiástico que murió en olor de santidad. De haber hecho yo lo contrario, podía haberse utilizado como prueba de culpabilidad.

»—¿Por qué interrumpiste al predicador con tan extraordinarias exclamaciones?

»A esto no hubo respuesta.

»—¿Por qué persistes en ese obstinado y peligroso silencio? Te ruego, hermano, que mires la cruz que cuelga de ese muro —y el inquisidor señaló el gran crucifijo negro que había detrás de la silla donde estaba sentado—; una gota de sangre derramada puede purificarte de todos los pecados que hayas cometido en vida; pero toda la sangre, sumada a la intercesión de la Reina del cielo y a los méritos de todos sus mártires, y más aún, a la absolución del Papa, no pueden liberarte de la condenación si mueres en pecado.

»—Pues, ¿qué pecado he cometido?

»—El más grande de todos los posibles: negarte a contestar a las preguntas que te hace el tribunal de la sagrada y misericordiosa Inquisición; no quieres decirnos lo que sabes referente a la muerte del padre Olavida.

»—Ya he dicho que creo que pereció a causa de su ignorancia y su presunción.

»—¿Qué pruebas puedes aducir?

»—Ansiaba conocer un secreto inalcanzable para el hombre.

—¿Cuál?

»—El secreto para descubrir la presencia o al agente del poder maligno.

»—¿Posees tú ese secreto?

»Tras larga vacilación, dijo claramente el prisionero, aunque con voz muy débil:

»—Mi señor me prohíbe revelarlo.

»—Si tu señor fuese Jesucristo, no te prohibiría obedecer los mandamientos ni contestar a las preguntas de la Inquisición.

»—No estoy seguro de eso.

»Hubo un clamor general de horror ante estas palabras. El interrogatorio prosiguió:

»—Si creías que Olavida era culpable de investigaciones o estudios condenados por nuestra Santa Madre Iglesia, ¿por qué no lo denunciaste a la Inquisición?

»—Porque no creí que le fueran a reportar ningún daño; su mente era demasiado débil..., murió a causa del esfuerzo —dijo el prisionero con gran énfasis.

»—¿Crees tú, entonces, que hace falta una mente fuerte para alcanzar esos secretos abominables, así como para investigar su naturaleza y sus tendencias?

»—No; creo que la fortaleza ha de ser más bien corporal.

»—Después trataremos eso —dijo el inquisidor, haciendo una seña para que se reanudara la tortura.

[...]

»El prisionero soportó la primera y segunda sesiones con valor inquebrantable; pero al aplicarle la tortura del agua, que desde luego resulta insoportable para todo ser humano, tanto a la hora de sufrirla como de describirla, exclamó en un jadeante intervalo que lo revelaría todo. Le soltaron, le reanimaron, le confortaron, y al otro día hizo la siguiente confesión [...].

»La vieja española siguió contándole a Stanton que [...] y que, a partir de entonces habían visto al inglés por la vecindad, y que, desde luego, le vieron, había oído decir ella, esa misma noche.

»—¡Gran D... s! —exclamó Stanton, al recordar al desconocido cuya risa demoníaca tanto le había asustado mientras contemplaba los cuerpos sin vida de los amantes fulminados y ennegrecidos por el rayo».

Como, tras unas páginas emborronadas e ilegibles, el manuscrito se volvía más claro, Melmoth siguió leyendo, perplejo e insatisfecho, sin saber qué relación podía tener esta historia española con su antepasado, al que, no obstante, reconocía bajo el título de *el inglés*; preguntándose por qué pensó Stanton, a su regreso a Irlanda, que valía la pena escribir un largo manuscrito sobre un suceso ocurrido en España, y dejarlo después en manos de la familia para que pudiera «comprobar que eran falsedades», como podría decir Dogberry... Su admiración disminuyó, aunque su curiosidad se incrementó aún más con la lectura de las siguientes líneas, que descifró con cierta dificultad. Al parecer, Stanton se encontraba ahora en Inglaterra.

[...]

«Hacia el año 1677, Stanton estaba en Londres, y con el pensamiento absorto en su misterioso compatriota. Este tema constante de sus meditaciones había producido un visible cambio en su aspecto exterior: su manera de andar era como la que Salustio nos cuenta de Catilina; los suyos eran, también, *foedi oculi*. A cada momento se decía a sí mismo: “Si consiguiese dar con ese ser, no le llamaré hombre”; y un momento después decía: “¿y si acabo encontrándole?”. Con este estado de ánimo, resulta bastante raro que se metiera en diversiones públicas, pero así es. Cuando una pasión violenta devora el alma, sentimos más que nunca la necesidad de excitación externa; y nuestra dependencia del mundo en cuanto a alivio temporal aumenta en proporción directa a nuestro desprecio por el mundo y todas sus obras y así solía frecuentar los teatros, *entonces* de moda, cuando.

*La hermosa suspiraba viendo un drama cortesano
Y ni una máscara se iba defraudada.*

»En aquel entonces, los teatros de Londres ofrecían un espectáculo que debía acallar para siempre el necio clamor contra la progresiva relajación de la moral..., necio incluso para la pluma de Juvenal; pero mucho más si provenía de labios de un moderno puritano. El vicio es casi siempre igual. La única diferencia en la vida que merece destacarse es la de los modales, y ahí nosotros aventajamos en mucho a nuestros antepasados. Se dice que la hipocresía es el homenaje que el vicio tributa a la virtud, que el decoro es la expresión exterior de ese homenaje; si es así, debemos reconocer que el vicio se ha vuelto recientemente muy humilde. Sin embargo, había algo espléndido, ostentoso y llamativo en los vicios del reinado de Carlos II. Para

corroborarlo, basta una ojeada a los teatros, cuando Stanton acostumbraba frecuentarlos. En la entrada se hallaban, a un lado, los lacayos de un noble elegante (con los brazos ocultos bajo sus libreas), rodeando la silla de manos de una popular actriz^[2], a la que debían llevarse, *vi et armis*, en cuanto subiese, al terminar la representación. Al otro lado aguardaba el coche acristalado de una mujer de moda, esperando llevarse a Kynaston (el Adonis del día), en su atuendo femenino, al parque, al terminar la obra, y exhibirle con todo el lujoso esplendor de su afeminada belleza (realzada por el disfraz teatral), por la que tanto se distinguía.

Dado que entonces las funciones se daban a las cuatro, quedaba luego tarde de sobra para pasear, y para la cita a medianoche, en que se reunían los grupos en St. James Park a la luz de las antorchas, todos enmascarados, y confirmaban el título de la obra de Wycherly, *Amor en el bosque*. Los palcos, cuando Stanton echaba una mirada desde el suyo, estaban llenos de mujeres cuyos hombros y pechos al aire, bien testimoniados en los cuadros de Lely y en las páginas de Grammont, podían ahorrar al moderno puritanismo muchos gemidos reprobatorios y conmovidas reminiscencias. Todas habían tenido la precaución de enviar a algún familiar varón, la noche del estreno de una obra, para que les dijese si era apropiada para asistir a ella personas «de bien»; pero a pesar de esta medida, en algunos pasajes (que solían surgir cada dos frases) se veían obligadas a abrir sus abanicos, o incluso a taparse con el adorable rizo de la sien que ni el propio Prynne fue capaz de describir.

»Los hombres de los palcos constituían dos clases diferentes, los “hombres de ingenio y placer de la ciudad”, que se distinguían por sus lazos de Flandes manchados de rapé, sus anillos de diamantes, pretendido regalo de una amante de alcurnia (*n’importe* si la duquesa de Portsmouth o Nell Gwynne), sus pelucas despeinadas, cuyos bucles descendían hasta la cintura, y el bajo y displicente tono con que maltrataban a Dryden, Lee y Otway, y citaban a Sedley ya Rochester; la otra categoría la formaban los amantes, los amables “galanes de las damas”, igualmente llamativos por sus blancos guantes orlados, sus obsequiosas reverencias y el hábito de empezar todas las frases que dirigían a una dama con la profana exclamación de “¡Oh, Jesús!”^[3], o esa otra más suave, pero igualmente absurda, de “Le ruego, señora”, o “Ardo, señora”^[4]. Una circunstancia bastante singular caracterizaba los modales del día: las mujeres no habían encontrado entonces su adecuado nivel en la vida; eran, alternativamente, adoradas como diosas y asaltadas como prostitutas; y el hombre que en este momento se dirigía a su amante con un lenguaje tomado de Orondates adorando a Casandra, al momento siguiente la interpelaba con un cinismo capaz de hacer enrojecer el pórtico del Covent Garden^[5].

»La platea presentaba un espectáculo más variado. Había críticos pertrechados de pies a cabeza desde Aristóteles a Bossu; estos hombres comían a las doce, daban conferencias en el café hasta las cuatro, luego mandaban a un mozo que les limpiara los zapatos, y se dirigían al teatro, donde, hasta que se alzaba el telón, permanecían sentados en ceñudo descanso, aguardando su presa de la noche. Estaban los

estudiantes, apuestos, petulantes y habladores; y aquí y allá se veía algún pacífico ciudadano quitándose su copudo sombrero y ocultando su pequeño lazo bajo los pliegues de una enorme capa puritana, mientras sus ojos, inclinados con una expresión medio impúdica, medio ferviente hacia una mujer con antifaz, embozada en una capucha y una bufanda, delataban qué era lo que le había impulsado a entrar en estas “tiendas de Kedar”. Había mujeres también, pero todas con antifaces, los cuales, aunque los llevaban con tanta propiedad como tía Dinah en *Tristram Shandy*, servían para ocultarlas de los “jóvenes incautos” por los que venían, y de todos excepto de las vendedoras de naranjas, que las saludaban de manera ostentosa al cruzar la puerta^[6] En el gallinero estaban las almas felices que aguardaban el cumplimiento de la promesa de Dryden en uno de sus prólogos^[7]; no importaba si era el espectro de la madre de Almanzor con su sudario empapado, o el de Layo, el cual, según los directores de escena, se eleva con su carro, escoltado por los fantasmas de sus tres asistentes asesinados, broma que no se le escapó al Abbé le Blanc^[8] en su receta para escribir una tragedia inglesa. Algunos, de cuando en cuando, pedían a gritos «la quema del Papa»; pero aunque

*«El espacio obedece a lo ilimitado de la pieza.
Que empezaba en Méjico y concluía en Grecia».*

no siempre era posible proporcionarles tan loable diversión, ya que la escena de las piezas populares se situaba generalmente en África o en España; sir Robert Howard, Elkanath Settle y John Dryden; todos coincidían en la elección de temas españoles y moros para sus obras principales. Entre este alegre grupo se sentaban algunas mujeres elegantes, ocultas detrás de sus antifaces, las cuales disfrutaban, en el anonimato, de la licencia que abiertamente no se atrevían a permitirse, y confirmando la característica descripción de Gay, aunque lo escribiera muchos años después:

*«Sentada entre la chusma del gallinero
Laura está segura y se ríe de bromas
que hacen arrugar el ceño a los del palco».*

»Stanton contempló todo esto con la expresión de aquel a quien «no hace sonreír cosa alguna». Se volvió hacia el escenario; la obra era *Alejandro*, escrita por Lee, y el personaje principal estaba representado por Hart, cuyo divino ardor al hacer el amor se dice que casi inclinaba al auditorio a creer que estaba viendo al «hijo de Amón».

»Había suficientes absurdos como para ofender a un espectador clásico o incluso razonable. Había héroes griegos con rosas en el calzado, plumas en los gorros y pelucas que les llegaban a la cintura; y princesas persas de rígidos corsés y pelo

empolvado. Pero la ilusión de la escena estaba bien sostenida; porque las heroínas eran rivales tanto en la vida real como en la teatral. Fue esa memorable noche cuando, según la historia del veterano Betterton^[9], Mrs. Barry, que hacía de Roxana, tuvo un altercado en los camerinos con Mrs. BoWtell (que representaba el papel de Statira) a propósito de un velo cuya propiedad atribuyó con parcialidad el tramoyista a esta última. Roxana reprimió su enojo hasta el quinto acto, en el que, al apuñalar a Statira, le asestó el golpe con tal fuerza que le traspasó el corsé y le infligió una seria aunque nada grave herida. Mr Bowtell se desmayó; se suspendió la función y, con la conmoción que este incidente provocó en la sala, se levantaron muchos espectadores, entre ellos Stanton. Fue en ese momento cuando descubrió, en el asiento de delante, objeto de sus búsquedas durante cuatro años: el inglés al que había visto en las llanuras de Valencia, y al que identificaba con el protagonista de la extraordinaria narración que allí había escuchado.

»Se estaba levantando. No había nada peculiar ni notable en su aspecto pero la expresión de sus ojos era imposible de olvidar. A Stanton le latió corazón con violencia..., una bruma se extendió sobre sus ojos..., un malestar desconocido y mortal, acompañado de una sensación hormigueante en cada poro, de los que brotaban gotas de sudor frío, le anunciaron la [...].

»Antes de haberse recuperado del todo, una música dulce, solemne y deliciosa aleteó en tomo suyo, ascendiendo de manera audible desde el suelo, y aumentado su dulzura y poder, hasta que pareció inundar todo el edificio. Movidó por un súbito impulso de asombro, preguntó a los que tenía junto a él de dónde provenían esos sonos exquisitos. Pero, por la manera de contestarle, era evidente que aquellos a quienes se había dirigido le tomaban por loco; y, efectivamente, notable cambio de su expresión podía justificar tal sospecha. Entonces recordó la noche aquella en España, en que los mismos dulces y misteriosos sonos fuera oídos tan sólo por los jóvenes esposos poco antes de morir. «¿Acaso seré yo próxima víctima?», pensó Stanton; ¿estarán destinados esos acordes celestiales que parecen prepararnos para el cielo, a denunciar tan sólo la presencia de un demonio encarnado que se burla de los devotos con esa «música celestial» mientras se dispone a envolvernos con «las llamas del infierno?». Es muy raro que en ese momento, cuando la imaginación había alcanzado el punto más alto, cuando el objeto que había perseguido en vano durante tanto tiempo parecía haber vuelto en un instante tangible y posible de captar con la mente y el cuerpo, cuando ese espíritu, con el que se había debatido en la oscuridad, estaba a punto de confesar su nombre, Stanton empezara a sentir una especie de decepción ante futilidad de sus persecuciones; como Bruce al descubrir la fuente del Nilo, o Gibbon al concluir su *Historia*. El sentimiento que había abrigado durante tanto tiempo, que de hecho había convertido en un deber, no era en definitiva sino una mera curiosidad; pero ¿hay pasión más irascible, o más capaz de dar una especie de grandeza romántica a todos los vagabundeos y excentricidades? La curiosidad es en cierto modo como el amor, siempre establece un lazo entre el objeto y el sentimiento;

y con tal que este último posea suficiente energía, no importa lo despreciable que sea el primero. La turbación de Stanton, causada, por decirlo así, por la aparición accidental de un desconocido, podía haber hecho sonreír a un niño; pero ningún hombre en su lugar, y en posesión de la plena energía de sus pasiones, habría podido hacer otra cosa que temblar ante la angustiosa emoción con que sintió que le venía, súbita e irresistiblemente, el instante crucial de su destino.

»Terminada la función, se detuvo unos momentos en la calle desierta. Era una hermosa noche de luna, y vio cerca de él una figura cuya sombra, proyectada a medias en la calzada (entonces no había señales, y la única defensa del peatón eran las cadenas y los postes), parecía de proporciones gigantescas. Hacía tanto tiempo que estaba acostumbrado a contender con estos fantasmas de la imaginación, que sentía una especie de obstinado placer en someterlos. Se dirigió hacia allí y observó que la sombra era alargada debido al hecho de proyectarse en el suelo, y que la figura que la proyectaba era de estatura normal; se acercó a ella, y descubrió al mismísimo objeto de sus indagaciones: el hombre a quien había visto un instante en Valencia, y al que, tras una búsqueda de cuatro años, había reconocido en el teatro [...].

»—¿Me buscabas?

»—Sí.

»—¿Tienes algo que preguntarme?

»—Sí, muchas cosas.

»—Habla entonces.

»—Éste no es el lugar.

»—¡No es el lugar!, pobre desdichado; yo soy independiente del tiempo y del lugar. Habla, si es que tienes algo que preguntar o que aprender.

»—Tengo muchas cosas que preguntar, pero espero no aprender nada de ti.

»—Te engañas a ti mismo; pero ya desharemos ese engaño la próxima vez que nos veamos.

»—¿Y cuándo será eso? —dijo Stanton, agarrándole del brazo—; dime la hora y el lugar.

»—La hora será a mediodía —respondió el desconocido con una horrible y enigmática sonrisa—; y el lugar, entre los muros desnudos de un manicomio, donde te levantarás entre el ruido de tus cadenas y los crujidos de la paja de tu lecho, para venir a saludarme..., aunque aún conservarás *la maldición de la cordura* y de la memoria. Aún seguirá sonando, allí, mi voz en tus oídos, y verás reflejada en cada objeto animado o inanimado la mirada de estos ojos, hasta que los contemples otra vez.

»—¿Es en esa situación tan horrible como nos volveremos a ver? —preguntó Stanton, estremeciéndose bajo la fulgurante llama de aquellos ojos demoníacos.

»—Yo nunca —dijo el desconocido con tono enfático—, *nunca abandono a mis amigos en la desgracia*. Cuando se encuentran hundidos en el más bajo abismo de la desventura humana, *están seguros de que serán visitados por mí*.

[...]

El relato, cuando Melmoth logró encontrar su continuación, mostraba a Stanton, unos años después, en un estado de lo más lamentable.

»Siempre se le había tenido por una persona rara, y tal suposición, agravada por sus constantes alusiones a Melmoth, su obsesiva persecución, su extraño comportamiento en el teatro, y su insistencia en los diversos detalles de sus extraordinarios encuentros, con toda la intensidad de la más profunda convicción (lo que no conseguía impresionar a nadie más que a sí mismo), hizo que algunas personas prudentes concibiesen la idea de que tenía trastornado el juicio. Probablemente, la malevolencia de estas personas se coaligó con su prudencia. El francés egoísta^[10] dice que sentimos placer incluso con las desgracias de nuestros amigos... *à plus forte*, con las de nuestros enemigos; y como todo el mundo es naturalmente enemigo de un hombre de genio, la noticia de la dolencia de Stanton se propagó con infernal diligencia. El pariente inmediato, de Stanton, hombre en precaria situación económica pero sin escrúpulos, observó con atención cómo se propagaba la noticia, y vio cómo se cerraba la trampa en torno a su víctima. Una mañana le esperó, acompañado de una persona de aspecto grave aunque algo repulsivo. Encontró a Stanton, como de costumbre, abstraído e inquieto; y tras unos momentos de conversación, le propuso dar un paseo en coche por las afueras de Londres, cosa que, según dijo, le animaría y refrescaría. Stanton objetó que era difícil alquilar un coche (pues es curioso que, en aquella época, el número de coches particulares, aunque infinitamente más reducido que el de hoy, era, sin embargo, muy superior a los de alquiler), y le propuso a su vez un paseo en barca. Esto, como es natural, no convenía a los propósitos del pariente; y tras simular que llamaba a un coche (el cual estaba esperando ya al final de la calle), Stanton y sus acompañantes subieron en él y salieron como a unas dos millas de Londres.

»Luego el coche se detuvo.

»—Ven, primo —dijo el Stanton más joven—, vamos a echar una mirada a una compra que he hecho.

»Stanton descendió distraído, y le siguió a través de un pequeño patio empedrado, con el otro individuo detrás.

»—La verdad, primo —dijo Stanton—, es que tu elección no me parece muy acertada; tu casa tiene el aspecto un poco lúgubre.

»—No te preocupes, primo —replicó el otro—; ya corregiré lo que tú digas, cuando hayas vivido un tiempo en ella.

»Unos sirvientes de aspecto ruin y rostro sospechoso les aguardaban en la entrada, y subieron por una estrecha escalera que conducía a una habitación miserablemente amueblada.

»—Espera aquí —dijo el pariente al hombre que les acompañaba—, voy a buscar compañía para que mi primo se distraiga en su soledad.

»Los dejó solos. Stanton no hizo caso de su compañero, sino que, como era

costumbre en él, cogió el primer libro que encontró a mano y comenzó a leer. Era un volumen manuscrito... En aquel entonces eran mucho más frecuentes que ahora.

»Le pareció que las primeras líneas revelaban que su autor tenía trastornadas las facultades mentales. Era un proyecto (escrito, al parecer, después del gran incendio de Londres) de reconstrucción de la ciudad en piedra, y un intento de demostrar con cálculos descabellados, falsos y, no obstante, plausibles a veces, que podía llevarse a cabo dicho proyecto utilizando los colosales fragmentos de Stonehenge, que el escritor proponía trasladar con este fin. Añadía varios dibujos grotescos de ingenios ideados para el transporte de tales bloques, y en una esquina de la página había añadido una nota: «los habría diseñado más detalladamente, pero no se me permite tener *cuchillo* para afilar la pluma».

»El siguiente volumen se titulaba: *Proyecto para la propagación del cristianismo en el extranjero, por donde cabe esperar que su acogida llegue a ser general en todo el mundo*. Este modesto proyecto consistía en convertir a los embajadores turcos (que habían estado en Londres unos años antes), ofreciéndoles para ello la elección entre ser estrangulados en el acto, o hacerse cristianos: Naturalmente, el autor contaba con que aceptarían la alternativa más fácil; pero incluso ésta presentaba una grave condición, a saber, que debían comprometerse ante el juez a convertir veinte musulmanes diarios a su regreso a Turquía. El resto del folleto discurría de manera muy similar al estilo concluyente del capitán Boabdil: estos veinte convertirían veinte cada uno; y al convertir estos cuatrocientos conversos, a su vez, a su cuota correspondiente, todos los turcos quedarían convertidos antes de que el *Grand Signior* se enterara. Luego venía el *coup d'éclat*: una buena mañana, cada minarete de Constantinopla debía echar las campanas al vuelo, en vez de los gritos del muecín; y el imán, al salir a ver lo que ocurría, debía ser acogido por el arzobispo de Canterbury, *in pontificalibus*, oficiando una misa solemne en la iglesia de Santa Sofía, con lo que concluiría todo el asunto. Aquí parecía surgir una objeción, que la ingenuidad del escritor había anticipado. “Pueden objetar —decía— los que tienen el espíritu lleno de rencor, que puesto que el arzobispo predica en inglés, sus sermones no servirán de mucho al pueblo turco, al que le parecerá todo una inútil algarabía”. Pero esto (el que el arzobispo utilizase su propia lengua) lo «evitaba» indicando con gran sensatez que, donde el servicio se oficiaba en una lengua desconocida, se apreciaba que la devoción de las gentes aumentaba por esta misma razón; como, por ejemplo, en la Iglesia de Roma: san Agustín, con sus monjes, salió al encuentro del rey Etelberto cantando letanías (en una lengua que posiblemente no entendía su majestad), y le convirtió a él y a todo su séquito en el acto; que los libros sibilinos[...].

»*Cum multis aliis*

»Entre las páginas, había recortadas en papel, de manera exquisita, las siluetas de

algunos de estos embajadores turcos; el pelo de las barbas, en particular, estaba trazado a pluma con una delicadeza que parecía obra de las manos de un hada..., pero las páginas terminaban con una queja del autor porque *se le hubiese privado de tijeras*. No obstante, se consolaba a sí mismo, y al lector, asegurando que esa noche cogería un rayo de luna, cuando ésta entrara a través de las rejas, y tan pronto como lo afilase en los hierros de la puerta, haría maravillas con él. En la página siguiente se revelaba una melancólica prueba del poderoso pero postrado intelecto. Contenía unas cuantas líneas incoherentes, atribuidas al poeta dramático Lee, que empezaban:

«¡Ojalá mis pulmones pudiesen gemir
Cual guisantes salteados!...».

»No había prueba alguna de que estas miserables líneas hubiesen sido escritas realmente por Lee, salvo que su metro correspondía al elegante cuarteto de la época. Es extraño que Stanton siguiera leyendo absorto, sin el menor recelo de peligro, el *álbum de un manicomio*, sin pensar en qué lugar estaba, al que delataban tan manifiestamente tales composiciones.

»Después de mucho rato, miró a su alrededor y se dio cuenta de que su acompañante se había ido. Las campanillas eran raras en aquel entonces. Se dirigió a la puerta... estaba cerrada. Llamó... y su voz fue coreada por otras muchas, pero en tonos tan fieros y discordantes que se calló, presa de involuntario terror. Como pasaba el tiempo y no acudía nadie, se dirigió a la ventana, y entonces se dio cuenta por primera vez de que estaba enrejada. Miró el estrecho patio enlosado, en el que no había ser humano alguno; aunque, de haberlo habido, no habría podido encontrar en él sentimiento de ningún género.

»Invadido por un indecible horror, se hundió, más que se sentó, junto a la miserable ventana, y “deseó la luz”.

A medianoche despertó de su sopor, mitad desmayo mitad sueño, dado que probablemente la dureza de la silla y la mesa de pino sobre la que estaba apoyado no contribuían a prolongarlo.

»Estaba completamente a oscuras: el horror de su situación se apoderó en seguida de él, y por un momento casi se sintió digno inquilino de esta espantosa mansión. Buscó a tientas la puerta, la sacudió con desesperado forcejeo y empezó a dar gritos tremendos, mezclados de protestas y órdenes. Sus gritos fueron coreados al punto por un centenar de voces. Existe en los locos una malignidad peculiar, acompañada de una extraordinaria agudeza de los sentidos, sobre todo para distinguir la voz de un extraño. Los gritos que Stanton oía desde todas partes eran como un salvaje e infernal aullido de júbilo porque la mansión del dolor había conseguido un nuevo inquilino.

»Calló, agotado: se oyeron pasos rápidos y atronadores en el corredor. Se abrió la puerta, y apareció en el umbral un hombre de aspecto feroz; detrás se vislumbraban

confusamente otros dos.

»—¡Déjame salir, bellaco!

»—¡Calla ya, mi lindo camarada!; ¿a qué viene este alboroto?

»—¿Dónde estoy?

»—Donde debes.

»—¿Te atreves a retenerme aquí?

»—Sí, y a algo más que eso —contestó el rufián, descargándole una tanda de latigazos en la espalda y los hombros, hasta que el paciente cayó al suelo temblando de rabia y de dolor—. Después de esto, ya sabes que estás donde debes estar —repitió el rufián, blandiendo el látigo por encima de él—; y sigue el consejo de un amigo, y no vuelvas a armar más ruido. Los muchachos están dispuestos a ponerte los grillos, y lo van a hacer a una señal de este látigo; a menos que prefieras que te dé otro repaso primero.

»Mientras hablaba, entraron los otros en la habitación con los grilletes en la mano (las camisas de fuerza eran poco conocidas o utilizadas entonces) y, a juzgar por sus terribles semblantes y actitudes, no mostraban ninguna renuencia en aplicarlos. El desagradable ruido que hacían al arrastrarlos por el pavimento de piedra le heló la sangre a Stanton; el efecto, sin embargo, fue beneficioso. Tuvo presencia de ánimo para comprender su (supuesto) estado lamentable, suplicar perdón al despiadado guardián, y prometer completa sumisión a sus órdenes. Esto aplacó al rufián, y se retiró.

»Stanton hizo acopio de todo su poder de resolución para soportar la horrible noche; vio todo lo que tenía ante sí, y se dijo que tenía que afrontarlo. Tras larga y agitada deliberación, concluyó que lo mejor era seguir aparentando la misma sumisión y tranquilidad, esperando propiciarse así, con el tiempo, a los miserables en cuyas manos estaba o, con su apariencia inofensiva, favorecer momentos de tolerancia que le pudiesen brindar finalmente la huida. Así que decidió portarse con la más absoluta tranquilidad, y velar por que su voz no se oyera nunca en la casa, reservándose otras decisiones con un grado de astucia tal, que le hizo estremecer, pensando que quizá fuera ésa la sagacidad propia de la locura incipiente, o una primera consecuencia de las espantosas costumbres del lugar.

»Sometió estas decisiones a desesperada prueba esa misma noche. Contiguos a la habitación de Stanton se alojaban dos vecinos de lo más incompatibles. Uno de ellos era un tejedor puritano que se había vuelto loco a causa de un sermón del celebrado Hugh Peters, y había ido a parar al manicomio con toda la predestinación y reprobación que le cabían en el cuerpo... y más. Repetía con regularidad los *cinco puntos* mientras duraba el día, y se imaginaba a sí mismo predicando en un conventículo con notable éxito; hacia el anochecer, sus visiones se volvían más tenebrosas, y a medianoche sus blasfemias eran horribles. La celda opuesta la ocupaba un sastre legitimista que se había arruinado fiando a caballeros y damas (porque en esa, época, y mucho más tarde, hasta los tiempos de la reina Ana, las

señoras empleaban a los sastres incluso para que les *hiciesen* y les *adaptasen* los corsés), el cual se había vuelto loco con la bebida y la lealtad en la quema del Parlamento Rump, y desde entonces hacía retumbar las celdas del manicomio citando fragmentos de canciones del malogrado coronel Lovelace, trozos del *Cutter of Coleman Street*, de Cowley, y algún curioso pasaje de las obras teatrales de Aphra Behn, donde a los caballeros partidarios de Carlos I se les calificaba de *heroicos* y se representaba a lady Lambert y lady Desborough acudiendo al servicio religioso precedidas de grandes biblias transportadas por pajes, y enamorándose de dos caballeros en el trayecto.

»—Tabitha. Tabitha —gritó una voz medio jubilosa, medio burlona—, tú también irás con tu pelo rizado y tus pechos desnudos —luego añadió con voz afectada—: Antes solía bailar las canarias, esposa.

»Esto no dejaba nunca de herir los sentimientos del tejedor puritano (o más bien de influir en sus instintos), quien inmediatamente contestaba: «El coronel Harrison vendrá del oeste cabalgando sobre una mula de color cielo, que significa instrucción^[11]».

»—Mientes puritano hijo de p... —rugió el sastre legitimista—; el coronel Harrison será condenado antes de que monte jamás sobre una mula de color cielo —y concluyó su enérgica frase con fragmentos de canciones antioliverianas:

*«Ojalá viva yo para ver
Al viejo Noll colgando de un árbol
Y a muchos como él;
Maldito, maldito sea,
Caigan todos los males sobre él».*

»—Sois caballeros honorables; puedo tocaros muchas tonadas —chirrió un pobre violinista que solía tocar en las tabernas para los del partido legitimista, y recordaba las palabras exactas de un músico similar que tocaba para el coronel Blunt en el comité.

»—Entonces tócame esa de «la Rebelión está destruyendo la casa» —exclamó el sastre, danzando frenéticamente en su celda (en la medida en que se lo permitían las cadenas) siguiendo unos compases imaginarios.

»El tejedor no pudo contenerse más tiempo.

»—¿Hasta cuándo, Señor —exclamó—, hasta cuándo seguirán ofendiendo tus enemigos tu santuario, en el que se me ha colocado como ungido profesor?; ¿también aquí, donde se me ha enviado para que predique a las almas que sufren prisión? Abre las esclusas de tu poder, y aunque tus olas y tempestades arremetan contra mí, deja que testifique en medio de ellas, como aquel que, extendiendo las manos para nadar, levanta una para advertir a su compañero que está a punto de irse al fondo: hermana Ruth, ¿por qué te desnudas el pecho poniendo de relieve mi fragilidad? Señor, deja

que tu fuerte brazo esté con nosotros como lo estuvo cuando frenaste el escudo, la espada y la batalla, y tu pie se hundía en la sangre de tus enemigos, y la lengua de tus perros estaba roja de la misma. Sumerge todos tus vestidos en esa sangre, y déjame tejerte otros nuevos cuando los tengas manchados. ¿Cuándo pisarán tus santos en el lagar de tu ira? ¡Sangre!, ¡sangre!; ¡los santos la reclaman, la tierra se abre para beberla, el infierno está sediento de ella!... Hermana Ruth, te lo ruego, oculta tus pechos y no seas como las mujeres vanidosas de esta generación. ¡Oh!, ¡ojalá haya un día como ése, un día del Señor de los ejércitos, en el que se desmoronen las torres! Dispénsame de la batalla, pues no soy hombre fuerte para la guerra; déjame en la retaguardia del ejército para maldecir, con la maldición de Meroz, a los que no acuden en ayuda del Señor contra el poderoso... para maldecir, también, a este sastre malvado; sí, para maldecirle con saña. Señor, estoy en las tiendas de Kedar, mis pies tropiezan en las montañas oscuras, ¡me caigo, me caigo! —y el pobre desdichado, agotado por sus delirantes congostas, cayó y se arrastró durante un rato en la paja—. ¡Oh, he sufrido una caída dolorosa!; hermana Ruth, ¡oh, hermana Ruth! No te alegres de mi mal. ¡Ah, enemiga mía!, pero aunque me caiga, yo sabré levantarme.

»Cualquiera que fuese la satisfacción que a la hermana Ruth le hubiese reportado esta seguridad, de haber podido oírle, se multiplicaba por diez en el tejedor, cuyos afectuosos recuerdos se cambiaron de repente en otros de carácter bélico, extraídos de un desventurado y tumultuoso revoltijo de desechos intelectuales.

»—El Señor es un hombre de guerra —gritó—. ¡Mirad a Marston Moor! ¡Mirad la ciudad, la orgullosa ciudad, llena de soberbia y de pecado! ¡Mirad las aguas del Severn, rojas de sangre como las olas del mar Rojo! Las pezuñas estaban rotas por las cabriolas, las cabriolas de los poderosos. Luego, Señor, vino tu triunfo, y el triunfo de tus santos, a cargar con cadenas a los reyes, y a sus nobles con grilletes de hierro.

»El malévolo sastre prorrumpió a su vez:

»—Gracias a los pérfidos escoceses, y a su solemne liga y pacto, y al castillo de Carisbrook, puritano desorejado —vociferó—. Si no llega a ser por ellos, le habría tomado yo las medidas al rey para hacerle una capa de terciopelo tan grande como la Torre de Londres, y un aletazo con ella habría arrojado a ese «nariz de tomate» al Támesis y lo habría mandado al infierno.

»—¡Mientes con toda tu boca! —gritó el tejedor—; te lo voy a probar sin armas, con mi lanzadera contra tu aguja, y te voy a derribar al suelo después, como derribó David a Goliat. Fue la jerarquía, la jerarquía prelaticia, egoísta, mundana, carnal, del *hombre* (tal era el término indecente con que los puritanos designaban a Carlos I) la que empujó al piadoso a buscar la dulce palabra en sazón de sus propios pastores, los cuales abominaron justamente el atuendo papal de mangas anchas, órganos lujuriosos y casas con campanario. Hermana Ruth, no me tientes con esa cabeza de becerro chorreante de sangre; arrójala, te lo ruego, hermana, es impropia en la mano de una mujer, aunque beban de ella los hermanos... ¡Ay de ti, adversaria!, ¿acaso no ves cómo las llamas envuelven la ciudad maldita bajo su hijo arminiano y papista?

¡Londres está en llamas!, ¡en llamas! —vociferó—; y las teas que le prendieron fuego venían de sus habitantes semipapistas, arminianos y condenados. ¡Fuego!... ¡fuego!

»La voz con que profirió las últimas palabras sonó terrible y poderosa, pero fue como el gemido de un niño comparada con la que repitió este grito, como un eco, en un tono que hizo estremecer toda la casa. Era la voz de una loca que había perdido a su marido, sus hijos, su sustento, y finalmente su juicio, en el espantoso incendio de Londres. El grito de fuego jamás dejaba de despertar en ella, con terrible puntualidad, dolorosas asociaciones. Había estado sumida en un sueño inquieto, y ahora se despertó tan de repente como aquella noche terrible. Era sábado por la noche, también, y se había observado que se ponía particularmente violenta en esas noches: era su terrible fiesta semanal de locura. Se despertó para descubrirse a sí misma huyendo de las llamas; y dramatizó la escena entera con tan horrible fidelidad que la resolución de Stanton se vio mucho más en peligro por ella que por la batalla entre sus vecinos *Testimonio* y *Cascarrabias*. Comenzó a gritar que la estaba sofocando el humo; ya continuación saltó de la cama pidiendo que encendieran una luz, y de repente pareció deslumbrada como por un resplandor que irrumpía a través de su ventana.

»—¡El día final! ¡El mismo cielo está en llamas!».

»—Ese día no llegará mientras no sea destruido primero el Hombre de Pecado —exclamó el tejedor—; en tu delirio, ves luz y fuego, y sin embargo estás completamente a oscuras... ¡te compadezco, pobre alma loca, te compadezco!

»La loca no le hizo caso; parecía subir por una escalera hasta la habitación de sus hijos. Gritaba que se quemaba, se chamuscaba, se asfixiaba; pareció flaquearle el valor, y retrocedió.

»—¡Pero mis hijos están ahí! —exclamó con una voz de indescriptible agonía, mientras parecía realizar otro esfuerzo—. Aquí estoy... aquí estoy para salvaros... ¡Oh, Dios! ¡Están envueltos en llamas! ¡Cogeos de este brazo!, no, de ése no, que está quemado e inútil... bueno, los dos están igual... cogeos de mis ropas... ¡no, que están ardiendo también! ¡Bueno, cogeos de mí como estoy!... ¡y el pelo, cómo crepita!... Agua, una gota de agua para mi pequeñín... no es más que un bebé... para mi pequeñín, ¡dejadme a mí que me queme! —guardó un sobrecogido silencio, al ver caer una viga en llamas que estuvo a punto de destrozar la escalera en la que se encontraba—. ¡El tejado se derrumba sobre mi cabeza! —gritó.

»—La tierra es endeble, y todos sus habitantes también —salmodió el tejedor—; yo sostendré sus pilares.

»La loca indicó la destrucción del lugar donde creía que estaba con un salto desesperado, acompañado de un grito frenético, y luego presencié serenamente cómo se precipitaban sus hijos sobre los fragmentos ardiendo y desaparecían en el abismo de fuego de abajo. «¡Ahí van... uno... dos... tres... todos!», y su voz se apagó en una serie de quejidos bajos, y sus convulsiones se convirtieron en débiles y fríos estremecimientos, como sollozos de una tormenta extenuada, imaginándose “a salvo

y desesperada”, en medio de los mil desventurados sin hogar que se congregaron en las afueras de Londres, en las noches espantosas que siguieron al incendio, sin comida, ni techo, ni ropas, contemplando las quemadas ruinas de sus propiedades y sus casas. Parecía oír los lamentos, y hasta repetía algunos de forma conmovedora, aunque a todos contestaba con las mismas palabras: “¡Pero yo he perdido a todos mis hijos... *a todos!*”. Era curioso observar que, cuando esta infeliz comenzaba a desvariar, enmudecían todos los demás. El grito de la naturaleza acallaba al resto: ella era el único paciente en la casa que no estaba enfermo de política, de religión, de ebriedad o de alguna pasión pervertida; y pese a lo aterradores que eran siempre sus frenéticos accesos, Stanton solía esperarlos con una especie de alivio tras los disonantes, melancólicos y ridículos delirios de los otros.

»Pero los máximos esfuerzos de su resolución comenzaban a tambalearse ante los continuos horrores del lugar. Las impresiones de sus sentidos empezaban a desafiar la capacidad de la razón que los rechazaba. No podía dejar de oír los gritos horribles que se repetían por las noches, ni el espantoso restallar del látigo que empleaban para imponerles silencio. Empezaba a perder la esperanza, ya que se daba cuenta de que su sumisa tranquilidad (que él había adoptado para conseguir una mayor indulgencia que contribuyese a su fuga o, quizás, a convencer de su cordura al guardián) era interpretada por el insensible rufián, que conocía las distintas variedades de *locura*, como una especie más refinada de esa astucia que estaba acostumbrado a vigilar y a desbaratar.

»Al principio de descubrir su situación, se había propuesto cuidar su salud y juicio todo lo que el lugar permitiera, como base única de su esperanza de liberación. Pero al disminuir esa esperanza, dejó de pensar en el medio de llevarla a cabo. Al principio se levantaba temprano, caminaba incesantemente alrededor de su celda y aprovechaba cualquier ocasión para estar al aire libre. Observaba un estricto cuidado de su persona en lo referente al aseo, y con apetito o sin él, se forzaba a tomar la comida miserable que le daban; y todos estos esfuerzos le resultaban incluso agradables, ya que los motivaba la esperanza. Pero luego empezó a descuidarlos. Se pasaba la mitad del día tumbado en su lecho miserable, donde tomaba frecuentemente las comidas; dejó de afeitarse y cambiarse de ropa y, cuando el sol entraba en su celda, se volvía de espaldas, tumbado en la paja, con un suspiro de quebrantado desaliento. Antes, cuando soplaba el aire a través de su reja, solía decir: “¡Bendito aire del cielo, yo te volveré a respirar en plena libertad! Reserva tu frescor para esa deliciosa noche en que yo te aspire, y sea tan libre como tú”. Ahora, cuando lo sentía, suspiraba y no decía nada. El canto de los gorriones, el tamborileo de la lluvia o el gemido del viento, ruidos que había escuchado con placer sentado en su lecho porque le recordaban la naturaleza, le tenían ahora sin cuidado.

»Empezó a escuchar a veces, con sombrío y macabro placer, los gritos de sus desventurados compañeros. Se volvió escuálido, apático, indiferente, y adquirió un aspecto repugnante [...].

»Fue una de esas noches sombrías cuando, dando vueltas en su lecho miserable —tanto más miserable por la imposibilidad de abandonarlo sin sentir más «desasosiego»—, notó que el pobre resplandor que proporcionaba la chimenea quedaba oscurecido por la interposición de algún cuerpo opaco. Se volvió débilmente hacia la luz no con curiosidad, sino por un deseo de distraer la monotonía de su desventura observando el más leve cambio que ocurría accidentalmente en la oscura atmósfera de su celda. Entre él y la luz, de pie, se hallaba la figura de Melmoth, exactamente igual que la viera la primera vez; su aspecto era el mismo; su expresión, idéntica: fría, pétrea, rígida; sus ojos, con su infernal e hipnótico fulgor, eran también los mismos.

»A Stanton se le agolpó en el alma su pasión dominante; entendió esta aparición como la llamada a una entrevista terrible y trascendental. Sintió que su corazón latía con violencia, y podría haber exclamado con la desventurada heroína de Lee: «¡Jadea como los cobardes antes de la batalla! ¡Oh, la gran marcha ha sonado!».

»Melmoth se acercó a él con esa calma tremenda que se burla del terror que provoca.

»—Se ha cumplido mi profecía: te levantas para venir a mi encuentro cargado de cadenas, y haciendo crujir la paja de tu camastro... ¿no soy un auténtico profeta? —Stanton guardó silencio—. ¿No es tu situación verdaderamente miserable? —Stanton siguió callado: estaba empezando a creer que se trataba de un fingimiento de su locura. Pensó para sí: “¿Cómo podría haber llegado hasta aquí?”—. ¿Es que no deseas verte libre? —Stanton se removió en la paja, y su crujido pareció contestar a la pregunta—. Yo tengo poder para liberarte.

»Melmoth hablaba muy lenta, suavemente; y la melodiosa dulzura de su voz contrastaba de manera terrible con la pétrea dureza de sus facciones y el brillo diabólico de sus ojos.

»—¿Quién eres tú, y por dónde has entrado? —dijo, por fin, Stanton, en un tono que pretendía ser inquisitivo y autoritario, pero que, debido a sus hábitos y a su estado de escuálida debilidad, sonó a un tiempo débil y quejumbroso. La lobrete de su habitación miserable había afectado a su entendimiento como el desdichado huésped de una morada similar cuando, presentado al examinador médico, se le informó de que era completamente albino: “Su piel se había descolorido, los ojos se le habían vuelto blancos; no podía soportar luz; y al exponérsele a ella, se apartó, con una mezcla de debilidad y desasosiego, más con las contorsiones del niño que con los forcejeos del hombre”.

»Tal era la situación de Stanton; estaba ahora demasiado débil, y el poder enemigo no parecía que fuese a hacer mella en sus potencias intelectuales o corporales [...].

»De todo el horrible diálogo, sólo eran legibles las siguientes palabras del manuscrito:

»—Ahora ya me conoces.

»—Yo siempre te he conocido.

»—Eso no es verdad; creías conocerme, y ésa ha sido la causa de tu descabellada [...] de la [...] de venir a parar finalmente a esta mansión del dolor, donde yo puedo encontrarte, donde sólo yo puedo socorrerte.

»—¡Tú eres el demonio!

»—¡El demonio! ¡Desagradable palabra! ¿Fue un demonio o un ser humano el que le te trajo? Escúchame, Stanton; no te envuelvas en esa miserable manta no puede sofocar mis palabras. Créeme: ¡aunque te envuelvas en nubes de truenos, tendrás que oírme! Stanton, piensa en tu desventura. ¿Qué ofrecen las paredes desnudas al entendimiento o a los sentidos? Una superficie encalada, ilustrada con garabatos de carbón o de tiza roja que tus felices predecesores han dejado para que tú dibujes encima. A ti te gusta el dibujo... Confío en que te perfecciones y aquí hay una reja a través de la cual te mira el sol como madrastra, y sopla la brisa como si pretendiera atormentarte con un suspiro de esa boca dulce de cuyo beso no gozarás jamás. ¿Y dónde está tu biblioteca, hombre intelectual y viajero? —prosiguió en un tono de profunda ironía—, ¿dónde están tus compañeros, tus eminencias del mundo, como dice tu predilecto Shakespeare? ¡Tendrás que conformarte con la araña y la rata que se arrastran y roen alrededor de tu jergón! He conocido prisioneros en la Bastilla que las alimentaban y las tenían por compañeras... ¿Por qué no empiezas tú también? Sé de una araña que descendía a un golpecito con el dedo, y de una rata se acercaba cuando traían la comida diaria para compartirla con su comparo de cárcel. ¡Qué encantador, tener sabandijas por invitados! Sí, y cuando les falla el festín, ¡se comen al anfitrión! Te estremeces. ¿Serías tú, acaso, el primer prisionero devorado vivo por las sabandijas que infestan las celdas? ¡Delicioso banquete, «no en el que comes, sino en el que eres comido»! Tus huéspedes sin embargo, te darán una prueba de arrepentimiento mientras te devoran: *harán rechinar sus dientes*, y tú los sentirás, ¡y quizá los oigas también!, y por toda comida (¡oh, con lo remilgado que eres!), una sopa que el gato ha lamido; ¿y por qué no, si seguramente ha contribuido al brebaje con su prole? Después, tus horas de soledad, deliciosamente distraídas con los aullidos del hambre, los alaridos de la locura, el restallar del látigo y los sollozos angustiados de los que, como tú, se supone que están locos. ¡O los han vuelto locos los crímenes de otros! Stanton, ¿crees acaso que conservarás la cordura en medio de tales escenas? Imagina que tu razón se mantiene intacta, y que tu salud no se arruina; supón todo eso, cosa que es, en realidad, más de lo que una razonable suposición puede conceder; imagina, luego, el efecto de la continuidad de estas escenas en tus sentidos nada más. Llegará el momento, y no ha de tardar, en que por puro hábito, repetirás como un eco el grito de cada desdichado que se aloja cerca de ti; a continuación callarás, te apretarás tu palpitante cabeza con las manos, y prestarás atención, con horrible ansiedad, tratando de averiguar si el grito procedía de *ellos* o de *ti*. Llegará un momento en que, por falta de ocupación, por el abandono y el horrible vacío de tus horas, estarás tan deseoso de oír esos alaridos como aterrado

estabas antes al oírlos... y espiarás los desvaríos de tu vecino como si siguieras una escena de teatro. Toda humanidad se habrá extinguido en ti. Los delirios de esos desdichados se convertirán a un tiempo en tu diversión y tu tortura. Estarás pendiente de los ruidos, para burlarte de ellos con las muecas y bramidos de un demonio. La mente tiene la facultad de acomodarse a su situación, y tú lo vas a experimentar en su más horrible y deplorable eficacia. Entonces le sobreviene a uno la duda espantosa sobre su propia lucidez, anuncio terrible de que esa duda se convertirá muy pronto en temor, y de que ese temor se volverá certidumbre. Quizá (y eso es más horrible aún) el *temor* se convierta finalmente en *esperanza*: separado de la sociedad, vigilado por un guardián brutal, retorciéndote con toda la impotente agonía de un espíritu encarcelado, sin comunicación y sin simpatías, imposibilitado para intercambiar ideas, si no es con aquellos cuyas concepciones no son más que espectros horrendos de un entendimiento extinguido, y para oír el grato sonido de la voz humana, si no es para confundirlo con el aullido del demonio que te hará taparte los oídos profanados por su intrusión..., tu miedo se convertirá finalmente en la más pavorosa de las esperanzas; desearás convertirte en uno de ellos, escapar a la agonía de la conciencia. Igual que los que se asoman largamente a un precipicio acaban sintiendo deseos de arrojar a él para aliviar la intolerable tentación de su vértigo^[12], así los oirás reír en medio de sus violentos paroxismos, y te dirás: “Sin duda, estos desdichados tienen algún consuelo; en cambio yo no tengo ninguno: mi cordura es mi mayor maldición en esta morada de horrores. Ellos devoran ansiosamente su comida miserable, mientras que yo abomino la mía. Ellos duermen profundamente, mientras que mi sueño es... peor que su vigilia. Ellos reviven cada mañana con alguna deliciosa ilusión de solapada locura, calmados por la esperanza de escapar, sorprendiendo o atormentando a su guardián; mi cordura excluye tales esperanzas. Sé que no podré escapar jamás, y el conservar mis facultades no hace sino agravar mi dolor. Sufro todas sus miserias... pero no tengo ninguno de sus consuelos. Ellos ríen... yo los oigo; ojalá pudiera reír como ellos”. Y lo intentarás; y el mismo esfuerzo será una invocación al demonio de la locura para que venga y tome plena posesión de tu ser para siempre».

(Había otros detalles, amenazas y tentaciones utilizados por Melmoth, que resultan demasiado horribles para incluirlos aquí. Sirva uno de ejemplo):

»Tú crees que el poder intelectual es algo distinto de la vitalidad del alma o en otras palabras, que aunque tu razón fuera destruida (y ya casi lo está), tu alma podría gozar de la beatitud con el pleno ejercicio de sus ampliadas y exaltadas facultades, y todas las nubes que la oscureciesen serían disipadas por el Sol de la Justicia, en cuyos rayos esperas calentarte eternamente. Ahora bien sin meternos en sutilezas metafísicas sobre la distinción entre la mente y el alma, la experiencia debe enseñarte que no puede haber crimen en el que los locos no deseen precipitarse, y de hecho no se precipiten; el daño es su ocupación, la malicia su hábito, el homicidio su deporte, y la blasfemia su gozo. Si un alma en ese estado puede sentirse llena de esperanza, es algo

que debes juzgar tú mismo; pero me parece que con la pérdida de la razón (y la razón no puede durar en un lugar como éste), pierdes también la esperanza de inmortalidad. ¡Escucha! —dijo el tentador, guardando silencio—, escucha a ese infeliz que desvaría a tu lado, y cuyas blasfemias podrían asustar al mismo demonio. Un día fue un eminente predicador puritano. La mitad del día se imagina que está en el púlpito lanzando maldiciones contra los papistas, los arminianos e incluso los sublapsarianos (ya que él era de la doctrina opuesta, es decir, supra lapsariano). Echa espumarajos, se estremece, rechina los dientes; puedes imaginarlo en el infierno que él está pintando, con ese fuego y azufre que tanto prodiga brotándole de verdad de sus propias fauces. Por la noche *su credo se venga de él*: se cree uno de esos réprobos contra quienes ha estado tronando todo el día, y maldice a Dios por la misma razón por la que ha estado todo el día glorificándole.

»Aquel al que ha estado proclamando durante doce años como “el más amable entre diez mil”, se convierte en objeto de hostilidad demoníaca y de execración. Agarra los barrotes de hierro de su cama, y dice que está arrancando la cruz de los mismos cimientos del Calvario; y es curioso que en la misma medida en que han sido intensos, vívidos y elocuentes sus ejercicios matinales son violentas y horribles sus blasfemias nocturnas... ¡Mira! Ahora se cree un demonio; ¡escucha su diabólica elocuencia de horror!

»Stanton prestó atención, y se estremeció [...].

»—¡Huye... huye por tu vida! —exclamó el tentador—; sal a la vida y a la libertad y a la cordura. Tu felicidad social, tus potencias intelectuales, tus intereses inmortales, quizá, dependen de tu elección en este momento. Ahí está la puerta, y la llave la tengo en mi mano. ¡Elige... elige!

»—¿Cómo ha llegado esa llave a tu mano?, ¿cuáles son las condiciones para mi liberación? —dijo Stanton [...].

»La explicación de las condiciones ocupaba varias páginas, las cuales, para suplicio del joven Melmoth, eran completamente ilegibles. Parecía, no obstante, que Stanton las había rechazado con gran enojo y horror, porque exclamaba finalmente:

»—¡Vete de aquí, monstruo, demonio!... Vete a tu tierra. Hasta esta mansión de horror tiembla de contenerte; sus paredes sudan, sus suelos se estremecen bajo tus pisadas [...].

El final de tan extraordinario manuscrito se hallaba en tal estado que, de quince mohosas y estropeadas páginas, Melmoth apenas pudo averiguar el número de líneas. Jamás ningún paleógrafo, extendiendo con mano temblorosa las hojas calcinadas de un manuscrito herculáneo, y esperando descubrir algún verso de la *Eneida* escrito por el propio Virgilio, o siquiera alguna inenarrable abominación de Petronio o de Marcial, felizmente explicativa de los misterios de las Spintrias o de las orgías de los seguidores del culto Fálico, emprendió con más infructuosa diligencia, ni meneó negativamente la cabeza con más desaliento sobre su tarea. Lo único que logró ver claro era que tendía más a excitar que a calmar esa sed febril de saber que consumía

lo más íntimo de su ser. El manuscrito no decía nada más sobre Melmoth, pero informaba que Stanton fue liberado finalmente de su encierro, que su búsqueda de Melmoth fue incesante e infatigable, que él mismo consideraba esta obsesión suya como una especie de locura, y que, a la vez que la reconocía como una pasión dominante, la sentía también como el mayor suplicio de su vida. Volvió a visitar el continente, regresó a Inglaterra, viajó, indagó, rastreó, sobornó, pero sin resultado. Estaba condenado a no volver a ver *en vida* al ser con el que se había encontrado tres veces en circunstancias excepcionales. Finalmente, tras averiguar que había nacido en Irlanda, decidió ir allí... Fue, y su búsqueda volvió a resultar infructuosa, y sus preguntas quedaron sin respuesta. La familia no sabía nada de él o al menos se negó a revelar a un extraño lo que sabía o imaginaba; y Stanton se marchó poco convencido. Hay que señalar que tampoco él, por lo que se desprendía de las páginas medio borradas del manuscrito, reveló a los mortales los detalles de su conversación en el manicomio; y la más leve alusión al respecto provocaba en él accesos de furia y de melancolía singulares y alarmantes. No obstante, dejó el manuscrito en manos de la familia, posiblemente por considerar que su depósito estaría a salvo, dada la falta de curiosidad que había mostrado, y su evidente indiferencia respecto a su pariente, o el poco gusto por la lectura, ya fuese de manuscritos o de libros. En realidad, parece que hizo como los hombres que, hallándose en peligro en alta mar, confían sus cartas y mensajes a una botella sellada, y la arrojan a las olas. Las últimas líneas legibles del manuscrito eran sumamente extraordinarias.

[...]

«Lo he buscado por todas partes. El deseo de verle otra vez se ha convertido en un fuego que me consume por dentro: es la necesaria condición de mi existencia. Le he buscado por última vez en Irlanda, de donde he averiguado que procede; pero en vano. Quizá nuestro encuentro final sea en [...]».

Aquí acababa el manuscrito que Melmoth encontró en el cuarto secreto de su tío. Cuando hubo terminado, se apoyó en la mesa junto a la cual lo había estado leyendo, y ocultó el rostro entre sus brazos cruzados, con cierta sensación de mareo, y sumido en un estado a la vez de perplejidad y excitación. Unos momentos después, se levantó, presa de un sobresalto involuntario, y vio que el retrato le contemplaba fijamente desde su lienzo. Se hallaba a unas diez pulgadas de donde estaba sentado, y la fuerte luz que accidentalmente se proyectaba sobre él, y el hecho de ser la única representación de una figura humana en la habitación, parecían aumentar esta proximidad. Melmoth tuvo la impresión, por un momento, como si estuviera a punto de recibir una explicación de labios del retrato.

Lo miró a su vez: toda la casa estaba en silencio... se hallaban solos los dos. Por último, se disipó esta ilusión; y como el pensamiento pasa veloz de un extremo al otro, recordó la orden de su tío de destruir el retrato. Lo cogió; sus manos temblaron al principio, pero la deteriorada tela pareció ayudarle en el esfuerzo. La arrancó del bastidor con una exclamación medio de terror, medio de triunfo; el lienzo cayó a sus

pies, y Melmoth se estremeció al verlo caer. Esperaba oír algún espantoso ruido, algún inimaginable suspiro de profético horror, tras este acto de sacrilegio; porque eso es lo que le parecía el arrancar el retrato de un antepasado de los muros de su morada natal. Se quedó en suspenso y prestó atención: «No oyó voz alguna, y nadie contestó»; pero en el momento de caer la destrozada tela al suelo, sus ondulaciones confirieron al rostro una especie de sonrisa. Melmoth sintió un horror indescriptible ante esta fugaz e imaginaria resurrección de la figura. La cogió, corrió precipitadamente a la alcoba contigua, la desgarró, la hizo trozos, y estuvo observando atentamente los fragmentos mientras ardían como la yesca en la chimenea encendida de la habitación. Cuando hubo visto consumirse la última llama, Melmoth se echó en la cama, con la esperanza de conciliar un sueño profundo y reparador. Había cumplido lo que se le había encomendado, y se sentía agotado corporal y mentalmente; pero su sueño no fue tan profundo como él deseaba. El fuego, que ardía sin llama, le turbaba de cuando en cuando. Daba vueltas y más vueltas, pero seguía viendo el mismo resplandor rojo en el polvoriento mobiliario del aposento. El viento soplaba con fuerza esa noche, y la chirriante puerta hacía sonar sus goznes; cada ruido parecía como si una mano forcejeara en la cerradura, o unos pasos se detuvieran en el umbral. Pero (Melmoth no pudo precisarlo jamás), ¿soñó o no, que la figura de su antepasado aparecía en la puerta? Confusamente, como lo había visto la primera vez, la noche de la muerte de su tío, le vio entrar en la habitación, acercarse a la cama; y le oyó susurrar: «Así que me has quemado, ¿eh?; pero no importa, puedo sobrevivir a esas llamas. Estoy vivo. Estoy junto a ti». Melmoth, sobresaltado, se incorporó en la cama... Era ya de día. Miró a su alrededor: no había más ser humano en la habitación que él mismo. Sentía un ligero dolor en la muñeca del brazo derecho. Se la miró; la tenía amoratada, como si se la hubiese sujetado recientemente una mano poderosa.

Capítulo IV

*Haste with your weapons, cut the shrouds and stay
And hew at once the mizen-mast away.*

FALCONER

A la tarde siguiente, Melmoth se retiró temprano. El desasosiego de la noche anterior le inclinaba a descansar, y la lóbreguez del día no le hacía desear otra cosa que terminar cuanto antes. Era el final del otoño; durante todo el día habían estado pasando morosamente espesas nubes, en una atmósfera cargada y tenebrosa, mientras transcurrían las horas por las mentes y las vidas humanas. No cayó ni una gota de lluvia; las nubes se alejaban presagiosas como buques de guerra, tras reconocer un fuerte, para volver con redoblada fuerza y furor. No tardó en cumplirse la amenaza; llegó el atardecer, prematuramente oscurecido por las nubes que parecían sobrecargadas de diluvio.

Sonoras y repentinas ráfagas de viento azotaban la casa de cuando en cuando; y de repente cesaron. Hacia la noche se desencadenó la tempestad con toda su fuerza; la cama de Melmoth se estremecía de forma tal que era imposible dormir. «Le gustaba el temblor de las almenas»; pero no le hacía ninguna gracia la posibilidad de que se derrumbasen las chimeneas, de que se hundiesen los tejados, ni los cristales rotos de las ventanas que ya se esparcían por toda su habitación. Se levantó y bajó a la cocina, donde sabía que había fuego encendido, y donde la aterrada servidumbre se había reunido; todos aseguraban, mientras rugía el viento en la chimenea, que jamás habían presenciado una tormenta igual, y murmuraban medrosas oraciones, entre ráfaga y ráfaga, por los que se encontraban «en alta mar esta noche». La proximidad de la casa de Melmoth a lo que los marineros llamaban una costa escabrosa confería una tremenda sinceridad a sus oraciones y temores.

En seguida, empero, se dio cuenta de que tenían la cabeza llena de terrores, aparte de los de la tormenta. La reciente muerte de su tío, y la supuesta visita de aquel ser extraordinario, en cuya existencia creían todos firmemente, estaban inseparablemente relacionadas con las causas o consecuencias de esta tempestad, y se susurraban unos a otros sus temerosas sospechas, de manera que sus cuchicheos llegaban al oído de Melmoth a cada recorrido que hacía por el estropeado suelo de la cocina. El terror es muy propenso a las asociaciones; nos gusta relacionar la agitación de los elementos con la vida agitada del hombre; y jamás ha habido descarga eléctrica o fulgor de relámpago que no se haya relacionado en la imaginación de alguien con una calamidad que debía ser temida, rechazada o soportada, o con la fatalidad del vivo y el destino del muerto. La tremenda tormenta que sacudió toda Inglaterra la noche de la muerte de Cromwell dio pie a que sus capellanes puritanos declarasen que el Señor se lo había llevado en un torbellino y carro de fuego, como se llevara al profeta Elías, mientras que los monárquicos, aportando su propia construcción al asunto,

proclamaron su convencimiento de que el Príncipe de los poderes del aire había reclamado su derecho, llevándose el cuerpo de su víctima (cuya alma había comprado hacía ya tiempo) mediante una tempestad, cuyo feroz aullido y triunfal destrucción podían ser diversamente interpretados, y con igual justicia, por uno y otro grupo, como testimonio fehaciente de sus mutuas acusaciones. Un grupo exactamente igual (*mutatis mutandis*), se hallaba congregado en torno al crepitante fuego y la tambaleante chimenea de la cocina de Melmoth.

—Se va en ese viento —dijo una de las brujas, quitándose la pipa de la boca y tratando en vano de encenderla otra vez con las brasas que el viento esparcía como el polvo—; en ese viento se va...

—Volverá —exclamó otra sibila—, volverá... ¡él no descansa! Vaga y solloza hasta que dice lo que no pudo decir en vida. ¡Que Dios nos proteja! —y añadió, gritándole a la chimenea como si se dirigiese a un espíritu atormentado—: Dinos lo que tengas que decir, y *para ya este ventarrón*, ¿quieres? —una ráfaga bajó atronadora por el cañón de la chimenea; la bruja se estremeció y se echó hacia atrás.

—Si es esto lo que quieres... y esto... y esto —gritó una mujer joven en la que Melmoth no había reparado antes—, llévatelos —y se arrancó ansiosamente los papillotes que llevaba en el pelo y los arrojó al fuego.

Entonces recordó Melmoth que le habían contado el día anterior una historia ridícula sobre esta joven, la cual había tenido la «mala suerte» de ondularse el pelo con unos viejos e inservibles documentos de la familia; y ahora imaginaba que había provocado a «los que han escrito esos galimatías que llevo en la cabeza», al retener lo que había pertenecido al difunto; y arrojando los trozos de papel al fuego, exclamó:

—¡Terminad, por el amor de Dios, y lleváoslo todo!... Ya tenéis lo que reclamabais, ahora ¿queréis terminar? —la risa que Melmoth apenas pudo contener se le cortó al sonar un estampido que se oyó claramente en medio de la tormenta.

—¡Chissst... silencio!, eso ha sido el disparo de una bengala... hay un barco en peligro.

Callaron y prestaron atención. Ya hemos dicho lo próxima que estaba a la costa la morada de los Melmoth. Esto tenía acostumbrados a sus habitantes a los terrores del naufragio y de los pasajeros que se ahogaban. Hay que decir, en honor a ellos, que no oían jamás esas voces y estruendo sino como una llamada, una lastimera, irresistible llamada a su humanidad. No sabían nada sobre las bárbaras prácticas en las costas inglesas, donde ataban una linterna a las patas de un caballo trabado, cuyos brincos servían para desorientar a los náufragos y a los desdichados, haciéndoles concebir la vana esperanza de que la luz que veían fuese un faro, redoblando así los horrores de la muerte al confundir esas esperanzas de socorro.

La reunión de la cocina miró anhelante el rostro de Melmoth como si su expresión pudiera revelarles «los secretos del venerable». La tormenta cesó un momento, y hubo un silencio lúgubre y profundo de pavorosa expectación. Se oyó el estampido otra vez... no podía haber error.

—Ha sido un disparo —exclamó Melmoth—, ¡hay un barco en peligro! —y echó a correr, gritando a los hombres que le siguieran.

Los hombres se contagiaron de la excitación de la empresa y el peligro. Una tormenta fuera de casa es, en definitiva, mejor que una tormenta dentro de ella; fuera tenemos algo con qué luchar, dentro sólo nos resta sufrir; y la más rigurosa tormenta, al excitar las energías de su víctima, le proporciona al mismo tiempo un estímulo para la acción, y un consuelo para el orgullo; cosa que les falta a quienes se quedan sentados entre tambaleantes paredes, y casi se inclinan a desear sólo tener que sufrir, y no tener que temer.

Mientras los hombres buscaban un centenar de chubasqueros, botas y gorros del antiguo amo, registrando por todos los rincones de la casa, y uno se ponía una enorme capa de la ventana, donde colgaba desde hacía tiempo a modo de cortina, dada la carencia de cristales y contraventanas, otro cogía una peluca del asador, donde la habían atado para que hiciese de plumero, y un tercero peleaba con una gata y su camada por un par de botas, de las que había tomado posesión para parir. Melmoth había subido a la última habitación de la casa. La ventana estaba abierta; de haber sido de día, desde esta ventana se habría dominado una amplia perspectiva del mar y la costa. Se asomó cuanto pudo, y escuchó con temerosa y muda ansiedad. La noche era oscura; pero a lo lejos, su mirada, aguzada por la intensa solicitud, distinguió una luz en el mar. Una ráfaga de fuerte viento le hizo apartarse momentáneamente de la ventana; cuando se asomó otra vez, vio un débil fogonazo, al que siguió el estampido de un arma de fuego.

No hacía falta ver más; pocos momentos después, Melmoth se dirigía hacia la costa. El trayecto era corto, y todos andaban lo más deprisa que podían; pero la violencia de la tormenta les obligaba a avanzar despacio, y la ansiedad que les dominaba hacía que les pareciese la marcha más lenta todavía. De cuando en cuando, se decían unos a otros, con voz ahogada y sin aliento: «Llamad a la gente de esas cabañas... hay luz en esa casa... están todos levantados... no es extraño, ¿quién podría dormir en una noche como ésta? Llevad baja la linterna, es imposible ir por la playa».

—¡Otro disparo! —exclamaron al ver surgir un débil fogonazo en la oscuridad, seguido de un estampido en la costa como si abriesen fuego sobre la tumba de las víctimas.

—Aquí están las rocas; agarraos fuerte y marchad juntos.

Bajaron por allí.

—¡Gran Dios! —exclamó Melmoth, que llegó entre los primeros—, ¡qué noche! ¡Y qué espectáculo! Levantad las linternas... ¿oís gritos? Gritadles... decidles que tienen auxilio y esperanza muy cerca. Un momento —añadió—; dejadme subir a esa roca... desde ahí oirán mi voz.

Avanzó desesperadamente a través del agua, con la espuma de las rompientes casi ahogándole, llegó a donde se proponía y, exaltado por el éxito, gritó con todas sus

fuerzas. Pero su voz, sofocada por la tempestad, se borró incluso para sus propios oídos. Su sonido fue débil y lastimero, más parecido a un lamento que a un grito alentador de esperanza. En ese momento, entre las nubes desgarradas que se desplazaban veloces por el cielo como un ejército en desbandada, surgió la luna con un resplandor impresionante y repentino. Melmoth pudo ver claramente la nave y el peligro que corría. Estaba escorada y golpeaba contra un escollo, por encima del cual las olas hacían saltar su espuma a una altura de treinta pies. Estaba ya medio sumergida; no quedaba más que el casco, con las jarcias hechas una maraña y el palo mayor tronchado; ya cada ola que embarcaba, oía Melmoth con claridad los gritos ahogados de los que eran barridos de la cubierta, o de aquellos que, con el cuerpo y el espíritu extenuados, aflojaban su entumecida presa en la que cifraban su esperanza y su vida... conscientes de que el próximo grito saldría de ellos mismos, y de que sería el último. Hay algo tan horrible en el hecho de presenciar la muerte de seres humanos cerca de nosotros, y pensar que un paso dado con acierto, o un brazo firmemente tendido, podría salvar al menos a uno, y damos cuenta, sin embargo, de que no sabemos dónde apoyamos para dar ese paso, y que no nos es posible extender ese brazo, que Melmoth sintió que le abandonaban los sentidos a causa de la impresión; y durante un momento gritó, en medio de la tormenta, con aullidos verdaderamente dementes. A todo esto la gente del lugar, alarmada por la noticia de que un barco se había estrellado contra la costa, acudía en tropel; y los que por experiencia o confianza, o incluso por ignorancia, repetían sin cesar: «Es imposible que se salve... van a perecer todos a bordo», apretaban el paso involuntariamente mientras seguían augurando, como si estuvieran deseosos de presenciar el cumplimiento de sus propias predicciones, aunque parecían correr para impedirlo.

Hubo un hombre en particular que, mientras corrían hacia la playa, no paraba de asegurar a los demás a cada instante, con el resuello que la prisa le dejaba, que «se iría a pique antes de llegar ellos», y escuchaba con una sonrisa casi de triunfo las exclamaciones de «¡Jesús nos proteja!, no digáis eso», o «No lo quiera Dios, que aún ayudaremos en algo». Cuando llegaron, este hombre escaló un peñasco con gran riesgo de su vida, echó una mirada a la nave, informó de su desesperada situación a los que estaban abajo, y gritó: «¿No lo decía yo? ¿No tenía yo razón?». Y mientras crecía la tormenta, se le oyó aún: «¿No tenía yo razón?». Y cuando los gritos de la tripulación en trance de muerte llegaron arrastrados por el viento hasta sus oídos, aún se le oyó repetir: «¿Tenía yo razón o no?». Extraño sentimiento de orgullo, capaz de erigir sus trofeos en medio de sepulturas. Con este mismo ánimo aconsejamos a los que hace padecer la vida, y a los que hacen padecer los elementos; y cuando a la víctima le falla el corazón, nos consolamos exclamando: «¿No lo *predecía* yo? ¿No decía yo lo que iba a pasar?». Lo curioso es que este hombre perdió la vida esa misma noche, en el más desesperado e infructuoso intento por salvar a un miembro de la tripulación que nadaba a seis yardas de él. Toda la costa se hallaba ahora atestada de mirones impotentes; cada peñasco y farallón se encontraba coronado de

gente; parecía una batalla entablada entre el mar y la tierra, entre la esperanza y la desesperación. No había posibilidad de prestar ayuda eficaz, ningún bote resistía el temporal; sin embargo, y hasta el final, se oyeron gritos alentadores de roca en roca: gritos terribles, proclamando que la salvación estaba próxima... e inalcanzable; sostenían en alto las linternas, en todas direcciones, mostrando así a los desdichados la costa enteramente poblada de vida, y las rugientes e inaccesibles olas de en medio; lanzaban cuerdas, al tiempo que gritaban palabras de ayuda y de ánimo, que trataba de coger alguna mano fría, tensa, desesperada, que sólo conseguía dar zarpazos en las olas... para aflojarse, agitarse por encima de la cabeza sumergida... y desaparecer. Fue en ese momento cuando Melmoth, sobreponiéndose a su terror, y mirando en torno suyo, lo vio todo y se fijó en los centenares de personas ansiosas, inquietas y atareadas; y aunque evidentemente en vano, el ver todo esto le levantó el corazón. «¡Cuánta bondad hay en el hombre —exclamó para sí—, cuando la suscita el sufrimiento de sus semejantes!».

No tuvo tiempo, en ese instante, de analizar esa mezcla que él llamaba bondad, y resolverla en sus elementos componentes de curiosidad, excitación, orgullo de poseer fuerza física, o relativa conciencia de sentirse a salvo. No tuvo tiempo, porque en ese momento descubrió, de pie sobre la roca que se alzaba unas yardas por encima de él, una figura que no manifestaba ni compasión ni terror, ni decía nada, ni ofrecía ayuda alguna. Melmoth apenas podía mantener el equilibrio sobre la roca resbaladiza y oscilante en que se hallaba. La figura, que estaba en un punto más elevado, parecía igualmente impasible ante la tormenta y ante el espectáculo. El paletó de Melmoth, pese a los esfuerzos de éste por envolverse en él, se agitaba como un andrajo; sin embargo, ni una hebra de las ropas del desconocido parecía tremolar con el viento. Pero no le sorprendía esto tanto como su manifiesta indiferencia ante la angustia y el terror que le rodeaban; y exclamó:

—¡Dios mío!, ¿cómo es posible que nadie con aspecto humano pueda estar ahí sin hacer algo, sin manifestar sus sentimientos ante la muerte de esos pobres desdichados?

Se produjo una calma, o fue el viento que barrió todos los ruidos; el caso es que unos momentos después oyó Melmoth claramente estas palabras: «Que mueran». Miró hacia arriba. La figura estaba aún allí, con los brazos cruzados sobre el pecho, el pie adelantado, inmóvil, como desafiando los blancos y encrespados rociones de las olas, de modo que la severa silueta, recortada por el reflejo tormentoso e incierto de la luna, parecía contemplar la escena con una expresión pavorosa, repugnante, inhumana. En ese momento, una tremenda ola que rompió sobre la cubierta del casco arrancó un grito de horror a los espectadores; fue como si repitieran el de las víctimas cuyos cadáveres iban a ser arrojados dentro de poco a sus pies, destrozados y exánimes.

Al cesar el grito, Melmoth oyó una carcajada que le heló la sangre. Provenía de la figura que estaba encima de él. Como un relámpago, acudió entonces a su memoria la

imagen de aquella noche en España en que Stanton tropezó por primera vez con ese ser extraordinario, cuya vida encantada, «desafiando el espacio y el tiempo», había ejercido tan fatal influjo sobre la suya, y cuya demoníaca personalidad reconoció por primera vez por la risa con que saludó el espectáculo de los amantes carbonizados. El eco de esa risa resonaba aún en los oídos de Melmoth: tuvo efectivamente la certeza de que era ese misterioso ser el que estaba cerca de él. Su espíritu, debido a sus recientes e intensas investigaciones, se excitó al punto, y se ensombreció como la atmósfera bajo una nube cargada de electricidad, sin fuerza ahora para indagaciones, conjeturas ni cálculos. Inmediatamente, empezó a trepar por la roca. La figura estaba a pocos pies de él: el objeto de sus sueños diurnos y nocturnos se encontraba por fin al alcance de su mente y de su brazo... era casi tangible. Ni los mismos *Fang* y *Snare*^[13], con todo el entusiasmo de su celo profesional, llegaron a decir jamás «ojalá le echara el guante alguna vez» con más ansiedad que Melmoth mientras subía por la empinada y peligrosa cuesta, hacia el borde de la roca donde se encontraba la figura inmóvil y oscura. Jadeando por la furia de la tormenta, la vehemencia de sus propios esfuerzos y la dificultad de la ascensión, se encontró ahora casi pie a pie, y cara a cara, con el objeto de su persecución, cuando, apoyándose en un fragmento de piedra suelto cuya caída no habría herido a un niño, si bien su vida dependía de esa vacilante inseguridad, perdió apoyo, y cayó de espaldas... La rugiente sima de abajo pareció levantar sus diez mil brazos para atraparlo y devorarlo. No sufrió el instantáneo vértigo de la caída; pero al llegar al agua, sintió el chapuzón y oyó el rugido. Se hundió, y a continuación salió a la superficie. Se debatió, sin encontrar dónde agarrarse. Se hundió otra vez, con un vago pensamiento de que si llegaba al fondo, si tocaba algo sólido, estaría a salvo. Diez mil trompetas parecieron sonar entonces en sus oídos; de sus ojos brotaron resplandores. «Le pareció que caminaba a través del agua y del fuego», y no recordó nada más hasta varios días después, en que despertó en la cama, con la vieja ama junto a él, y exclamó:

—¡Qué sueño más horrible! —luego, dejándose caer de espaldas al sentir su agotamiento, añadió—: ¡Y qué débil me ha dejado!

Capítulo V

*—Quien ha infierno —respondió Sancho—,
«nula es retencio», según he oído decir.*

CERVANTES

Tras esta exclamación, Melmoth se quedó callado unas horas mientras le volvía la memoria, se le aclaraban los sentidos, y su majestad el entendimiento tornaba lentamente a su trono vacío.

—Ahora lo recuerdo todo —dijo, incorporándose en la cama con tan súbita energía que sobresaltó a la vieja ama, la cual creyó que le volvía la cura; pero cuando se acercó al lecho con la vela en una mano, protegiéndose los ojos con la otra mientras proyectaba todo el resplandor de la luz sobre el rostro del paciente, vio en seguida en sus ojos el brillo de la lucidez, en sus movimientos la fuerza de la salud. No se sentía capaz de negarse el placer de contestar a sus anhelantes preguntas sobre cómo había sido salvado, cómo había terminado la tormenta, y si, aparte de él, había sobrevivido alguien más del naufragio; pero consciente de su flojedad, se impuso solemnemente la obligación de no permitirle hablar ni oír, dado que lo importante era que recobrara la razón; y tras observar fielmente esta decisión durante varios días (¡prueba espantosa!), se sentía ahora como Fátima en Cymon, la cual, amenazada por el mago con la pérdida del habla, exclamó: «¡Bárbaro!, ¿no quedarás satisfecho con mi muerte?».

La vieja ama comenzó su relato, que tuvo el efecto de adormecer a Melmoth, el cual se sumió en un profundo descanso antes de que llegara a la mitad: sintió la beatitud de los inválidos de que habla Spenser, quien solía contrastar bardos irlandeses y descubrió que estos hombres infatigables proseguían su búsqueda de historias en cuanto se levantaban por la mañana. Al principio, Melmoth escuchó con atención; pero no tardó en encontrarse en ese estado le describe Joanna Baillie:

*Del que, medio dormido, débilmente oye
El rumor de la charla en sus oídos.*

Poco después, su respiración sosegada indicó al ama que «estaba molestando los sordos oídos de un hombre soñoliento»; luego, mientras corría las cortinas y bajaba la luz, las imágenes de su historia se incorporaron a los sueños de él, que aún parecía medio despierto.

Por la mañana, Melmoth se incorporó, miró en torno suyo, lo recordó todo al instante, aunque no con claridad, y sintió intensos deseos de ver al extranjero salvado del naufragio, el cual, según recordaba que había dicho el ama (mientras sus palabras parecían vacilar en el umbral de sus sentidos embotados, aún seguía con vida, y estaba en la casa, aunque débil y enfermo a causa de las contusiones recibidas y del

agotamiento y el terror que había experimentado. Las opiniones de la servidumbre sobre este extranjero eran muy variadas. El saber que era católico había tranquilizado sus corazones, porque lo primero que hizo al recobrar el conocimiento fue pedir un sacerdote católico, y la primera vez que hizo uso de la palabra fue para expresar su satisfacción por encontrarse en un país donde podía gozar del beneficio de los ritos de su propia Iglesia. Así que todo estaba bien; pero había en él una misteriosa arrogancia y reserva que mantenía alejada la oficiosa curiosidad de los criados. A menudo hablaba para sí en una lengua que ellos no entendían; esperaban que el sacerdote les tranquilizara sobre este punto. Pero el sacerdote, después de escuchar largamente en la puerta del inválido, afirmó que la lengua en que sostenía tales soliloquios *no era latín*; y tras unas horas de conversación con él, se negó a decir en qué lengua hablaba consigo mismo el extranjero, y prohibió que se le hiciera pregunta alguna al respecto. Esto les sentó mal; pero peor aún les supo averiguar que el extranjero hablaba inglés con toda soltura y fluidez, y por tanto, quizá no tuviera derecho, como toda la casa afirmaba, a atormentarles con esas voces desconocidas que, por lo sonoras y fuertes, sonaban a los oídos de todos como una invocación a algún ser invisible.

—Cuando quiere algo, lo pide en inglés —decía la fatigada ama de llaves—, y sabe decir que quiere una vela o irse a la cama; así que, ¿por qué diablo no lo dice todo en inglés? Sabe también rezarle en inglés a esa imagen que se saca a cada momento del pecho, y le habla, aunque no es ningún santo al que reza, estoy segura (se la vi de refilón), sino más bien el diablo... ¡Jesús nos asista!

Todos estos extraños rumores, y mil más, llegaron a oídos de Melmoth más deprisa de lo que él podía digerirlos.

—¿Está el padre Fay aquí, en la casa? —preguntó por último, al saber que el sacerdote visitaba al extranjero diariamente—. Si está, dile que quiero verle.

El padre Fay acudió tan pronto como dejó el aposento del extranjero.

Era un sacerdote grave y honrado, de quien «hablaban bien los que estaban fuera» del seno de su propio credo; y al entrar en la habitación, Melmoth se sonrió de las habladurías de sus criados.

—Os agradezco vuestra atención para con este desventurado caballero que, según creo, se encuentra alojado en mi casa.

—Es mi deber.

—Me han dicho que a veces habla en una lengua desconocida —el sacerdote asintió—. ¿Sabéis de qué país es?

—Es español —dijo el sacerdote.

Esta respuesta simple, directa, tuvo la virtud de convencer a Melmoth de su veracidad, y de disipar todo el misterio que la estupidez de sus criados había formado a su alrededor.

El sacerdote pasó a contarle los detalles de la pérdida del barco. Era un mercante inglés con destino a Wexford o Waterford, con muchos pasajeros a bordo; el mal tiempo lo había empujado hacia la costa de Wicklow, había encallado la noche del 19

de octubre, durante la intensa oscuridad que acompañó al temporal, en un arrecife poco visible, donde se hizo pedazos. La tripulación, los pasajeros, todos habían perecido salvo este español. Era extraño, también, que este hombre hubiera salvado la vida de Melmoth. Cuando nadaba por salvar la suya, le vio caer de la roca por la que trepaba y, aunque se encontraba casi exhausto, hizo acopio de las fuerzas que le quedaban para salvar a una persona que, según imaginaba, se había expuesto al peligro por humanidad. Consiguió salvarle, aunque Melmoth no tuvo conciencia de ello entonces; y por la mañana les encontraron en la playa, abrazados el uno al otro, pero rígidos y sin sentido. Al ir a levantarlos vieron que mostraban signos de vida, y el extranjero fue trasladado a casa de Melmoth.

—Le debe usted la vida —dijo el sacerdote al terminar.

—Iré ahora mismo a darle las gracias —dijo Melmoth; pero al ayudarlo a levantarse, la vieja le susurró con visible terror:

—¡Por lo que más quiera, no le diga que es un Melmoth! Se puso como un loco cuando mencionaron el nombre delante de él, la otra noche.

El desagradable recuerdo de algunas partes del manuscrito le vinieron a la memoria al oír estas palabras, pero consiguió dominarse, y se dirigió al aposento que ocupaba el extranjero.

El español era un hombre de unos treinta años, de aspecto noble y modales agradables. A la gravedad de su nación se añadía un matiz más profundo de singular melancolía. Hablaba inglés con soltura; y cuando Melmoth le preguntó sobre el particular, dijo que lo había aprendido en una escuela dolorosa. Entonces Melmoth cambió de tema, y le manifestó una sincera gratitud por haberle salvado la vida.

—Señor —dijo el español—, disculpadme; si vuestra vida fuese para vos tan cara como la mía, no me lo agradeceríais.

—Sin embargo, habéis hecho los más extremados esfuerzos por salvarla —dijo Melmoth.

—Eso fue instintivo —dijo el español.

—Pero también luchasteis por salvar la mía —dijo Melmoth.

—Eso también fue el instinto del momento —dijo el español; luego, recobrando su altiva cortesía, añadió—: O digamos que fue un impulso de mi parte buena. Soy un completo desconocido en este país, y lo habría pasado muy mal de no ser por la protección que me brinda vuestro techo.

Melmoth observó que hablaba con evidente dolor, y unos momentos después confesó que, aunque había escapado sin graves daños, estaba tan magullado y lleno de heridas que aún respiraba con dificultad, y no había recuperado el completo dominio de sus miembros. Al concluir la enumeración de sus sufrimientos durante la tormenta, el naufragio y la lucha subsiguiente por salvar la vida, exclamó en español:

—¡Dios mío!, ¿por qué se salvó Jonás y perecieron los marineros?

Iba a retirarse Melmoth, imaginándolo entregado a alguna piadosa oración, cuando le detuvo el español.

—Señor, ¿podéis decirme vuestro nombre? ...

Melmoth se detuvo; se estremeció, y con un esfuerzo que más parecía una convulsión, vomitó su nombre:

—Me llamo Melmoth.

—¿Tuvisteis un antepasado, muy remoto, que estuvo... en un período quizá más allá de los recuerdos familiares...? Pero es inútil la pregunta —dijo cubriéndose el rostro con ambas manos y gimiendo en voz alta.

Melmoth le escuchó con una mezcla de emoción y de terror.

—Quizá, si continuáis, pueda contestaros... Proseguid, señor.

—¿Tuvisteis —dijo el español, esforzándose en hablar precipitadamente—, tuvisteis, entonces, un pariente que, al parecer, estuvo en España hace unos ciento cuarenta años?

—Creo... me temo que sí... lo tuve.

—Entonces es suficiente, señor: dejadme... quizá mañana... Dejadme ahora.

—Es imposible dejaros ahora —dijo Melmoth, cogiéndole en sus brazos antes de que se desplomara al suelo.

No había perdido el conocimiento, ya que sus ojos giraban con expresión terrible, y trataba de decir algo. Estaban solos; Melmoth, incapaz de dejarle, dio una voz pidiendo agua; y cuando intentaba desabrocharle el chaleco y darle aire, su mano tropezó con una miniatura cerca del corazón del extranjero. El hecho de tocarla actuó en el paciente con toda la fuerza del más poderoso reconstituyente. La agarró con su mano fría, con la fuerza de la muerte, y murmuró con voz cavernosa y emocionada:

—¿Qué habéis hecho? —palpó ansiosamente la cinta de la que colgaba y, tranquilizado al ver que su terrible tesoro estaba a salvo, volvió los ojos hacia Melmoth con una expresión de temerosa serenidad—. ¿Entonces lo sabéis todo?

—Yo no sé nada —dijo Melmoth, vacilante.

El español se levantó del suelo, donde casi se había derrumbado, se liberó de los brazos que le sostenían; y enérgico, aunque tambaleante, corrió hacia las velas (era de noche), y puso la miniatura ante los ojos de Melmoth. Era el retrato de aquel ser extraordinario. Estaba pintado en un estilo tosco y de poco gusto; pero era tan fiel, que el lápiz parecía haber sido manejado más bien con la mente que con los dedos.

—¿Es éste, el original de este retrato, vuestro antepasado? ¿Sois descendiente suyo? ¿Sois el depositario de ese terrible secreto que...? —de nuevo se derrumbó al suelo, presa de una convulsión, y Melmoth, para cuyo estado de debilitamiento esta escena resultaba excesiva, tuvo que ser llevado a su propio aposento.

Transcurrieron varios días antes de ver nuevamente a su huésped; su ademán era a la sazón sosegado y tranquilo; y hasta pareció recordar la necesidad de excusarse por su agitación en su anterior encuentro. Empezó... vaciló... y calló; trató en vano de ordenar sus ideas, o más bien su lenguaje; pero el esfuerzo renovó de tal modo su agitación que Melmoth sintió por su parte la necesidad de evitar las consecuencias, y se puso a preguntarle, de la manera más inoportuna, el motivo de su viaje a Irlanda.

Tras una larga pausa, dijo el español:

—Hasta hace unos días, *señor*, creía que ningún mortal podría obligarme a revelar ese motivo. Dado lo increíble que es, lo juzgaba incomunicable. Me creía solo en el mundo, sin afectos ni consuelo. Es curioso que el azar me haya puesto en contacto con el único ser del que podía esperar ayuda, y quizá un cambio de las circunstancias que me han colocado en tan extraordinaria situación.

Este exordio, pronunciado con sosegada aunque conmovida gravedad, impresionó a Melmoth. Se sentó, y se dispuso a escuchar; y el español empezó a hablar. Pero tras cierta vacilación, se arrancó el retrato del cuello, y pisoteándolo con gesto claramente continental, exclamó:

—¡Demonio!, ¡demonio! ¡Me tienes cogido por el cuello! —y aplastando el retrato con el pie, cristal y todo, dijo—: Ahora me siento mejor.

La estancia donde se hallaban era un aposento bajo, oscuro y escasamente amueblado; la noche era tempestuosa; y como el viento batía las ventanas puertas, a Melmoth le pareció como si escuchase a algún heraldo del «destino y el miedo». Una honda y desagradable agitación sacudió su espíritu; y en la larga pausa que precedió al relato del español, pudo oír los latidos de su corazón. Se levantó e intentó detener la narración con un gesto de la mano; pero el español lo tomó por una muestra de impaciencia, y comenzó la historia, que, por consideración al lector, expondremos sin las interminables interrupciones, preguntas, anticipaciones de curiosidad y sobresaltos de terror con que la fue cortando Melmoth.

RELATO DEL ESPAÑOL

—Soy, *señor*, como sabéis, natural de España, pero habéis de saber que, siendo de una de sus más nobles familias; de una familia que podía sentirse orgullosa en su época de mayor esplendor: la casa de Moncada. De esto no tuve conciencia durante los primeros años de mi vida; pero recuerdo que en esos años experimenté el singular contraste de ser tratado con la mayor ternura, y mantenido en el más sórdido aislamiento. Vivía en una casa miserable de las afueras de Madrid con una anciana, cuyo afecto por mí parecía estar dictado tanto por el interés como por la inclinación. Allí era visitado todas las semanas por un joven caballero y una hermosa mujer; me acariciaban, me llamaban su hijo bienamado, y yo, atraído por la gracia con que se envolvía la *capa* mi padre, y se ajustaba el velo mi madre, así como por cierto aire de indescriptible superioridad sobre los que me rodeaban, correspondía anhelante a sus caricias y les pedía que me llevaran *a casa* con ellos; y cuando oían estas palabras, lloraban siempre, entregaban un valioso presente a la mujer con la que yo vivía, cuyas atenciones se redoblaban con este esperado estimulante, y se marchaban.

»Yo observaba que sus visitas eran siempre breves, e invariablemente de noche; así, una sombra de misterio envolvió los días de mi infancia, y tiñó quizá de manera perenne e imborrable las averiguaciones, el carácter y los sentimientos de mi actual existencia. Ocurrió un cambio repentino: un día me llevaron de visita, espléndidamente vestido, y en un soberbio vehículo movimiento me producía vértigo, cosa nueva y sorprendente para mí, a un palacio cuya fachada me pareció que llegaba hasta el cielo. Me pasaron apresuradamente a través de varias estancias cuyo esplendor me hacía daño a los ojos, entre un ejército de criados, hasta un gabinete donde se hallaba sentado un noble anciano ante el cual, por la serena majestuosidad de su porte y la silenciosa magnificencia que le rodeaba, me sentí dispuesto a dejarme caer de rodillas y a adorarle como adoramos a los santos, a los que descubrimos alojados en alguna remota y solitaria capilla, después de cruzar las naves de una inmensa iglesia. Mis padres estaban allí, y los dos parecían asustados ante la presencia de aquella anciana visión, pálida y augusta; su temor hacía aumentar el mío, y cuando me llevaron a sus pies, me sentí como si fueran a sacrificarme. Sin embargo, me abrazó con cierta renuencia y gran austeridad; y cuando hubo cumplido con este protocolo, durante el cual no paré de temblar, me sacó un criado y me condujo a un aposento donde fui tratado como el hijo de un grande; por la noche fui visitado por mi padre y mi madre; ella derramó abundantes lágrimas sobre mí al abrazarme, pero me pareció percibir que mezclaba lágrimas de dolor con las de cariño. Todo a mi alrededor parecía tan extraño que hasta me parecía normal en este cambio. Me sentía tan turbado que suponía que a los demás les ocurría lo mismo; lo contrario me habría sorprendido sobremanera.

»Los cambios se sucedieron con tal rapidez que tuvieron sobre mí un efecto embriagador. Tenía yo por entonces doce años, y los hábitos contraídos en la primera

etapa de mi vida tendían a exaltar mi imaginación en detrimento de las demás facultades. Cada vez que se abría la puerta esperaba una aventura; aunque eso sucedía rara vez, y sólo para anunciar las horas de devoción, comida y ejercicio. Al tercer día de haber sido recibido en el palacio de Moncada, se abrió la puerta a una hora inusitada (circunstancia que me hizo temblar de expectación), y mis padres, escoltados por varios criados, entraron acompañados de un joven cuya gran estatura y distinguida figura hacían que pareciese mucho mayor que yo, aunque en realidad tenía un año menos.

»—Alonso —me dijo mi padre—, abraza a tu hermano.

»Avancé con todo el entusiasmo del afecto juvenil, que siente placer en los nuevos requerimientos de su corazón y medio desea que no terminen esas solicitudes; pero el lento paso de mi hermano, el gesto calculado con que extendió sus brazos e inclinó un momento su cabeza sobre mi hombro izquierdo, y luego la levantó, y el penetrante y altivo relampagueo de sus ojos, en los que no había un solo destello de fraternidad, me repelieron y desconcertaron. Habíamos obedecido a nuestro padre, no obstante, y nos habíamos abrazado.

»—Dejadme ver juntas vuestras manos —dijo mi padre, que al parecer disfrutaba viéndonos.

»Tendí la mano a mi hermano, y nos la estrechamos durante unos instantes; y mis padres permanecieron a cierta distancia, contemplándonos; en el espacio de esos pocos instantes tuve ocasión de observar la mirada de mis padres, y juzgar el efecto que cada uno de los dos producía en ellos. El contraste no me era favorable en modo alguno. Yo era alto, pero mi hermano lo era mucho más; él tenía un aire de seguridad, de conquista podría decir: el esplendor de su tez sólo era igualado por la negrura de sus ojos, que se desviaron de mí a nuestros padres, como diciendo: “Elegid entre nosotros, y rechazadme si os atrevéis”.

»Se acercaron nuestros padres, y nos abrazaron a los dos. Yo me colgué de sus cuellos; mi hermano soportó sus caricias con una especie de orgullosa impaciencia que parecía exigir un reconocimiento más explícito.

»Me dejaron. Esa misma noche, toda la casa, que contaba lo menos con unos doscientos criados, se sumió en la desesperación. El duque de Moncada, aquella terrible visión anticipada de la mortalidad que yo había visto tan sólo una vez, había muerto. Habían quitado los tapices de los muros; todas las estancias estaban llenas de eclesiásticos; me olvidaron los criados, y anduve vagando por las espaciosas habitaciones, hasta que levanté casualmente un cortinaje de terciopelo negro, y me encontré ante una visión que, debido a mi corta edad, me dejó paralizado. Mis padres, vestidos de luto, estaban sentados junto a una figura que me pareció mi abuelo dormido, aunque con un sueño muy profundo; también estaba mi hermano, vestido de luto; pero su extraña y grotesca indumentaria no lograba disimular la impaciencia con que la llevaba, y la expresión contenida de su semblante, y el fulgor altanero de sus ojos, revelaban una especie de exasperación por el papel que se veía obligado a

desempeñar. Entré precipitadamente; me retuvieron los criados, y pregunté:

»—¿Por qué no se me permite estar donde está mi hermano menor?

»Un clérigo me sacó del aposento. Yo forcejeé para librarme, y pregunté con una arrogancia acorde con mis pretensiones, más que con mis esperanzas: “¿Quién soy en realidad?”.

»—El nieto del difunto duque de Moncada —fue la respuesta.

»—¿Y por qué me tratan de este modo?

»A esto no hubo respuesta ninguna. Me llevaron a mi aposento, y me vigilaron estrechamente durante el entierro del duque de Moncada. No se me permitió asistir al funeral. Vi salir del palacio la espléndida y melancólica cabalgata. Corrí a la ventana a presenciar la pompa del cortejo, pero no me dejaron participar. Dos días más tarde me dijeron que me aguardaba un coche en la puerta. Subí a él y fui conducido a un convento de ex jesuitas (como todo el mundo sabía que eran, aunque nadie en Madrid se atrevía a decirlo), donde se acordó que residiría y sería educado, y donde me convertí en seminarista ese mismo día. Me entregué de lleno a mis estudios; mis profesores estaban contentos, mis padres me visitaban con frecuencia, daban las habituales muestras de afecto, y todo iba bien; hasta un día en que, al marcharse, oí comentar a una vieja criada de su séquito cuán extraño era que el hijo mayor del (actual) duque de Moncada recibiera instrucción en un convento, y se le preparase para la vida monástica, mientras que el más joven vivía en un espléndido palacio rodeado de profesores, tal como requería su rango. La palabra “vida monástica” vibró en mis oídos; me dio la clave no sólo de la indulgencia que había notado en el convento (indulgencia totalmente en desacuerdo con la habitual severidad de su disciplina), sino también del peculiar lenguaje con que invariablemente se dirigían a mí tanto el Superior como los hermanos y los condiscípulos. El primero, al que veía una vez por semana, me dispensaba las más lisonjeras alabanzas a propósito de los progresos que yo hacía en mis estudios (alabanzas que me cubrían de rubor, pues demasiado bien sabía yo que eran muy modestos, comparados con los de otros condiscípulos), y luego me daba su bendición; aunque no sin añadir: “¡Dios mío!, no permitas que este cordero se aparte de tu redil”.

»Delante de mí, los hermanos adoptaban siempre un aire de tranquilidad que subrayaba su actitud más que la más exagerada elocuencia. Las pequeñas disputas e intrigas de convento, los agrios e incesantes conflictos de hábitos, caracteres e intereses, los esfuerzos por sepultar el espíritu frente a los objetos que lo excitaban, las luchas por distraer la interminable monotonía y elevar la desesperada mediocridad... todo eso convierte la vida monástica en el envés de la tapicería, donde no vemos más que toscos hilos y torpes siluetas, sin la viveza de los colores, la riqueza del tejido o el esplendor del bordado que confieren la superficie exterior una calidad tan rica y deslumbrante; todo esto se ocultaba cuidadosamente. Algo oí, no obstante; y aunque era muy joven, no pude por menos de preguntarme cómo hombres que abrigaban las peores pasiones de la vida en su retiro, podían imaginar que ese retiro

fuera un refugio para las erosiones de su mal genio, las admoniciones de la conciencia y las acusaciones de Dios. El mismo disimulo utilizaban mis condiscípulos: toda la casa iniciaba una farsa en cuanto entraba yo. Si me unía a ellos durante el recreo, se dedicaban a las pocas diversiones permitidas con una especie de lánguida impaciencia, como si aquello les hubiese interrumpido otra actividad mucho más elevada. Uno de ellos se acercaba a mí y me decía: “¡Es una pena que sean necesarios estos ejercicios para sostener nuestra frágil naturaleza!, ¡qué lástima que no podamos dedicar todas nuestras energías al servicio de Dios!”. Otro decía “¡Nunca me siento feliz más que cuando estoy en el coro! ¡Qué delicioso panegírico ha hecho el Superior del difunto fray José! ¡Qué conmovedor ha sido ese réquiem! ¡Escuchándolo, imaginaba que se abrían los cielos y que los ángeles descendían para recibir su alma!”.

»Todo esto, y mucho más, me acostumbré a oír todos los días. Luego empecé a comprender. Supongo que ellos creían que se las habían con una persona débil; pero la descarada tosquedad de sus manejos sólo sirvió para avivar mi perspicacia, que empezaba a despertar tímidamente. Yo les decía:

»—¿Pensáis, pues, abrazar la vida monástica?

»—Eso esperamos.

»—Sin embargo, yo te he oído a ti *una vez*, Oliva (no te diste cuenta de que estaba cerca y podía oírte), te oí quejarte de lo largas y aburridas que son las homilías de la víspera de Todos los Santos.

»—Seguramente me encontraba en esa ocasión bajo la influencia de algún mal espíritu —dijo Oliva, que era un chico no mayor que yo—. A veces se le permite a Satanás tentar a aquellos cuya vocación se halla en sus comienzos, y por tanto tienen más miedo de perderla.

»—Y también te he oído a ti, Balcastro, decir que no te gustaba la música; y conste que a mí la del coro me parece la menos capaz de despertar el gusto por ella.

»—Dios ha tocado mi corazón desde entonces —replicó el joven hipócrita, santiguándose—; y tú sabes, hermano del alma, que está la promesa de que se abrirán los oídos de los sordos.

»—¿Dónde están esas palabras?

»—En la Biblia.

»—¿En la Biblia? Pero si no se nos permite leerla.

»—Cierto, mi querido Moncada; pero tenemos en *su lugar* la palabra de nuestro Superior y la de los hermanos, y eso basta.

»—Es cierto; nuestros directores espirituales habrán de asumir sobre sí la entera responsabilidad de ese estado, cuyos goces y castigos tienen en sus propias manos; pero, Balcastro, ¿estás dispuesto a aceptar esa vida fiado en su palabra, así como la otra, y renunciar al mundo antes de haberlo probado?

»—Mi querido amigo, tú lo que quieres es tentarme.

»—No *lo digo para tentarte* —dije; e iba a marcharme indignado, cuando el

tañido de la campana produjo entre nosotros su efecto habitual.

»Mis compañeros adoptaron un aire más santurrón, y yo traté de mostrarme más sosegado.

»Mientras nos dirigíamos a la iglesia, iban hablando en voz baja, aunque de manera que me llegaran los susurros. Les oía decir:

»—En vano se resiste a la gracia; jamás ha habido vocación más clara; jamás ha obtenido Dios una victoria más gloriosa. Tiene ya el aspecto de un hijo del cielo: el gesto monástico, la mirada baja; el movimiento de sus brazos imita de manera natural la señal de la cruz y hasta los pliegues de su manto se ordenan espontáneamente, por instinto divino, como los del hábito de un monje.

»Y todo esto cuando mi ademán era nervioso, se me ruborizaba la cara, y la levantaba a menudo hacia el cielo, y movía los brazos con atropello para ajustarme la capa que se me resbalaba de un hombro a causa de mi agitación, y cuyos desordenados pliegues parecían todo menos los del hábito de un monje.

»Desde esa noche empecé a darme cuenta del peligro que corría, y a pensar en la manera de conjurarlo. Yo no sentía la menor inclinación por la vida monástica; pero después de vísperas, y de los ejercicios nocturnos en mi propia celda, empecé a dudar si no sería ya esta misma repugnancia un pecado. El silencio y la noche hacían más intensa esta impresión, y estuve echado en la cama sin dormir durante muchas horas, suplicando a Dios que me iluminara, que no dejara que me opusiera a su voluntad, sino que me revelara claramente su deseo; y si no le placía llamarme a la vida monástica, que me ayudara en mi decisión de soportar cuanto se me infligiera, antes que profanar ese estado con unos votos arrancados a la fuerza y con una mente enajenada. Para que mis plegarias fuesen más efectivas, las ofrecí primero a la Virgen, luego al santo patrón de la familia, y por último al santo en cuya víspera nací. Estuve en la cama, presa de gran agitación, hasta la madrugada; y acudí a maitines sin haber pegado ojo, aunque con la impresión de haber llegado a una *resolución*... Al menos eso creía yo. ¡Ay!, no sabía con qué me iba a enfrentar. Era como el que sale a la mar con provisiones para un día, y se cree pertrechado para un viaje al polo. Ese día llevé a cabo mis ejercicios (como ellos los llamaban) con especial fervor; sentía ya la necesidad del disimulo: lección fatal de las instituciones monásticas. Comimos a las doce; poco después llegó el coche de mi padre, y se me permitió salir a pasear una hora por la orilla del Manzanares. Para sorpresa mía, mi padre estaba en el coche; y aunque me acogió con una especie de embarazo, me alegré de encontrarme con él. Al menos era seglar... *tendría corazón*».

»Me desilusionó la frase medida con que me invitó a subir, lo que me enfrió instantáneamente y me movió a adoptar la firme determinación de *ponerme en guardia frente a él*, tanto como entre los muros del convento. Inició la conversación:

»—¿Te gusta tu convento, hijo?

»—Muchísimo (no había ápice de verdad en mi respuesta, pero el temor a caer en la trampa empuja siempre hacia la mentira, cosa que hay que agradecer únicamente a

nuestros educadores).

»—El Superior te quiere mucho.

»—Así parece.

»—Los hermanos siguen atentos tus estudios, están muy capacitados para dirigirlos, y aprecian tus progresos.

»—Así parece.

»—Y los compañeros... son hijos de las primeras familias de España; todos parecen muy contentos con su situación, y están deseosos de abrazar sus ventajas.

»—Así parece.

»—Mi querido hijo, ¿por qué me has contestado tres veces con la misma frase monótona y sin sentido?

»—Porque creo que todo es *apariencia*.

»—¿Cómo puedes decir que la devoción de estos santos varones, y la profunda aplicación de sus alumnos, cuyos estudios son beneficiosos para el hombre y redundan en la gloria de la Iglesia, a la que se han consagrado...?

»—Mi queridísimo padre, de ellos no digo nada; en cuanto a mí, no podré ser jamás monje... si éste es vuestro propósito. Echadme a patadas, ordenad a vuestros lacayos que me arrojen del coche... convertidme en uno de esos mendigos que pregonan por las calles *fuego y agua*^[14]; pero no me obliguéis a ser monje.

»Mi padre se quedó estupefacto ante tal apóstrofe. No dijo una palabra. No había esperado tan prematura revelación del secreto que él imaginaba que tendría que desentrañar, y oírlo con toda claridad. En ese momento, el coche entró en *el Prado*: ante nuestros ojos desfilaba un millar de suntuosos carruajes, con caballos empenachados, soberbias gualdrapas y hermosas mujeres que saludaban con inclinaciones de cabeza a los caballeros, los cuales se ponían un instante de pie sobre el estribo y luego hacían un gesto de *adieu* a las “damas de su amor”. Entonces vi cómo mi padre se arreglaba su hermosa capa, la redecilla de seda que envolvía su largo pelo negro, y hacer una señal a sus lacayos para que pararan, con el fin de caminar entre la multitud. Yo aproveché la ocasión, y le cogí por la capa:

»—Padre, os gusta este mundo, ¿verdad?; ¿cómo me pedís que renuncie yo a él?, ¿a mí, que soy un niño?

»—Tú eres demasiado pequeño para este mundo, hijo mío.

»—¡Ah!, entonces, padre, sin duda *lo soy mucho más para ese otro* que me obligáis a abrazar.

»—¡Obligarte, hijo, siendo mi primogénito!

»Y dijo estas palabras con tal ternura que instintivamente besé sus manos, y sus labios apretaron ávidamente mi frente. Fue entonces cuando estudié, con toda la ansiedad de la esperanza, la fisionomía de mi padre, o lo que los artistas llamarían su *físico*.

»Me había engendrado antes de cumplir los dieciséis años; sus facciones eran bellas, y su figura la más gallarda y adorable que yo había contemplado. Su temprano

matrimonio le había preservado de todos los malos excesos de la juventud y conservaba el rubor de semblante, la elasticidad de músculos y la gracia juvenil que con tanta frecuencia marchitan los vicios casi antes de que alcancen la plenitud. Tenía entonces veintiocho años tan sólo, y parecía diez más joven. Evidentemente, tenía conciencia de ello, y estaba tan vivo para los goces jóvenes como si se hallara aún en la flor de la vida. Pero al tiempo que se entregaba a todos los lujos del goce juvenil y del esplendor voluptuoso, condenaba a uno, que era al menos lo bastante joven como para ser su hijo, a la fría y desesperanzada monotonía de un claustro. Me agarré a ese argumento con la fuerza del que se está ahogando. Pero jamás se ha agarrado el que está a punto de ahogarse a una paja tan débil como el que depende del sentimiento mundano de otro para sostenerse.

»El placer es muy egoísta; y cuando el egoísmo busca consuelo en el egoísmo, es como cuando el insolvente pide a su compañero de cárcel que sea su fiador. Ésa era mi convicción en aquel momento; sin embargo, pensé (pues el sufrimiento suple a la experiencia en la juventud y son muy expertos casuistas los que se han graduado únicamente en la escuela de la adversidad), pensé que el gusto por el placer, a la vez que vuelve al hombre egoísta en un sentido, le hace generoso en otro. El verdadero sibarita, aunque no sería capaz de prescindir del más pequeño goce para salvar al mundo de la destrucción, desearía no obstante que todo el mundo disfrutara (con tal de que no fuese a sus expensas), porque su goce aumentaría con ello. En eso fié, y supliqué a mi padre que me permitiera echar otra mirada a la brillante escena que teníamos ante nosotros. Accedió; y sus sentimientos, ablandados por esta complacencia y alborozados por el espectáculo (mucho más interesante para él que para mí, que iba sólo pendiente de sus efectos en él), se mostró más favorable que nunca. Me aproveché de esto y, mientras regresábamos al convento, empecé todo el poder de mi naturaleza y mi intelecto en una (casi) angustiosa llamada a su corazón. Me comparé al desdichado Esaú, privado de su derecho de primogenitura por su hermano menor, y exclamé con sus palabras: “¡No quiero que le bendigan en mi lugar! ¡Bendíceme a mí también, oh padre mío!”. Mi padre se sintió conmovido; me prometió tener en cuenta todos mis ruegos; pero me dio a entender que tropezaría con alguna objeción por parte de mi madre, y con bastantes por la del director espiritual, quien (como averigüé después) tenía dominada a toda la familia; y hasta aludió a cierta dificultad insuperable e inexplicable. Consintió, empero, que le besara la mano al partir, y trató de reprimir en vano sus emociones al notarla mojada por mis lágrimas.

»Dos días después me avisaron que fuese a hablar con el director espiritual de mi madre, el cual me estaba esperando en el locutorio. Yo atribuí esta demora a alguna larga deliberación familiar, o (lo que me parecía más probable) conspiración; traté de prepararme para la guerra múltiple que debía entablar con mis padres, así como con los directores, superiores y monjes y condiscípulos, confabulados todos para ganar la partida, sin preocuparme de si su ataque sería mediante asalto, zapa, mina o cerco.

Me puse a calcular la fuerza de los asaltantes, y a procurar reunir las armas que convenían a las distintas formas de ataque. Mi padre era amable, flexible y vacilante. Le había ablandado, le había ganado a mi favor, y comprendí que eso era todo lo que podía sacar de él. Pero al director espiritual había que hacerle frente con armas distintas. Mientras bajaba al locutorio, adopté la expresión y ademanes convenientes, modulé mi voz y ordené mis ropas. Puse en guardia el cuerpo, la mente, el ánimo, el vestido, todo. Él era un eclesiástico grave pero de aspecto amable; había que tener la perfidia de un Judas para sospechar alguna traición por su parte. Me sentí desarmado, incluso experimenté cierto remordimiento. «Quizá —me dije— me he estado armando contra un mensaje de reconciliación». El director empezó con preguntas intrascendentes acerca de mi salud y mis progresos en los estudios, aunque me las hacía en un tono de interés. Me dije que no era correcto por parte suya abordar la cuestión que motivaba su visita demasiado pronto; le contesté sosegadamente, pero el corazón me latía con violencia. Siguió un silencio; luego, volviéndose súbitamente hacia mí, dijo:

»—Hijo mío, comprendo que tus objeciones a la vida monástica son insuperables. No me extraña; sus exigencias han de parecer sin duda bastante inconciliables con la juventud y, de hecho, no conozco ningún período de la vida en que la abstinencia, la privación y la soledad resulten particularmente agradables; ése era el deseo de tus padres, evidentemente, pero...

»Sus palabras, tan llenas de candor, me vencieron; abandoné la cautela y todo lo demás al preguntarle:

»—Pero ¿qué, padre?

»—Pero, iba a decir, qué pocas veces coincide nuestro punto de vista con los de quienes se ocupan de nosotros, y qué difícil es decidir cuál es el menos erróneo.

»—¿Eso es todo? —dije yo, hundiéndome en el desencanto.

»—Eso es todo; por ejemplo, algunas personas (yo fui una de ellas, en otro tiempo) son lo bastante imaginativas como para creer que la superior experiencia y el probado afecto de los padres les capacita para decidir este tipo de cuestiones mejor que los hijos; es más, he oído de algunos que han llevado su absurdo hasta el extremo de hablar de derechos naturales, de imperativos del deber, y de la útil coerción del autodomínio; pero desde que he tenido el placer de conocer tu decisión, empiezo a pensar que un joven, aunque no haya cumplido los trece años, puede ser un juez incomparable en última instancia, sobre todo cuando la cuestión se relaciona de algún modo con sus intereses eternos y temporales; en tal caso, tiene evidentemente la doble ventaja de contar con el dictado de sus padres espirituales y sus padres naturales.

»—Padre, os ruego que habléis sin burla ni ironía; podéis ser muy sagaz, pero sólo os pido que seáis inteligible y serio.

»—¿Quieres entonces que te hable seriamente? —y pareció *recogerse* en sí mismo al hacerme esta pregunta.

»—Por supuesto.

»—Pues, bien, hijo: ¿no crees que tus padres te aman? ¿No has recibido desde tu infancia todas las muestras de afecto? ¿No has sido estrechado contra sus pechos desde tu misma cuna?

»Ante estas palabras, luché en vano por reprimir mis sentimientos, y lloré, al tiempo que contestaba.

»—Sí.

»—Siento, hijo mío, verte abrumado de ese modo; mi deseo era apelar a tu razón (pues tienes una capacidad de raciocinio nada común)... y a tu razón apelo: ¿crees que tus padres, que te han tratado con esa ternura, que te aman como a sus propias almas, serían capaces de obrar (como tu conducta les acusa) con inmotivada y caprichosa crueldad para contigo? ¿No te das cuenta de que hay una razón, y que debe de ser de bastante peso? ¿No sería más digno de ti, así como de tu elevado sentido del deber, averiguarla en vez de discutirla?

»—¿Es que tiene que ver con mi conducta, entonces? Estoy dispuesto a hacer lo que sea... a sacrificar lo que haga falta...

»—Comprendo... quieres sacrificar lo que sea, menos lo que se te pide; todo, menos tu propia inclinación.

»—Pero habéis aludido a una razón.

»El director guardó silencio.

»—Me habéis instado a que la pregunte.

»El director siguió callado.

»—Padre, os lo suplico por el hábito que lleváis, desveladme ese terrible fantasma; no hay nada a lo que yo no pueda hacer frente.

»—Salvo el mandato de tus padres. Pero ¿acaso estoy yo en libertad de revelarte ese secreto? —dijo el director, en un tono de debate interior—. ¿Cómo sé que tú, que has ofendido la autoridad paterna desde el principio mismo, respetarás los sentimientos de tus padres?

»—Padre, no os comprendo.

»—Mi querido hijo, me veo obligado a obrar con precaución y reserva, cosa que no va con mi carácter, que es naturalmente tan abierto como el tuyo. Me da miedo revelar un secreto; repugna a mis hábitos de profunda confianza; y me resisto a confiar nada a una persona impulsiva como tú. Me siento reducido a una penosa situación.

»—Padre, hablad y obrad con franqueza; mi situación lo necesita, y vuestra propia profesión os lo exige igualmente. Padre, recordad la inscripción que hay sobre vuestro confesonario; a mí me emocionó cuando la leí: “Dios te oye”. Sabéis que Dios os oye siempre; ¿no vais a ser sincero con alguien a quien Dios ha puesto en vuestras manos?

»Yo hablaba muy excitado, y el director pareció afectarse por un momento; es decir, se pasó la mano por los ojos, que tenía tan secos como... su corazón.

»Guardó silencio unos minutos, y luego dijo:

»—Hijo mío, ¿puedo confiar en ti? Te confieso que venía preparado para tratarte como a un niño; pero me doy cuenta de que puedo considerarte como un hombre. Posees la inteligencia, la penetración, la decisión de un hombre. ¿Tienes los sentimientos de un hombre, también?

»—Vedlo vos mismo padre.

»No percibí que su ironía, su *secreto* y su alarde de sentimiento eran teatrales y ocultaban su falta de sinceridad y de franco interés.

»—Desearía confiar en ti, hijo mío.

»—Os estaría muy agradecido.

»—Y revelártelo.

»—Reveládmelo, padre.

»—Bien, entonces, imagínalo tú mismo.

»—Oh, padre, no me digáis que *imagine* nada... decidme la verdad.

»—Tonto... ¿soy tan mal pintor, que necesito escribir el nombre debajo de la figura?

»—Os comprendo, padre, no volveré a interrumpiros.

»—Imagina, pues, el honor de una de las primeras casas de España; la paz de una entera familia... los sentimientos de un padre... la honra de una madre, los intereses de la religión... la salvación eterna de un individuo, todo colocado sobre un plato de una balanza. ¿Qué crees que podría pesar más que todo eso?

»—Nada —contesté con ardor.

»Sin embargo, en el otro plato tienes que poner esa *nada*: el capricho de un niño que aún no ha cumplido trece años; eso es todo lo que tienes que oponer a los derechos de la naturaleza, de la sociedad y de Dios.

»—Padre, estoy traspasado de horror por lo que habéis dicho; ¿depende todo eso de mí?

»—Sí, de ti... enteramente de ti.

»—Pero entonces... me siento desconcertado... estoy dispuesto a sacrificarme... decidme qué debo hacer.

»—Abraza, hijo mío, la vida monástica; eso colmará de alegría a los que te aman, asegurará tu salvación, y agradará a Dios, que te llama en este momento por medio de las voces de tus afectuosos padres y las súplicas del ministro del cielo que ahora se arrodilla ante ti. Y se hincó de rodillas ante mí.

»Esta postración, tan inesperada, tan repugnante y tan similar a la costumbre monástica de fingida humillación anuló por completo el efecto de su discurso. Me retiré de sus brazos, que él había extendido hacia mí.

»—Padre, *no puedo*... nunca seré monje.

»—¡Desdichado!, ¿te niegas, pues, a escuchar la llamada de tu conciencia, la admonición de tus padres y la voz de Dios?

»El enojo con que pronunció estas palabras, el cambio de ángel solícito a

demonio furibundo y amenazador, tuvo el efecto contrario exactamente al esperado. Dije tranquilamente:

»—Mi conciencia no me recrimina nada; yo nunca he desobedecido sus dictados. Mis padres me lo piden solamente a través de vuestra boca; y yo espero que vuestra boca no esté inspirada por ellos. En cuanto a la voz de Dios, que vibra en el fondo de mi corazón, me aconseja que no os obedezca, ya que habéis adulterado su servicio y lo habéis prostituido con vuestros votos.

»Al oír esto, cambió completamente la expresión del director, su actitud y hasta su voz; del tono suplicante o de terror, pasó instantáneamente, y con la facilidad de un actor, a una rígida y envarada severidad. Su figura se levantó del suelo, ante mí, como la del profeta Samuel ante los atónitos ojos de Saúl. Dejó al dramaturgo y se convirtió en monje en un segundo:

»—¿Así que no quieres pronunciar tus votos?

»—No, padre.

»—¿Y afrontarás el enojo de tus padres y la condena de la Iglesia?

»—No he hecho nada que merezca ninguna de las dos cosas.

»—Sin embargo, a las dos desafías, al abrigar el horrible propósito de convertirte en enemigo de Dios.

»—Yo no soy enemigo de Dios, hablando con sinceridad.

»—¡Embustero, hipócrita, eso es una blasfemia!

»—Por favor, padre, esas palabras son impropias de vuestra condición, e inadecuadas en este lugar.

»—Admito la justicia del reproche, y me someto a ella, aunque proceda de la boca de un niño —y bajando sus ojos hipócritas, entrelazó las manos sobre su pecho, y murmuró—: *Fiat voluntas tua*. Hijo mío, mi celo por el servicio de Dios y el honor de tu familia, a la que me siento vinculado igualmente por principio y por afecto, me han llevado demasiado lejos, lo confieso; pero ¿tengo que pedirte perdón a ti también, hijo, en razón de este mismo afecto y este celo por tu casa, de la que su descendiente se muestra tan despegado?

»La mezcla de humillación y de ironía de estas palabras no produjeron ninguna impresión en mí. Él se dio cuenta, pues tras elevar lentamente los ojos para ver el efecto, me descubrió de pie, en silencio, sin confiar mi voz a las palabras, no fuese a decir algo temerario y ofensivo, ni atreverme a alzar los ojos, no fuese que su expresión resultara elocuente sin necesidad de palabras.

»Creo que el director consideró su situación crítica; su interés por la familia dependía de ello, y trató de cubrir su retirada con toda la habilidad y capacidad de maniobra de un eclesiástico dotado de poder táctico.

»—Hijo mío, nos hemos equivocado los dos; yo por mi celo, y tú por... no importa por qué; lo que debemos hacer ahora es perdonarnos mutuamente, y suplicar el perdón de Dios, a quien hemos ofendido; arrodillémonos ante él, y aunque en nuestros corazones ardan pasiones humanas, Dios puede escoger este instante para

imprimir en ellos el sello de la gracia, y marcarlos así para siempre. A menudo, después del terremoto y del torbellino, se oye la voz apagada y serena, y allí está Dios... Recemos.

»Caí de rodillas, decidido a rezar en mi interior; pero seguidamente, el fervor de sus palabras, la elocuencia y la energía de sus plegarias me arrastraron con él, y me sentí impulsado a rezar contra todo lo que me dictaba el corazón. Se había reservado este triunfo para el final, y había actuado acertadamente. Jamás oí palabras más inspiradas; mientras escuchaba, involuntariamente, aquellas efusiones que no parecían provenir de labios mortales, comencé a dudar de mis propios motivos, y a indagar en mi alma. Había despreciado sus reproches, había desafiado y vencido a su pasión; pero sus plegarias me hicieron llorar. Este manejo de los sentimientos es uno de los ejercicios más dolorosos y humillantes; la virtud de ayer se convierte en vicio hoy; preguntamos con el desalentado e inquieto escepticismo de Pilato: ¿Cuál es la verdad?; pero el oráculo que en un momento dado era elocuente, al momento siguiente se muestra mudo; o si contesta, es con esa ambigüedad que nos asusta de tal modo que nos hace consultarlo una vez... y otra... y otra... y siempre en vano.

»Ahora me encontraba exactamente en el estado más propicio para los designios del director; pero él estaba cansado debido al papel que había representado antes con tan poco éxito, y se marchó, suplicándome que siguiera pidiendo al cielo que se dignara iluminarme, que él rezaría a todos los santos para que tocaran el corazón de mis padres y les revelaran el medio de salvarme del crimen y del perjurio de una vocación forzada, sin *empujarme con ello a otro de mayor negrura y magnitud*. Dicho esto, se fue a apremiar a mis padres, con toda su influencia, para que adoptaran las más rigurosas medidas a fin de obligarme a abrazar la vida conventual. Sus motivos para obrar así eran bastante fuertes cuando me visitó; pero su fuerza se había multiplicado por diez antes de dejarme. Había confiado en el poder de sus amonestaciones; había sido rechazado; la afrenta de tal derrota le hirió en lo más hondo de su corazón. Había sido sólo un *partidario* de la causa; ahora se convirtió en *parte*. Lo que antes fuera una cuestión de conciencia, ahora era una cuestión de honor para él; y me inclino a creer que puso mayor empeño en la segunda, o se armó un buen lío con las dos, en la intimidad de su mente. Sea como fuere, yo pasé unos días, a raíz de su visita, en un estado de indecible excitación. Tenía algo que esperar, y eso a menudo es mejor que algo que gozar. La copa de la esperanza despierta siempre sed; la de la fruición, la decepciona o la extingue.

»Me dediqué a dar largos paseos solitarios por el jardín. Me forjaba conversaciones imaginarias. Mis compañeros me observaban, y se decían unos a otros, según sus instrucciones: «Medita sobre su vocación; está suplicando que le ilumine la gracia, no le molestemos». Yo no les desengañaba; pero pensaba con creciente horror en ese sistema que *obligaba* a la hipocresía a una edad excesivamente precoz, y convertía el último vicio de la vida en el primero de la juventud conventual. Pero pronto olvidé estas reflexiones, y me sumí en fantásticos

ensueños. Me imaginaba a mí mismo en el palacio de mi padre; les veía a él, a mi madre y al director enzarzados en una discusión. Inventaba las palabras de cada uno, e imaginaba lo que sentían. Me representé la apasionada elocuencia del director, sus vigorosas protestas sobre mi aversión a los hábitos, su declaración de que una mayor insistencia por parte de ellos resultaría tan impía como inútil. Vi la impresión que hacía en todos, alabándome a mí mismo en boca de mi padre. Vi ablandarse a mi madre. Oí el murmullo de dudosa aquiescencia... de decisión, de felicitaciones. Oí aproximarse el coche... oír abrirse de par en par las puertas del convento. Libertad... libertad... me encontraba en sus brazos; no, estaba a sus pies. Que se pregunten los que se sonríen de lo que digo si deben más a la imaginación o a la realidad cuanto han gozado en la vida, si es que efectivamente han gozado. En estas escenificaciones interiores, no obstante, las personas nunca hablaban con el interés que yo deseaba; y las palabras que yo les ponía en la boca podían haber sido expresadas mil veces con más convicción por mí. Sin embargo, disfrutaba al máximo con estos fingimientos, y quizá no contribuía poco a ello el pensar que estaba engañando a mis camaradas todo el tiempo. Pero el disimulo enseña a disimular, y la única cuestión es si acabaremos siendo maestros en el arte, o víctimas. Cuestión que resuelve pronto nuestro egoísmo.

»Al sexto día oí, con el corazón palpitante, que se detenía un coche. Habría jurado que oí el ruido de sus ruedas. Antes de que me llamaran estaba ya en el locutorio. Sabía que no me equivocaba, y no me equivoqué. Me llevaron al palacio de mi padre, en un estado de delirio: ante mí se alzaban visiones de repulsa y reconciliación, de gratitud y desesperación. Fui conducido a una habitación donde se hallaban reunidos mi padre, mi madre y el director, los tres sentados y mudos como estatuas. Me acerqué, bese sus manos, ya continuación me quedé de pie a cierta distancia, sin atreverme a respirar siquiera. Mi padre fue el primero en romper el silencio; pero habló con el aire del hombre que repite algo que le han ordenado; y el tono de su voz desdecía cada una de las palabras *preparadas* de antemano.

»—Hijo mío, he enviado por ti, no ya para enfrentarme a tu débil y perversa obcecación, sino para anunciarte mi propia decisión. La voluntad del cielo y la de tus padres te han consagrado a su servicio, y tu resistencia sólo puede traernos la desdicha, sin que ello haga cambiar un ápice esta resolución.

»Al oír estas palabras, se me abrió la boca involuntariamente, ya que me faltó el aire; mi padre creyó que iba a replicar y se apresuró a impedirlo.

»—Hijo mío, toda oposición es inútil, y toda discusión también. Tu destino está decidido, y aunque tu resistencia te haga desdichado, no logrará alterarlo. Resígnate, hijo, a la voluntad del cielo y de tus padres, a los que puedes ofender, pero no violentar. Esta reverenda persona puede explicarte mejor que yo la necesidad de obediencia.

»Y mi padre, evidentemente cansado de una tarea que no mostraba el menor deseo de realizar, se levantó para marcharse, cuando le detuvo el director:

»—Esperad, *señor*, y aseguradle a vuestro hijo antes de iros que, desde la última

vez que le vi, he cumplido mi promesa, y que os he expuesto, a vos y a la duquesa, todos los argumentos que he creído que podían redundar mejor en beneficio de sus intereses.

»Me di cuenta de la hipócrita ambigüedad de sus palabras; y, tras respirar profundamente, dije:

»—Reverendo padre, como hijo, no quiero utilizar un intermediario entre mis padres y yo. Estoy ante ellos; y si no he necesitado intercesor para sus corazones, vuestra intervención sigue siendo igual de innecesaria. Yo os supliqué tan sólo que les transmitierais mi invencible repugnancia.

»Los tres me interrumpieron con exclamaciones, al tiempo que repetían mis últimas palabras: “¡Invencible repugnancia! ¿Para esto has sido admitido a nuestra presencia? ¿Para esto hemos estado soportando tanto tiempo tu terquedad, sólo para oírtela repetir agravada?”.

»—Sí, padre... para eso, o para nada. Si no se me permite hablar, ¿por qué se me hace venir a vuestra presencia?

»—Porque nosotros esperábamos comprobar tu sumisión.

»—Permitidme que os dé pruebas de ella de rodillas —y me arrodillé, esperando que mi gesto suavizara el efecto de las palabras que no pude evitar pronunciar.

»Besé la mano de mi padre... que él no retiró, y noté que le temblaba. Besé el borde del vestido de mi madre... Ella trató de retirarlo con una mano, pero con la otra se ocultó el rostro, y me pareció ver por entre sus dedos que lloraba. Me arrodillé ante el director también, y supliqué su bendición, y meforcé a mi mismo, aunque con la boca asqueada, a besarle la mano; pero él me arrancó su hábito de la mano, alzó los ojos, extendió los dedos, y adoptó la actitud del hombre que retrocede de horror ante un ser que merece la mayor condena reprobación. Entonces comprendí que mi única oportunidad estaba en mi padres. Me volví hacia ellos, pero retrocedieron, y se mostraron deseosos de delegar el resto de la tarea en el director. Éste se acercó a mí.

»—Hijo mío, has manifestado que tu repugnancia hacia *la vida consagrada a Dios* es invencible; pero ¿no hay cosas más invencibles aún para tu resolución? Piensa en las maldiciones de Dios, confirmadas por las de tus padres intensificadas por todas las fulminaciones de la Iglesia, cuyo abrazo has rechazado, y cuya santidad has profanado con este mismo rechazo.

»—Padre, esas palabras son terribles, pero ahora no tengo tiempo para aclaraciones.

»—Pobre desdichado, no te comprendo... ni te comprendes a ti mismo.

»—¡Oh, sí... yo sí que me comprendo! —exclamé. Y, de rodillas todavía me volví a mi padre y pregunté—: Padre mío, ¿está la vida... la vida humana completamente prohibida para mí?

»—Lo está —dijo el director, contestando por mi padre.

»—¿No existe apelación alguna?

»—Ninguna.

»—¿Ni profesión?

»—¡Profesión!, ¡pobre degenerado!

»—Dejad que adopte la más humilde, pero no me hagáis monje.

»—Eres tan libertino como débil.

»—¡Oh, padre, padre!, os lo suplico: no consintáis que este hombre conteste por vos.

»Dadme una espada... mandadme a los ejércitos de España en busca de la muerte... la muerte es todo lo que pido, antes que la vida a la que queréis condenarme.

»—Imposible —dijo mi padre, retirándose lúgubrementemente de la ventana en la que había estado apoyado—; el honor de una familia ilustre... la dignidad de un grande de España.

»—¡Oh, padre, de qué poco valdrá, cuando me esté consumiendo en mi tumba prematura, y vos expiréis con el corazón destrozado sobre esa flor que vuestra propia voz condenó a marchitarse allí!

»Mi padre tembló.

»—Señor, os suplico... os aconsejo que os retiréis; esta escena es poco conveniente para el cumplimiento de los deberes devocionales que debéis llevar a cabo esta noche.

»—¿Entonces me dejáis? —grité cuando se iban.

»—Sí... sí —repitió el director—; quédate, agobiado con la maldición de tu padre.

»—¡Oh, no! —exclamó mi padre.

»Pero el director le había sujetado con sus manos y le presionó fuertemente. “Y de tu madre”, remachó.

»Oí sollozar a mi madre, y su sollozo fue como si rechazara esa maldición; pero no se atrevió a hablar, y yo no pude. El director tenía ahora a dos víctimas en sus manos, y a la tercera a sus pies. No pudo reprimir una expresión de triunfo. Guardó silencio, hizo acopio de todo el poder de su voz, y tronó: “¡Y de Dios!”; y salió precipitadamente de la estancia acompañado de mi padre y mi madre, cuyas manos llevaba cogidas. Me sentí como fulminado por un rayo. El susurro de sus vestidos, al salir, pareció el torbellino que aguarda la presencia del ángel exterminador. Exclamé, en la desesperada agonía de mi desdicha: “¡Ojalá estuviera aquí mi hermano para que intercediese por mí!...”. Y tras pronunciar estas palabras me desplomé. Mi cabeza chocó contra una mesa de mármol, y caí al suelo cubierto de sangre.

»Los criados (de los que, según era costumbre de la nobleza española, había en palacio unos doscientos) me encontraron en ese estado. Prorrumpieron en exclamaciones... me prestaron auxilio... creyeron que había atentado contra mi propia vida; pero el cirujano que me asistió era un hombre de ciencia y de gran corazón, y tras cortarme el largo cabello pegado por los coágulos de sangre y examinar la herida, declaró que carecía de importancia. Mi madre fue de su opinión,

pues a los tres días me mandó llamar a su aposento. Subí. Una venda negra, un fuerte dolor de cabeza y una acusada palidez, eran los únicos vestigios de mi accidente, como quedó calificado. El director le había sugerido que ésta era una buena coyuntura para FIJAR LA IMPRESIÓN. ¡Qué bien entienden las personas religiosas el secreto de hacer actuar cada acontecimiento del mundo presente en el futuro, al tiempo que fingen hacer que predomine el futuro sobre el presente! Aunque viviera el doble de lo normal, no olvidaría la entrevista que sostuve con mi madre. Estaba sola cuando entré, y sentada de espaldas a mí. Me arrodillé y besé su mano. Mi palidez y mi sumisión parecieron afectarla... pero luchó con sus emociones, las reprimió, y dijo en un tono frío y *aprendido*:

»—¿A qué vienen estas muestras externas de respeto, cuando tu corazón las repudia?

»—Señora, no tengo conciencia de que sea así.

»—¡Conque no! Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué no le has ahorrado a tu padre, hace tiempo ya, la vergüenza de suplicar a su hijo..., la vergüenza aún más humillante de suplicarte en vano, y no le has ahorrado al padre director el escándalo de ver violada la autoridad de la Iglesia en la persona de su ministro, y las protestas del deber tan ineficaces como las llamadas de la naturaleza? Y a mí... ¡Ah!, ¿por qué no me has ahorrado a mí esta hora de congoja y de vergüenza? —y prorrumpió en un mar de lágrimas que ahogaban mi alma.

»—Señora, ¿qué he hecho yo para merecer el reproche de vuestras lágrimas? ¿Es acaso un crimen mi falta de vocación por la vida monástica?

»—En ti, sí es un crimen.

»—Pero entonces, querida madre, si se le hubiese propuesto esto mismo a mi hermano, y lo hubiera rechazado, ¿habría sido un crimen también?

»Dije esto casi involuntariamente, y sólo a manera de comparación. No entrañaba ningún significado ulterior, ni tenía yo idea de que mi madre pudiera considerarlo como otra cosa que una injustificable parcialidad. Pero me di cuenta de que no era así al replicar ella en un tono que me heló la sangre:

»—Hay una gran diferencia entre él y tú.

»—Sí, señora; él es vuestro preferido.

»—No; pongo al cielo por testigo de que no.

»Si antes parecía severa, terminantemente imperturbable, ahora pronunció estas palabras con una sinceridad que me llegó al fondo del corazón: parecía apelar al cielo frente a los prejuicios de su hijo. Me sentí conmovido... y dije:

»—Pero señora, esta diferencia de posición resulta inexplicable.

»—¿Y querrías que te la explicara yo?

»—O quien fuera, señora.

»—¿Yo? —repitió sin escucharme; luego, besando un crucifijo que colgaba sobre su pecho, añadió—: ¡Dios mío!, el castigo es justo, y a él me someto, aunque me lo inflija mi propio hijo. Tú eres ilegítimo —prosiguió, volviéndose súbitamente hacia

mí—; eres ilegítimo... y tu hermano no; y tu intrusión en la casa de tu padre no sólo es una desgracia, sino un perpetuo recuerdo de ese crimen que lo agrava sin posibilidad de absolución.

»Me quedé sin habla.

»—¡Ay, hijo mío! —continuó diciendo—, ten piedad de tu madre. ¿No es esta confesión, arrancada a la fuerza por mi propio hijo, suficiente para expiar mi culpa?

»—Proseguid, señora, ahora puedo soportar lo que sea.

»—Debes soportarlo, pues me has obligado a esta revelación. Yo soy de un rango muy inferior al de tu padre. Tú fuiste nuestro primer hijo. Él me amaba; y perdonando mi debilidad como prueba de mi devoción a él, nos casamos, y tu hermano es nuestro hijo legítimo. Tu padre, preocupado por mi reputación, desde el momento en que me uní a él convino conmigo, ya que nuestro matrimonio era secreto, y su fecha dudosa, que se anunciaría que tú eras nuestro legítimo descendiente. Durante años, tu abuelo, irritado por nuestro matrimonio, se negó a vernos, y vivimos en el retiro... ¡Ojalá hubiera muerto yo entonces! Pocos días antes de su muerte se aplacó, y mandó llamarnos; no había tiempo para confesar el engaño en que le habíamos tenido, y fuiste presentado como el hijo de su hijo, y heredero de sus títulos. Pero desde ese momento no he conocido un instante de paz. La mentira que yo había pronunciado ante Dios y ante el mundo, y ante un pariente moribundo, la injusticia cometida con tu hermano, la violación de los deberes naturales y de las exigencias legales, las convulsiones de la conciencia, todo me acusaba no sólo del pecado de perjurio, sino del de sacrilegio.

»—¡De sacrilegio!

»—Sí; y cada hora que te retrasas tú en aceptar los hábitos, es una hora robada a Dios. Antes de que nacieras, ya te había consagrado a Él como único medio de expiar mi crimen. Mientras te tuve en mi seno sin vida, me atreví a implorar su perdón con la única condición de que más tarde intercedieras en mi favor como ministro de la religión. *Confíe en tus oraciones antes de que tuvieses el don de la palabra.* Decidí fiar mi penitencia en quien, convirtiéndose en hijo de Dios, redimiese *mi* ofensa de haberle hecho hijo del pecado. En mi imaginación, me arrodillaba ya ante tu confesonario... y oía que por la autoridad de la Iglesia y delegación del cielo, me perdonabas. Y te veía de pie, junto a mi lecho de muerte... y te sentía apretar tu crucifijo en mis labios, y señalar hacia ese cielo donde yo esperaba que mi voto hubiese asegurado un sitio para ti. Antes de que nacieras, ya me había esforzado yo por que subieses al cielo; y mi recompensa es que tu obstinación amenaza con arrojarnos a los dos al abismo de la perdición. ¡Oh, hijo mío, si nuestras oraciones e intercesiones sirven para librar del castigo a las almas de nuestros familiares difuntos, escucha las vivas recomendaciones de un familiar vivo que te implora que no la sentencias a la eterna condenación!

»Fui incapaz de contestar; mi madre se dio cuenta y redobló sus esfuerzos.

»—Hijo mío, si yo supiese que arrodillándome a tus pies ablandaba tu

obcecación, me postraría ante ellos en este momento.

»—¡Oh, señora, tan antinatural humillación me mataría!

»—Sin embargo, no cedes..., la angustia de esta confesión, el interés de mi salvación y de la tuya propia, es más, la preservación de mi vida, no cuentan para ti —se dio cuenta de que estas palabras me hacían temblar, y las repitió—: Sí, de mi vida; a partir del día en que tu inflexibilidad me exponga a la infamia, no viviré. Si tú tienes una decisión que tomar, yo también; y no temo las consecuencias; porque Dios culpará a tu alma, no a la mía, del crimen al que me obliga un hijo ilegítimo... Sin embargo, no quieres ceder. Bien; entonces, la prosternación de mi cuerpo no significa nada al lado de la prosternación del alma a la que ya me has empujado. Me arrodillo ante mi hijo para suplicarle la vida y la salvación —y se arrodilló ante mí.

»Traté de levantarla; ella me rechazó, y exclamó con voz ronca de desesperación:

»—¿Así que no quieres ceder?

»—Yo no he dicho eso.

»—¿Entonces qué dices? ...no me levantes, no te acerques hasta que no me hayas contestado.

»—Lo pensaré.

»—¡Pensarlo! Tienes que decidirlo.

»—Lo haré, lo haré.

»—¿Pero qué harás?

»—Seré lo que queráis que sea.

»Al pronunciar yo estas palabras, mi madre cayó desvanecida a mis pies. Mientras trataba de levantarla, sin saber si era un cadáver lo que tenía en mis brazos, comprendí que jamás me habría perdonado a mí mismo, si por negarme a cumplir su último ruego, se hubiese visto ella reducida a tal situación.

»Me vi abrumado de felicitaciones, bendiciones y abrazos. Yo lo recibí todo con manos temblorosas, labios fríos, cerebro vacilante y un corazón que se me había vuelto de piedra. Todo desfilaba ante mí como un sueño. Observaba aquel desfile sin pensar siquiera en quién iba a ser la víctima. Regresé al convento. Pensé que mi destino estaba decidido; me sentía como el que ve ponerse en movimiento una enorme maquinaria (cuyo trabajo consiste en triturarle), y la mira horrorizado, pero con la fría apariencia del que analiza la complejidad de sus engranajes, y calcula el impacto irresistible de su golpe. He leído acerca de un desventurado judío^[15] que, por mandato de un emperador moro, fue expuesto en la arena a la furia de un león que había sido mantenido en ayunas durante cuarenta y ocho horas con este fin. El horrible rugido del hambriento animal hizo temblar a los verdugos cuando ataron la cuerda alrededor del cuerpo de la gimiente víctima. Entre vanos forcejeos, súplicas de misericordia y alaridos de desesperación, fue atado, izado y bajado a la arena. En el momento de tocar el suelo, cayó petrificado, aterrado. No profirió un solo grito... no fue capaz de respirar siquiera, ni de hacer un movimiento... cayó, con todo el cuerpo

contraído, como un bulto; y allí quedó, igual que una protuberancia de la tierra. Lo mismo me ocurrió a mí: se habían acabado mis gritos y forcejeos; había sido arrojado a la arena, y allí estaba. Yo me repetía: “Debo ser monje”, y ahí terminaba todo el debate. Si me alababan lo bien hechos que estaban mis deberes o me reprendían porque estaban mal, yo no manifestaba ni alegría ni tristeza... decía simplemente: “Debo ser monje”. Si me instaban a que hiciera un poco de ejercicio en el jardín del convento, o reprobaban mi exceso cuando paseaba después de las horas permitidas, seguía contestando: «Debo ser monje». Eran muy indulgentes conmigo en lo que atañía a estos vagabundeos. Que pronunciara los votos un hijo... el hijo mayor del duque de Moncada, suponía un triunfo glorioso para los ex jesuitas; y no dejarían de sacar el máximo provecho de ello.

»Me preguntaron qué libros quería leer... y contesté: «Los que ellos quieran». Observaron que me gustaban las flores y los jarrones de porcelana, y los llenaban con el más exquisito producto del jardín (renovándolo cada día), y de este modo embellecían mi aposento. Me gustaba la música... lo descubrieron al incorporarme sin pensar al coro. Mi voz era buena, y mi profunda tristeza confería un acento especial a mis cánticos, por lo que estos hombres, siempre al acecho para captar cualquier cosa que les engrandeciese a ellos o sirviese para embaucar a sus víctimas, me aseguraron que estaba dotado de gran inspiración.

»Ante tales alardes de indulgencia, yo manifestaba siempre una ingratitud totalmente ajena a mi carácter. Jamás leía los libros que me proporcionaban; desdeñaba las flores con que llenaban mi habitación; en cuanto al soberbio órgano que introdujeron en mi aposento, no lo toqué más que para sacar algunos acordes profundos y melancólicos de sus llaves. A quienes me instaban que empleara mi talento en la pintura o en la música, seguía contestando la misma apática monotonía: “Debo ser monje”.

»—Pero hermano, el amar las flores, la música y todo cuanto puede consagrarse a Dios, es digno también de la atención del hombre... ofendes a la indulgencia del Superior.

»—Puede ser.

»—Como muestra de reconocimiento a Dios, debes darle gracias por estas maravillosas obras de su creación —a todo esto, yo tenía la habitación llena de rosas y claveles—; debes agradecerle también las cualidades con que te ha distinguido para cantar sus alabanzas..., tu voz es la más rica y poderosa de la Iglesia.

»—No lo dudo.

»—Hermano, me contestas al tuntún.

»—Tal como siento..., pero no me hagas caso.

»—¿Damos un paseo por el jardín?

»—Como quieras.

»—¿O prefieres ir en busca de un momento de consuelo con el Superior?

»—Como quieras.

»—Pero ¿por qué hablas con esa indiferencia?, ¿acaso se puede apreciar el perfume de las flores y las consolaciones de tu Superior a un mismo tiempo?

»—Eso creo.

»—¿Por qué?

»—Porque debo ser monje.

»—Pero hermano, ¿es que nunca dirás más frase que esa, que no contiene o significado que el de la estupefacción y el delirio?

»—Es igual, imagínate entonces delirante y estupefacto... pero sé que debo ser monje.

»A estas palabras, que yo suponía que pronunciaba en un *tono* muy distinto del tono habitual de la conversación monástica, intervino otro, y me preguntó qué decía en clave tan baja.

»—Sólo decía —reliqué— que debo ser monje.

»—Gracias a Dios que no era algo peor —contestó el que había preguntado—; tu contumacia tiene que haber agotado hace tiempo al Superior y a los hermanos. Gracias a Dios que no es nada peor.

»Al oír esto, sentí que mis pasiones resucitaban. Exclamé:

»—¡Peor!, ¿qué más puedo temer yo? ¿Acaso no voy a ser monje?

»A partir de esa tarde (no recuerdo cuándo fue) mi libertad quedó restringida; ya no se me permitió pasear, conversar con los demás compañeros o novicios; dispusieron una mesa aparte para mí en el refectorio, y durante los oficios los otros asientos que estaban junto al mío permanecieron vacíos..., aunque mi celda seguía adornada con flores y grabados, y me dejaban sobre la mesa juguetes exquisitamente trabajados. No me daba cuenta de que me trataban como a un lunático, aunque mis expresiones estúpidamente repetidas podían justificar muy bien la actitud de todos hacia mí... Ellos tenían sus propios planes de acuerdo con el director; mi silencio los justificaba. El director venía a verme con frecuencia y los desdichados hipócritas le *acompañaban* hasta mi celda. Por lo general (y a falta de otra ocupación), me encontraban arreglando las flores o mirando los grabados; y entonces le decían:

»—Como veis, es todo lo feliz que quiere; no necesita nada... está completamente ocupado cuidando sus rosas.

»—No, no estoy ocupado —replicaba yo—; ¡ocupación es lo que me falta!

»Entonces ellos se encogían de hombros, intercambiaban misteriosas miradas con el director, y yo me alegraba de verles marcharse, sin pensar en la amenaza que su ausencia significaba para mí. Porque entonces se sucedían las consultas en el palacio de Moncada, sobre si se me podría persuadir para que mostrara la suficiente lucidez para permitirme pronunciar los votos. Parecía que los reverendos padres estaban tan deseosos de convertir en santo a un idiota como sus antiguos enemigos los moros. Había ahora toda una facción confabulada contra mí; para hacerle frente se requería algo más que la fuerza de un hombre. Todo eran atribulados viajes del palacio de Moncada al convento y viceversa. Yo era loco, *contumaz*, herético, idiota... de

todo... cualquier cosa que pudiese aliviar la celosa angustia de mis padres, la codicia de los monjes o la ambición de los ex jesuitas, que se reían del terror de los demás y permanecían atentos a sus propios intereses. Les preocupaba bien poco que estuviese loco o no; alistar a un hijo de la primera casa de España entre sus miembros, tenerle prisionero por loco, o exorcizarlo por endemoniado, era lo mismo. Sería un *coup de théâtre*; y con tal de asumir ellos los primeros papeles, les importaba muy poco la catástrofe. Afortunadamente, durante toda esta conmoción de impostura, temor, falsedad y tergiversación, el Superior se mostró imperturbable. Dejó que siguiera el tumulto, que aumentara en importancia; él había decidido que yo tenía la suficiente lucidez para pronunciar los votos. Yo ignoraba todo esto; y me quedé asombrado cuando se me llamó al locutorio la víspera de mi noviciado. Había llevado a cabo mis ejercicios religiosos con normalidad, no había recibido amonestación alguna del maestro de los novicios, y me hallaba totalmente desprevenido para la escena que me esperaba. En el locutorio estaban reunidos mi padre, mi madre, el director y otras personas a las que yo no conocía. Avancé con expresión serena y paso regular. Creo que era tan dueño de mis facultades como cualquiera. El Superior, cogiéndome del brazo, me paseó por la estancia, diciendo:

»—Mira...

»Yo le interrumpí:

»—Señor; ¿a qué viene esto?

»Por toda respuesta, se limitó a ponerme el dedo en los labios; y luego me pidió que mostrara mis dibujos. Los traje y los ofrecí, con una rodilla en el suelo, primero a mi madre y luego a mi padre. Eran bocetos de monasterios y prisiones. Mi madre apartó los ojos... mi padre, apartando los dibujos, dijo:

»—Yo no entiendo de estas cosas.

»—Pero os gusta la música, sin duda. Debéis oírle tocar.

»Había un pequeño órgano en la estancia adyacente al locutorio; a mi madre no se le permitió pasar. Inconscientemente, elegí el «Sacrificio de Jephtha». Mi padre se afectó mucho y me pidió que parara. El Superior creyó que era no sólo un tributo a mi talento, sino un reconocimiento de la eficacia de su institución, y aplaudió sin discreción ni medida. Hasta ese momento, jamás pensé que podía ser el motivo de una reunión en el convento. El Superior estaba decidido a hacerme jesuita, y por tal motivo defendía mi *cordura*. Los monjes querían que hubiera un exorcismo, un *auto de fe*, alguna bagatela por el estilo, para distraer la monotonía monástica, y por ello estaban deseosos de que yo estuviera o pareciese trastornado o poseso. Sin embargo, fracasaron sus piadosos deseos. Acudí cuando me llamaron, me comporté con escrupulosa corrección, y se designó el día siguiente para que pronunciara los votos.

Ese día siguiente... ¡Ah, ojalá pudiera describirlo!... pero es imposible; el profundo estupor en que me sumí me impedía tener conciencia de cosas que habrían chocado al espectador más indiferente. Estaba tan abstraído que, aunque recuerdo los hechos, no puedo referir el más ligero indicio de los sentimientos que suscitaron. Esa

noche dormí profundamente hasta que me despertó una llamada a la puerta:

»—Hijo mío, ¿qué haces? Reconocí la voz del Superior, y contesté:

»—Estaba durmiendo, padre.

»—Yo estaba macerando mi cuerpo por ti a los pies del altar, hijo: el flagelo está rojo con mi sangre.

»No contesté, porque pensé que la maceración la merecía mucho más el traidor que el traicionado. Sin embargo, me equivocaba; porque, en realidad, el Superior sentía cierta compunción, y había asumido esta penitencia por mi repugnancia y enajenación mental más que por sus propios pecados. Pero *¡cuán falso es el tratado con Dios que firmamos con nuestra propia sangre*, cuando Él mismo ha declarado que sólo aceptará un sacrificio, el del Cordero, desde la creación del mundo! Dos veces se me turbó de ese modo durante la noche, y las dos veces contesté lo mismo. El Superior, no tengo la menor duda, era sincero. Él creía que lo hacía todo para mayor gloria de Dios, y sus hombros ensangrentados daban testimonio de su celo. Pero yo me encontraba en tal estado de osificación mental que ni sentía, ni oía, ni entendía; y cuando llamó por segunda y tercera vez a la puerta de mi celda para anunciar la severidad de sus maceraciones y la eficacia de intercesión ante Dios, contesté:

»—¿No se permite a los criminales dormir la noche antes de su ejecución?

»Al oír estas palabras, que seguramente le hicieron estremecer, el Superior cayó de rodillas ante la puerta de mi celda, y yo me di la vuelta para seguir durmiendo. Pero pude oír las voces de los monjes cuando levantaron al Superior y lo trasladaron a su celda. Decían:

»—Es incorregible... os humilláis en vano; cuando sea *nuestro*, le veréis como un ser distinto... entonces se postrará ante vos.

»Oí esto y me dormí.

»Llegó la mañana; yo sabía lo que traería el nuevo día: me había representado toda la escena en mi mente. Imaginé que presenciaba las lágrimas de mis padres, la simpatía de la congregación. Me pareció ver temblar las manos de los sacerdotes al sacudir el incienso, y estremecerse a los acólitos que sostenían sus casullas. De pronto, mi ánimo cambió: Sentí... ¿qué fue lo que sentí?, una mezcla de malignidad, desesperación y de fuerza de lo más formidable. Un relámpago pareció brotar de mis ojos ante una posibilidad: podía cambiar los papeles de sacrificantes y sacrificado en un segundo; podía fulminar a mi madre con una palabra, cuando estuviera allí de pie... podía partirle el corazón a mi padre con una simple frase... podía sembrar más desolación a mi alrededor de la que aparentemente pueden causar el vicio, el poder o la maldad humanas en sus víctimas más despreciables... ¡Sí!, esa madrugada sentí en mí la pugna de la naturaleza, el sentimiento, la compunción, el orgullo, la malevolencia y la desesperación. Los primeros eran parte de mi ser, los segundos los había adquirido todos en el convento. Dije a los que me asistían esa mañana:

»—Me estáis ataviando para hacer de víctima, pero puedo convertir a mis

verdugos en víctimas, si quiero —y solté una carcajada.

»Mi risa dejó aterrados a los que me rodeaban; se retiraron, y fueron a comunicar mi estado al Superior. Vino éste a mi aposento; el convento entero se sintió alarmado, estaba en juego su prestigio; se habían hecho ya todos los preparativos... y todo el mundo había decidido que yo debía ser monje, loco o no.

»El Superior estaba aterrado, lo vi en cuanto entró en mi celda.

»—Hijo mío, ¿qué significa todo esto?

»—Nada, padre, nada; sólo que me ha venido de repente una idea.

»—Ya la discutiremos en otra ocasión, hijo; ahora...

»—*Ahora* —repetí yo con una carcajada que debió de lacerar los oídos del Superior—, ahora sólo tengo una alternativa que proponeros: que mi padre mi hermano ocupen mi lugar... eso es todo. Yo jamás seré monje.

»El Superior, ante estas palabras, empezó a pasear por la celda. Yo corrí tras él, exclamando en un tono que sin duda debió llenarle de horror:

»—Me niego a pronunciar los votos; que los que quieren obligarme carguen con la culpa; que expíe mi padre, en su propia persona, el pecado de haberme traído al mundo; que sacrifique mi hermano su orgullo... ¿por qué debo ser yo la víctima del crimen de uno y de las pasiones del otro?

»—Hijo mío, todo eso ya quedó acordado antes.

»—Sí, ya lo sé..., ya sé que se me condenó, por decreto del Todopoderoso cuando aún estaba en el vientre de mi madre; pero jamás suscribiré ese decreto con mi propia mano.

»—Hijo mío, qué puedo decirte yo... has aprobado ya tu noviciado.

»—Sí, en un estado de completa estupefacción.

»—Todo Madrid ha acudido aquí para oírte pronunciar los votos.

»—Entonces, todo Madrid me oirá renunciar a ellos y repudiarlos.

»—Éste es el día señalado. Los ministros de Dios están preparados para entregarte a sus brazos. El cielo y la tierra, todo cuanto tiene valor en el tiempo o es precioso para la eternidad, ha sido llamado aquí, y espera oír las irrevocables palabras que sellarán tu salvación y confirmarán la de aquellos quienes tú amas. ¿Qué demonio ha tomado posesión de ti, hijo, y te ha atrapado en el instante en que avanzabas hacia Cristo para derribarte y despedazarte? ¿Cómo podré, cómo podría la comunidad, y todas las almas que debe escapar al castigo por el mérito de tus oraciones, responder ante Dios de tu horrible apostasía?

»—Que respondan de sí mismas... que cada uno de nosotros responda de mismo; ése es el dictado de la razón.

»—¿De la razón, mi pobre y alucinado hijo, cuando la razón no tiene nada que ver con la religión?

»Me senté, crucé los brazos sobre el pecho, y me abstuve de contestar una sola palabra. El Superior se quedó de pie, con los brazos cruzados también, cabeza inclinada y toda su figura adoptó un aire de honda y mortificada meditación.

Cualquier otro podría haberle imaginado buscando a Dios en los abismos del pensamiento, pero yo sabía que lo estaba buscando donde jamás lo encontraría: en el abismo de ese corazón que es “falso y desesperadamente malvado”. Se acercó a mí; y exclamé:

»—¡No os acerquéis!... Ahora vais a repetirme la historia de mi sumisión; pues yo os digo que era fingida; y la regularidad de mis ejercicios devotos, completamente maquinal o falsa; y mi conformidad con la disciplina la observé con la esperanza de escapar de ella en última instancia. Ahora siento mi conciencia descargada y mi corazón aliviado. ¿Me oís, comprendéis lo que digo? Éstas son las primeras palabras verdaderas que pronuncio desde que entré en estos muros, las únicas que pronunciaré dentro de ellos, quizá; conservadlas siempre, arrugad el ceño, santiguaos y elevad los ojos cuanto queráis. Continuad vuestro drama religioso. ¿Qué es lo que veis ante vos tan horrible que retrocedéis, os santiguáis y alzáis los ojos y las manos al cielo? ¡Un ser al que la desesperación empuja a proclamar una desesperada verdad! Puede que la verdad resulte horrible para quienes viven en un convento, cuya vida es artificiosa y pervertida; cuyos corazones se encuentran falseados hasta más allá de lo que alcanza la mano del cielo (que ellos se enajenan con su hipocresía). Pero siento que, en este momento, produzco menos horror a los ojos de Dios que si me hallara en el altar (al que me empujáis), ofendiéndolo con unos votos que mi corazón pugnaré por rechazar tan pronto como los pronuncie.

»Tras estas palabras, que dije sin duda con la más grosera e insultante violencia, casi esperé que me derribara de una bofetada, que llamara a los hermanos legos para que me llevaran a la clausura o me encerraran en la mazmorra del convento, sabía que existía tal lugar. Quizá deseaba yo todo eso. Empujado hasta el último extremo, sentí una especie de orgullo empujándoles yo a ellos también. Estaba dispuesto a arrastrar cualquier cosa que provocara mi violenta excitación, cualquier rápida y vertiginosa contingencia, incluso cualquier intenso sufrimiento, y preparado para hacerles frente. Pero tales paroxismos se agotan muy pronto, y nos agotan a nosotros igualmente por su misma violencia.

»Asombrado ante el silencio del Superior, alcé los ojos hacia él. Dije, en un tono moderado que sonó extraño incluso a mis propios oídos:

»—Bien, decidme cuál es mi sentencia.

»Siguió callado. Había *observado la crisis*, y ahora, hábilmente, estudiaba las características de la enfermedad mental para aplicar sus remedios. Seguía de pie, delante de mí, manso e inmóvil, con los brazos cruzados, los ojos bajos, sin la menor muestra de resentimiento en toda su actitud. Los pliegues de su hábito, renunciando a revelar su agitación interior, parecían tallados en piedra. Su silencio, imperceptiblemente, me apaciguó, y me reproché el haberme dejado llevar por mi violencia. Así nos dominan los hombres de este mundo con sus pasiones, y los del otro con el aparente sometimiento de ellas. Por último, dijo:

»—Hijo mío, te has rebelado contra Dios, te has resistido a su Santo Espíritu, has

profanado su santuario y has ofendido a su ministro; y yo, en su nombre y en el mío propio, te lo perdono todo. Juzga los diversos caracteres de nuestros sistemas por los distintos resultados en nosotros dos. Tú injurias, difamas y acusas..., yo bendigo y perdono: ¿quién de nosotros se encuentra, pues, bajo la influencia del evangelio de Cristo, y al amparo de la bendición de la Iglesia? Pero dejando aparte esa cuestión, que no estás en este momento en condiciones de decidir, abordaré sólo un asunto más; si eso fracasa, no me volveré a oponer a tus deseos, ni te incitaré a prostituirte con un sacrificio que el hombre despreciaría, y Dios tendría que desdeñar. Y es más, haré incluso cuanto esté de mi mano por complacer tus deseos, que desde ahora los hago también míos.

»Al oír estas palabras, tan sinceras y llenas de bondad, me sentí impulsado a arrodillarme a sus pies; pero el temor y la experiencia me contuvieron, y me limité a hacer un gesto de reverencia.

»—Prométeme únicamente que esperarás con paciencia hasta que haya acabado de exponerte la última cuestión; si tiene éxito o no, es cosa que me interesa bien poco, y me preocupa menos aún.

»Se lo prometí... y se marchó. Poco después regresó. Su semblante estaba algo más alterado; pero siguió luchando por conservar la expresión severa. Notaba en él cierta agitación; pero no sabía si provenía de él o de mí. Dejó la puerta entornada, y lo primero que dijo me dejó perplejo:

»—Hijo mío, tú estás muy familiarizado con las historias clásicas.

»—Pero ¿qué tiene que ver eso, padre?

»—¿Recuerdas la famosa anécdota del general romano que echó a puntapiés, de los peldaños de su tribuna, al pueblo, a los senadores y a los sacerdotes, atropelló la ley, injurió a la religión, pero al final se sintió conmovido por la naturaleza, pues se aplacó cuando su madre se prosternó ante él exclamando: Hijo mío, antes de pisar las calles de Roma tendrás que pisar el cuerpo de la que te ha dado la vida.

»—Lo recuerdo; pero ¿con qué objeto lo decís?

»—Con *éste* —y abrió la puerta de par en par—; muestra ahora, si puedes, más obcecación que un pagano.

»Al abrirse la puerta, vi a mi madre en el umbral, postrada y con el rostro en el suelo y dijo con voz ahogada:

»—Avanza... rompe con tus votos... pero tendrás que perjurar sobre el cuerpo de tu madre.

»Traté de levantarla; pero ella se pegó al suelo, repitiendo las mismas palabras; y su espléndido vestido, que se extendía sobre las losas con sus joyas y su terciopelo, contrastaba tremendamente con su postura humillada, y con la desesperación que ardía en sus ojos cuando los alzó hacia mí un instante. Crispado de angustia y de horror, me tambaleé, yendo a parar a los brazos del Superior, quien aprovechó ese momento para llevarme a la iglesia. Mi madre nos siguió... y prosiguió la ceremonia. Pronuncié los votos de castidad, pobreza y obediencia, y unos instantes después mi

destino estaba decidido [...].

»Se sucedieron los días, uno tras otro, durante muchos meses, pero no dejaron en mí recuerdo alguno, ni deseo de tener ninguno tampoco. Debí de experimentar muchas emociones; pero todas se aplacaron como las olas del mar bajo la oscuridad de un cielo de medianoche: su agitación prosigue; pero no hay luz que delate su movimiento ni indique cuándo se elevan o se hunden. Un profundo estupor dominaba mis sentidos y mi alma; y quizá, en este estado, me encontraba en las condiciones más idóneas para la existencia monótona a la que estaba condenado. Lo cierto es que llevaba a cabo todas las ocupaciones conventuales con una regularidad irreprochable y una apatía que no dejaba de ser elogiada. Mi vida era un mar sin corrientes. Obedecía los mandatos con la misma maquinal puntualidad que la campana llamando a los oficios. Ningún autómatas, construido de acuerdo con los más perfectos principios de la mecánica, y obediente a dichos principios con una exactitud casi milagrosa, podría dar a un artista menos ocasión para quejas o decepciones de la que daba yo al Superior y a la comunidad. Era siempre el primero en el coro. No recibía visitas en el locutorio... y cuando se me permitía salir, declinaba tal permiso. Si se me imponía alguna penitencia, me sometía a ella; si se nos concedía algún solaz, jamás participaba en él. Nunca solicité que se me dispensara de los maitines ni de las vigiliass. En el refectorio permanecía callado; en el jardín, paseaba solo. Ni pensaba, ni sentía, ni vivía... si la vida depende de la conciencia, y los movimientos de la voluntad. Dormía en mi existencia como el Simurgh de la fábula persa, pero este sueño no iba a durar mucho tiempo. Mi retraimiento y mi tranquilidad no convenían a los jesuitas. Mi estupor, mi paso sigiloso, mis ojos fijos, mi profundo mutismo podían muy bien imbuir a una comunidad supersticiosa la idea de que no era un ser humano quien deambulaba por sus claustros y frecuentaba su coro. Pero ellos abrigaban ideas muy distintas. Consideraban todo esto como un tácito reproche a los esfuerzos, disputas, intrigas y estratagemas en las que andaban entregados en cuerpo y alma desde la mañana a la noche. Quizá creían que me mantenía reservado sólo para vigilarles. Quizá no había motivos de curiosidad o de queja en el convento, en esa época... Una pizca servía para ambas cosas.

»Sin embargo, comenzó a revivir la vieja historia de mi trastorno mental, y decidieron sacar de ella todo el partido posible. Murmuraban en el refectorio, conferenciaban en el jardín..., movían negativamente la cabeza, me señalaban en el claustro y, finalmente, llegaron al convencimiento de que lo que ellos deseaban o imaginaban era cierto. Luego sintieron todos sus conciencias interesadas en la investigación; y un grupo escogido, encabezado por un viejo monje de bastante influencia y reputación, fue a hablar con el Superior. Le hablaron de mi desasimiento, mis movimientos maquinales, mi figura de autómatas, mis palabras incoherentes, mi estúpida devoción, mi total extrañamiento respecto al espíritu de la vida monástica, mientras que mi escrupulosa, *rígida e inflexible* actitud formal era meramente una parodia. El Superior les escuchó con suma indiferencia. Se había puesto de acuerdo

secretamente con mi familia, había conferenciado con el director y se había prometido a sí mismo que yo sería monje. Lo había conseguido a costa de muchos esfuerzos (con el resultado que se ha visto), y ahora le preocupaba poco que estuviera loco o no. Con gesto grave, les prohibió que volvieran a entremeterse en este asunto, y les advirtió que se reservaba para sí toda futura indagación. Se retiraron vencidos, pero no desalentados, y acordaron *vigilarme conjuntamente*; o sea, acosarme, perseguirme y atormentarme, atribuyéndome un carácter que era producto de su malicia, de su curiosidad o de la ociosidad e impudicia de su desocupada inventiva. A partir de entonces, el convento entero se convirtió en un tumulto de conspiración y conjura. Las puertas sonaban allí donde me oían acercarme; y siempre había tres o cuatro susurrando donde yo paseaba; y carraspeaban, se hacían señas y, de *manera audible*, se ponían a hablar de los temas más triviales en mi presencia, dando a entender, mientras fingían disimular, que su último tema de conversación había sido yo. Yo me reía en mi interior. Me decía: “Pobres seres pervertidos, con qué afectación de bullicio y aparato dramático os afanáis en distraer la miseria de vuestra vacuidad sin esperanza; vosotros lucháis, yo me someto”. No tardaron las trampas que preparaban en estrecharse a mi alrededor, y se fueron metiendo en mi camino con una asiduidad que yo no podía evitar, y una aparente benevolencia que me costaba trabajo rechazar. Decían con el tono más suave:

»—Querido hermano, estás melancólico..., te devora la desazón..., quiera Dios que nuestros fraternales esfuerzos logren disipar tu pesadumbre. Pero ¿de dónde te viene esa melancolía que parece consumirte?

»Ante estas palabras, yo no podía evitar mirarles con ojos llenos de reproche, y creo que de lágrimas también... aunque sin decir palabra. El estado en que ellos me veían era causa suficiente para la melancolía que me reprochaban.

»Fracasado este ataque, adoptaron otro método. Intentaron hacerme participar en las reuniones del convento. Me hablaron de mil cosas sobre injustas parcialidades y castigos arbitrarios que en un convento se daban a diario, Aludieron a un hermano, anciano y de precaria salud, al que se obligaba a asistir a maitines, cuando el médico que les asistía había advertido que eso le mataría; y *efectivamente, había muerto*, mientras que un joven favorito, rebosante de salud, estaba dispensado de los maitines siempre que quería quedarse en cama hasta las nueve de la mañana; se quejaron de que el confesonario no estaba atendido como debía (y quizá esto había influido en mí, añadió otro), y de que *el torno tampoco estaba bien atendido*. Este conjunto de voces disonante esta tremenda transición que iba desde quejarse de descuidar los misterios del alma en su más profunda comunión con Dios hasta los más ínfimos detalles de los abusos en materia de disciplina conventual, me sublevaron inmediatamente. Hasta entonces había ocultado con dificultad mi desagrado, pero ahora me notó de tal modo que la *reunión* abandonó sus propósitos por el momento e hizo señas a un monje *de experiencia* para que me acompañara en mi solitario paseo, al apartarme de ellos. Se

acercó a mí y dijo:

»—Hermano, estás solo.

»—Es que quiero estarlo.

»—Pero ¿por qué?

»—No estoy obligado a declarar mis razones.

»—Cierto; pero puedes confiármelas a mí.

»—No tengo nada que confiar.

»—Comprendo... Por nada del mundo quisiera entrometerme en tu vida; reserva eso para amigos más dignos.

»Me pareció bastante raro que, al mismo tiempo que me pedía confianza declarara que comprendía que no tuviese nada que confiarle a él... y, finalmente, me rogara que reservase mis confidencias para los amigos más allegados. Guardé silencio, sin embargo, hasta que dijo:

»—Pero, hermano, a ti te devora el aburrimiento.

»Seguí callado.

»—Ojalá encontrase el medio de disiparlo —dije mirándole con serenidad—; ¿se puede encontrar ese medio entre los muros de un convento?

»—Sí, mi querido hermano..., desde luego que sí; el debate en que se halla enzarzada la comunidad del convento sobre la mejor hora para maitines, ya que el Superior quiere restablecer la antigua.

»—¿Y qué diferencia hay entre una y otra?

»—*Cinco minutos largos.*

»—Reconozco la importancia de la cuestión.

»—¡Oh!, una vez que empieces a comprenderlo, tu felicidad en el convento será interminable. Siempre hay algo de qué preocuparse y por qué discutir. Interésate, querido hermano, en estas cuestiones, y no tendrás un solo momento de aburrimiento por el que lamentarte.

»Al oír esto, clavé los ojos en él. Dije serenamente, aunque creo que con énfasis:

»—Entonces no tengo más que remover en mi propio espíritu el aburrimiento, la maldad, la curiosidad, y todas las pasiones contra las que vuestro retiro debiera protegerme, para hacer ese retiro soportable. Perdóneme si no puedo, como vosotros, pedirle a Dios permiso para pactar con su enemigo la corrupción que fomento, mientras me jacto de rezar contra ella.

»Guardó silencio, alzó las manos y se santiguó; y yo me dije: “Que Dios perdone tu hipocresía”, mientras él tomaba otro rumbo y repetía a sus compañeros:

»—Está loco, irremisiblemente loco.

»—Entonces ¿qué? —dijeron varias voces.

»Hubo un cuchicheo apagado. Vi juntarse varias cabezas. No sabía qué estarían tramando, ni me importaba. Seguí paseando solo; era una deliciosa noche de luna. Veía el resplandor entre los árboles, pero los árboles me parecían murallas. Sus troncos eran como el diamante, y sus entrelazadas ramas parecían enroscarse en

abrazos que decían: “De aquí no se puede pasar”.

»Me senté al lado de una fuente: junto a ella había un álamo corpulento; lo recuerdo muy bien. Un anciano sacerdote (el cual, aunque yo no lo había notado, se había apartado de los demás) se sentó cerca de mí. Empezó a hacer triviales comentarios sobre la transitoriedad de la vida humana. Yo moví negativamente la cabeza, y él comprendió, por una especie de intuición que no suele ser infrecuente entre los jesuitas, que *no era por ahí*. Cambió de tema, y comentó la belleza de la floresta y la limpia pureza del manantial. Yo asentí. Y añadió:

»—¡Ojalá fuese la vida tan pura como ese riachuelo! Yo suspiré:

»—¡Ojalá fuese la vida tan fresca y tan fecunda para mí como la de ese árbol!

»—Pero, hijo mío, ¿acaso no se secan las fuentes y se marchitan los árboles?

»—Sí, padre, sí; la fuente de mi vida se ha secado y la rama verde de mi vida se ha agostado para siempre.

»Al pronunciar estas palabras, no pude reprimir unas lágrimas. El padre se sintió embargado por lo que él llamó el momento en que Dios exhalaba su hálito sobre mi alma. Nuestra conversación fue muy larga, y yo le escuchaba con una especie de desgana y obstinada atención; porque, involuntariamente, me había sentido inclinado a reconocer que era la única persona en toda la comunidad que jamás me había hostigado con la más ligera impertinencia antes ni después de mi profesión: cuando se dijeron las peores cosas de mí, jamás les había prestado oídos; y cuando se vaticinaron los peores augurios sobre mí, había movido la cabeza y había guardado silencio. Su carácter era intachable, y sus observaciones religiosas me parecían tan ejemplares y acertadas como las mías propias. Con todo, no me fiaba de él, como de ningún ser humano; pero le escuchaba con paciencia; y mi paciencia no debió de ser insignificante, pues al cabo de una hora (yo no sabía que nuestra conversación estuviese permitida hasta muy pasada la hora de nuestro retiro habitual), volvió a repetir:

»—Mi querido hijo, ya verás cómo te reconcilas con la vida conventual.

»—Padre, eso no sucederá nunca, nunca... a menos que esta fuente se agote y este árbol se seque de la noche a la mañana.

»—Hijo, Dios ha hecho muchas veces milagros más grandes para salvar un alma.

»Nos separamos, y me retiré a mi celda. No sé qué hicieron él y los demás, pero antes de maitines se armó tal alboroto en el convento que cualquiera habría pensado que se había incendiado Madrid. Los seminaristas, los novicios y los monjes iban de celda en celda, subían y bajaban las escaleras, corrían alocados por los pasillos y sin que nadie les dijera nada...; reinaba la más completa confusión. Ni sonaba la campana, ni se impartían órdenes para restablecer la tranquilidad; la voz de la autoridad parecía haber sido acallada para siempre con los gritos alborotados. Desde la ventana, les vi correr por el jardín en todas las direcciones, abrazándose unos a otros, deshaciéndose en exclamaciones, rezando, pasando con mano trémula las cuentas de sus rosarios y alzando los ojos en éxtasis. El júbilo de un convento tiene

algo de burdo, de antinatural, y hasta de alarmante. Inmediatamente entré en sospechas, pero me dije: “Lo peor ya ha pasado; después de haberme hecho monje, no me pueden hacer ya nada peor”. No tardé en salir de dudas. Un ruido de pasos se acercó a mi puerta.

»—Deprisa, hermano; ven corriendo al jardín.

»No tuve elección; me rodearon y casi me transportaron ellos mismos.

»Allí estaba reunida la comunidad entera, el Superior entre ellos, sin intentar reprimir el alboroto, sino más bien alentándolo. Cada rostro estaba encendido de gozo, y los ojos despedían una luz especial, pero todas las manifestaciones me parecían falsas e hipócritas. Me condujeron, o más bien me arrastraron, hasta el lugar donde yo había estado conversando largamente la noche anterior. *La fuente se había secado y el árbol se habla marchitado*. Me quedé atónito, mientras todos repetían a mi alrededor: “¡Milagro! ¡Milagro!”. “¡Dios mismo confirma tu vocación con su propia mano!”.

»El Superior hizo un gesto para que callaran. Luego se dirigió a mí con voz serena:

»—Hijo mío, se te requiere tan sólo para que creas en la evidencia de tus propios ojos. ¿Tendrás por engañosos tus mismos sentidos, antes que creer a Dios? Póstrate, te lo suplico, ante Él, y reconoce al punto, por un público y solemne acto de fe, esa misericordia que no ha dudado en realizar un milagro para brindarte la salvación.

»Yo me sentía más asombrado que conmovido por lo que veía y oía, pero me arrodillé delante de todos ellos, tal como se me pedía. Junté mis manos, y dije en voz alta:

»—Dios mío, si te has dignado hacer este milagro por mí, sin duda me iluminarás y enriquecerás con la gracia para comprenderlo y apreciarlo. Mi mente está confundida, pero tú puedes iluminarla. Mi corazón es duro, pero no está más allá del alcance de tu omnipotencia tocarlo y someterlo. Una señal que en él reciba en este instante, un susurro que vibre en sus recónditos espacios, no será menos revelador de tu misericordia que una señal en la materia inanimada, que sólo ofusca mis sentidos.

»El Superior me interrumpió.

»—¡Detente! —dijo—. ¡Ésas no son las palabras que deberías usar! Tu verdadera fe es incredulidad, y tu oración, una irónica ofensa a la misericordia que finges suplicar.

»—Padre, poned las palabras que queráis en mi boca, y yo las repetiré... Si no me convenzo, al menos me someto.

»—Debes pedir perdón a la comunidad por la ofensa que tu *tácita* repugnancia a la vida de Dios le ha infligido —así lo hice—. Debes expresar tu agradecimiento a la comunidad por la alegría que han testimoniado todos ante esta milagrosa prueba de la autenticidad de tu vocación —así lo hice—. Debes agradecer a Dios, también, la visible intercesión de su poder sobrenatural, no tanto en desagravio de su gracia como por el honor para esta casa, que ha tenido a bien iluminar y dignificar con *un milagro*.

»Dudé un poco. Dije:

»—Padre, ¿se me permite pronunciar esa oración interiormente?

»El Superior vaciló también; pensó que no estaría bien llevar las cosas demasiado lejos, y dijo finalmente:

»—Como quieras.

»Yo estaba todavía de rodillas junto al árbol y la fuente. Me postré entonces con el rostro contra tierra y oré íntima e intensamente, mientras todos me rodeaban de pie; pero las palabras de mi plegaria fueron bien distintas de las que ellos suponían. Al incorporarme, fui abrazado por media comunidad. Algunos llegaron incluso a derramar lágrimas, cuya fuente no estaba seguramente en sus corazones. La alegría hipócrita ofende sólo al incauto, pero la aflicción hipócrita degrada al que la finge. Ese día transcurrió enteramente en una especie de orgía. Se abreviaron los ejercicios, se embellecieron las colaciones con confites y dulces, y todos recibieron permiso para ir de unas celdas a otras sin una orden especial del Superior. Circularon entre todos los miembros presentes de chocolate, rapé, agua granizada, licores y (lo que era más aceptable y necesario) servilletas y toallas del más fino y blanco damasco. El Superior estuvo encerrado la mitad del día con dos hermanos *discretos*, como todos los llamaban (es decir hombres elegidos para asesorar al Superior, en el supuesto de su absoluta e inusitada incapacidad, de la misma manera que el papa Sixto fue elegido por su supuesta imbecilidad), para preparar un informe autenticado del milagro que debía ser despachado a los principales conventos de España. No era necesario distribuir la noticia por Madrid, ya que la habían conocido una hora después de que ocurriera... Los maliciosos dicen que *una hora antes*.

»Debo confesar que el agitado alborozo de ese día, tan distinto de los que yo había visto transcurrir en el convento anteriormente, produjo en mí un efecto imposible de describir. Me acariciaron, me convirtieron en el héroe de la *fiesta* (una fiesta conventual siempre tiene algo de singular y de artificial), casi me deificaron. Yo me entregué a la embriaguez del día: me creí verdaderamente el favorito de la deidad durante unas horas. Me dije a mí mismo mil cosas lisonjeras. Si esta impostura fue criminal, expié mi crimen muy pronto. Al día siguiente todo recobró su orden habitual, y comprobé cómo la comunidad era capaz de pasar en un momento del extremo desorden a la rigidez de sus costumbres cotidianas.

»Mi convicción a este respecto no disminuyó en los inmediatos días que siguieron. Las oscilaciones de un convento vibran con un intervalo muy corto. Un día todo es regocijo, y al siguiente, inexorable disciplina.

»Unos días después tuve una prueba sorprendente de ese fundamento por el que, a pesar del milagro, mi repugnancia por la vida monástica seguía incólume. Alguien, se dijo, había cometido una pequeña infracción de las reglas monásticas. *Afortunadamente*, la *ligera infracción* fue cometida por un pariente lejano del Arzobispo de Toledo, y *consistía tan sólo en haber entrado en la iglesia en estado de embriaguez* (vicio raro entre los españoles), intentar desalojar al predicador de su

púlpito; cosa que al no poder hacer, se subió a horcajadas, como pudo, en el altar, derribó los cirios, volcó los jarrones y el copón, y trató de arrancar, como con las garras de un demonio, la pintura que colgaba encima de la mesa lateral, soltando sin parar las más horribles blasfemias y *pidiendo el retrato de la Virgen* en un lenguaje irrepetible. Se celebró una consulta. La comunidad, como es de suponer, armó un escándalo horrible durante el incidente. Todos, excepto yo, se alarmaron y alborotaron. Se habló mucho de la Inquisición: el escándalo era atroz; el desafuero imperdonable, y la reparación imposible. Tres días después llegó orden del Arzobispo de suspender todos los trámites; y al día siguiente, el joven que había cometido tan sacrílega afrenta compareció en la sala de sesiones de los jesuitas, donde se hallaban reunidos el Superior y unos cuantos monjes, leyó un breve texto que uno de ellos había preparado para él sobre la expresiva palabra “Ebrietas”, y se marchó a tomar posesión de una gran prebenda de la diócesis de su pariente el Arzobispo. Justo al día siguiente de esta escandalosa escena de componenda, impostura y profanación, un monje fue sorprendido cuando se dirigía, después de la hora permitida, a una celda contigua a devolver un libro que le habían prestado. En castigo por este delito, fue obligado a permanecer sentado durante la refección, y por tres días consecutivos, descalzo y con la túnica del revés, en una losa del suelo de la sala. Fue obligado a acusarse de toda suerte de crímenes, muchos de los cuales no resultaría decoroso mencionar, y a exclamar de vez en cuando: “¡Dios mío, justo es mi castigo!”. El segundo día descubrieron que una mano compasiva había colocado una esterilla debajo de él. Inmediatamente se produjo una conmoción en el refectorio. El pobre desdichado se encontraba aquejado de una enfermedad que convertía en algo peor que la muerte el permanecer sentado, o más bien tendido, sobre las losas del suelo; y algún ser misericordioso le había puesto subrepticamente la esterilla. En seguida se inició una investigación. Un joven en quien no había reparado yo antes se levantó de la mesa y, arrodillándose ante el Superior, confesó *su culpa*. El Superior adoptó una expresión severa, se retiró con algunos monjes ancianos para deliberar sobre este nuevo crimen de humanidad, y unos momentos después sonó la campana anunciando a todos que debíamos retirarnos a nuestras celdas. Nos retiramos temblando, y mientras nos postrábamos ante el crucifijo de nuestras celdas, nos preguntamos quién sería la siguiente víctima, o en qué consistiría su castigo. Sólo volví a ver a este joven una vez. Era hijo de una rica e influyente familia; pero ni aun su riqueza contrarrestaba su contumacia, en opinión del convento, es decir, de los cuatro monjes de rígidos principios con los que el Superior consultaba todas las noches. Los jesuitas son proclives a adular al poder; pero aún lo son más a detentarlo ellos, si pueden. El resultado del debate fue que el transgresor debía sufrir severa humillación y penitencia en presencia de ellos. Se le anunció la sentencia, y el joven se sometió. Repitió todas las palabras de contrición que le dictaron. Luego se desnudó los hombros y se flageló a sí mismo hasta que le manó sangre, repitiendo a cada golpe: “Dios mío, te pido perdón por haber dado esa leve comodidad o alivio a fray Paolo

durante su merecida penitencia”. Y ejecutó todo esto, abrigando en el fondo de su alma la intención de seguir aliviando y socorriendo a fray Paolo siempre que tuviera ocasión. Luego creyó que todo había terminado. Le ordenaron que se retirase a su celda. Así lo hizo; pero los monjes no habían quedado satisfechos con esta interrogación. Sospechaban desde hacía tiempo que fray Paolo no cumplía las reglas, e imaginaban que podrían arrancarle esta confesión por medio del joven, cuya humanidad aumentaba sus recelos. Las virtudes de la naturaleza se consideran siempre vicios en un convento. Así que, apenas se había metido en la cama, entraron en su celda unos cuantos. Le dijeron que venían de parte del Superior a imponerle un nuevo castigo, a menos que revelara el secreto del interés que mostraba por fray Paolo. En vano protestó: “No tengo más interés por él que el de la humanidad y la compasión”. Eran palabras que ellos no entendían. Y en vano insistió: “Yo me infligiré cuantos castigos tenga a bien ordenarme el Superior; pero ahora tengo la espalda ensangrentada”..., y se descubrió para que la vieran. Los verdugos eran despiadados. Le obligaron a abandonar la cama y le aplicaron las disciplinas con tan atroz severidad que finalmente, loco de vergüenza, de rabia y de dolor, se zafó de ellos y echó a correr pidiendo auxilio y piedad. Los monjes estaban en sus celdas; ninguno se atrevió a moverse: se estremecieron y se dieron la vuelta en sus jergones de paja. Era la víspera de san Juan el Menor, y a mí se me había ordenado lo que en los conventos se llama una hora de recogimiento, la cual debía pasar en la iglesia. Había obedecido yo la orden, y estaba con el rostro y el cuerpo postrados en los peldaños de mármol del altar, hasta casi quedarme inconsciente, cuando oí que el reloj daba las doce. Me di cuenta de que había transcurrido la hora sin el menor recogimiento por mi parte. “Y así ha de ser siempre —exclamé, poniéndome de pie—; me privan de la capacidad de pensar, y luego me piden que me recoja a reflexionar”. Cuando volvía por el corredor, oí unos gritos pavorosos que me hicieron estremecer. Súbitamente, vi venir un espectro hacia mí... caí de rodillas y exclame:

»—*Satana, vade retro, apage Satana.*

»Un ser humano desnudo, cubierto de sangre y profiriendo gritos de rabia y tortura pasó como un relámpago junto a mí; le perseguían cuatro monjes, portando luces. Yo había cerrado la puerta del final de la galería, y comprendí que volverían a pasar por mi lado; aún estaba de rodillas, y temblaba de pies a cabeza. La víctima llegó a la puerta, la encontró cerrada, y le alcanzaron. Miré hacia allí y sorprendí un grupo digno de Murillo. Jamás había visto yo una figura humana más perfecta que la de este joven desventurado. Se quedó en una actitud de desesperación; estaba bañado en sangre. Los monjes, con sus luces, flagelos y hábitos oscuros, se asemejaban a un grupo de demonios que hubieran apresado a un ángel extraviado. Eran como las furias infernales acosando a Orestes. Y, a decir verdad, ningún escultor antiguo talló jamás una figura más exquisita y perfecta que la que ellos despedazaban de tan bárbara manera. Pese al embotamiento de mi espíritu por el largo sopor de todas sus potencias, este espectáculo de horror y crueldad me despertó al instante. Acudí en su

defensa, luché con los monjes, proferí expresiones que, aunque apenas tenía conciencia de decirlas, ellos recordaron y exageraron con toda la precisión de la malicia.

»No recuerdo qué sucedió a continuación; pero el resultado del asunto fue que me confinaron a mi celda durante toda la semana siguiente por mi osada interferencia en la disciplina del convento. Y el castigo adicional que le cayó al pobre novicio por resistirse a la flagelación fue aplicado con tal severidad que estuvo delirando de vergüenza y dolor. Rechazó la comida, no logró encontrar sosiego alguno, y murió a la octava noche de la escena que yo había presenciado. Había sido de carácter habitualmente dócil y afable, aficionado a la literatura, y ni siquiera el disfraz del convento había logrado ocultar la gracia distinguida de su persona y modales. ¡De haber vivido en el siglo, cuánta hermosura habrían aportado sus cualidades! Puede que el mundo hubiera abusado de ellas y las hubiera pervertido, es cierto; pero ¿habrían tenido jamás los abusos mundanos tan horrible y desastroso final? ¿habría sido azotado en él, hasta hacerle enloquecer, y después otra vez hasta matarle? Fue enterrado en el cementerio del convento, y el propio Superior pronunció su panegírico... ¡El Superior!, bajo cuya orden, permiso, o connivencia al menos, había sido arrastrado hasta la locura, a fin de obtener un secreto trivial e imaginario.

»Durante esta exhibición, mi repugnancia creció hasta un grado incalculable. Había odiado la vida conventual...; ahora la despreciaba; y todo juez de la naturaleza humana sabe que es más difícil desarraigar el último sentimiento que el primero. No tardé en tener motivo para sentir renovados ambos sentimientos. El tiempo fue intensamente caluroso ese año. En el convento se declaró una epidemia: cada día eran enviados dos o tres a la enfermería, y a los que habían merecido pequeños castigos se les permitía, a modo de conmutación, cuidar a los enfermos. Yo estaba deseoso de encontrarme entre ellos, incluso había decidido cometer algún ligero pecado que pudiese merecer este castigo, lo que para mí habría supuesto mayor satisfacción. ¿Me atreveré a confesar mis razones, *señor*? Deseaba ver a esos hombres, de ser posible, despojados de su disfraz conventual y forzados a la sinceridad por el dolor de la enfermedad y la proximidad de la muerte. Me veía a mí mismo triunfando ya, imaginando su agonizante confesión, oyéndoles reconocer las seducciones empleadas para atráparme y lamentar las miserias con las que me habían envuelto, e implorar con labios crispados mi perdón en... *no, no en vano*.

»Este deseo, aunque vengativo, no dejaba de tener sus disculpas; pero no tardé en ahorrarme la molestia de llevarlo a cabo por mi propia cuenta. Esa misma noche me mandó llamar el Superior, y me pidió que fuese a atender a la enfermería, relevándome, al mismo tiempo, de vísperas.

»En la primera cama a la que me acerqué descubrí a fray Paolo. No se había recuperado de las dolencias que contrajo durante su penitencia; y la muerte del joven novicio (tan estérilmente acaecida) fue fatal para él.

»Le ofrecí medicinas, traté de acomodarle en su lecho. Rechazó mis dos

ofrecimientos; y moviendo débilmente la mano, dijo:

»—Déjame, al menos, morir en paz.

»Unos momentos después abrió los ojos, y me reconoció. Un destello de placer tembló en su semblante, ya que recordaba el interés que yo había mostrado por su desventurado amigo. Con voz apenas inteligible, dijo:

»—¿Eres tú?

»—Sí, hermano, soy yo; ¿puedo hacer algo por ti? Tras una prolongada pausa, dijo:

»—Sí, sí puedes.

»—Dime entonces.

»Bajó la voz, que ya antes era casi inaudible, y susurró:

»—No permitas que nadie se acerque a mí en mis últimos momentos... no te molestaré mucho, porque esos momentos están ya cerca.

»Apreté su mano en señal de aquiescencia. Pero me pareció que había algo a la vez terrible e impropio en esta petición de un moribundo. Le pregunté:

»—Mi querido hermano, ¿entonces vas a morir?; ¿no deseas el beneficio de los últimos sacramentos?

»Movié negativamente la cabeza, y me temo que comprendí demasiado bien. Dejé de importunarle; y pocos momentos después dijo, con una voz que a duras penas logré entender:

»—*Déjales, déjame morir*. Ellos no me han dejado fuerza alguna para desear otra cosa.

»Cerró los ojos; yo me senté junto a la cama, reteniendo su mano en la mía. Al principio, sentí que quería apretármela; le falló el intento y su presión se relajó. Fray Paolo había dejado de existir.

»Seguí sentado, con la mano muerta cogida, hasta que un gemido de la cama contigua hizo que despertara de mi abstracción. Estaba ese lecho ocupado por el anciano monje con quien había sostenido una larga conversación la noche antes del milagro, en el que aún creía yo firmemente.

»Había observado que este hombre era de carácter y modales amables y atractivos. Quizá estas cualidades van siempre unidas a una gran debilidad intelectual y una frialdad de temperamento *en los hombres* (puede que en las mujeres sea distinto, pero mi experiencia personal jamás ha dejado de constatar que donde hay una especie de suavidad femenina en el carácter del varón, hay también traición, disimulo y falta de corazón). Al menos, si existe tal relación, es seguro que la vida conventual proporciona todas las ventajas a la debilidad interior y al atractivo exterior. Ese simulado deseo de ayudar, sin energía e incluso sin convicción, halaga tanto a las mentes débiles que lo ejercitan como a las aún más débiles que lo reciben. A este hombre se le había considerado siempre muy débil y, no obstante, muy fascinante. Lo habían utilizado más de una vez para atrapar a los jóvenes novicios. Ahora se estaba muriendo. Conmovido por su estado, me olvidé de todo ante sus

tremendos clamores, y le ofrecí cuanta ayuda estuviese de mi mano.

»—No quiero nada, sino morir —fue su respuesta.

»Su semblante estaba completamente sereno, pero su serenidad era más apatía que resignación.

»—¿Estás entonces totalmente seguro de tu proximidad a la santidad?

»—De eso no sé nada.

»—Entonces, hermano, ¿crees que son esas palabras propias de un moribundo?

»—Sí, si dice la verdad.

»—¿Aun siendo monje?, ¿y católico?

»—Eso no son más que nombres; sé que *ésa es la verdad*; al menos ahora.

»—¡Me asombras!

»—No me importa; me encuentro al borde del precipicio... y voy a precipitarme en él; y que los mirones griten o no tiene muy poca importancia para mí.

»—¿Y, no obstante, has expresado tu disposición a morir?

»—¡Disposición! ¡Oh, impaciencia!... Soy un reloj que ha marcado los mismos minutos y las mismas horas durante sesenta años. ¿No ha llegado ya el momento de que la máquina desee terminar? La monotonía de mi existencia es capaz de hacer deseable la transición, y hasta el dolor. Estoy cansado, y quiero variar... eso es todo.

»—Pero para mí, y para toda la comunidad, parecías resignado a la vida monástica.

»—Simulaba una mentira... He vivido siempre en la mentira... Yo mismo era una mentira... Y pido perdón en mis últimos momentos por decir la verdad... Supongo que nadie puede refutar ni desacreditar mis palabras... Lo cierto es que he odiado la vida monástica. Inflígele dolor al hombre, y sus energías despertarán; condénale a la locura, y dormitará como los animales torpes y satisfechos que viven encerrados en una cerca; pero condénale al dolor y a la inanición, como se hace en los conventos, y unirás los sufrimientos del infierno a los del aniquilamiento. Durante sesenta años, he maldecido mi existencia. Jamás he despertado a la esperanza, ya que nunca he tenido nada que hacer ni que esperar. Jamás me acosté consolado, pues al concluir cada día, sólo podía contar el número de burlas deliberadas hechas a Dios en forma de ejercicios de devoción. La vida presente se sitúa más allá del alcance de tu voluntad; y bajo el influjo de operaciones mecánicas se convierte, para los seres que piensan, en un tormento insoportable.

»Jamás he comido con apetito, porque sabía que con él o sin él debía ir al refectorio cuando sonaba la campana. Jamás me acosté a descansar en paz, porque sabía que la campana me llamaría desafiando a la naturaleza, sin tener en cuenta si ésta necesitaba más o menos descanso. Jamás he rezado, pues mis oraciones me fueron impuestas desde fuera. Jamás he esperado, pues mis esperanzas se fundaron siempre, no en la verdad de Dios, sino en las promesas y amenazas del hombre. Mi salvación estaba suspendida en el aliento de un ser tan débil como yo mismo, cuya debilidad, sin embargo, me he visto obligado a adular y a combatir para obtener un

destello de la gracia de Dios, a través de la oscura y distorsionada mediación de los vicios del hombre. *Jamás me llegó ese destello...* Muero sin luz, sin esperanza, sin fe, sin consuelo.

»Pronunció estas palabras con una calma más aterradora que las más violentas convulsiones de desesperación. Boqueó, faltó de aire...

»—Pero hermano, tú siempre has sido puntual en los ejercicios religiosos.

»—Eso era puramente maquinal... ¿acaso no crees a un hombre que está a punto de morir?

»—Pero tú me insististe, en una larga conversación, para que abrazara la vida monástica, y tu insistencia debió de ser sincera, pues fue después de mi profesión.

»—Es corriente que el miserable desee ver a sus compañeros en su misma situación. Es muy egoísta, muy de misántropo; pero también muy natural. Tú mismo has visto las jaulas suspendidas de las celdas; ¿no se emplean pájaros domesticados para atrapar a los silvestres? Nosotros éramos pájaros enjaulados; ¿puedes culparnos a nosotros de esta impostura?

»En estas palabras no pude por menos de reconocer la *sencillez de la profunda corrupción*^[16], esa espantosa parálisis del alma por la que queda incapacitada para recibir o suscitar cualquier impresión, cuando dice al acusador: acércate, protesta, acusa... yo te desafío. Mi conciencia está muerta, y no oye ni pronuncia, ni repite reproche alguno. Yo estaba asombrado. Luché contra mi propia convicción. Dije:

»—Pero tu regularidad en los ejercicios religiosos...

»—¿*No has oído nunca tañer una campana?*

—Pero tu voz ha sido siempre la más profunda y la más distinta del coro.

»—¿*No has oído nunca tocar un órgano?* [...].

»Me estremecí; sin embargo, seguí haciéndole preguntas; pensé que no me quedaba demasiado por saber. Le dije:

»—Pero, hermano, los ejercicios religiosos en los que constantemente estabas absorto han debido infundirte imperceptiblemente algo del espíritu de que están dotados... ¿no? Seguramente has tenido que pasar de las formas de la religión a su espíritu... ¿no, hermano? Habla con la sinceridad del que va a morir. ¡Ojalá tuviese yo esa esperanza! Soportaría lo que fuese con tal de obtenerla.

»—No existe tal esperanza —dijo el moribundo—; no te engañes en eso. La repetición de los deberes religiosos, sin el sentimiento o el espíritu religioso, produce una insensibilidad de corazón incurable. No hay nadie más irreligioso en la tierra que los que se ocupan constantemente de sus facetas *externas*. Creo sinceramente que la mitad de nuestros hermanos legos son ateos. He oído hablar y he leído algo sobre esos a quienes llamamos herejes. Tienen sus acomodadores en el templo (horrible profanación, dirás tú, eso de alquilar sillas en la casa de Dios, y con razón); tienen quien toque las campanas cuando entierran a sus muertos; y esos desventurados no tienen otra prueba que dar de su religiosidad que vigilar, mientras dura el oficio divino (en el que sus deberes les impiden participar), los honorarios que sacan, y

arrodillarse pronunciando los nombres de Cristo y de Dios, en medio del ruido de las sillas que alquilan, cosa que siempre les suscita asociaciones, y les hace levantarse del suelo en pos de la centésima parte de la plata con que Judas vendió al Salvador y a sí mismo. Luego están los campaneros: uno creería que *la muerte podría humanizarles*. ¡Ah, pero nada de eso!... *Cobran según la profundidad de la fosa*. Y el campanero, el sepulturero y los sobrevivientes entablan a veces una batalla campal sobre los restos sin vida cuya pesadez es el más poderoso y mudo reproche a su deshumanizada contienda.

»Yo no sabía de todo esto; pero me aferré a sus primeras palabras.

»—Entonces, ¿mueres sin esperanzas y sin confianza? —guardó silencio—. Sin embargo, tú me apremiaste con una elocuencia casi divina, con un milagro ejecutado casi delante de mis ojos.

»Se rió. Hay algo verdaderamente horrible en la risa del moribundo: oscilando en el límite entre los dos mundos, parece lanzar un mentís a ambos y proclamar la igual impostura de los placeres del uno y las esperanzas del otro.

»—Fui yo quien hizo ese milagro —dijo con toda la tranquilidad y, ¡ay!, con esa especie de triunfo del impostor deliberado—. Sabía dónde estaba el depósito que alimenta esa fuente. Con la autorización del Superior, lo secamos por la noche. Trabajamos mucho; y nos reíamos de tu credulidad a cada cubo que sacábamos.

»—Pero el árbol...

»—Yo estaba en posesión de ciertos secretos químicos; no tengo tiempo para revelártelos ahora; asperjé cierto fluido sobre las hojas del álamo esa noche, y por la mañana *parecían* marchitas; ve a verlas otra vez dentro de un par de semanas, y las encontrarás tan verdes como antes.

»—¿Y ésas son tus últimas palabras?

»—Ésas son.

»—¿Y es así como me engañaste?

»Se debatió unos momentos ante esta pregunta; y luego, casi incorporándose en su lecho, exclamó:

»—¡Porque yo era monje, y deseaba aumentar el número de víctimas, con mi impostura, para satisfacer mi orgullo! ¡Y de los compañeros de mi miseria, para aliviar su malignidad!

»Estaba crispado; la natural mansedumbre y serenidad de su semblante se había transformado en algo que no soy capaz de describir..., algo a la vez burlesco, triunfal y diabólico. En ese horrible momento se lo perdoné todo. Cogí un crucifijo que tenía junto a la cama y se lo ofrecí para que lo besara. Él lo apartó.

»—Si hubiese querido continuar esta farsa, habría llamado a otro actor. Sabes que podría tener al Superior y a medio convento junto a mi lecho en este momento si quisiera, con sus cirios, su agua bendita y sus trebejos para la extremaunción y toda esa mascarada fúnebre con que tratan de embaucar aun al propio moribundo e insultar incluso a Dios en el umbral de su morada eterna. He soportado tu compañía porque

creía, por tu repugnancia a la vida monástica, que oirías atento sus engaños y su desesperación.

»Pese a lo deplorable que había sido antes la imagen de esa vida para mí, su descripción superaba mi imaginación. La había concebido carente de todos los placeres de la vida, y había concebido el futuro de una gran sequedad; pero ahora pesaba también el otro mundo en la balanza, y resultaba insuficiente. El genio del monacato parecía blandir una espada de doble filo, y levantarla entre el tiempo y la eternidad. Su hoja llevaba una doble inscripción: en el lado del mundo tenía grabada la palabra “sufrimiento”; en el de la eternidad, “desesperación”. Sumido en la más completa negrura de mi alma, seguí preguntándole si tenía alguna esperanza... ¡él!, mientras me despojaba a mí de todo vestigio de ella con cada palabra que decía.

»—Pero ¿todo ha de hundirse en ese abismo de tiniebla? ¿No hay luz, ni esperanza, ni refugio para el que sufre? ¿No llegaremos algunos de nosotros reconciliamos con nuestra situación, resignándonos primero con ella cobrándole cariño después? Y, por último, ¿no podríamos (si nuestra repugnancia es invencible) convertirla en mérito a los ojos de Dios, y ofrecerle el sacrificio de nuestras esperanzas y deseos terrenales, en la confianza de recibir cambio un amplio y glorioso equivalente? Aunque seamos incapaces de ofrecer este sacrificio con el fervor que aseguraría su aceptación, ¿no podemos esperar sin embargo, que no sea enteramente menospreciada... que podamos alcanzar la serenidad, si no la felicidad...; la resignación, si no la alegría? Habla, dime eso puede ser.

»—Tú quieres arrancar el engaño de labios de la muerte; pero no lo conseguirás. Escucha tu destino: los que están dotados de lo que podemos llamar carácter religioso, es decir, los que son visionarios, débiles, taciturnos ascéticos, pueden llegar a una especie de embriaguez en los momentos de devoción. Pueden, al abrazar las imágenes, imaginar que la piedra se estremece al tocarla; que se mueven las figuras, acceden a sus peticiones y vuelven hacia ellos sus ojos inertes con expresión de benevolencia. Pueden llegar a creer, al besar el crucifijo, que oyen voces celestiales que les anuncian su perdón; que el Salvador del mundo tiende sus brazos hacia ellos para invitarles a la beatitud; que el cielo se abre bajo sus miradas, y que las armonías del paraíso se enriquecen para glorificar su apoteosis. Pero todo eso no es más que una embriaguez que el físico más ignorante puede despertar en sus pacientes con determinadas medicinas. El secreto de este extático transporte podemos encontrarlo en la tienda del boticario, o comprarlo a un precio más barato. Los habitantes del norte de Europa consiguen ese estado de exaltación mediante el uso de aguardiente, los turcos con el opio, los derviches con la danza... y los monjes cristianos con el dominio del orgullo espiritual sobre el agotamiento del cuerpo macerado. Todo es embriaguez, con la única diferencia que la de los hombres de este mundo produce siempre autocomplacencia, mientras que la de los hombres del otro genera un complacencia cuya supuesta fuente se encuentra en Dios. Por tanto, la embriaguez es más profunda, más ilusoria y más peligrosa. Pero la naturaleza, violada por estos

excesos, impone los más usurarios intereses a esta ilícita indulgencia. Les hace pagar los momentos de arrobamiento con horas de desesperación. Su precipitación desde el éxtasis al horror es casi instantánea. En el transcurso de unos instantes, pasan de ser los elegidos del cielo a convertirse en sus desechos. Dudan de la autenticidad de sus transportes, de la autenticidad de su vocación. Dudan de todo: de la sinceridad de sus oraciones, y hasta de la eficacia del sacrificio del Salvador y de la intercesión de la santísima Virgen. Caen del paraíso al infierno. Aúllan, gritan, blasfeman desde el fondo de los abismos infernales en los que se imaginan sumergidos, vomitan imprecaciones contra su Creador..., se declaran condenados desde toda la eternidad por sus pecados, aunque su único pecado consiste en su incapacidad para soportar una emoción preternatural. El paroxismo cesa y, en sus propias imaginaciones, se convierten de nuevo en elegidos de Dios. Y a quienes les interrogan con la mirada hasta su última desesperación contestan que Satanás ha obtenido permiso para abofetearles; que se hallaban ante el rostro oculto de Dios, etc. Todos los santos, de Mahoma a Francisco Javier, no han sido sino una mezcla de locura, orgullo y autodisciplina; esto último podía haber tenido mucha menos trascendencia, pero esos hombres se vengaron siempre de sus propios castigos imponiendo los máximos rigores a los demás.

»No existe estado mental más horrible que aquel en el que nos vemos *forzados por convicción a escuchar, deseando que cada palabra sea falsa, y sabiendo que es cierta cada una de ellas*. Ése era el mío, pero traté de paliarlo diciendo:

»—Jamás ha sido mi ambición ser santo; pero ¿tan deplorable es la situación de los demás?

»El monje, que parecía disfrutar en esta ocasión descargando la concentrada malicia de sesenta años de sufrimientos e hipocresía, hizo acopio de fuerzas para contestar. Parecía como si jamás pudiera llegar a infligir todo lo que le habían infligido a él.

»—Los que están dotados de una fuerte sensibilidad, sin un temperamento religioso, son los más desgraciados de todos, pero sus sufrimientos acaban pronto. Se ven mortificados, anulados por la devoción monótona: se sienten exasperados por la estúpida insolencia y por la inflada superioridad. Luchan; se resisten. Se les aplican penitencias y castigos. Su propia violencia justifica la extrema violencia del tratamiento; y de todos modos, se les aplicaría sin esa justificación, porque no hay nada que halague más el orgullo del poder que una contienda victoriosa con el orgullo del intelecto. Lo demás puedes deducirlo tú fácilmente, dado que lo has presenciado. Ya viste al desdichado joven que trató de entrometerse en el caso de Paolo. Le azotaron hasta volverle loco. Le torturaron primero hasta el frenesí, y luego hasta la estupefacción... ¡Y murió! Fui yo el secreto e insospechado consejero de todo su proceso.

»—¡Monstruo! —exclamé, pues la verdad nos había colocado *ahora* en plano de igualdad, y hasta excluía el tratamiento que el humanitarismo nos dictaría al hablarle

a un moribundo.

»—Pero ¿por qué? —dijo él con esa serenidad que antes fue atractiva y ahora me repugnaba, si bien había prevalecido siempre de manera indiscutible en su rostro—; así se acortaron sus sufrimientos; ¿me culpas por haber disminuido su duración?

»Había algo frío, irónico y burlesco incluso en la suavidad de este hombre que imprimía cierta fuerza a sus más triviales observaciones. Parecía como si se hubiese reservado la verdad de toda la vida, para lanzarla en su última hora.

»—Ése es el destino de los dotados de una fuerte sensibilidad; los que son menos sensibles languidecen en una imperceptible decadencia. Se pasan la vida vigilando unas cuantas flores, cuidando pájaros. Son puntuales en sus ejercicios religiosos, no reciben censuras ni elogios... se consumen inmersos en la apatía y el aburrimiento. Desean la muerte, cuyos preliminares pueden aportar una breve excitación en el convento; pero se ven decepcionados, porque su estado les impide toda excitación, y mueren como han vivido... sin excitarse ni despertar. Se encienden los cirios, pero ellos no los ven..., les ungen, pero ellos no lo sienten..., se reza, pero ellos no pueden participar en esas oraciones; en realidad, se representa todo el drama, pero el actor principal está ausente... está muerto. Los demás se entregan a constantes ensoñaciones. Pasean a solas por el claustro y por el jardín. Se nutren con el veneno de la ponzoñosa y estéril ilusión. Sueñan que un terremoto reduce a polvo los muros, que un volcán estalla en el centro del jardín. Imaginan una revolución del gobierno, un ataque de bandidos... cualquier cosa inverosímil. Luego se refugian en la posibilidad de un incendio {si hay un incendio, se abren las puertas de par en par, a la voz de "*sauve qui peut*"). Tal posibilidad les hace concebir las más ardientes esperanzas: podrían salir corriendo... precipitarse a las calles, al campo... En realidad, les gustaría echar a correr hacia donde pudiesen escapar. Después flaquean estas esperanzas: comienzan a sentirse nerviosos, enfermos, desasosegados. Si tienen influencia, consiguen alguna reducción de sus deberes y permanecen en sus celdas relajados, torpes... idiotizados; si no tienen influencias, se les obliga a cumplir puntualmente sus obligaciones, y su idiotismo empieza mucho antes; como los caballos enfermos que se emplean en los molinos, que se vuelven ciegos antes que los condenados a soportar su existencia en un trabajo ordinario. Algunos se refugian en la religión, como ellos dicen. Piden consuelo al Superior; pero ¿qué puede hacer el Superior? Él es sólo un hombre, también, y siente quizá la misma desesperación que devora a los desventurados que le suplican que les libere de ella. Luego se arrodillan ante las imágenes de los santos... los invocan; a veces, los injurian. Suplican su intercesión, se quejan de su ineficacia, y acuden a algún otro cuyos méritos imaginan más altos a los ojos de Dios. Suplican la intercesión de Cristo y de la Virgen como último recurso. Pero este último recurso les falla también: la propia Virgen es inexorable, aunque desgasten su pedestal con las rodillas, y sus pies con los besos. Luego andan por las galerías, de noche; despiertan a los durmientes, llaman a todas las puertas, gritan: "Hermano san Jerónimo, ruega por mí... hermano san Agustín,

ruega por mí”. Después, aparece el cartel pegado en la balaustrada del altar: “Queridos hermanos, rogad por el alma errante de un monje”. Al día siguiente, el cartel contiene esta inscripción: «Las oraciones de la comunidad se aplicarán a un monje que se halla en la desesperación». Entonces descubren que la intercesión humana es tan estéril como la divina en proporcionar la remisión de unos sufrimientos que, mientras siga infligiéndolos *su profesión*, no logrará neutralizar ni mitigar ningún poder. Se recluyen en sus celdas... A los pocos días, se oye doblar la campana, y los hermanos exclaman: “Ha muerto en olor de santidad”, y se apresuran a armar sus trampas para atrapar a otra víctima.

»—¿Es ésa, pues, la vida monástica?

»—Ésa; sólo hay dos excepciones, la de quienes son capaces de renovar cada día, con ayuda de la imaginación, la esperanza de escapar, y ven con ilusión hasta la hora de la muerte, y los que, como yo, reducen su desdicha a base de fragmentarla, y, como la araña, se liberan del veneno que crece en ellos, y que les reventaría, inoculando una gota en cada insecto que se debate, agoniza y perece en su red... ¡como tú!

»Al pronunciar estas últimas palabras, cruzó por la mirada del desdichado moribundo un fugaz destello de malevolencia que me aterró. Me aparté de su lecho un momento. Volví a su lado, le miré. Tenía los ojos cerrados, las manos extendidas. Lo toqué, lo levanté... Había muerto; y ésas habían sido sus últimas palabras. Las facciones de su rostro eran la fisonomía de su alma: serenas y pálidas, aunque aún perduraba una fría expresión de burla en la curva de sus labios.

»Salí apresuradamente de la enfermería. En ese momento tenía permiso, como los demás visitantes de los enfermos, para salir al jardín después de las horas asignadas, quizá para reducir la posibilidad de contagio. Yo estaba dispuesto a aprovechar lo más posible este permiso. El jardín, con su serena belleza bañada por la luna, su celestial inocencia, su teología de estrellas, era para mí a la vez un reproche y un consuelo. Traté de reflexionar, de analizar... los dos esfuerzos fracasaron; y quizá en este silencio del alma, en esta suspensión de todas las voces clamorosas de las pasiones, es cuando más preparados estamos para oír la voz de Dios. Mi imaginación se representó súbitamente la augusta y dilatada bóveda que tenía encima de mí como una iglesia: las imágenes de los santos se volvían más confusas a mis ojos al contemplar las estrellas, y hasta el altar, sobre el que estaba representada la crucifixión del Salvador del mundo, palidecía a los ojos del alma al ver la luna navegando con su esplendor. Caí de rodillas. No sabía a quién rezar, pero jamás me había sentido más dispuesto a hacerlo. En ese momento noté que me tocaban el hábito. Al principio me estremecí ante la idea de que me hubiesen sorprendido en un acto prohibido. Me levanté inmediatamente. Junto a mí había una figura oscura que me dijo en tono apagado e impreciso: “Lee esto —y me puso un papel en la mano—; lo he llevado cosido en el interior de mi hábito cuatro días. Te he estado vigilando noche y día. No he tenido ocasión hasta ahora... siempre estabas en tu celda, o en el

coro, o en la enfermería. Rómpelo y tira los trozos a la fuente, o *tráгатelos*, en cuanto lo hayas leído. Adiós, lo he arriesgado todo por ti”.

»Y desapareció. Al marcharse, reconocí su figura: era el portero del convento. Comprendí el riesgo que había corrido al entregarme ese papel; pues era regla del convento que todas las cartas, tanto las dirigidas a los internos, novicios o monjes como las escritas por ellos, debían ser leídas primero por el Superior, y yo no sabía que se hubiese infringido jamás. La luna proporcionaba suficiente luz. Empecé a leer, al tiempo que una vaga esperanza, sin motivo ni fundamento, palpitaba en el fondo de mi corazón. El papel contenía el siguiente mensaje:

»Queridísimo hermano (¡Dios mío!, ¡cómo me estremecí!): Comprendo que te indignes al leer estas primeras líneas que te dirijo; te suplico, por los dos, que las leas con serenidad y atención. Los dos hemos sido víctimas de la imposición paterna y sacerdotal; la primera podemos perdonarla, ya que nuestros padres son víctimas también; el director tiene sus conciencias en su mano, y sus destinos y los nuestros a sus pies. ¡Ah, hermano mío, qué historia me toca revelarte! Yo fui educado, por orden expresa del director, cuya influencia sobre los criados es tan ilimitada como sobre su desdichado señor, en completa hostilidad hacia ti, teniéndote por alguien que venía a privarme de mis derechos naturales, y a degradar a la familia con su intrusión ilegítima. ¿Acaso no disculpa eso, en cierto modo, mi antipática sequedad el día en que nos conocimos? Desde la cuna me enseñaron a odiarte y a temerte. A odiarte como enemigo, y a temerte como impostor. Ése era el plan del director. Él creía que la sujeción en que tenía a mi padre y a mi madre era demasiado tenue para satisfacer su ambición de poder dentro de la familia, o para realizar sus esperanzas de distinción profesional. El fundamento de todo poder eclesiástico descansa en el temor. Debía descubrir o inventar un crimen. En la familia circulaban vagos rumores; los períodos de tristeza de mi madre, las ocasionales tribulaciones de mi padre, le brindaron la clave, que él siguió con incansable industria a través de todas las sinuosidades de la duda, el misterio y el desencanto; hasta que, en un momento de penitencia, mi madre, aterrada por sus constantes condenas si le ocultaba algún secreto de su corazón o de su vida, le reveló la verdad.

»“Los dos éramos pequeños entonces. Inmediatamente trazó el plan que ha venido ejecutando casi por su propia cuenta. Estoy convencido de que, al principio de sus maquinaciones, no tenía la menor malevolencia hacia ti. Su único objeto era el fomento de sus intereses, que los eclesiásticos identifican siempre con los de la Iglesia. Mandar, tiranizar, manipular a toda una familia, y de tanta alcurnia, valiéndose del conocimiento de la fragilidad de uno de sus miembros, era todo lo que pretendía. Los que por sus votos están excluidos del interés que los afectos naturales nos proporcionan en la vida, lo buscan en esos otros afectos artificiales del orgullo y el autoritarismo; y ahí es donde lo encontró el director. Todo, a partir de entonces, fue manejado e inspirado por él. Él fue quien decidió que nos tuvieran separados desde nuestra infancia, temeroso de que la naturaleza hiciese fracasar sus planes; él fue

quien inspiró en mí sentimientos de implacable animosidad contra ti. Cuando mi madre vacilaba, él le recordaba su promesa solemne que tan irreflexivamente le había confiado. Cuando mi padre murmuraba, la vergüenza de la fragilidad de mi madre, las violentas discusiones domésticas, las tremendas palabras de impostura, perjurio, sacrilegio y resentimiento de la Iglesia tronaban en sus oídos. No te será difícil imaginar que este hombre no se detiene ante nada, cuando, casi siendo yo un niño aún, me reveló la fragilidad de mi madre a fin de asegurarse mi temprana y celosa cooperación en sus designios. ¡El cielo fulmine al desdichado que de este modo contamina los oídos y seca el corazón de un niño con el chisme de la vergüenza de su padre para asegurarse un partidario para la Iglesia! Eso no fue todo. Desde el momento en que fui capaz de escucharle y comprenderle, me envenenó el corazón valiéndose de todos los medios a su alcance. Exageró la parcialidad de mi madre respecto a ti, con la que me aseguraba que a menudo luchaba ella en vano en su conciencia. Me describía a mi padre débil y disipado, aunque afectuoso, y con el natural orgullo de un padre joven inexorablemente apegado a sus hijos. Decía: ‘Hijo mío, prepárate para luchar contra una hueste de prejuicios. Los intereses de Dios, así como los de la sociedad, lo exigen. *Adopta un tono altivo ante tus padres*. Tú estás en posesión del secreto que corroe sus conciencias; úsalo en tu propio beneficio’. Juzga el efecto de estas palabras en un temperamento naturalmente violento... palabras, además, pronunciadas por alguien a quien se me había enseñado a considerar como el representante de la Divinidad”.

»“Durante todo ese tiempo, como he sabido después, estuvo deliberando en su interior sobre si debía apoyar tu causa en vez de la mía, o al menos vacilando entre las dos, para aumentar su influencia sobre nuestros padres, mediante el refuerzo adicional de la sospecha. Fuera cual fuese su decisión, puedes calcular fácilmente el efecto de sus lecciones en mí. Me volví inquieto, celoso y vindicativo; insolente con mis padres y desconfiado de cuanto me rodeaba. Antes de cumplir los once años injurié a mi padre por su parcialidad respecto a ti, insulté a mi madre por su crimen, traté con despotismo a los criados, me convertí en el terror y el tormento de toda la casa; y el desdichado que de este modo me transformó en demonio prematuro, ultrajó a la naturaleza, y me obligó a pisotear todo lazo que debía haberme enseñado a respetar y a amar, se consolaba con el pensamiento de que con ello obedecía a la llamada de sus funciones, y reforzaba las manos de la Iglesia”.

«*Scire volunt secreta domus et inde timeri*».

»“La víspera de nuestra primera entrevista (que no había sido proyectada previamente), el director fue a hablar con mi padre; le dijo: «Señor, creo que sería bueno que se conociesen los dos hermanos. Tal vez Dios toque sus corazones, y por esta piadosa influencia os venga la ocasión de cambiar el mandato que amenaza a uno de ellos con la reclusión, y a los dos con una separación cruel y definitiva». Mi padre

accedió con lágrimas de alegría. Aquellas lágrimas no ablandaron el corazón del director, que vino corriendo a mi aposento y me dijo: ‘Hijo mío, haz acopio de toda tu resolución, porque tus arteros, crueles y parciales padres *están preparándote una escena*: han decidido presentarte a tu hermano bastardo’. ‘Le despreciaré delante de ellos, si se atreven’, dije, con el orgullo de la tiranía prematura. ‘No, hijo mío, no estaría bien; debes aparentar que acatas sus deseos, pero no debes ser su víctima. Prométemelo, querido hijo; prométeme mostrarte resuelto, pero usar del disimulo’. ‘Os prometo mostrar resolución; en cuanto al disimulo, lo dejo para vos’. A continuación, corrió a hablar con mi padre. ‘Señor, he utilizado toda la elocuencia del cielo y de la naturaleza con vuestro hijo más joven. Se ha ablandado... se ha enternecido; ya arde en deseos de precipitarse en ese abrazo fraterno, y oír cómo derramáis vuestra bendición sobre los corazones y cuerpos unidos de vuestros dos hijos... pues los dos son hijos vuestros. Debéis desechar todo prejuicio y...’. ‘¡Yo no tengo ningún prejuicio! —dijo mi pobre padre—; dejad que vea como se abrazan mis hijos, y si el cielo me llama en ese momento, obedeceré muriendo de gozo’. El director le censuró las expresiones que brotaban de su corazón; e impasible ante ellas, volvió a mí con su encargo: ‘Hijo mío, te he advertido de la conspiración que contra ti ha urdido tu propia familia. Mañana tendrás la prueba: te será presentado tu hermano; se te requerirá que le abrasces... deberás acceder; pero cuando llegue el momento, tu padre está decidido a interpretarlo como señal de renuncia por tu parte a tus derechos naturales. Cumple con tus padres hipócritas, abraza a este hermano, pero dale un aire de repugnancia a la acción que justifique tu conciencia, al tiempo que engañe a quienes querían engañarte a ti. Estáte atento a la palabra que servirá de señal, hijo mío; abrázate como a una serpiente: su astucia no es menor, y su veneno es igual de mortal. Recuerda que tu resolución decidirá el resultado de este encuentro. Adopta apariencia de afecto, pero recuerda que tienes en tus brazos a tu más mortal enemigo’. Al oír estas palabras, pese a lo insensible que yo era, me estremecí. Dije: ‘¡Es mi hermano!’. ‘No tiene nada que ver —dijo el director—: Es el enemigo de Dios... un impostor ilegítimo. Ahora, hijo mío, ¿estás preparado?’; y yo contesté: ‘Lo estoy’. Esa noche, sin embargo, me sentí muy inquieto. Pedí que llamaran al director. Le dije con orgullo: ‘¿Qué disposiciones se van a tomar sobre ese pobre desdichado (refiriéndome a ti)?’. ‘Haremos que abraza la vida monástica’, dijo el director. A estas palabras, sentí un interés por ti como nunca había notado antes. Y dije con decisión, ya que él me había enseñado a adoptar un tono decidido: ‘Jamás será monje’. El director pareció vacilar: temblaba ante el espíritu que él mismo había invocado. ‘Hagamos que siga la carrera de las armas —dije—; que se aliste como soldado; yo puedo facilitarle los medios de que ascienda. Si escoge una profesión más humilde, no me avergonzará reconocerle; pero, padre, jamás será monje’. ‘Pero mi querido hijo, ¿en qué se funda tan extraordinaria objeción? Es el único medio de restablecer la paz de la familia, y de dársela a un ser infortunado por quien tanto te interesas’. ‘Padre, terminad con ese lenguaje. Prometedme como condición de mi obediencia a

vuestros deseos de mañana, que jamás forzaréis a mi hermano a que sea monje’. ‘¡Forzarle, hijo mío!, en una vocación sagrada no puede haber violencia’. ‘No estoy seguro de eso; pero os pido la promesa que acabo de decir’. El director vaciló, y por último dijo: ‘Lo prometo’. Y se apresuró a ir a mi padre, y contarle que ya no había oposición alguna para nuestro encuentro, y que yo estaba encantado con la decisión que se me había anunciado de que mi hermano abrazase la vida monástica. Así es como se concertó nuestro primer encuentro. Cuando, por orden de mi padre, se entrelazaron nuestros brazos, te juro, hermano mío, que los sentí estremecerse de afecto. Pero el instinto de la naturaleza fue reemplazado en seguida por la fuerza del hábito; retrocedí, e hice acopio de todas las fuerzas de la naturaleza y la pasión para el terrible ademán que debía adoptar ante nuestros padres, mientras el director sonreía detrás de ellos, animándome con gestos. Pensé que había desempeñado mi papel con éxito, al menos ante mí mismo, y me retiré de la escena con paso orgulloso, como si pisara un mundo postrado... cuando sólo había pisoteado la naturaleza y mi propio corazón. Pocos días después me enviaron a un convento. El director estaba alarmado por el tono dogmático que él mismo me había enseñado a adoptar, e insistió en la necesidad de atender a mi educación. Mis padres accedieron a cuanto él les exigió. Yo, perplejo, consentí; pero cuando el coche me conducía al convento, le repetí al director: Recordadlo: ‘mi hermano no ha de ser monje’”.

»(A continuación venían unas líneas que no logré descifrar, al parecer por el estado de agitación en que habían sido escritas; la precipitación y el ardoroso carácter de mi hermano se reflejaba en sus escritos. Tras muchas páginas emborronadas, pude desentrañar lo siguiente): [...].

»“Era extraño que tú, que habías sido objeto de mi arraigado odio antes de mi estancia en el convento, te convirtieras en objeto de mi interés a partir de ese momento. Había adoptado tu causa por orgullo; ahora la defendí por experiencia. La compasión, el instinto, o lo que fuera, comenzó a adquirir el carácter de deber. Cuando vi con qué indignidad eran tratadas las clases inferiores, me dije a mí mismo: ‘No, jamás sufrirá eso él. Es mi hermano’. Cuando aprobaba mis exámenes, y me felicitaban, me decía: ‘Jamás podrá participar él de este aplauso’. Cuando era castigado, cosa que acontecía con mucha más frecuencia, pensaba: ‘Jamás sentirá él esta mortificación’. Mi imaginación se dilataba. Me consideraba tu futuro protector, me figuraba a mí mismo redimiendo la injusticia de la naturaleza ayudándote, engrandeciéndote, obligándote a confesar que me debías más a mí que a tus padres, y rindiéndome, con el corazón desarmado y desnudo, a tu gratitud, sólo por afecto. Te oía llamarme hermano... te pedía que me llamasas benefactor. Mi naturaleza, orgullosa, desinteresada y ardiente, no se había librado por completo de la influencia del director; pero cada esfuerzo que realizaba apuntaba, con un impulso indescriptible, hacia ti. Quizá el secreto de todo esto hay que buscarlo en mi carácter, que siempre se ha rebelado contra las imposiciones, y ha querido aprender por sí mismo cuanto le interesaba, y se mueve por el objeto de sus propios afectos. Es cierto

que yo, en el momento en que me enseñaban a odiarte, deseaba tu amistad. En el convento, tus ojos bondadosos y tus miradas amables me obsesionaban constantemente. A las manifestaciones de amistad que repetidamente me hacían los internos, yo contestaba: ‘Quiero a mi hermano’. Mi conducta era excéntrica y violenta. Evidentemente, mi conciencia empezaba a rebelarse contra mis hábitos. Con tal violencia a veces que hacía temblar a todos por mi salud; otras, no había castigo, por riguroso que fuese, capaz de someterme a la ordinaria disciplina de la casa. La comunidad empezó a cansarse de mi obstinación, violencia e irregularidades. Escribieron al director para que me sacaran; pero antes de que tuvieran tiempo de hacerlo me acometió un acceso de fiebre. Me dedicaron una incesante atención; pero tenía algo en el espíritu que ningún cuidado podía disipar. Cuando me traían la medicina con la más escrupulosa puntualidad, decía: ‘Traedme a mi hermano; y si esto es veneno, estoy dispuesto a beberlo de su mano; le he ofendido demasiado’. Cuando la campana llamaba a maitines y vísperas, yo decía: ‘¿Van a hacer monje a mi hermano? El director me ha prometido que no, pero sois todos embusteros’. Por último, amortiguaron el tañido de la campana y yo oía su sonido sofocado y exclamaba: ‘Vosotros tocáis por su funeral, pero yo... ¡soy su asesino!’. La comunidad estaba aterrada ante estas exclamaciones que yo repetía sin cesar, y de cuyo significado no podían acusarse. Me sacaron en estado de delirio, y me llevaron al palacio de mi padre, en Madrid. Una figura como la tuya se sentó junto a mí en el coche, bajó cuando nos detuvimos, me acompañó a donde fui, y luego me ayudó a subir de nuevo al carruaje. La impresión fue tan vívida que dije a los criados: ‘Dejadme, mi hermano me ayudará’. Cuando me preguntaron por la mañana cómo había descansado, contesté: ‘Muy bien... Alonso ha estado toda la noche junto a mi cabecera’. Insté a este quimérico compañero a que prosiguiera en sus atenciones; y cuando arreglaron las almohadas a mi gusto, dije: ‘¡Qué amable es mi hermano... qué servicial!... Pero *¿por qué no quiere hablar?*’. En determinado momento, me negué rotundamente a comer, porque el espectro parecía rechazar la comida. Dije: ‘No insistas hermano, no quiero nada. ¡Oh, suplicaré su perdón!, hoy es día de abstinencia... ésa es su razón; mira cómo se señala el hábito... eso es suficiente’. Es muy extraño que la comida de aquella casa estuviera casualmente envenenada, y que dos de mis criados murieran al tomarla, antes de llegar a Madrid. Menciono estos detalles sólo para que veas la influencia que habías adquirido en mi imaginación y en mis afectos. Al recobrar el juicio, lo primero que hice fue preguntar por ti. Habían previsto esto, y mi padre y mi madre, evitando la discusión, y temblando incluso de que ésta pudiera suscitarse, porque conocían la violencia de mi carácter, delegaron todo el asunto en el director. Así que se encargó él... y ahora verás cómo lo manejó. En nuestro primer encuentro, se me acercó a felicitarme por mi convalecencia, confesándome que lamentaba las rigideces de disciplina que debí de sufrir en el convento; y me aseguró que mis padres harían de mi casa un paraíso. Cuando ya llevaba un rato hablando, dije: ‘¿Qué habéis hecho con mi hermano?’. ‘Está en el

seno de Dios’, dijo el director, santiguándose. Comprendí inmediatamente lo que eso significaba. Me levanté y eché a correr antes de que él terminara. ‘¿Adónde vas, hijo mío?’. ‘A ver a mis padres’. ‘A tus padres es imposible que puedas verles ahora’. ‘Pues os aseguro que les veré. No me digáis más lo que tengo que hacer... ni os degradéis con esa prostituida humillación —pues había adoptado una actitud suplicante—, quiero *ver* a mis padres. Anunciadme a ellos ahora mismo, o y podéis despediros de vuestra influencia en la familia’. Al oír estas palabras se estremeció. No temía al poder de mis palabras, aunque sí a mis raptos de apasionamiento. Sus propias lecciones se volvían contra él en este momento. Me había hecho violento e impetuoso porque así convenía a sus propósitos, pero no había calculado ni estaba preparado para este sesgo imprevisto que había tomado mis sentimientos, tan opuesto al que él se había esforzado en darles. Creyó que excitando mis pasiones podía afirmar su dirección. ¡Ay de quienes enseñan al elefante a dirigir su trompa contra el enemigo, pues olvidan que retrayéndose súbitamente, pueden arrancar de su lomo al conductor, y pisotearlo en el fango! Tal era la situación del director y mía. Yo insistía en ir a ver e ese mismo instante a mi padre. Él se oponía, suplicaba; finalmente, como último recurso, me recordó su continua indulgencia, su alabanza de mis pasiones. Mi respuesta fue breve; ¡pero ojalá calara en el alma de esta clase de preceptores y de sacerdotes! ‘Eso es lo que ha hecho de mí lo que soy. Conducidme al aposento de mi padre, u os llevaré a puntapiés hasta su puerta’. Ante tal amenaza que él vio que era muy capaz de cumplir (pues, como sabes, mi constitución es atlética, y mi estatura es el doble que la suya) se echó a temblar. Y te confíes que esta muestra de debilidad física y mental hizo que aumentara mi desprecio por él. Caminó cabizbajo delante de mí hasta el aposento donde mi padre y madre se hallaban sentados, en un balcón que daba al jardín. Imaginaban que estaba todo arreglado, y se asombraron al verme llegar precipitadamente seguido del director, con una expresión que no auguraba ningún resultado feliz de nuestra entrevista. El director les hizo una seña que yo no capté, ellos tuvieron tiempo de interpretar; y al plantarme delante de ellos, lívido de fiebre, encendido de pasión, y tartamudeando frases inarticuladas, se estremecieron. Dirigieron una mirada de reproche al director, a la que él respondió como de costumbre, con señas. No *las* entendí, pero un momento después comprendí su significado. Le dije a mi padre: ‘Señor, ¿es cierto que habéis hecho monje a mi hermano?’. Mi padre vaciló; por último, dijo: ‘Creía que director se había encargado de hablar contigo sobre el asunto’. ‘Padre, ¿qué tiene que ver un director en los asuntos que pueda haber entre un padre y un hijo? Este hombre no puede ser nunca un padre... no puede tener hijos; ¿cómo puede juzgar, entonces, en un caso como éste?’. ‘Te olvidas a ti mismo... olvidas el respeto que se le debe a un ministro de la iglesia’. ‘Padre, acabo de levantarme del lecho de la muerte, vos y mi madre teméis por mi vida... y esa vida depende todavía de vuestras palabras. Yo le prometí sumisión a este desdichado, con una condición que él ha violado: que...’. ‘Detente —dijo mi padre en un tono autoritario que encajaba muy mal con los labios temblorosos

de los que salían tales palabras—; o sal de este aposento’. ‘Señor —terció el director en tono suave—, no permitáis que sea yo causa de disensión en una familia cuya felicidad y honra ha sido siempre mi objetivo, después de los intereses de la Iglesia. Permitidle que continúe; el pensamiento de nuestro Señor crucificado me sostendrá frente a sus ofensas’, y se santiguó. ‘¡Miserable! —exclamé agarrándole del hábito—, ¡sois un hipócrita y un farsante!’; y no sé de qué violencia habría sido capaz, de no haberse interpuesto mi padre. Mi madre profirió un grito aterrado, y a continuación siguió una escena de confusión, de la que no recuerdo nada, salvo las hipócritas exclamaciones del director, forcejeando aparentemente entre mi padre y yo, mientras suplicaba la mediación de Dios en favor de ambos. Repetía sin cesar: ‘Señor, no intervengáis; cada afrenta que recibo es un sacrificio a los ojos del cielo; esto me capacitará como intercesor de mi calumniador ante Dios’; y santiguándose, invocaba los nombres más sagrados, y exclamaba: ‘Unid estos insultos, calumnias y golpes a esa preponderancia de mérito que pesa ya en la balanza del cielo frente a mis pecados’, y se atrevió a mezclar las súplicas de intercesión de los santos, la pureza de la Virgen Inmaculada y hasta la sangre y la agonía de Cristo, con las viles sumisiones de su propia hipocresía. A todo esto, el aposento se había llenado de sirvientes. A mi madre la sacaron gritando todavía de terror. Mi padre, que la amaba, cayó, dominado por este espectáculo, y por mi desaforada conducta, en un acceso de furor... y llegó a sacar la espada. Yo solté una carcajada que le heló la sangre, al verle venir hacia mí. Extendí los brazos, le presenté mi pecho, y exclamé: ‘¡Herid!... ésa es la consumación del poder monástico: se empieza violando la naturaleza, y se termina en el filicidio. ¡Herid! Conceded este glorioso triunfo a la influencia de la Iglesia, y sumadlo a los méritos de este sagrado director. Ya habéis sacrificado a vuestro Esaú, a vuestro primogénito; que sea ahora Jacob vuestra siguiente víctima’. Retrocedió mi padre; e irritado por la desfiguración que causaba en mí la violencia de mi agitación, exclamó: ‘¡Demonio!’; y se quedó a cierta distancia, mirándome y temblando. ‘¿Y quién me ha hecho así? Ése, que ha fomentado mis malas pasiones para sus propios fines; y porque un impulso generoso irrumpe por el lado de la naturaleza, me califica de loco o pretende hacerme enloquecer para llevar a cabo sus propósitos. Padre mío, veo trastocado todo el poder y sistema de la naturaleza, merced a las artes de un eclesiástico corrompido. Gracias a su intervención, mi hermano ha sido encarcelado de por vida; gracias a su mediación, nuestro nacimiento se convertido en una maldición para mi madre y para vos. ¿Qué hemos tenido la familia desde que su influencia se asentó en ella fatalmente, sino disensiones y desdichas? Vuestra espada apuntaba a mi corazón en este momento; ¿ha sido la naturaleza o un monje quien ha prestado armas a un padre para enfrentarle a su hijo, cuyo crimen ha sido interceder por su hermano? Echad a este hombre, cuya presencia eclipsa nuestros corazones, y hablemos un momento como padre e hijo; y si no me humillo ante vos, arrojadme para siempre de vuestro lado. Padre, por Dios os lo pido, observad la diferencia entre este hombre y yo, ahora que estamos ante vos. Los dos estamos ante el tribunal de

vuestro corazón: juzgadnos. Una imagen seca e inexpressiva del poder egoísta, consagrada por el nombre de la Iglesia, ocupa por entero su alma... yo os imploro por los intereses de la naturaleza, que deben ser sinceros puesto que son contrarios a los míos propios. Él sólo quiere secar vuestra alma... yo pretendo conmoverla. ¿Pone él su corazón en lo que dice?, ¿derrama acaso alguna lágrima?, ¿emplea alguna expresión apasionada? Él invoca a Dios... mientras que yo sólo invoco a vos. La misma violencia que vos condenáis con justicia no es sólo vindicación, sino también mi elogio. Quienes anteponen su causa a ellos mismos no necesitan demostrar que su defensa es sincera'. 'Agravas tu crimen cubrirlo con otro; siempre has sido violento, obstinado y rebelde'. 'Pero ¿quién me ha hecho así? Preguntádselo a él; preguntádselo a esta escena vergonzosa, en la que su duplicidad me ha empujado a desempeñar semejante papel'. 'Si deseas mostrarme sumisión, dame primero una prueba de ello, y prométeme que jamás me torturarás sacando a relucir de nuevo este tema. El destino de tu hermano está decidido: prométeme no volver a pronunciar más nombre, y...'. 'Nunca, nunca —exclamé—; nunca violentaré mi conciencia con semejante promesa; y la sequedad de quien proponga tal cosa debe de estar más allá del alcance de la gracia de Dios'. No obstante, mientras pronunciaba as palabras, me arrodillé ante mi padre; pero él se apartó de mí. Desesperado, me volví hacia el director. Dije: 'Si sois ministro del cielo, probad la veracidad de vuestra misión... poned paz en esta familia trastornada, conciliad a mi padre con sus dos hijos. Podéis hacerlo con una palabra; sabéis que podéis. Sin embargo, os negáis a pronunciarla. Mi infortunado hermano era tan inflexible a vuestras súplicas, y sin embargo, no estaban inspiradas por un sentimiento tan justificable como el mío'. Había ofendido al director hasta unos extremos imperdonables. Lo sabía, y hablaba más para exponer la situación que para persuadirle. No esperaba respuesta suya, y no me sentí defraudado: no dijo una palabra. Me arrodillé en medio de la estancia, entre ellos y exclamé: 'Desamparado de mi padre y de vos, apelo, sin embargo, al cielo. A él recurro como testigo de la promesa que hago de no abandonar a mi perseguido hermano, de quien se me ha hecho instrumento de traición. Sé que tenéis poder... pues bien, lo desafío. Sé que todas las artes del engaño, de la impostura, de la malevolencia... que todos los recursos de la tierra y del infierno, se confabularán contra mí. Tomo al cielo por testigo contra vos, y le pido únicamente su ayuda para asegurarme la victoria'. Mi padre perdió la paciencia; pidió a los criados que me levantaran y me sacaran a la fuerza. Este recurso a la fuerza, tan repugnante a mis hábitos de absoluta tolerancia, operó fatalmente sobre mis energías, apenas recobradas del delirio, y demasiado cansadas por la última lucha. Recaí en una locura parcial. Dije violentamente: 'Padre mío, no sabéis cuán amable, generosa y clemente es la persona que perseguís de este modo... Yo mismo le debo la vida. *Preguntad a vuestros criados si no me asistió él, paso a paso, durante mi viaje.* Si no me administró la comida y las medicinas, y me arregló las almohadas en las que descansaba'. 'Tú deliras', exclamó mi padre al oír este disparatado discurso; aunque

dirigió una temerosa mirada inquisitiva a los criados. Los temblorosos sirvientes juraron, uno tras otro, con toda la convicción de que eran capaces, que ningún ser humano aparte de ellos se me había acercado desde que saliera del convento hasta la llegada a Madrid. Los pocos vestigios de lucidez que me quedaban me abandonaron al oír esta declaración, que no obstante era verídica punto por punto. Desmentí con toda mi furia al último que habló... y arremetí contra los que tenía a mi lado. Mi padre, asombrado ante mi violenta reacción, exclamó de repente: ‘Está loco’. El director, que hasta ahora había permanecido en silencio, tomó inmediatamente la palabra y repitió: ‘Está loco’. Los criados, medio aterrados, medio convencidos, lo repitieron también como un eco”.

»“Me cogieron, y me sacaron de allí, y la violencia, que siempre ha provocado en mí una violencia equivalente, corroboró lo que mi padre temía y el director deseaba. Me comporté exactamente como cabía esperar del niño que apenas acaba de salir de unas fiebres, y que todavía delira. En mi aposento, desgarré las colgaduras, y no quedó un jarrón de porcelana en la habitación que no arrojara a sus cabezas. Cuando me sujetaron, les mordí las manos; y cuando, finalmente, se vieron obligados a atarme, roí las cuerdas, rompiéndolas tras un esfuerzo violento. A decir verdad, colmé las esperanzas del director. Me tuvieron encerrado en mi aposento varios días. En ese tiempo, sólo recuperé las fuerzas que normalmente renacen en estado de aislamiento: las de la inflexible resolución y el profundo disimulo. Y no tardé en poner en práctica las dos. El duodécimo día de mi encierro, apareció un criado en la puerta y, haciendo una profunda reverencia, anunció que si me sentía recobrado, mi padre deseaba verme. Me incliné, imitando sus movimientos maquinales, y le seguí con los pasos de una estatua. Encontré a mi padre en compañía del director. Avanzó hacia mí y me interpeló con una precipitación que denotaba que hacía esfuerzos para hablar. Ensartó unas cuantas frases aturulladas sobre lo contento que estaba por mi recuperación, y dijo a continuación: ‘¿Has reflexionado sobre lo que hablamos en nuestra última conversación?’. ‘*He reflexionado sobre eso. He tenido tiempo para hacerlo*’. ‘¿Y te ha servido de algo?’. ‘Eso creo’. ‘Entonces el resultado será favorable a las esperanzas de la familia, y a los intereses de la Iglesia’. Las últimas palabras me produjeron un ligero escalofrío; pero contesté como debía. Unos momentos después se acercó a mí el director. Me habló en tono amistoso, y encaminó la conversación hacia temas intrascendentes. Yo le contesté (¡qué esfuerzo me costó contestarle!), aunque con toda la frialdad de una cortesía forzada. No obstante, todo siguió perfectamente. La familia parecía contenta de mi recuperación. Mi padre, cansado, estaba contento de lograr la paz a cualquier precio. Mi madre, más debilitada aún por las luchas entre su conciencia y las sugerencias del director, lloró, y dijo que se sentía feliz. Transcurrió un mes en profunda aunque traidora paz entre las partes. Ellos me consideran sometido, pero [...]”.

»“En realidad, los esfuerzos del director en el seno de la familia bastarían para precipitar mis decisiones. Te ha metido en un convento, pero no para fomentar el

proselitismo de la Iglesia. El palacio del duque de Moncada, bajo su influencia, se ha convertido en un convento también. Mi madre es casi una monja; su vida entera se consume implorando perdón por un crimen por el que el director, a fin de asegurarse su propia influencia, le impone nuevas penitencias a cada hora. Mi padre corre atropelladamente del libertinaje a la austeridad: vacila entre este mundo y el otro; llevado de la amargura de sus sentimientos desesperados censura a veces a mi madre, para compartir seguidamente con ella las más severas penitencias. ¿No habrá algo tremendamente erróneo en la religión, cuando suple las rectificaciones interiores con severidades externas? Siento que soy un espíritu inquisitivo; y si consiguiera ese libro que llaman Biblia (el cual, aunque dicen que contiene la palabra de Cristo, jamás nos permiten ver), creo... Pero no importa. Los mismos criados han adoptado ya el carácter *in ordine ad spiritualia*. Hablan en voz baja, se santiguan cuando el reloj da las horas, comentan, incluso en mi presencia, la gloria que supondría para Dios y la Iglesia si se lograra convencer a mi padre para que sacrifique su familia a los intereses de uno y otra”.

»“Mi fiebre ha bajado. No he perdido un instante en consultar tus intereses... He oído decir que hay una posibilidad de anular tus votos; o sea, según me han dicho, puedes declarar que te obligaron a hacerlo mediante el engaño y el terror. Compréndeme, Alonso, yo preferiría que te pudrieses en un convento, a verte como prueba viviente de la vergüenza de nuestra madre. Pero me han informado que la anulación de tus votos se puede hacer ante los tribunales civiles. Si es factible, puedes ser libre, y yo me sentiré dichoso. No repares en gastos; estoy en situación de poderlos sufragar. Si no vacilas en tu determinación, no tengo duda que conseguiremos nuestro triunfo final. Digo *nuestro*: no encontraré un momento de paz hasta que tú te veas totalmente libre. Con la mitad de mi asignación anual, he sobornado a uno de los criados, que es hermano del portero del convento, para que te haga llegar estas líneas. Contéstame por el mismo conducto; es secreto y seguro. Según entiendo, debes redactar un informe para ponerlo en manos de un abogado. Tendrá que estar claramente redactado... Pero recuerda; no digas una sola palabra sobre nuestra desventurada madre; me da vergüenza decir esto a su hijo. Procúrate papel como puedas. Si tienes dificultades, yo te lo mandaré; pero para evitar sospechas, y no tener que recurrir demasiadas veces al portero, trata de conseguirlo por ti mismo. Tus deberes conventuales te facilitarán el pretexto para redactar tu confesión... yo me ocuparé de la seguridad de la entrega. Te encomiendo a la sagrada custodia de Dios... no del Dios de los monjes y los directores, sino del Dios de la naturaleza y la misericordia... Tu afectuoso hermano.

Juan de Moncada”.

»Tal era el contenido de los papeles que recibí en varias tandas, una tras otra, de manos del portero. Me tragué el primero tan pronto como lo leí; en cuanto al resto,

encontré la forma de destruirlo secretamente... mi asistencia en la enfermería me facilitaba grandes dispensas.

Al llegar a este punto del relato, el español estaba tan agitado (aunque, al parecer, más debido a su estado emocional que a su cansancio), que Melmoth le rogó que lo suspendiera por unos días, a lo que accedió el agotado narrador.

Capítulo VI

Τήλε μείργονοι ψυχαι, ειδοῶλα χαμοντων.

HOMERO.

Cuando, transcurridos varios días, el español trató de describir sus sentimientos al recibir la carta de su hermano, y la súbita resurrección de su corazón, y esperanza y existencia al concluir su lectura; tembló... profirió unos sonidos inarticulados, lloró, y a Melmoth —*dada su poco continental sensibilidad*— le pareció su agitación tan violenta que le rogó que prescindiese de la descripción de sus sentimientos, y prosiguiese su narración.

—Tenéis razón —dijo el español secándose las lágrimas—, la alegría es una convulsión, pero la aflicción es un hábito; y describir lo que no se puede comunicar es tan absurdo como hablarle de colores a un ciego. Pasaré, no a hablar de mis sentimientos, sino de los resultados que produjeron. Un nuevo mundo de esperanza se abrió para mí. Me parecía ver la libertad ante el cielo, cuando paseaba por el jardín. Me reía del chirrido discordante de las puertas al abrirse, y me decía a mí mismo: «Pronto os abriréis para mí, definitivamente». Me comporté con desusada consideración para con la comunidad. Pero, en medio de todo esto, no dejaba de observar las más escrupulosas precauciones que me había sugerido mi hermano. ¿Estoy confesando la fuerza o la debilidad de mi corazón? En medio de todo el disimulo sistemático que estaba dispuesto y deseoso de llevar a cabo, la única circunstancia que me apenaba era el verme obligado a destruir las cartas de aquel amado y generoso joven que lo arriesgaba todo por mi emancipación. Entretanto, proseguí mis preparativos con una industria inconcebible para vos, que no habéis estado jamás en un convento.

»Había empezado la cuaresma, y toda la comunidad se preparaba para la confesión general. Guardábamos completo silencio, los monjes se postraban ante las capillas de los santos, ocupaban sus horas tomando nota de sus conciencias y convirtiendo las triviales negligencias en la disciplina conventual en pecados a los ojos de Dios, a fin de dar importancia a su penitencia ante el confesor. De hecho, les habría gustado acusarse de un crimen para escapar de la monotonía de una conciencia monástica. Había una especie de sorda agitación en la casa, lo que favorecía enormemente mis propósitos. Hora tras hora, andaba yo pidiendo papel para redactar mi confesión. Me lo daban; aunque mis frecuentes peticiones despertaban recelo. Pero estaban muy lejos de saber lo que yo escribía. Algunos decían (porque todo llama la atención en un convento): “Está escribiendo la historia de su familia, y se la va a soltar al confesor, junto con los secretos de su propia alma”. Otros comentaban: “Ha vivido en estado de *enajenación* durante bastante tiempo; ahora va a dar cuenta a Dios de todo ello... nunca oiremos una palabra sobre el particular”. Otros, más sensatos, decían: “Está haziado de la vida monástica; está redactando un informe de

su monotonía y su tedio, y como es natural ha de ser largo” y después de dar sus opiniones, bostezaban, lo cual venía a corroborar lo que decían.

»El Superior me observaba en silencio. Estaba alarmado, y con razón. Consultó con algunos hermanos *discretos*, a los que ya he aludido anteriormente, y el resultado fue que iniciaron una inquieta vigilancia, que yo mismo estimulaba sin cesar con mi absurda y constante demanda de papel. En esto, lo reconozco, cometí una gran equivocación. Era imposible que la conciencia más exagerada llegara a cargarse, aun en un convento, con el suficiente número de crímenes como para llenar las hojas que yo pedía. Las estaba llenando con *sus* crímenes, no con los míos. Otro gran error que cometí fue dejar que la confesión general me cogiera desprevenido. Me lo anunciaron mientras paseábamos por el jardín. Ya he dicho que había adoptado una actitud amistosa hacia ellos. Así que me dijeron:

»—Te has preparado ampliamente para la gran confesión.

»—Sí, así es.

»—Entonces esperamos grandes beneficios espirituales de su resultado.

»—Confío en que los tendréis —y no dije más; pero estas alusiones me inquietaron enormemente.

»Otro me dijo:

»—Hermano, en medio de los numerosos pecados que abruma tu conciencia, y para cuya redacción necesitas pliegos enteros de papel, ¿no sería un alivio para ti abrir tu espíritu al Superior, y pedirle a *él* previamente unos momentos de consuelo y dirección?

»A lo que contesté:

»—Te lo agradezco, y lo tomaré en consideración... —pero yo pensaba en otra cosa.

»Unas noches antes de la confesión general, le entregué al portero el último pliego de mi memorial. Hasta ahora, nuestras entrevistas habían pasado inadvertidas. Había recibido misivas de mi hermano y había contestado a ellas, y nuestra correspondencia se había efectuado con un sigilo sin precedentes en un convento. Pero esta última noche, al poner las hojas en manos del portero, observé un cambio en su semblante que me aterrorizó. Había sido un hombre fuerte, robusto; pero ahora, a la luz de la luna, pude comprobar que era una sombra de sí mismo: sus manos temblaron al cogerme el pliego... y le falló la voz al prometerme la habitual discreción. Su cambio, que todo el convento había notado, me había pasado inadvertido hasta esta noche; mi atención había estado demasiado ocupada en mi propia situación. De todos modos, me di cuenta entonces; y le dije:

»—Pero ¿qué te pasa?

»—¿Y me lo preguntas tú? Me han consumido los terrores del oficio al que me ha empujado el soborno. ¿Sabes cuál es el riesgo que corro? El de ser encarcelado de por vida, o más bien de por muerte... y quizá el de que me denuncien a la Inquisición. Cada línea que yo te entrego, o que paso de parte tuya, es un cargo contra mi propia

alma... Tiemblo cada vez que me veo contigo. Yo sé que tienes las fuentes de la vida y la muerte, las temporales y las eternas, en tus manos. El secreto del que soy transmisor no debe ser confiado más que a *uno*, y *tú eres otro*. Cuando me siento en mi puesto, pienso que cada paso que suena en el claustro viene a mandarme a la presencia del Superior. Cuando asisto al coro, en medio de los cánticos de devoción, tu voz se eleva para acusarme. Cuando estoy acostado por la noche, el espíritu maligno se encuentra junto a mi lecho, me acusa de perjurio, y reclama su presa; y sus emisarios me asedian allá donde voy... me acosan las torturas del infierno. Los santos arrugan el ceño en sus altares cuando me detengo ante ellos, y veo el retrato del traidor Judas allí donde vuelvo los ojos. Si me duermo un momento, me despiertan mis propios gritos. Y exclamo: “No me acuséis; él todavía no ha violado los votos, yo sólo soy un agente... he sido sobornado... no encendáis esos fuegos por mí”. Y me estremezco, y me incorporo empapado de un sudor frío. He perdido el sosiego, el apetito. Quiera Dios que te vayas del convento; y de no haber sido yo el instrumento de tu libertad, habríamos escapado los dos de la condenación eterna.

»Traté de apaciguarle, de asegurarle su impunidad; pero nada pudo satisfacerle sino mi solemne y sincera promesa de que éste era el último pliego que le pedía que entregase. Se marchó tranquilizado ante esta seguridad; y yo sentí que los peligros de mi empresa se multiplicaban a mi alrededor a cada hora.

»Este hombre era de fiar, aunque tímido de carácter; ¿y qué confianza podemos tener en un ser que alarga la mano derecha, mientras le tiembla la izquierda al utilizarla para transmitir tu secreto al enemigo? Murió pocas semanas después. Creo que su fidelidad a mí, en su agonía, se debió al delirio que se apoderó de él en sus últimos momentos. Pero ¡cuánto sufrí durante esas horas!... Su muerte en tales circunstancias, y la poco cristiana alegría que experimenté por ello, no eran sino nuevas pruebas en contra del antinatural estado de vida que hacía casi necesarios tal suceso y tales sentimientos. La noche siguiente a nuestra última entrevista recibí en mi celda la sorprendente visita del Superior, acompañado de cuatro monjes. Presentí que el acontecimiento no auguraba nada bueno. Me eché a temblar de pies a cabeza, aunque los recibí con respeto. El Superior se sentó frente a mí, colocando el asiento de forma que me hallase yo de cara a la luz. No entendí qué podía significar esta medida, pero pienso ahora que deseaba captar hasta el más mínimo cambio de expresión de mi semblante, mientras el suyo permanecía oculto para mí. Los cuatro monjes se quedaron de pie detrás de su silla, con los brazos cruzados, los labios cerrados, los ojos entornados y las cabezas inclinadas: parecían designados obligadamente a presenciar la ejecución de un criminal. El Superior comenzó con voz suave:

»—Hijo mío, estos últimos días has estado intensamente dedicado a redactar tu confesión... lo cual es muy loable. Pero ¿te has acusado de todos los crímenes de los que te culpa tu conciencia?

»—Sí, padre.

»—¿Seguro que de todos?

»—Padre, me he acusado de todos aquellos de los que tengo conciencia. ¿Quién sino Dios puede penetrar en los abismos del corazón? Yo he hurgado en el mío cuanto he podido.

»—¿Y has anotado todas las acusaciones que has descubierto en él?

»—Sí.

»—¿Y no has descubierto entre ellas el crimen de obtener medios de escribir tu confesión para utilizarlos con fines bien distintos?

»Estábamos llegando al asunto; consideré necesario recurrir a mi decisión... y dije, con perdonable equívoco:

»—Ése es un crimen del que mi conciencia *no me acusa*.

»—Hijo mío, no disimules ante tu conciencia ni ante mí. Yo debería estar en tu estimación, incluso por encima de ella; pues si ella te desvía y te engaña, es a mí a quien deberías acudir y dirigirte. Pero veo que es inútil tratar de conmover tu corazón. Apelo a él por última vez con estas sencillas palabras. Cuentas tan sólo con unos momentos de indulgencia: utilízalos o desperdízalos: haz lo que quieras. Voy a hacerte unas cuantas preguntas muy sencillas, pero si te niegas a contestar, o no lo haces con sinceridad, caerá tu sangre sobre tu propia cabeza.

»Me estremecí, pero dije:

»—Padre, ¿acaso me he negado a contestar a vuestras preguntas?

»—Tus respuestas son siempre interrogaciones o evasivas. Tienen que ser directas y simples, a las preguntas que voy a hacerte en presencia de estos hermanos. De tus respuestas dependen más cosas de las que tú te crees. La voz de la advertencia me sale muy a pesar mío...

»Aterrado ante estas palabras, y anonadado por el deseo de conjurarlas, me levanté de la silla; luego aspiré con dificultad, y me apoyé en ella.

»—¡Dios mío! —dije—, ¿a qué vienen estos terribles preámbulos? ¿De qué soy culpable? ¿Por qué se me amonesta con tanta frecuencia con palabras que no son sino veladas amenazas? ¿Por qué no se me dice cuál es mi pecado?

»Los cuatro monjes, que ni habían hablado ni habían levantado la cabeza hasta ese momento, dirigieron ahora sus lívidos ojos hacia mí, y repitieron a la vez, con una voz que parecía brotar del fondo de un sepulcro:

»—Tu crimen es...

»El Superior les hizo una seña para que callaran, y esta interrupción aumentó mi alarma. Es cierto que, cuando tenemos conciencia de ser culpables, sospechamos siempre que los demás van a dar a nuestras culpas mucha más importancia. Sus conciencias se vengán de la lenidad de la nuestra con las más horribles exageraciones. No sabía de qué crimen venían a acusarme; y ya sentía yo la acusación de mi correspondencia clandestina como un peso en la balanza de sus sentimientos. Había oído decir que los crímenes de los conventos eran a veces abominablemente atroces; y me sentí tan ansioso ahora por oír una acusación clara

contra mí como unos momentos antes por evitarla. A estos vagos temores les sustituyeron inmediatamente otros más reales, al formularme sus preguntas el Superior:

»—Has pedido gran cantidad de papel: ¿cómo lo has empleado?

»Me recobré y dije:

»—Como debía.

»—Cómo, ¿descargando tu conciencia?

»—Sí, descargando mi conciencia.

»—Eso es falso; el más grande pecador de la tierra no podría emborronar tantas páginas con las anotaciones de sus crímenes.

»—Me han dicho muchas veces en el convento que *yo era* el más grande pecador de la tierra.

»—Otra vez divagas, y conviertes tus ambigüedades en reproches... eso no; debes contestar con claridad: ¿con qué fin pediste tanto papel, y cómo lo has empleado?

»—Ya os lo he dicho.

»—¿Lo has utilizado, entonces, para tu confesión?

»Guardé silencio, pero asentí con la cabeza.

»—Entonces puedes mostrarnos las pruebas de tu aplicación a los deberes. ¿Dónde está el manuscrito con tu confesión?

»Me ruboricé y vacilé, al tiempo que les enseñaba media docena de páginas garabateadas a manera de confesión. Era ridículo. No suponían más que una décima parte del papel que había recibido.

»—¿Ésta es tu confesión?

»—Ésta es.

»—¿Y te atreves a decir que has empleado todo el papel que se te ha entregado en esto? —guardé silencio—. ¡Desdichado! —exclamó el Superior perdiendo toda paciencia—, explica ahora mismo con qué fin has empleado el papel que se te ha facilitado. Confiesa al punto que lo has empleado con fines contrarios a los intereses de esta casa.

»Estas palabras me indignaron. Otra vez vi la pezuña hendida bajo la vestidura monástica.

»—¿Por qué voy a ser yo sospechoso —contesté—, si vos no sois culpable? ¿De qué puedo acusaros? ¿De qué podría quejarme, si no hay motivo? Vuestra propia conciencia debe responder a esta pregunta por mí.

»A estas palabras, los monjes se dispusieron a intervenir nuevamente, cuando el Superior, acallándoles con una seña, siguió con preguntas precisas que paralizaban toda la energía de la pasión.

»—¿No quieres decirme qué has hecho con el papel que se te ha entregado? —guardé silencio—. Te ordeno, por la sagrada obediencia que me debes, que me lo reveles ahora mismo.

»Su voz se había elevado, furiosa, mientras hablaba, y actuó de estímulo en la mía.

»—No tenéis derecho, padre —dije—, a exigirme tal declaración.

»—No es cuestión de derecho, ahora. Te ordeno que me lo digas. Te lo exijo por el juramento que hiciste ante el altar de Cristo, junto a la imagen de su bendita madre.

»—No tenéis derecho a demandarme ese juramento. Conozco las reglas de la casa: soy responsable ante el confesor.

»—¿Opones, entonces, el derecho al poder? No tardarás en comprobar que, entre estos muros, son una misma cosa.

»—Yo no opongo nada... quizá sean lo mismo.

»—¿Y no quieres decir qué has hecho con esos pliegos, emborronados seguramente con las más infernales calumnias?

»—No.

»—¿Y quieres cargar las consecuencias de tu terquedad sobre tu propia cabeza?

»—Sí.

»Y los cuatro monjes corearon con el mismo tono afectado:

»—Caigan las consecuencias sobre su propia cabeza— pero mientras así decían, dos de ellos me susurraron al oído: Entrega tus papeles y no te pasará nada. Todo el convento está enterado de que has estado escribiendo.

»—No tengo nada que entregar —contesté—; nada, a la confianza de un monje. No tengo una sola página en mi poder, aparte de las que me habéis cogido.

»Los monjes, que antes me habían hablado en tono conciliador, me dejaron. Conferenciaron en voz baja con el Superior, quien, lanzándome una terrible mirada, exclamó:

»—¿No quieres entregar tus papeles?

»—No tengo nada que entregar: registrad mi persona, registrad mi celda... todo está a vuestra disposición.

»—Todo va a ser registrado, y ahora mismo —dijo el Superior, furibundo.

»Se pusieron a registrar inmediatamente. No quedó objeto alguno en mi celda por examinar. Pusieron la silla y la mesa patas arriba, las sacudieron y las rompieron finalmente en un intento de averiguar si había ocultado papeles en ellas secretamente. Arrancaron los grabados de las paredes, y los inspeccionaron al trasluz. Luego rompieron los marcos, tratando de descubrir cualquier cosa que estuviese oculta en ellos. Después registraron la cama; pusieron el mueble en medio de la celda, destriparon el colchón y esparcieron la paja; uno de ellos, durante la operación, recurrió a los dientes para facilitarse la tarea... y la malevolencia de su actividad contrastaba singularmente con la inmóvil y rígida apatía en que habían estado sumidos momentos antes. Durante todo este tiempo permanecí en el centro de la estancia, como se me había ordenado, sin volverme a derecha ni a izquierda. Nada encontraron que justificara sus sospechas. A continuación me rodearon; y el registro de mi persona fue igualmente rápido, minucioso e indecoroso. En un instante

estuvieron en el suelo todas las prendas que llevaba puestas. Hasta descosieron las costuras de mi hábito. Y durante el registro, me cubrí con una de las sábanas de mi cama.

»Cuando hubieron terminado, dije:

»—¿Habéis descubierto algo?

»El Superior contestó con voz furiosa, reprimiendo con orgullo, aunque en vano, su decepción:

»—Tengo otros medios para descubrirlos; prepárate, y tiembla cuando recurra a ellos.

»Y dichas estas palabras, salió a toda prisa de mi celda, haciendo una seña a los cuatro monjes para que le siguieran. Me quedé solo.

»Ya no tenía ninguna duda del peligro que corría. Me veía expuesto al furor de hombres que no moverían un dedo por aplacarlo. Vigilaba, esperaba, temblaba a cada ruido de pasos que oía en la galería, o de la puerta que se abría o se cerraba junto a mí. Pasaron las horas en esta angustia y suspenso, y concluyeron finalmente sin que ocurriera nada. Nadie vino a verme esa noche. La siguiente iba a ser la de la confesión general. En el curso del día, ocupé mi sitio en el coro, temblando y atento a las miradas. Me daba la impresión de que cada rostro se volvía hacia mí, y cada lengua me decía en silencio: “Tú eres el hombre”. A menudo deseé que estallara de una vez por todas la tormenta que notaba que se iba formando a mi alrededor. Es preferible oír el trueno que vigilar la nube. Sin embargo, no estalló entonces. Y cuando concluyeron los deberes del día, me retiré a mi celda, y permanecí en ella pensativo, anhelante, indeciso.

»Había empezado la confesión; y al oír a los penitentes regresar uno tras otro de la iglesia, y cerrar las puertas de sus celdas, empecé a temer que se me excluyera de este acercamiento a la sagrada cátedra, y que esta exclusión de un derecho sagrado e indispensable fuera el comienzo de algún misterioso período de rigor. Esperé, no obstante, y finalmente me llamaron. Esto me devolvió el ánimo, y cumplí con mis deberes más tranquilo. Después de confesarme, me hicieron unas preguntas sencillas, tales como si debía acusarme de alguna *secreta violación* de los deberes conventuales, de algo que me hubiese *reservado*, de algo que me hubiese guardado en la conciencia, etc; y tras mis respuestas negativas, se me dejó marchar.

»Fue esa misma noche cuando murió el portero. Mi último envío había salido unos días antes; todo estaba a salvo y sin problemas. Ni una palabra o línea podría aducirse ahora en contra mía, y comenzó a renacer la esperanza en mi interior, pensando que la celosa industria de mi hermano hallaría algún otro medio para nuestra futura comunicación.

»Todo siguió profundamente tranquilo durante unos días; pero pronto iba a estallar la tormenta. La cuarta noche después de la confesión, me hallaba sentado en mi celda, cuando oí una desusada agitación en el convento. Sonó la campana. El nuevo portero parecía muy agitado; el Superior bajó al locutorio, luego regresó a su

celda, ya continuación fueron llamados algunos monjes de avanzada edad. Los más jóvenes cuchicheaban en los corredores, cerraban las puertas violentamente... todos parecían excitados. En un edificio pequeño, ocupado por una familia reducida, tales circunstancias apenas habrían sido advertidas; pero en un convento, la gris monotonía de lo que puede llamarse su existencia interna, da importancia e interés al detalle más trivial de la vida corriente. Me daba cuenta de esto. Me dije: “Algo ocurre”. Y añadí: “Algo ocurre que va contra mí”. Ambas conjeturas eran acertadas. Avanzada la noche, recibí orden de presentarme ante el Superior en su propio aposento. Dije que estaba dispuesto. Dos minutos después fue anulada esta orden, y se me pidió que permaneciese en mi celda y esperase la visita del Superior. Contesté que obedecería. Pero este repentino cambio de órdenes me llenó de un temor *indefinido*; y jamás, en todos los cambios de mi vida y vicisitudes de mis sentimientos, he experimentado un miedo más espantoso. Me puse a pasear arriba y abajo, repitiéndome sin cesar: “¡Dios mío, protégeme! ¡Dios mío, dame fuerzas!”. A continuación tuve miedo de pedir la protección de Dios, dudoso de que la causa en que me hallaba involucrado mereciese su protección. Mis dudas, no obstante, se disiparon ante la súbita entrada del Superior y los cuatro monjes que le habían escoltado en la visita anterior a la confesión. Al verles entrar me levanté: nadie me pidió que me sentara. El Superior avanzó con mirada furibunda; y arrojando unos papeles en la mesa, dijo:

»—¿Lo has escrito tú?

»Eché una mirada fugaz y llena de terror a los papeles: *eran una copia de mi memorial*. Tuve la suficiente presencia de ánimo para decir:

»—Ésa no es mi letra.

»—¡Desdichado!, siempre con equívocos; eso es una copia de tu escrito —guardé silencio—. Aquí hay una prueba de ello —añadió, arrojando otro papel.

»Era una copia del informe del abogado, dirigida a mí, el cual, debido al peso de un tribunal superior, no podían retenérmelo. Yo me moría de ganas de leerlo, pero no me atreví a tocarlo. El Superior hojeó página tras página. Dijo:

»—¡Lee, desdichado, lee!... míralo, examínalo frase por frase. Me acerqué temblando... lo miré... en las primeras líneas leí la palabra *esperanza*. El valor renació en mí.

»—Padre —dije—, reconozco que esto es una copia de mi memorial. Os pido permiso para leer la respuesta del abogado; no podéis negarme ese derecho.

»—Léela —dijo el Superior, y la lanzó hacia mí.

»Podéis creer, *señor*; que, en aquellas circunstancias, no me fue posible leerlo con mirada muy segura, y mi discernimiento no se aclaró ni mucho menos al desaparecer los cuatro monjes de mi celda a una señal que no percibí. Ahora estábamos solos el Superior y yo. Él comenzó a pasear arriba y abajo por mi celda mientras yo leía el informe del abogado. De repente se detuvo; descargó la mano enérgicamente sobre la mesa; las páginas sobre las que yo temblaba se estremecieron con la violencia del golpe. Di un brinco en mi silla.

»—¡Desdichado! —dijo el Superior—, ¿cuándo han profanado el convento papeles como éstos? ¿Cuándo, hasta tu impío ingreso, hemos sido ofendidos con informes de abogados? ¿Cómo te has atrevido a...?

»—¿A qué, padre?

»—¿A rechazar tus votos y a exponernos a *nosotros* al escándalo de un tribunal civil y de un proceso?

»—Lo he puesto todo frente al peso de mis propias miserias.

»—¡Miserias!, ¿es así como hablas de la vida conventual, la única que puede ofrecer tranquilidad aquí, y asegurar la salvación después?

»Estas palabras, pronunciadas por un hombre crispado por la más frenética pasión, constituían su misma refutación. Mi ánimo aumentaba en proporción a su furor; y además, me habían acosado y me obligaban a actuar en mi defensa. La visión de los papeles me devolvió la confianza.

»—Padre —dije—, es inútil que os esforcéis en minimizar mi repugnancia por la vida monástica; la prueba de que mi desagrado es invencible la tenéis ahí delante. Si he sido culpable de haber dado un paso que atenta contra el decoro de un convento, lo siento... pero no se me puede reprochar. Quienes me han encerrado aquí a la fuerza tienen la culpa de la violencia que injustamente se me atribuye. Estoy decidido, si puedo, a cambiar mi situación. Ya veis los esfuerzos que he hecho; tened la seguridad de que nunca cesarán. Los fracasos no harán sino redoblar mi energía; y si hay poder en el cielo o en la tierra capaz de anular mis votos, a ninguno dejaré de recurrir.

»Esperaba que no me hubiera oído, pero sí. Incluso me escuchó con serenidad; y me dispuse a enfrentarme y rechazar esa alternancia de reproche y amonestación, requerimiento y amenaza, que saben emplear tan bien en un convento.

»—¿Es entonces invencible tu repugnancia por la vida conventual?

»—Lo es.

»—Pero ¿a qué te opones? ...No a tus deberes, puesto que los cumples con la más ejemplar puntualidad; no al trato que recibes, ya que ha sido siempre más indulgente de lo que permite nuestra disciplina; no a la comunidad misma, que está dispuesta siempre a apreciarte y amarte... ¿De qué te quejas?

»—De la vida misma... la cual lo abarca todo. No estoy hecho para ser monje.

»—Te ruego que no olvides que, aunque hay que obedecer las disposiciones de los tribunales terrenales por la necesidad que nos hace depender de las instituciones humanas en todas las cuestiones entre hombre y hombre, sin embargo no son válidas jamás en las cuestiones entre Dios y el hombre. Ten la seguridad, mi pobre muchacho alucinado, de que aunque todos los tribunales de la tierra te absuelvan de tus votos en este momento, tu propia conciencia no te absolverá jamás. Durante toda tu ignominiosa vida te estará reprochando la violación de un voto cuyo quebrantamiento ha tolerado el hombre, pero no Dios. Y en tu última hora, ¡qué horribles serán esos reproches!

»—No tan horribles como en la hora en que pronuncié ese voto, o más bien en

que me obligaron a pronunciarlo.

»—¡Que te obligaron!

»—Sí, padre, sí: tengo al cielo por testigo contra vos. Esa desventurada mañana, vuestra ira, vuestros reproches, vuestros alegatos, fueron tan inútiles como ahora, hasta que echasteis el cuerpo de mi madre a mis pies.

»—¿Y me recriminas mi celo y mi interés por tu salvación?

»—No pretendo recriminaros nada. Sabéis el paso que he dado, y quiero haceros saber que continuaré en este sentido con todas las fuerzas de la naturaleza, que no descansaré hasta que sean anulados mis votos, mientras tenga esperanza de lograrlo... y que un alma decidida como la mía puede convertir la desesperación en esperanza. Aunque rodeado, vigilado y acechado, he encontrado el medio de hacer llegar mis escritos a las manos del abogado. Calculad la fuerza de esa resolución, que es capaz de llevar a efecto algo así en el corazón de un convento. Juzgad lo inútil que será toda futura oposición, cuando veáis vuestros fracasos, o descubráis siquiera los primeros pasos de mis propósitos.

»Al oír estas palabras, el Superior se quedó callado. Yo creí que le habían causado impresión.

»—Si queréis ahorrarle a la comunidad —añadí— la vergüenza de que siga con mis apelaciones dentro de sus muros, la alternativa es fácil. Dejad un día la puerta sin vigilancia, permitid que escape, y mi presencia no volverá a molestaros ni a deshonraros ni una hora más.

»—¡Cómo!, ¿quieres hacer de mí, no ya un testigo, sino un cómplice de tu crimen? Después de apostatar de Dios y de hundirte en la perdición, ¿recompensas a la mano que tiendo para salvarte tirando de ella, arrastrándome contigo al abismo infernal? —y reanudó sus paseos por la celda, presa de la más violenta agitación; esta desafortunada propuesta actuó sobre su pasión dominante (pues era ejemplarmente estricto en cuanto a disciplina), y produjo únicamente convulsiones de hostilidad. Yo seguía de pie, esperando a que se apaciguar: esta nueva explosión, mientras él seguía exclamando sin cesar—: ¡Dios mío!, ¿en virtud de qué pecados recibo esta humillación? ...¿Qué crimen inconcebible ha arrojado esta desgracia sobre todo el convento? ¿Qué será de nuestra reputación? ¿Qué dirá todo Madrid?

»—Padre, si un oscuro monje vive, muere o renuncia a sus votos, es cosa de poca importancia fuera de los muros de este convento. Me olvidarán pronto, vos os consolaréis al restablecerse la armonía de la disciplina, en la cual debíais poner el más vibrante acento. Además, ni todo Madrid, con ese interés que le atribuí, podría ser responsable de mi salvación.

»Siguió paseando arriba y abajo, y repitiendo: “¿Qué dirá el mundo? ¿Qué será de nosotros?”; hasta que se puso furioso y, volviéndose súbitamente hacia mí, exclamó:

»—¡Desdichado!, ¡renuncia a tu horrible decisión... renuncia ahora mismo! Te doy cinco minutos para que reflexiones.

»—Ni cinco mil me harían cambiar.

»—Tiembla entonces, pues acaso no te quede vida para ver cumplidos tus impíos deseos.

»Tras estas palabras salió precipitadamente de mi celda. Los momentos que pasé durante su ausencia fueron, creo, los más horribles de mi vida. El terror aumentó con la oscuridad, ya que ahora era de noche, y se había llevado la luz consigo. Mi agitación había hecho que no me diese cuenta de esto al principio. Vi que estaba a oscuras, pero no sabía cómo ni por qué. Mil imágenes de indescriptible horror me asaltaron en tropel. Había oído hablar muchas veces de los terrores de los conventos... de los castigos que a menudo se aplicaban hasta la muerte, o que dejaban a la víctima en un estado en el que la muerte habría sido una bendición. Ante mis ojos desfilaron en ardiente bruma calabozos, cadenas y flagelos. Las amenazadoras palabras del Superior aparecían esmaltadas en las oscuras paredes de mi celda con caracteres llameantes. Me estremecí; grité, aunque consciente de que mi voz no despertaría el eco de una sola voz amiga en una comunidad de sesenta personas... tal es la sequedad de humanitarismo que reina en un convento. Por último, los temores, precisamente por lo que tenían de excesivo, hicieron que me recobrara. Me dije: “No se atreverán a matarme; no se atreverán a encarcelarme: son responsables ante el tribunal al que he apelado con mi denuncia... No se atreverán a cargar con la culpabilidad de violencia ninguna”. No bien había llegado a esta reconfortante conclusión, que en realidad era el triunfo de la sofisticación de la esperanza, se abrió de golpe la puerta de mi celda, y entró de nuevo el Superior, escoltado por sus cuatro acólitos. Mis ojos estaban cegados por la oscuridad en que me habían dejado; pero pude distinguir que traían una cuerda y un trozo de saco. Inferí los más pavorosos presagios de este instrumental. Inmediatamente modifiqué mi razonamiento; y en vez de concluir que no se atreverían a hacer esto y aquello, razoné: “¿Qué no se atreverán a hacer? Estoy en sus manos y lo saben. Les he provocado al máximo... ¿Qué es lo que los monjes no harán, llevados de la impotencia de su malignidad? ¿Qué será de mí?”. Avanzaron, y creí que la cuerda iba a servirles para estrangularme, y el saco para meter mi cuerpo sin vida. Mil imágenes sangrientas desfilaron ante mí; un chorro de fuego me sofocó la respiración. De las criptas del convento parecieron elevarse los gemidos de mil víctimas que habían sucumbido por un destino como el mío. No sé qué es la muerte, pero estoy convencido de que en ese momento sufrí las agonías de muchas muertes. Mi primer impulso fue caer de rodillas.

»—Estoy en vuestras manos —dije—, soy culpable a vuestros ojos... Ejecutad vuestro propósito; pero no me hagáis sufrir demasiado.

»El Superior, sin hacerme caso, o quizá sin oírme, dijo:

»—Ahora estás en la postura que te va.

»Al oír estas palabras, que sonaban menos terribles de lo que yo había temido, me postré en el suelo. Unos momentos antes, habría considerado este gesto una degradación; pero el miedo es envilecedor. Tenía miedo a los procedimientos

violentos... era muy joven, y la vida, aún ataviada con el brillante ropaje de la imaginación, no era menos atractiva. Los monjes observaron mi actitud y temieron que impresionara al Superior. Dijeron en esa coral monotonía, ese *discordante unísono* que me había helado la sangre cuando me arrodillé de la misma manera unas noches antes:

»—Reverendo padre, no consintáis que os engañe con esta prostituida humillación; el tiempo de la piedad ha pasado. Le habéis concedido sus momentos de deliberación. Se ha negado a aprovecharlos. Ahora venís, no a escuchar alegatos, sino a aplicar justicia.

»A estas palabras, que anunciaban lo más horrible, fui de rodillas de uno a otro, mientras ellos, de pie, formaban como una fila de inflexibles verdugos. Les dije a cada uno, con lágrimas en los ojos:

»—Hermano Clemente, hermano Justino, ¿por qué tratáis de irritar al Superior contra mí? ¿Por qué precipitáis una sentencia que, justa o no, será severa, ya que vais a ser los verdugos? ¿Qué he hecho yo para ofenderos? Intercedí por vosotros cuando fuisteis culpables de una leve falta. ¿Es así como me lo pagáis?

»—Esto es perder el tiempo —dijeron los monjes.

»—¡Alto! —dijo el Superior—; dejad que hable. ¿Deseas aprovechar el último momento de indulgencia que puedo concederte para renunciar a esa horrible decisión de revocar tus votos?

»Estas palabras renovaron todas mis energías. Me puse inmediatamente de pie ante ellos. Dije en voz alta y clara:

»—Nunca, estoy ante el tribunal de Dios.

»—¡Desdichado!, tú has renunciado a Dios.

»—Entonces, padre, sólo me queda la esperanza de que Dios no renuncie a mí. He apelado, también, a un tribunal sobre el que no tenéis poder ninguno.

»—Pero lo tenemos aquí, y lo vas a sentir.

»Hizo una seña, y se acercaron los cuatro monjes. Yo dejé escapar un leve grito de terror, pero a continuación me sometí. Estaba convencido de que había llegado mi fin. Me quedé atónito cuando, en vez de ponerme la soga alrededor del cuello, me ataron los brazos. A continuación me despojaron del hábito y me cubrieron con el saco. No opuse resistencia; pero debo confesaras, *señor*, que sentí cierto desencanto. Estaba preparado para la muerte, pero algo peor que la muerte parecía amenazarme, con todos estos preparativos. Cuando nos empujan al precipicio de la muerte, saltamos con decisión, y a menudo frustramos el triunfo de nuestros asesinos convirtiéndolo en el nuestro. Pero cuando nos llevan a él paso a paso, nos suspenden sobre él, y luego nos retiran, perdemos toda nuestra decisión, a la vez que nuestra paciencia; y nos damos cuenta de que el golpe definitivo sería un acto de compasión, comparado con los roces retardados, descendentes, lentos, oscilantes, que van mutilando poco a poco.

»Estaba preparado para todo menos para lo que siguió. Atado sólidamente con esa

soga como un reo o un galeote, y cubierto sólo con el saco, me llevaron por la galería. No proferí un solo grito, no opuse la menor resistencia. Descendimos las escaleras que conducían a la iglesia. Yo les seguía; o más bien me arrastraban tras ellos. Cruzamos la nave lateral; allí cerca había un oscuro corredor en el que nunca había reparado. Entramos en él. Una puerta baja, al final, ofrecía una pavorosa perspectiva. Al verla, grité:

»—¡No iréis a emparedarme! ¡No iréis a meterme en esa horrible mazmorra y dejar que me consuma en esas humedades y me devoren los reptiles! No, no podéis hacerla... recordad que debéis responder de mi vida.

»A estas palabras, me rodearon; entonces, por primera vez, forcejeé, pedí socorro... Era el momento que ellos esperaban; deseaban que yo manifestase mi repugnancia. Hicieron inmediatamente una seña a un hermano lego que aguardaba en el pasadizo. Sonó la campana, la terrible campana que manda a cada miembro de un convento que se recluya en su celda, porque algo extraordinario sucede en la casa. Al oír el primer tañido, perdí toda esperanza. Sentí como si no existiera un solo ser en el mundo más que los que me rodeaban, que parecían, a la luz lívida de un cirio que ardía débilmente en este lúgubre pasadizo, espectros conduciendo a su destino a un alma condenada. Me precipitaron por los peldaños hasta esa puerta, que estaba considerablemente más baja que el suelo del pasadizo. Pasó mucho tiempo hasta que consiguieron abrirla; probaron multitud de llaves; quizá se sentían nerviosos ante la idea de la violencia que iban a cometer. Pero esta demora acrecentó mis terrores hasta lo indecible; pensé que esta cripta terrible no había sido abierta jamás; que iba a ser la primera víctima sepultada en ella; y que habían decidido que no saliera de ella vivo. Mientras me venían estos pensamientos grité, presa de indecible angustia, aunque sabía que nadie me podía oír; pero mis gritos fueron ahogados por el chirrido de la pesada puerta, al ceder bajo los esfuerzos de los monjes que, todos a una, la empujaron con los brazos extendidos, restregándola en todo el recorrido contra el suelo de piedra. Los monjes me empujaron adentro, mientras el Superior permanecía en la entrada con la luz; pareció estremecerse ante la visión que se reveló. Tuve tiempo de ver los detalles de lo que creí que iba a ser mi última morada. Era de piedra; el techo formaba bóveda, un bloque de piedra sostenía un crucifijo, con una calavera, un pan y una jarra de agua. Había una esterilla en el suelo para acostarse en ella, y otra enrollada en un extremo que hacía de almohada. Me arrojaron allí y se dispusieron a marcharse. No forcejeé, pues sabía que no era posible la huida; pero les supliqué que me dejaran al menos una luz; y lo pedí con la misma vehemencia con que podía haber pedido mi libertad. Así es como la desdicha fragmenta la conciencia en minúsculos detalles. No tenemos fuerza para comprender toda nuestra desventura. No sentimos la montaña que se acumula sobre nosotros, sino los granos más cercanos que nos aplastan y nos trituran. Dije:

»—Por caridad cristiana, dejadme una luz, aunque sólo sea para defenderme de los reptiles que sin duda pululan por aquí —y vi que era cierto, pues algunos, de

enorme tamaño, se agitaron ante el fenómeno de la luz, y se arrastraron al pie de los muros; entretanto los monjes hacían fuerza para cerrar la puerta. No dijeron una palabra—. Os lo suplico: dejadme una luz, *aunque sea sólo para ver esa calavera*; no temáis que el ejercicio de la vista suponga ninguna indulgencia en este lugar, sino dejadme una luz; pienso que cuando tenga deseos de rezar, debo saber al menos dónde está ese crucifijo.

»Y mientras hablaba, la puerta se cerró lentamente, y sonó la llave al dar la vuelta; luego oí los pasos que se alejaban. Quizá no me creáis, *señor*, si os digo que dormí profundamente; pero así fue; sin embargo, nunca volvería a dormir, para tener un despertar tan horrible. *Desperté en la oscuridad del día*. No iba a ver más la luz, ni a comprobar las divisiones del tiempo que, al medir fragmentadamente nuestro sufrimiento, parecen disminuirlo. Cuando suena el reloj, sabemos que ha pasado una hora de desdicha que nunca volverá. Mi único marcador de tiempo era la llegada del monje que cada día me traía mi ración de pan y de agua; y de haber sido el ser más amado por mí de la tierra, el rumor de sus pasos no habría tenido música más deliciosa. Esos lapsos con los que computamos las horas de oscuridad y de inanición son inconcebibles para nadie que no se halle en la situación en que me encontraba yo. Sin duda habéis oído decir, *señor*, que el ojo que, sumido por primera vez en la oscuridad, parece privado del poder de la visión para siempre, adquiere imperceptiblemente una capacidad de acomodación a su ámbito oscuro, y acaba por distinguir objetos, merced a una especie de luz convencional. Evidentemente, el cerebro tiene ese mismo poder; si no, ¿cómo habría podido yo reflexionar, concebir alguna resolución, y hasta abrigar cierta esperanza, en ese lugar espantoso? Así es como, cuando todo el mundo parece habernos jurado hostilidad, nos volvemos amigos de nosotros mismos con toda la terquedad de la desesperación, y *cuando todo el mundo nos adula y deifica, somos víctimas constantes de la languidez y del remordimiento*.

»El prisionero cuyas horas visita un sueño de libertad es menos presa del aburrimiento que el soberano en su trono, rodeado de adulación, voluptuosidad y saciedad. Pensé que todos mis papeles estaban a salvo; que mi causa se estaba llevando a cabo con vigor; que, debido al celo de mi hermano, yo tenía al abogado más sagaz de Madrid; que no se atreverían a matarme, y que estaban obligados a garantizar mi reaparición cuando el tribunal lo requiriese; que el rango mismo de mi familia era una poderosa protección, aunque ninguno de sus miembros, salvo mi exaltado y generoso Juan, fuese favorable a mi causa; que si se me permitía recibir y leer el primer informe del abogado, incluso por mano del Superior, era absurdo imaginar que se me negara entrar en contacto con él en una etapa más avanzada e importante del caso. Éstas eran las sugerencias de mi esperanza, y eran bastante plausibles. Cuáles eran las de mi desesperación, es cosa que todavía me estremezco al pensar en ellas. Lo más terrible de todo es que podían asesinarme *conventualmente*, antes de poder llevar a cabo mi liberación.

»Ésas eran, *señor*, mis reflexiones; quizá os preguntéis cuáles serían mis ocupaciones. Mi situación me proporcionaba algunas; y aunque repugnantes, ocupaciones eran. Tenía mis devociones que cumplir; la religión era mi único recurso en la soledad y la oscuridad, y aunque es verdad que sólo rezaba pidiendo libertad y paz, consideraba que al menos no ofendía a Dios con las oraciones hipócritas que me habían obligado a rezar en el coro. Allí se me forzaba a unirme a un sacrificio que era odioso para mí, e injurioso para Él; en mi calabozo, ofrecí el sacrificio de mi corazón, y comprendí que no era inaceptable. Durante el breve momento de luz que me proporcionaba la llegada del monje que me traía el pan y el agua, colocaba el crucifijo de forma que supiese dónde estaba al despertarme. Esto me sucedía a menudo; y no distinguiendo el día de la noche, rezaba al azar. No tenía idea de si eran maitines o vísperas; para mí no había ni mañana ni noche; pero el crucifijo, al tocarlo, era como un talismán, y cuando palpaba a tientas buscándolo decía: “Mi Dios está conmigo en la oscuridad de mi calabozo; es un Dios que ha sufrido, y puede apiadarse de mí. Mi grado más extremo de desdicha no debe de ser nada comparado con lo que el símbolo de la divina humillación por los pecados del hombre ha padecido por los míos”; y besaba la sagrada imagen (con labios errantes en la oscuridad) con más emoción que la que había sentido viéndolo iluminado por el resplandor de los cirios, en medio de la elevación de la Hostia, las agitaciones de los perfumados incensarios, los hábitos suntuosos de los sacerdotes, y la postración emocionada de los fieles. Los reptiles que llenaban el antro en el que me habían arrojado me dieron ocasión para exteriorizar una especie de hostilidad constante, miserable, ridícula. Mi esterilla había sido dispuesta en el mismísimo lugar de batalla; la cambié de sitio, pero siguieron persiguiéndome; la coloqué junto al muro; el frío reptar de sus cuerpos hinchados me sacaba a menudo de mi sueño, y más aún, me hacía estremecer cuando me despertaba. Los golpeaba; trataba de asustarlos con mi voz, empleaba la esterilla a modo de arma contra ellos, pero sobre todo, mi ansiedad era constante en cuanto a defender mi pan de sus repugnantes incursiones, y mi jarra de agua del peligro de que cayesen dentro. Adopté mil precauciones que, si bien eran triviales e ineficaces, me mantenían ocupado. Os aseguro, señor; que encontraba más cosas que hacer en mi calabozo que en mi celda. Luchar con reptiles en la oscuridad parece la batalla más horrible que cabe asignar a un hombre; pero qué es, comparada con su combate con los reptiles que engendra hora tras hora, en una celda, su propio corazón, y de los que, si su corazón es el padre, la soledad es la madre.

»Tenía también otro trabajo... no puedo llamarlo ocupación. Había calculado los sesenta minutos que hacían una hora, y los sesenta segundos del minuto. Empecé a pensar que podía calcular el tiempo con precisión como cualquier reloj de convento, y medir las horas de mi encierro, o de mis reflexiones. Así que me senté y conté sesenta; siempre me asaltaba la duda de *si los contaba más deprisa que el reloj*. Luego deseé ser reloj; no tener sentimientos, no tener *motivos para apresurar el paso del tiempo*. Así que me puse a contar más despacio. A veces me vencía el sueño en

este ejercicio (quizá lo adoptaba yo con esa esperanza); pero cuando despertaba, lo reanudaba instantáneamente. Así, oscilaba, contaba y medía el tiempo en mi esterilla, mientras el tiempo me ocultaba sus deliciosos amaneceres y ocasos diarios, su rocío del alba y del crepúsculo... y las claridades matinales y las sombras del anochecer. Cuando el sueño interrumpía mi cómputo y no sabía si dormía de día o de noche), procuraba acompasarlo con mi incesante repetición de minutos y segundos; y lo conseguía, pues siempre era un consuelo saber que, fuera la hora que fuese, sesenta minutos tenían que hacer forzosamente una hora. De haber llevado esta vida mucho más tiempo, me habría convertido en un idiota de esos que, según he leído, con el hábito de mirar el reloj, imitan su mecanismo tan bien que cuando llega el punto, dan la hora con toda la fidelidad que puede desear el oído. Ésa era mi vida. Al cuarto día (según conté por las visitas del monje), éste me colocó el pan y el agua sobre el bloque de piedra, como siempre, pero vaciló un momento antes de marcharse. A decir verdad, le sabía mal facilitarme la menor lucecita de esperanza; no iba eso con su profesión, ni con el oficio que, con toda la impudicia de la malevolencia monástica, había aceptado como penitencia.

»Veo que os estremecéis, *señor*, pero es cierto; este hombre creía que era un servicio a Dios vigilar los padecimientos de un ser encarcelado, a causa del hambre, la oscuridad y los reptiles. Y terminada su penitencia, inició la retirada. ¡Ay!, cuán falsa es la religión que hace del agravar el sufrimiento de otros nuestro mediador con ese Dios que quiere que se salven todos los hombres. Pero ésta es una cuestión que debe resolverse en los conventos. El hombre vaciló largo rato, luchó con la ferocidad de su naturaleza, y por último se dirigió a la puerta y abrió con la llave, lo que le entretuvo un poco más. Quizá en esos momentos rezó a Dios, y elevó un deseo de que esta prolongación de *mis* sufrimientos se aceptase como sacrificio para aliviar los suyos. Me atrevo a decir que era muy sincero; pero si se enseñase a los hombres a recurrir al *Gran Sacrificio*, ¿estarían tan dispuestos a creer que el suyo propio, o el de los demás, puede aceptarse como conmutación de aquél? Os sorprendéis, señor, de estos sentimientos en un católico; pero otra parte de mi historia revelará la causa de que los exponga así. Finalmente este hombre no pudo retrasar más su encargo. Se vio obligado a comunicarme que el Superior se había compadecido de *mis* sufrimientos, que Dios había ablandado su corazón en mi favor, y que me permitía abandonar el calabozo. Apenas salieron esas palabras de su boca, me levanté, y salí corriendo con un grito que le electrizó. La emoción es muy rara en los conventos, y la expresión es todo un fenómeno. Antes de que él se hubiera recuperado de su sorpresa había llegado yo al pasadizo, y los muros del convento, que yo había considerado como una prisión, me parecieron ahora tierra de emancipación. De haberme abierto las puertas de par en par en ese momento, no creo que hubiese sentido una sensación de libertad más intensa. Ya en el pasadizo, caí de rodillas para dar gracias a Dios. Se las daba por la luz, por el aire, por poder respirar de nuevo. Y mientras daba expresión a estas efusiones (las más sinceras que se pronunciaron jamás entre aquellos muros), sentí

súbitamente un mareo: se me iba la cabeza: había gozado en exceso de la luz. Caí al suelo desvanecido, y no recordé nada durante muchas horas después.

»Al recobrar el conocimiento, me hallaba en mi celda, que encontré tal como la había dejado. Era de día; y estoy convencido de que esta circunstancia contribuyó más a mi recuperación que el alimento y los cordiales que ahora me administraban con liberalidad. Durante todo ese día no oí nada, y tuve tiempo de meditar sobre los motivos de la indulgencia con que había sido tratado. Imaginé que le habría llegado orden al Superior de que se me excarcelara; o, en todo caso, que no podía evitar mis entrevistas con el abogado, en las que habría insistido éste mientras seguía la causa. Hacia el anochecer entraron unos monjes en mi celda; hablaron de cuestiones indiferentes, fingieron atribuir mi ausencia a una indisposición, y no les desengañé. Dijeron, como de pasada, que mi padre y mi madre, abrumados de dolor por el escándalo que representaba para la religión que yo apelase contra mis votos, se habían marchado de Madrid. La noticia me produjo mucha más emoción de la que dejé traslucir. Entonces pregunté cuánto tiempo había estado *enfermo*. Contestaron que cuatro días. Esto confirmó mis sospechas sobre la causa de mi liberación, pues la carta del abogado me informaba que al quinto día solicitaría una entrevista conmigo para hablar de mi apelación. Luego se marcharon; pero no tardé en recibir otra visita. Después de vísperas (de las que yo estaba dispensado), entró en mi celda el Superior, solo. Se acercó a mi lecho. Traté de incorporarme, pero él me pidió que estuviese cómodo, y se sentó cerca de mí con una mirada serena aunque penetrante. Dijo:

»—Habrás visto que está en nuestro poder castigar.

»—Nunca lo he dudado.

»—Antes de que tientes a este poder hasta unos extremos que, te lo advierto, no serías capaz de soportar, vengo a pedirte que desistas de esa descabellada apelación contra tus votos, que sólo puede terminar con la afrenta a Dios y tu desengaño.

»—Padre, sin entrar en detalles, ya que los pasos dados por ambas partes lo hacen enteramente innecesario, sólo puedo contestaros que sostendré mi apelación con toda la fuerza que la Providencia ponga a mi alcance, y que el castigo no ha hecho sino confirmarme en mi resolución.

»—¿Es ésa tu decisión final?

»—Ésa es, y os ruego que os ahorréis toda ulterior porfía... no serviría de nada.

»Guardó silencio durante largo rato; por último dijo:

»—¿Insistes en tu derecho a entrevistarte con el abogado mañana?

»—Lo exigiré.

»—No será necesario, sin embargo, que menciones tu último castigo.

»Estas palabras me sorprendieron. Comprendí el sentido que él deseaba ocultar en ellas.

»—Quizá no sea necesario —respondí—, pero probablemente será conveniente.

»—¡Cómo!, ¿vas a violar los secretos de esta casa mientras estás entre sus muros?

»—Perdonadme, padre, por deciros que sin duda sois consciente de que os habéis

excedido en vuestro deber, por ese deseo vehemente de ocultarlo. No es, pues, el secreto de vuestra disciplina, sino su violación, lo que tengo que revelar —guardó silencio, y añadió—: Si habéis abusado de vuestro poder, aunque haya sido yo quien lo ha sufrido, sois vos el culpable.

»El Superior se levantó y abandonó mi celda en silencio. A la mañana siguiente asistí a maitines. El servicio se desarrolló como de costumbre; pero al final, cuando la comunidad iba a ponerse de pie, el Superior se levantó del banco violentamente, y con la mano en alto, ordenó a todos que permanecieran donde estaban; y añadió con voz atronadora:

»—La intercesión de toda esta comunidad ante Dios ha sido para suplicar por un monje que, abandonado del Espíritu de Dios, está a punto de cometer un acto deshonesto para Él, ignominioso para la Iglesia e inexorablemente destructor de su propia salvación.

»Ante estas terribles palabras, los monjes se estremecieron, y se hincaron de rodillas otra vez. Estaba yo arrodillado entre ellos, cuando el Superior, llamándome por mi nombre, dijo en voz alta:

»—¡Levanta, desdichado! ¡Levanta, y no contamines nuestro incienso con tu aliento impío!

»Me levanté, tembloroso y confuso, y huí a mi celda, donde permanecí hasta que un monje vino a comunicarme que me presentara en el locutorio para ver al abogado, que ya esperaba allí. Esta entrevista resultó completamente ineficaz a causa de la presencia del monje, el cual asistió a nuestra conferencia por deseo expreso del Superior, sin que el abogado consiguiera hacer que se marchase. Cuando entramos en detalles, nos interrumpió diciendo que su deber no le permitía tal violación de las reglas del locutorio y cuando yo afirmaba un hecho, él lo contradecía, sosteniendo insistentemente que era falso. Perturbó de manera tan completa el objeto de nuestra entrevista que, a manera de autodefensa, abordé el asunto de mi castigo, que él no podía negar, y al que mi demacrado semblante aportaba una prueba irrefutable. En cuanto me puse a hablar, el monje calló (tomaba nota mentalmente de cada una de las palabras para transmitir las al Superior), y el abogado redobló su atención. Escribía cuanto yo decía, y parecía dar más importancia al caso de lo que yo había imaginado, y hasta hubiera deseado. Cuando terminó la conferencia, me retiré de nuevo a mi celda. Las visitas del abogado se repitieron durante algunos días, hasta que tuvo la información necesaria para hacerse cargo del pleito; y en ese tiempo, el trato que recibí en el convento fue tal que no tuve motivo alguno de queja; y ésa era, sin duda, la razón de su indulgencia conmigo... Pero en cuanto concluyeron las visitas, empezó una guerra de persecución. Me consideraron como alguien a quien ninguna medida podía preservar, y me trataron según eso. Estoy convencido de que se proponían que no sobreviviese al resultado de mi apelación; en todo caso, no dejaron nada por intentar en ese sentido. Empezaron, como he dicho, el día de la última visita del abogado. La campana llamó a refección; iba yo a ocupar mi sitio de costumbre,

cuando me dijo el Superior:

»—Alto; pon una esterilla en el centro de la sala.

Hecho esto, me ordenó que me sentara en ella; y allí me sirvieron pan y agua. Comí un poco de pan, que mojé con mis propias lágrimas. Preveía lo que tendría que soportar, y no intenté protestar. Cuando fue a bendecirse la mesa, se me rogó que saliese, no fuera que mi presencia frustrara la bendición que ellos imploraban.

»Me retiré; y cuando la campana tocó a vísperas, me presenté con los demás a la puerta de la iglesia. Me sorprendió encontrarla cerrada, y a todos reunidos. Al cesar la campana apareció el Superior; abrieron la puerta y los monjes se apresuraron a entrar. Iba yo a seguirles, cuando el Superior me rechazó, exclamando:

»—¡*Aparta desdichado!* Quédate donde estás.

»Obedecí; y toda la comunidad entró en la iglesia, mientras yo me quedaba en la puerta. Esta especie de excomunión me produjo un terror tremendo. Al salir los monjes poco a poco, dirigiéndome miradas de mudo horror, me sentí el ser más miserable de la tierra; habría querido ocultarme bajo las losas hasta que acabara todo el litigio.

»A la mañana siguiente, cuando acudí a maitines, se repitió la misma escena, a la que vinieron a sumarse sus sonoros reproches y casi imprecaciones contra mí, cuando entraron y salieron. Yo permanecí arrodillado en la puerta. No contesté una sola palabra. No devolví “injuria por injuria”, y elevé mi corazón con la temblorosa esperanza de que esta ofrenda fuese tan grata a Dios como los cánticos sonoros de los que era excluido, haciendo que me sintiese desdichado.

»En el curso de ese día se abrieron las compuertas de la maldad y la venganza monacales. Me presenté a la puerta del refectorio. No me atreví a entrar. ¡Ay!, *señor*, ¿que a qué se dedican los monjes durante la hora de refección? Pues es una hora en la que, a la vez que se tragan su alimento, celebran cualquier pequeño escándalo del convento. Preguntan: “¿Quién ha sido el último en las oraciones? ¿Quién tiene que sufrir penitencia?”. Esto les sirve de tema de conversación; y los detalles de sus miserables vidas no proporcionan otro tema a esa inagotable mezcla de malevolencia y curiosidad, hermanas inseparables de origen monacal. Y estando en la puerta del refectorio, vino un hermano lego, al que había hecho una seña el Superior, y me rogó que me retirara. Me marché a mi celda y esperé varias horas; y justo cuando la campana tocaba a vísperas, me subieron una comida ante la cual la misma hambre habría retrocedido. Traté de tragármela, pero no pude; y eché a correr para asistir a vísperas, ya que no quería que fuese motivo de queja el abandono de mis obligaciones. Bajé apresuradamente. La puerta estaba cerrada otra vez; empezó el servicio, y de nuevo me obligaron a retirarme sin participar. Al día siguiente se me excluyó de maitines, y se representó la misma escena degradante cuando acudí a la puerta del refectorio. Me enviaron a la celda una comida que un perro habría rechazado; y cuando traté de entrar en la iglesia, encontré la puerta cerrada. Cada día se iban acumulando nuevos detalles persecutorios, demasiado pequeños, demasiado

intrascendentes para ser recordados o repetidos, aunque tremendamente mortificantes para quien los soportaba. Imaginad, *señor*; una comunidad de más de sesenta personas, confabuladas todas ellas para hacerle la vida insufrible a una sola, unidas en una común determinación de ofenderla, atormentarla y perseguirla; y luego imaginad en qué condiciones puede sobrellevar dicha persona esa clase de vida. Empecé a temer por mi propia razón... y por mi existencia; la cual, aunque miserable, aún la mantenía la esperanza de mi apelación. Os describiré uno de esos días de mi vida. *Ex uno disce omnes*. Bajé a maitines y me arrodillé ante la puerta; no me atreví a entrar. Al regresar a mi celda descubrí que habían quitado el crucifijo. Fui al aposento del Superior a quejarme de esta ofensa; cuando iba por el corredor, me crucé con un monje y dos seminaristas. Inmediatamente se pegaron a la pared; se recogieron el hábito, como si temiesen contaminarse si me rozaban. Yo les dije suavemente:

»—No hay peligro; el corredor es bastante amplio.

»El monje replicó:

»—*Apage, Satana*. Hijos míos —añadió, dirigiéndose a los seminaristas—, repetid conmigo: *apage Satana*; evitad la proximidad de este demonio que ofende el hábito que profana.

»Así lo hicieron; y para remachar el exorcismo, me escupieron en la cara al pasar. Me sequé, y pensé en el poco espíritu de Jesús que reinaba en la casa de sus hermanos de nombre. Seguí mi camino hacia el aposento del Superior, y llamé tímidamente a la puerta. Oí las palabras: “Entrad en paz”, y deseé que así fuera.

»Al abrir la puerta, vi que había varios monjes reunidos con el Superior. Éste, al verme, profirió una exclamación de horror y se echó la toga sobre los ojos; los monjes comprendieron la señal, cerraron la puerta y no me dejaron entrar. Ese día aguardé varias horas en mi celda sin que me trajeran la comida. No hay estado de ánimo alguno que nos exima de las necesidades de la naturaleza. Hacía muchos días que no recibía alimento suficiente para las exigencias de mi adolescencia, que entonces se manifestaba rápidamente en mi alta aunque delgada constitución. Bajé a la cocina a pedir mi ración de comida. El cocinero, al verme aparecer por la puerta, se santiguó; porque, aunque era la puerta de la cocina, mancillaba el umbral. Le habían enseñado a mirarme como a un demonio encarnado, y se estremeció al preguntarme:

»—¿Qué quieres?

»—Comida —contesté—; comida, nada más.

»—Bueno, la tendrás; pero no entres... Ahí tienes.

»Y me tiró al suelo los residuos de la cocina; yo estaba tan hambriento que los devoré ansiosamente. Al día siguiente no tuve tanta suerte; el cocinero se sabía el juego secreto del convento (atormentar a los que ya no tienen esperanza de mandar), revolvió los restos con ceniza, pelos y tierra, y me los arrojó. Apenas pude encontrar un bocado comestible, pese al hambre que tenía. No se me permitía tener agua en mi celda; no me dejaban tomarla en la refección; y, en las angustias de la sed, agravadas por la constante obsesión de la mente, me veía obligado a arrodillarme al borde del

pozo (ya que no tenía recipiente con qué beber), y coger agua con la mano, o beber como un perro. Si bajaba al jardín un momento, aprovechaban mi ausencia para entrar en mi celda y quitar o destruir todos los artículos de mobiliario. Ya he dicho que se habían llevado el crucifijo. Yo seguía arrodillándome y repitiendo mis oraciones ante la mesa en la que había estado. Poco a poco, fueron desapareciendo la mesa, la silla, el misal, el rosario, todo; y no quedaron en mi celda más que las cuatro paredes desnudas, con un lecho en el que debido al trato que le dieron me era imposible intentar descansar. Quizá temían ellos que pudiera hacerlo de todos modos, y lo golpearon con tal propósito que, de haber tenido éxito, me habría hecho perder el juicio lo mismo que el descanso.

»Una noche me desperté, y vi mi celda incendiada; me levanté de un salto, horrorizado, pero retrocedí al descubrir que estaba rodeado de demonios, que, cubiertos de fuego, exhalaban nubes de humo hacia mí. Desesperado de horror, me pegué contra la pared; y al tocarla la encontré fría. Esto me devolvió la serenidad, y comprendí que eran horrendas figuras garabateadas con fósforo para asustarme. Así que regresé a mi cama, y a medida que amanecía, observé que estas figuras iban desapareciendo gradualmente. Por la mañana tomé la desesperada resolución de llegar hasta el Superior, y hablar con él. Me daba cuenta de que perdería la razón en medio de estos horrores con que me acosaban.

»Antes de poder llevar a cabo esta decisión se hizo mediodía. Llamé a su celda, y cuando se abrió la puerta, el Superior manifestó el mismo horror que la vez anterior; pero yo no estaba dispuesto a que me rechazaran.

»—Padre, exijo que me escuchéis, y no abandonaré este lugar hasta haberlo conseguido.

»—Habla.

»—Me están matando de hambre; no me dan el alimento imprescindible para sustentar mi naturaleza.

»—¿Lo mereces?

»—Lo merezca o no, ni las leyes de Dios ni las del hombre me han condenado todavía a morir de hambre; y si vos lo hacéis, cometeréis un crimen.

»—¿Tienes alguna queja más?

»—Muchas más: no se me permite entrar en la iglesia, se me prohíbe rezar, han despojado mi celda del crucifijo, el rosario y el recipiente del agua bendita. No puedo cumplir con mis devociones ni siquiera a solas.

»—¡Tus devociones!

»—Padre, aunque no sea monje, ¿no puedo al menos ser cristiano?

»—Al renunciar a tus votos, has abjurado de uno y otro carácter.

»—Pero aún soy un ser humano; y como tal... Pero no quiero apelar a vuestra humanidad, acudo solamente a vuestra autoridad en busca de protección. La pasada noche me llenaron la celda de imágenes de demonios. Me desperté en medio de llamas y de espectros.

»—Así te ocurrirá en el último día.

»—Bastará con que sea entonces mi castigo; no hace falta que empiece ya.

»—Ésos son los fantasmas de tu conciencia.

»—Padre, si os dignáis examinar mi celda, veréis huellas de fósforo en las paredes.

»—¿Examinar yo tu celda? ¿Entrar yo en ella?

»—Entonces, ¿no me cabe esperar reparación alguna? Imponed vuestra autoridad en la casa que presidís. Recordad que, cuando mi apelación se haga pública, se harán públicos también todos los detalles, así que podéis juzgar la fama que esto va a dar a la comunidad.

»—¡Retírate!

»Me retiré, y no tardé en comprobar que había sido escuchada mi reclamación; al menos en lo que se refería a la comida, aunque mi celda siguió en el mismo estado de desmantelamiento, y yo seguí sujeto a la misma desoladora prohibición de hacer vida en común, fuera religiosa o social. Os aseguro sinceramente que era para mí tan horrible esta amputación de la vida, que me paseaba durante horas por el claustro y los corredores con el fin de cruzarme con los monjes; los cuales, como ya sabía yo, me saludaban con alguna que otra maldición o epíteto humillante. Incluso esto era preferible al devastador silencio con que me rodeaban. Casi empecé a acoger sus insultos como una salutación habitual, y siempre respondía a ellos con una bendición. En un par de semanas quedó lista para sentencia mi apelación; me mantuvieron en la ignorancia al respecto; pero el Superior había recibido la correspondiente notificación, lo que precipitó su decisión de privarme del beneficio de su posible éxito mediante uno de los más horribles planes que jamás ha maquinado el corazón humano o (corrijo la expresión) monacal. Tuve un vago indicio la noche misma en que fui a visitarle; pero de haber sabido desde un principio toda la dimensión y todos los sufrimientos que comportaba su plan, ¿qué recursos habría podido emplear contra él?

»Ese atardecer había bajado yo al jardín; sentía el corazón inusitadamente oprimido. Sus violentos latidos parecían los compases de un reloj cuando mide nuestra aproximación a una hora de desdicha.

»Era el crepúsculo; el jardín estaba vacío; y arrodillándome en tierra, al aire libre (único oratorio que me habían dejado), intenté rezar. El intento fue inútil; dejé de articular sonidos que no significaban nada y, vencido por una pesadez mental y corporal insuperable, caí al suelo y permanecí tendido boca abajo, embotado, aunque no inconsciente. Pasaron dos figuras sin reparar en mí; sostenían una grave conversación. Una de ellas dijo:

»—Hay que adoptar medidas más rigurosas. Vos tenéis la culpa de demorarlas tanto. Tendréis que responder de la ignominia de toda la comunidad, si persistís en esa estúpida blandura.

»—Pero su resolución sigue siendo inquebrantable —dijo el Superior (pues era

él).

»—No habrá pruebas contra la medida que os propongo.

»—Entonces lo dejo en tus manos; pero recuerda que no quiero ser responsable de...

»Se alejaron, y no pude oír más. Me sentí menos aterrado de lo que cabría suponer, por lo que oí. Los que han sufrido mucho, están siempre dispuestos a aclamar con el infortunado Agag: “Seguramente ha pasado ya la amargura de la muerte”. No saben que en ese momento se desenvaina la espada que va a despedazarles. No llevaba yo mucho tiempo durmiendo, esa noche, cuando me despertó un ruido extraño en la celda: me incorporé rápidamente y escuché. Me pareció oír que se alejaba alguien apresuradamente con los pies descalzos. Yo sabía que mi puerta no tenía cerrojo, y que no podía impedir que entrara quien fuese, si se le antojaba hacerlo; pero aún consideraba la disciplina del convento demasiado estricta para que nadie se permitiera una cosa así. Me tranquilicé, pero apenas había conciliado el sueño, cuando me despertó nuevamente algo que acababa de rozarme. Me incorporé otra vez; una voz suave, cerca de mí, me susurró:

»—Tranquilízate; soy tu amigo.

»—¿Mi amigo? ¿Acaso tengo alguno? Pero ¿por qué me visitas a esta hora?

»—Es la única en que se me permite visitarte.

»—Pero ¿quién eres, entonces?

»—Alguien a quien estos muros jamás podrán impedir la entrada. Alguien de quien, si te entregas, puedes esperar servicios que están más allá del poder humano.

»Había algo terrible en estas palabras. Exclamé:

»—¿Es el enemigo del alma quien me está tentando? Al pronunciar estas palabras, entró un monje, del corredor (donde evidentemente había estado vigilando, ya que estaba vestido). Exclamó:

»—¿Qué ocurre? Me has desvelado con tus gritos... has pronunciado el nombre del espíritu infernal... ¿Acaso lo has visto?, ¿de qué tienes miedo?

»Me recobré y dije:

»—No he visto ni he oído nada extraordinario. He tenido una pesadilla, eso es todo. ¡Ah!, hermano san José, no te extrañe que, después de los días que estoy pasando, mis noches sean inquietas.

»Se retiró el monje, y el día siguiente transcurrió como de costumbre; pero por la noche me despertaron los mismos susurros. La primera vez, aquella voz sólo me había sobresaltado, ahora me llenó de alarma. En la oscuridad de la noche, y en la soledad de mi celda, esta repetida visita me abatió el ánimo. Casi empecé a admitir la idea de que era víctima de los asedios del enemigo del hombre. Repetí una oración; pero el susurro, que parecía sonar muy cerca de mi oído, siguió hablándome. Dijo:

»—Escúchame... escúchame, y serás feliz. Renuncia a tus votos, ponte bajo mi protección y no tendrás motivo de queja con ese cambio. Levántate, pisotea el crucifijo que encontrarás a los pies de la cama, escúpele al cuadro de la Virgen que

hay al lado, y...

»Al oír estas palabras, no pude reprimir un grito de horror. La voz cesó instantáneamente, y el mismo monje, que ocupaba la celda contigua a la mía, volvió a entrar con las mismas exclamaciones de la noche anterior; y al abrir la puerta, la luz que traía en la mano iluminó el crucifijo y un cuadro de la Santísima Virgen *colocados* al pie de mi lecho. Yo me había incorporado al oír entrar al monje; vi los objetos y los reconocí como el mismo crucifijo y el mismo cuadro de la Virgen que habían retirado de mi celda. Todos los gritos hipócritas del monje sobre que le había vuelto a despertar no pudieron disipar la impresión que me produjo este pequeño detalle. Pensé, y no sin razón, que eran las manos de algún tentador humano las que habían traído tales objetos. Me levanté, completamente despierto ante tan horrible fingimiento, y ordené al monje que saliese de mi celda. Él me preguntó, con una espantosa palidez en el semblante, por qué le había despertado otra vez; dijo que era imposible descansar mientras se oyesen tales voces en mi celda; y finalmente, tropezando con el crucifijo y el cuadro, preguntó cómo era que estaban allí. Le contesté:

»—Tú lo sabes mejor que yo.

»—¡Cómo!, ¿acaso me acusas de tener un pacto con el demonio infernal? ¿Por qué medios pueden haber entrado estos objetos en tu celda?

»—Por las mismísimas manos que se los llevaron —contesté.

»Estas palabras parecieron hacer mella en él durante un instante; pero se retiró, declarando que si continuaban los alborotos en mi celda, tendría que comunicárselo al Superior. Le contesté que, por mi parte, no continuarían... pero temblaba pensando en la noche siguiente.

»Y con razón. Esa noche, antes de acostarme, repetí una oración tras otra, con el alma abrumada por los terrores de mi posible excomunión. Murmuré también las oraciones contra la posesión y los asedios del malo. Me vi obligado a repetir estas últimas de memoria porque, como he dicho, no me habían dejado ningún libro en la celda y rezando tales plegarias, que eran muy largas y algo retóricas, me quedé dormido. No me duró mucho este sueño. Nuevamente me interpeló la voz susurrante junto a mi cama. Tan pronto como la oí, me levanté sin temor. Anduve por la celda con la manos extendidas y los pies descalzos. No logré dar más que con las paredes desnudas: no tropecé con ningún objeto visible o tangible. Me acosté otra vez; y apenas había empezado la oración con que trataba de fortalecerme, cuando se repitieron los mismos susurros junto a mi oído, sin que pudiera averiguar de dónde provenían ni evitar que llegaran a mí. Así, me vi completamente privado del sueño. Pero si me adormilaba en algún momento, los mismos susurros se introducían en mis sueños. La fiebre se apoderó de mí a causa de la falta de descanso y de este modo, pasaba las noches vigilando los susurros, o escuchándolos, y los días haciendo mil conjeturas o pronósticos espantosos. Cuando se acercaba la noche, sentía una mezcla inconcebible de impaciencia y terror. Sabía que todo era impostura; pero eso no me

consolaba, pues la malicia y ruindad humana: pueden llevarse a extremos capaces de hacer palidecer las del demonio. Cada noche se repetía el asedio, y cada noche se hacía más terrible. A veces, la voz me insinuaba las impurezas más abominables... Otras, eran blasfemias que harían estremecer al demonio. Unas veces me aplaudía en tono de burla, y me aseguraba el éxito final de mi apelación; otras me lanzaba las más espantosas amenazas. El escaso sueño que lograba conciliar durante los intervalos de esta visita, era todo menos reparador. Me despertaba empapado en un sudor frío, cogido a los barrotes de mi cama, y repitiendo con voz inarticulada los últimos susurros vertidos en mi oído. Cuando me incorporaba sobresaltado, encontraba mi lecho rodeado de monjes, quienes me aseguraban que les había desvelado con mis gritos, y que habían acudido aterrados a mi celda. Luego, se dirigían unos a otros, y a mí, miradas de consternación; decían:

»—A ti te ocurre algo extraordinario... Algo de lo que no quieres descargar te agobia tu mente.

»Me suplicaban, con las más tremendas expresiones, y en interés de mi propia salvación, que revelara la causa de tan extraordinarias visitas. Al oír estas palabras, aunque antes me sintiera agitado, me serenaba siempre. Y decía:

»—No ocurre nada... ¿por qué entráis en mi celda?

»Ellos movían la cabeza y fingían retirarse lentamente y de mala gana, mientras yo repetía:

»—¡Ah!, hermano Justino, ¡ah!, hermano Clemente, os creo, os comprendo; pero recordad que hay un Dios en el cielo.

»Una noche permanecí echado en la cama mucho tiempo sin oír nada. Me dormí; pero no tardó en despertarme una luz extraordinaria. Me incorporé en la cama, y vi ante mí a la madre de Dios, en toda su gloriosa y radiante encarnación de beatitud. Más que estar de pie, flotaba en una atmósfera de luz a los pies de mi lecho, con un crucifijo en la mano, y parecía invitarme con gesto amable, a que besara las cinco llagas misteriosas^[17]. Por un momento, casi creí en la presencia real de esta gloriosa visita; pero justo en ese momento se oyó *la voz* más fuerte que nunca: “Recházalas, escúpelas... Eres mío, y exijo este homenaje de mi vasallo”.

»Tras estas palabras, desapareció la imagen instantáneamente, y la voz reanudó sus susurros; pero los repitió a un oído insensible, porque yo me había desmayado. Pude distinguir fácilmente entre este estado y el sueño por el tremendo malestar, los sudores fríos y la horrible sensación de *desvanecimiento* que lo precedió, y por los penosos y prolongados esfuerzos que acompañaron a mi recuperación. Entretanto, la comunidad entera comentó y aun exageró este terrible fingimiento; el descubrirlo fue para mí un tormento, tanto mayor cuanto que era yo la víctima. Cuando la ficción adopta la omnipotencia de la realidad, cuando comprobamos que nos hacen sufrir tanto las ilusiones como la realidad, nuestros sufrimientos pierden toda dignidad y todo consuelo. Nos volvemos demonios contra nosotros mismos, y nos reímos de aquello bajo lo cual nos retorremos. Durante el día, me veía expuesto a gestos de

horror, estremecimientos de recelo y, lo peor de todo, a hipócritas miradas de conmiseración, apresuradamente desviadas, que dirigían un instante hacia mí su piadosa atención, y luego, al punto, se elevaban al cielo como implorando perdón por el involuntario crimen de haber compadecido a alguien a quien Dios había rechazado. Cuando me encontraba con alguien en el jardín, éste torcía en otra dirección, y se santiguaba en presencia mía. Si me cruzaba con ellos en los corredores del convento, se recogían los hábitos, volvían la cara hacia la pared y desgranaban las cuentas de sus rosarios al pasar yo junto a ellos. Si me atrevía a humedecer la mano en el agua bendita de la puerta de la iglesia, toda la comunidad adoptaba precauciones contra el poder del malo. Se distribuyeron fórmulas de exorcismo y se utilizaron oraciones adicionales en el servicio de maitines y de vísperas. Muy pronto se difundió la noticia de que Satanás había recibido permiso para visitar a un ferviente y favorecido servidor suyo en el convento, y que todos los hermanos debían estar preparados para la redoblada malicia de sus asaltos.

»El efecto de esta noticia en los jóvenes internos fue indescriptible. Huían de mí a velocidad meteórica cada vez que me veían. Si la necesidad nos obligaba a estar cerca en algún momento, se armaban de agua bendita y me la arrojaban a cubos; y cuando eso no podía ser, ¡qué gritos, qué convulsiones de terror! Se arrodillaban, chillaban, cerraban los ojos y gritaban:

»—¡Satanás, ten misericordia de mí, no me claves tus garras infernales... llévate a tu víctima! —y mencionaban mi nombre.

»Finalmente, empecé a sentir en mí el terror que yo inspiraba. Empecé a creerme... no sé qué, lo que ellos me creían. Era un estado de ánimo espantoso, pero imposible de evitar. En ocasiones, cuando el mundo entero está contra nosotros, empezamos a compartir esta hostilidad contra nosotros mismos para evitar la vergonzosa sensación de estar solos en nuestro bando. Y era tal mi aspecto, también, mi rostro encendido y ojeroso, mi vestido desgarrado, mi paso desigual, mi constante murmurar en voz baja y mi total aislamiento respecto de la vida de la casa, que mi exterior debía de justificar, sin duda, cuanto horrible y espantoso podía suponerse que ocurría en mi mente. Tal debía de ser el efecto que producía yo entre los miembros más jóvenes. Les habían enseñado a odiarme, pero su odio estaba ahora mezclado de terror; y esa mezcla es la más terrible de las complicaciones de la pasión humana. Pese a lo desolado de mi celda, me retiraba a ella, dado que estaba excluido de los ejercicios de la comunidad. Cuando la campana tocaba a vísperas, oía los pasos de los que corrían presurosos a unirse al servicio de Dios; y pese a lo tedioso que me había parecido siempre ese servicio, ahora habría dado un mundo, con tal de que se me permitiera asistir, como defensa contra *esa horrible misa satánica de medianoche*^[18] a la que esperaba ser llamado. No obstante, me arrodillaba en mi celda, repetía cuantas oraciones podía recordar, mientras cada tañido de la campana golpeaba mi corazón, y los cánticos del coro que me llegaban de abajo resonaban como un eco repulsivo a una respuesta que ya mis temores anticipaban de cielo.

»Una noche en que aún estaba yo rezando, pasaron unos monjes por delante de mi celda, y dijeron de manera audible:

»—¿Por qué *finjes* rezar? Muérete, infeliz desesperado... muérete ya, y sufre tu condenación. Precipítate ya en el abismo infernal, y no sigas profanando estos muros con tu presencia.

»A estas palabras, yo me limité a redoblar mis plegarias; pero consideraron eso una ofensa aún mayor, pues los clérigos no soportan oír rezar de manera distinta a la suya. La voz que un individuo solitario eleva a Dios suena en sus oídos como una profanación. Preguntan: “¿Por qué no utiliza nuestra fórmula? ¿Cómo se atreve a esperar ser oído?”. ¡Ay!, ¿son pues, las fórmulas lo que Dios tiene en cuenta? ¿No es, más bien, la oración del corazón lo único que llega hasta Él, y la que prospera en su petición? Cuando decían en voz alta, a pasar por delante de mi celda: “Muérete, ya, desdichado impío, muérete Dios no te escucha”, y yo les contestaba de rodillas con bendiciones, “¿quién de nosotros tenía espíritu de oración?”.

»Esa noche tuve una prueba que ya no fui capaz de resistir más. Mi cuerpo estaba agotado, mi mente excitada; y dada la fragilidad de nuestra naturaleza no se prolonga demasiado esa batalla entre los sentidos y el alma sin que acabe venciendo la parte peor. Tan pronto como estuve acostado, empezó a susurrar la voz. Yo me puse a rezar, pero la cabeza se me iba, y mis ojos despedían fuego un fuego casi tangible, porque la celda parecía envuelta en llamas. Recuerdo que tenía el cuerpo exhausto por el hambre, y la mente, por la persecución. Luché con lo que tenía conciencia de que era un delirio..., pero esta conciencia agravaba su horror. Es preferible volverte loco de una vez a creer que todo el mundo se ha confabulado para simular y *hacer* que lo seas, pese a que estás convencido de tu cordura. Esa noche los susurros fueron tan horribles, y estuvieron tan llenos de inenarrables abominaciones, de... cosas que no quiero pensar, que *mis propios oídos enloquecieron*. Mis sentidos parecieron trastornarse juntamente con mi juicio. Os pondré un ejemplo, un pequeño ejemplo nada más, de los horrores que...».

»Aquí el español le habló en voz baja a Melmoth^[19]. El oyente se estremeció, y el español prosiguió en tono agitado:

»—No pude soportar más. Salté de la cama, eché a correr por la galería como un maníaco, y fui llamando a las puertas de las celdas, exclamando: «Hermano tal, reza por mí... reza por mí, te lo suplico». Levanté a todo el convento. Luego bajé desalado a la iglesia; estaba abierta y entré. Eché a correr por la nave lateral, me precipité hacia el altar. Abracé las imágenes, me agarré al crucifijo y oré en voz alta insistiendo en mis súplicas. Los monjes, despertados por mis gritos, o quizá a la espera de que los diese, bajaron en tropel a la iglesia, pero al descubrir que estaba yo allí, se abstuvieron de entrar: se quedaron en la puerta, con luces en las manos, mirándome. Formamos un singular contraste: mi figura corriendo frenética por la iglesia a oscuras (ya que sólo había unas pocas lámparas que ardían débilmente), y el grupo de la puerta, cuya expresión de horror resaltaba vigorosamente a causa de la luz, que

parecía haberme abandonado a mí para concentrarse en ellos. En el estado en que ellos me veían, la persona más imparcial de la tierra habría podido tomarme por un loco o un poseso, o ambas cosas a la vez. El cielo sabe, también, qué interpretación se habría podido dar a mis atropelladas acciones, que la oscuridad reinante exageraba y distorsionaba, o a las oraciones que yo pronunciaba, dado que incluía en ellas los horrores de las tentaciones contra las que imploraba protección.

»Agotado al fin, caí al suelo, y allí permanecí, sin fuerzas para levantarme, aunque sí para escuchar y observar cuanto ocurría. Les oí discutir sobre si debían dejarme donde estaba o no, hasta que el Superior les ordenó que sacaran del santuario esa abominación; y era tal el miedo que yo les inspiraba, y que ellos mismos se fomentaban con *sus fingimientos*, que tuvo que repetir su orden antes de que le obedecieran. Por último se acercaron adonde estaba yo, con la misma precaución que habrían adoptado ante un cadáver infecto, y me sacaron tirando de mi hábito, dejándome sobre el pavimento, delante de la puerta de la iglesia. Luego se retiraron, y en ese estado me quedé verdaderamente dormido, permaneciendo así hasta que me despertaron las campanas que llamaban a maitines. Volví en mí, y traté de levantarme; pero dado que había dormido en el suelo húmedo, en un estado febril, de excitación y terror, sentí mis miembros tan entumecidos que no pude hacerlo sin experimentar los dolores más agudos. Al entrar la comunidad al servicio de maitines, no pude reprimir algún gemido de dolor. Ellos se dieron cuenta sin duda de lo que me pasaba; pero nadie me ofreció ayuda, ni yo me atrevía a pedirla. Tras lentos y penosos esfuerzos, llegué finalmente a mi celda; pero al ver mi cama, me estremecí y me dejé caer en el suelo para descansar.

»Yo sabía que algo habría trascendido de tan extraordinaria situación, que una subversión como ésta del orden y la tranquilidad de un convento obligaría a efectuar algún tipo de indagación, aunque la causa fuese menos importante. Pero tenía el lúgubre presentimiento (porque el sufrimiento nos llena de presagios) de que esta indagación, aunque se llevase a cabo, resultaría desfavorable para mí. Yo era el Jonás del barco: soplara la tormenta del lado que soprase, presentía que el golpe caería sobre mí. Hacia mediodía, recibí la orden de presentarme en el aposento del Superior. Fui; pero no como antes, con una mezcla de súplica y protesta en los labios, y de esperanza y temor en el corazón, presa de una fiebre o excitación de terror, sino sombrío, escuálido, indiferente, sin miedo; mis fuerzas físicas estaban agotadas por la fatiga y la falta de descanso, y mi capacidad mental, por el acoso incesante e insoportable. Ya no iba cohibido y suplicando a *su maldad*, sino desafiándola, casi deseándola, con la terrible e indefinida curiosidad que da la desesperación.

»El aposento estaba repleto de monjes; el Superior estaba de pie, en medio del semicírculo que formaban a cierta respetuosa distancia de su persona. Yo debí de ofrecer un lamentable contraste ante aquellos hombres que se enfrentaban a mí con el orgullo de su poder, con largos y nada desgarbados hábitos que conferían a sus figuras un aire solemne, quizá más imponente que el mismo esplendor, mientras que

yo, al contrario que ellos, andrajoso, flaco, lívido, obstinado, era la mismísima personificación de un espíritu maligno llamado a la presencia de los ángeles del juicio. El Superior me dirigió un largo discurso en el que rozó muy de pasada el escándalo ocasionado por mi determinación de rechazar los votos. Soslayó asimismo toda referencia a la circunstancia conocida por el convento, menos por mí, de que la sentencia sobre mi apelación se sabría en pocos días. Pero, con unos términos que (a pesar de mi conciencia de que eran engañosos) me hicieron estremecer, aludió al horror y consternación que reinaba en el convento por mi última y terrible visita, como él la llamó.

»—Satanás ha decidido tomar posesión de ti —dijo— porque has querido ponerte en sus manos con la impía revocación de tus votos. Eres Judas entre los hermanos; un Caín marcado en medio de una familia primitiva, un chivo expiatorio que lucha para ir de las manos de la asamblea a la espesura. Los horrores que tu presencia acumula sobre nosotros hora tras hora no sólo son intolerables para la disciplina de una institución religiosa, sino para la paz de una sociedad civilizada. No hay un solo monje que pueda dormir a tres celdas de la tuya. Les despiertas con tus horribles alaridos... gritas que el espíritu infernal está perpetuamente junto a tu cama... que te suspira al oído. Corres de celda en celda suplicando a los hermanos que recen por ti. Tus alaridos turban el sagrado sueño de la comunidad, ese sueño que ellos concilian sólo en los intervalos entre sus devociones. Todo orden se halla alterado, toda disciplina subvertida, mientras estés con nosotros. La imaginación de los miembros más jóvenes se encuentra a la vez contaminada e inflamada por la idea de las infernales e impuras orgías que el demonio celebra en tu celda, de las que no sabemos si tus gritos (que todos podemos oír) las celebran o proclaman tu remordimiento. Irrumpes a medianoche en la iglesia, destruyes las imágenes, ultrajas el crucifijo, pisoteas el altar; y cuando la comunidad entera se ve obligada, ante semejante atrocidad y blasfemia, a sacarte a rastras del lugar que has profanado, molestas con tus gritos a los que pasan a tu lado para asistir al servicio de Dios. En una palabra, tus aullidos, tus contorsiones, tu lenguaje demoníaco, así como tus actitudes y gestos, justifican sobradamente la sospecha que abrigamos desde tu entrada en el convento. Has sido abominable desde tu nacimiento... eres fruto del pecado... y lo sabes. En medio de esa lívida palidez, esa blancura antinatural que decolora hasta tus labios, veo como un tinte rojo que arde en tus mejillas ante la mera alusión de esta verdad. El demonio que presidió tu nacimiento (demonio de la impureza y del antimonaquismo) te persigue por las mismas paredes del convento. El Todopoderoso, por medio de mi voz, te suplica que te vayas; vete y no nos turbes más. Alto —añadió al ver que yo obedecía sus instrucciones literalmente—; detente; los intereses de la religión y de la comunidad exigen que tome nota de las extraordinarias circunstancias que han rodeado tu impía presencia entre estos muros. Dentro de poco recibirás la visita del Obispo; prepárate como puedas para ella.

»Consideré que eran las últimas palabras que me dirigía; y me disponía a

retirarme, cuando me llamó otra vez. Deseaba oírme alguna palabra, que ya todos ponían en mi boca, de reproche, de protesta, de súplica. Me resistí a ello tan firmemente como si estuviese enterado (aunque no era así) de que el Obispo había iniciado personalmente la investigación sobre la alterada situación del convento; y de que, en vez de invitar el Superior al Obispo a investigar la causa de tales alteraciones (es lo último que habría hecho), el Obispo (hombre cuyo carácter describiré más adelante), había sido informado de todo este *escándalo* y había decidido encargarse del caso personalmente. Inmerso como me hallaba yo en la soledad y la persecución, ignoraba que todo Madrid estaba en ascuas, que el Obispo había decidido no ser más un oyente pasivo de los extraordinarios incidentes que, según le contaban, ocurrían en el convento; que, en una palabra, mi *exorcismo* y mi apelación oscilaban en los platos opuestos de la balanza, y que ni siquiera el Superior sabía de qué lado se inclinaría ésta. Yo ignoraba por completo todo esto, ya que nadie se atrevía a contármelo. Así que me dispuse a retirarme sin pronunciar una palabra de respuesta a las numerosas sugerencias que me susurraban de que me sometiera al Superior e implorase su intercesión ante el Obispo para que suspendiera tan ignominiosa investigación que a todos *nos* amenazaba. Me abrí paso entre ellos, ya que me tenían rodeado, me detuve en la puerta, sereno y adusto; les dirigí una mirada retadora, y dije:

»—Dios os perdone a todos y os conceda la absolución en su tribunal, porque yo no dudaré en apelar ante el del Obispo.

»Estas palabras, aunque pronunciadas por un endemoniado harapiento (como ellos me consideraban), les hicieron temblar. Rara vez se oye la verdad en los conventos, y por ello su lenguaje es igualmente enfático y amenazador.

»Los monjes se santiguaron y, al abandonar yo el aposento, repitieron:

»Pero ¿qué pasaría si *evitáramos* este desacato?

»—¿Con qué medios?

»—Con los que convengan a los intereses de la religión: está en juego el prestigio del convento. El Obispo es un hombre de carácter estricto y escudriñador; estará con los ojos abiertos... averiguará lo que ocurre... ¿qué será de nosotros? ¿No sería mejor que? ...

»—¿Que qué?

»—Ya nos comprendéis.

»—Aunque os comprendiera, *queda muy poco tiempo*.

»—Hemos oído decir que la muerte de los maníacos sobreviene de repente, y que...

»—¿Qué os atrevéis a insinuar?

»—Nada, nosotros hablábamos de cosas que todo el mundo sabe, que un sueño profundo puede ser un buen reconstituyente para los lunáticos. *Él* es lunático, como todo el convento está dispuesto a jurar: un desdichado poseído por el espíritu infernal, al que invoca cada noche en su celda... y que perturba a todo el convento con sus gritos.

»A todo esto, el Superior se paseaba impaciente de extremo a extremo de su aposento. Enredaba los dedos en su rosario, lanzaba a los monjes miradas furibundas de cuando en cuando. Por último, dijo:

»—A mí mismo me ha despertado con sus gritos, sus delirios y su indudable trato con el enemigo del alma. Necesito descansar... me hace falta un profundo sueño que repare mi ánimo quebrantado... *¿qué me prescribiríais?*

»Algunos monjes dieron un paso adelante, sin haber comprendido la insinuación, y le recomendaron ansiosamente somníferos corrientes, mitridato, etc, etc. Un viejo monje le susurró al oído:

»—Láudano; el láudano os procurará un sueño profundo y reparador. Probadlo, padre, si necesitáis descansar; pero experimentadlo sobre seguro; ¿no sería mejor probarlo primero en otro?

»El Superior asintió; y ya iba la reunión a disolverse, cuando cogió al viejo monje por el hábito y le dijo en voz muy baja:

»—Pero nada de homicidios.

»—¡Oh, no!, sólo un profundo sueño. ¿Qué importa cuándo despierte? Cuando lo haga, quizá sea para sufrir en esta vida, o en la otra. *Nosotros* no tenemos nada que ver en ese asunto. ¿Qué significan unos momentos antes o después?

»El Superior era de carácter tímido y apasionado. Aún seguía sujetando al monje por el hábito, y le dijo:

»—Pero no tiene que saberse.

»—¿Y quién podría saberlo?

»En ese momento sonó el reloj, y un monje viejo y ascético que ocupaba la celda contigua a la del Superior, y que acostumbraba a exclamar: “Dios todo lo sabe”, a cada hora que daba el reloj, repitió eso mismo en voz alta. El Superior soltó el hábito del monje, y éste se retiró a su celda *golpeado por Dios*, si puedo usar esa expresión: no se administró láudano esa noche, no oí la voz, dormí de un tirón, y el convento entero se vio libre de los acosos del espíritu infernal. ¡Ay!, nadie lo turbó, sino ese espíritu que la natural *malignidad y soledad* invocan en lo íntimo de cada corazón, y nos fuerza, por terrible economía de la infelicidad, a alimentarlo con los elementos vitales de los demás, ahorrando los nuestros propios.

»Esta conversación me la repitió más tarde un monje en su lecho de muerte. Había estado presente en ella, y no tengo motivos para dudar de su veracidad. De hecho, siempre he pensado que paliaba más que agravaba la crueldad de todos ellos para conmigo. Me habían hecho sufrir más que el equivalente de muchas muertes: el simple sufrimiento de la muerte habría sido instantáneo, el simple acto habría sido piadoso. Al día siguiente, se esperaba la visita del Obispo. Se efectuaron una especie de aterrados e indescritibles preparativos entre la comunidad. Esta casa era la primera de Madrid, y la circunstancia singular de que el hijo de una de las más elevadas familias de España hubiera ingresado en ella muy joven, hubiera protestado contra sus votos a los pocos meses, se le hubiera acusado de pactar con el espíritu

infernol unas semanas después, junto con la esperanza de una sesión de exorcismo, la duda sobre el éxito de mi apelación, la probable intervención de la Inquisición, la *posible* celebración de un auto de fe, habían inflamado la imaginación de Madrid entero; y jamás anheló tanto un auditorio que se alzara el telón de una ópera popular, como anhelaban los religiosos y no religiosos de Madrid que se iniciase la función que se estaba preparando en el convento de los ex jesuitas.

»En los países católicos, *señor*, la religión es el drama nacional; los sacerdotes son los actores principales, y el pueblo su auditorio: y tanto si la obra concluye con un “Don Giovanni” precipitándose en las llamas, o con la beatificación de un santo, el aplauso y el regocijo son idénticos.

»Yo temía que mi destino fuese ser de los primeros. No sabía nada del Obispo, y no esperaba nada de su visita; pero mis esperanzas empezaban a aumentar en proporción a los visibles temores de la comunidad. Me decía, con la natural malignidad de la desdicha: “Si ellos tiemblan, yo puedo alegrarme”. Cuando el sufrimiento se contrapesa de este modo con el sufrimiento, la mano es firme; siempre estamos dispuestos a inclinar la balanza de nuestro lado. El Obispo llegó temprano, y pasó unas horas con el Superior en el aposento de éste. Durante ese intervalo, reinó una quietud en la casa que contrastaba de manera notable con la agitación que la había precedido. Yo estaba en mi celda de pie; *de pie*, porque no me habían dejado una silla donde sentarme. Me decía: “Este acontecimiento no presagia nada, ni bueno ni malo, para mí. No soy culpable de lo que me acusan. Jamás podrán probarlo: ¡cómplice de Satanás! ¡Víctima de una ilusión diabólica!... ¡Ah!, mi único crimen es mi involuntaria sujeción a los engaños que ellos practican en mí. Este hombre, el Obispo, no puede darme la libertad; pero al menos puede hacerme justicia”. Entretanto, la comunidad se mostraba enfebrecida: estaba en juego el prestigio de la casa: mi situación era de dominio público. Ellos se habían esforzado en presentarme, de puertas para fuera, como un poseso, y en *hacer* que me sintiese como tal de puertas para dentro. En consideración a la naturaleza humana, por temor a violentar la decencia y miedo a deformar la verdad, no intentaré referir los medios a que recurrieron ellos, la mañana de la visita del Obispo, para hacerme representar el papel de un poseso, loco y desdichado blasfemo. Los cuatro monjes a que antes he aludido fueron los principales verdugos (así es como debo llamarles). Con el pretexto de que no había parte de mi persona que no estuviese bajo la influencia del demonio [...].

»Eso no fue suficiente. Me rociaron casi hasta ahogarme con agua bendita. Luego siguió [...].

»El resultado fue que me hallaba medio desnudo, medio ahogado, jadeante, atragantado y delirando de furia, de vergüenza y de miedo, cuando me ordenaron que me presentara al Obispo, el cual, rodeado por el Superior y la comunidad, me esperaba en la iglesia. Éste era el momento que habían esperado; yo me sometí a ellos. Dije extendiendo los brazos:

»—Sí, llevadme desnudo, loco (con la religión y la naturaleza igualmente

violadas en mi injuriada persona) ante vuestro Obispo. Si es hombre sincero, si tiene conciencia, ¡ay de vosotros, hipócritas, despóticos desdichados! ¡Me habéis vuelto medio loco!; ¡me habéis casi asesinado con las monstruosas crueldades que habéis practicado en mí!... ¡Y en este estado queréis llevarme ante el Obispo! ¡Sea, pues; os seguiré!

»Mientras pronunciaba yo estas palabras, me ataron los brazos y las piernas con cuerdas, me bajaron, me dejaron junto a la puerta de la iglesia, y se quedaron cerca de mí. El Obispo se hallaba delante del altar, con el Superior; la comunidad ocupaba el coro. A continuación me arrojaron al suelo como un montón de carroña, y retrocedieron como si temiesen contagiarse al tocarme. Esta escena asombró al Obispo. Dijo en voz alta:

—Levanta, *infeliz*, y acércate.

»Yo contesté con una voz cuyo acento pareció conmoverle:

»—Ordenadles que me desaten, y os obedeceré.

»El Obispo dirigió una mirada fría y, no obstante, indignada al Superior, quien inmediatamente se acercó a él y comenzó a susurrarle. Esta consulta en voz baja duró algún tiempo; sin embargo, aunque tendido en el suelo, pude ver que el Obispo decía que no con la cabeza a cada cosa que el Superior le susurraba; y al final ordenó que me desataran. No mejoró mucho mi situación con esta orden, pues los cuatro monjes no se separaban de mí. Me sujetaron por los brazos y me llevaron hasta los peldaños del altar. Y entonces, por primera vez, me hallé ante el Obispo. Era un hombre cuya fisonomía producía un efecto tan imborrable como su carácter: la primera dejaba su huella en los sentidos tan vivamente como el segundo en el alma. Era alto, majestuoso, con el pelo blanco; ni un solo sentimiento agitaba su semblante, ni una pasión había dejado huella en su rostro. Era una estatua de mármol del Episcopado, cincelada por la mano del catolicismo: una figura espléndida e inmóvil. Sus ojos, fríos y negros, no parecían mirarte cuando se volvían hacia ti. Su voz, cuando te llegaba, no se dirigía a *ti*, sino a tu *alma*. Ése era su exterior; por lo demás, su carácter era intachable, su disciplina ejemplar, su vida la de un anacoreta tallado en piedra. Pero era sospechoso en cierto modo de lo que se llama *liberalidad* de opiniones (es decir, de cierta propensión al protestantismo), y la santidad de su carácter era inútil garantía contra la heterodoxia que se le imputaba, de suerte que apenas podía corregir con su rígido conocimiento los abusos de cada convento de su diócesis, entre los que estaba el mío. Tal era el hombre ante el que me encontraba. Al ordenar que me soltasen, el Superior se mostró muy agitado; pero la orden fue categórica, y no hubo más remedio que cumplirla. Me encontraba, pues, entre los cuatro monjes que me sujetaban, y comprendí que mi aspecto justificaba sin duda la impresión que él había recibido. Yo estaba andrajoso, famélico, lívido y muy alterado por el trato horrible que acababa de recibir. Confiaba, sin embargo, en que mi sumisión a cuanto se decidiera modificase favorablemente, en alguna medida, la opinión del Obispo. Soportó de evidente mala gana las fórmulas de exorcismo que recitaron en latín,

durante las cuales no pararon los monjes de santiguarse, y los *acólitos* de hacer uso del incienso y el agua bendita. Cada vez que se pronunciaba la expresión *diabole te adjuro*, los monjes que me sujetaban me retorcían disimuladamente los brazos, de modo que pareciesen contorsiones, y me arrancaban gritos de dolor. Esto, al principio, pareció turbar al Obispo; pero cuando la ceremonia de exorcismo hubo concluido, me ordenó que me acercara solo al altar. Traté de hacerlo, pero los cuatro monjes me rodearon, de forma que pareciese que yo tropezaba con una gran dificultad. Así que dijo:

»—Apartaos, dejadle solo.

»Se vieron obligados a obedecer. Avancé solo, temblando. Me arrodillé. El Obispo, colocando su estola sobre mi cabeza, preguntó:

»—¿Crees en Dios y en la Santa Madre Iglesia católica?

»En vez de contestar, proferí un alarido, aparté la estola de una manotada y, presa de un vivo dolor, pateé en los peldaños del altar. El Obispo retrocedió, al tiempo que el Superior y los demás avanzaron. Hice acopio de valor al verles venir hacia mí; y sin pronunciar una palabra, señalé los trozos de cristales rotos que habían esparcido sobre los peldaños donde yo estaba, los cuales habían traspasado mis sandalias rotas. Ordenó el Obispo a un monje que los barriera con la manga de su hábito. Se obedeció al punto su mandato, y seguidamente me coloqué de pie ante él sin temor ni dolor. Siguió preguntándome:

»—¿Por qué no rezas en la iglesia?

»—Porque se me cierran las puertas.

»—¿Cómo es eso? Tengo un informe en mis manos en el que se alegan muchas quejas contra ti, y entre las primeras está que no rezas en la iglesia.

»—Os digo que me cierran sus puertas. ¡Ay!, yo no podría abrirlas, como tampoco podría abrir los corazones de la comunidad; aquí todo está cerrado para mí.

»Se volvió hacia el Superior, quien contestó:

»—Las puertas de la iglesia están siempre cerradas para los enemigos de Dios.

»El Obispo dijo con su severa calma habitual:

»—Es una pregunta muy simple la que pretendo formular; las evasivas y los rodeos no me sirven. ¿Se le han cerrado las puertas de la iglesia a esta desdichada criatura? ¿Le habéis negado el privilegio de dirigirse a Dios?

»—Sí, porque creí y pensé que...

»—No os pregunto qué creísteis o qué pensasteis; pregunto tan sólo una cosa muy concreta. ¿Le habéis negado, sí o no, el acceso a la casa de Dios?

»—Yo tenía motivos para creer que...

»—Os advierto que esas respuestas pueden obligarme a haceros permutar en un instante la situación con el individuo a quien acusáis. ¿Le cerrasteis o no las puertas de la iglesia?; contestad sí o no.

»El Superior, temblando de miedo y de rabia, dijo:

»—Sí; tenía motivos para hacerlo.

»—Eso le corresponde juzgarlo a otro tribunal. Pero parece que sois culpable de lo que le acusáis a él.

»El Superior se quedó callado. El Obispo, tras examinar sus documentos, se dirigió a mí otra vez:

»—¿Cómo es que los monjes no pueden dormir en sus celdas porque les perturbas?

»—No lo sé; preguntadles a ellos.

»—¿No te visita el espíritu del mal por la noche? ¿No se debe a tus blasfemias, a las execrables impurezas que profieres, y que oyen los que tienen la desgracia de alojarse cerca de ti? ¿No eres tú el terror y el tormento de toda la comunidad?

»—Soy lo que ellos me han hecho —contesté—. No niego que hay ruidos extraños en mi celda, pero ellos pueden explicarlos mejor que yo. Me acosan ciertos susurros junto a mi cama. Parece que esos susurros llegan a los oídos de los hermanos, pues irrumpen en mi celda, y aprovechan el terror que me anonada para darle las más increíbles interpretaciones.

»—¿No se oyen gritos, entonces, en tu celda durante la noche?

»—Sí, gritos de terror, gritos proferidos no por quien celebra orgías infernales, sino por quien las teme.

»—Pero ¿y las blasfemias, imprecaciones e impurezas que brotan de tus labios?

»—A veces, presa de irreprimible terror, he repetido los susurros que se vierten en mi oído; pero siempre ha sido en una exclamación de horror y aversión; lo que prueba que esos susurros no son *pronunciados*, sino *repetidos* por mí, como el hombre que coge un reptil con la mano y observa un instante su fealdad, antes de arrojarlo lejos de sí. Pongo a toda la comunidad por testigo de que es cierto lo que digo. Los gritos que he proferido, las expresiones que he utilizado eran evidentemente de hostilidad hacia las infernales sugerencias que se me vertían al oído. Preguntad a todos: ellos pueden confirmar que cuando irrumpían en mi celda, me hallaban solo, temblando, convulso. He sido yo la víctima de esas alteraciones, de las que fingen quejarse; y aunque nunca he podido averiguar con qué medios han llevado a cabo esta persecución, no sería aventurado atribuirlos a las mismas manos que cubrieron las paredes de mi celda con imágenes de demonios, cuyos rastros aún perduran.

»—Se te acusa también de irrumpir en la iglesia a media noche, mutilar las imágenes, pisotear el crucifijo y ejecutar todos los actos de un demonio al violar un santuario.

»Ante tan injusta y cruel acusación, no fui capaz de dominarme, y exclamé:

»—¡Corrí a la iglesia en busca de protección en un paroxismo de terror, que sus maquinaciones habían inspirado en mí! ¡Corrí allí de noche porque durante el día estaba cerrada para mí! ¡Y me postré ante la cruz, en vez de pisotearla!, ¡y abracé las imágenes de los santos, en vez de profanarlas! ¡Y dudo que se hayan rezado oraciones más sinceras entre estos muros que las que recé yo esa noche en medio del desamparo, el terror y la persecución!

»—¿No trataste de interrumpir y disuadir a la comunidad, a la mañana siguiente, con tus gritos, cuando ellos se dirigían a la iglesia?

»—Me sentía entumecido por haber pasado la noche tendido en el pavimento, donde ellos me arrojaron. Intenté levantarme y alejarme, al oír que se acercaban; y al hacerlo, mis esfuerzos me arrancaron gritos de dolor; esfuerzos que me resultaron tanto más dolorosos cuanto que me negaron todos la más pequeña ayuda. En una palabra, todo es impostura. Yo corrí a la iglesia a suplicar misericordia, y ellos presentan mi acción como el ultraje de un espíritu renegado. ¿No podría utilizarse la misma arbitraria y absurda explicación para las visitas diarias de multitud de almas afligidas que lloran y gimen tan audiblemente como yo? Si hubiese tratado de derribar el crucifijo, de mutilar las imágenes, ¿no habrían quedado huellas de esa violencia? ¿No las habrían conservado cuidadosamente para reforzar la acusación contra mí? ¿Hay rastro de ellas? ...No lo hay, no puede haberlo, porque no lo ha habido nunca.

»El Obispo permaneció en silencio. Habría sido inútil apelar a sus sentimientos, pero el recurrir a los hechos produjo pleno efecto. Un instante después, dijo:

»—Entonces, ¿no tienes inconveniente en ofrecer, delante de toda la comunidad, el mismo homenaje a las imágenes del Redentor y de los santos que dices que pretendías rendirles esa noche?

»—Ninguno.

»Me trajeron un crucifijo, lo besé con respeto y unción, y oré, mientras me brotaban lágrimas de los ojos ante los infinitos méritos del sacrificio que representaba. El Obispo dijo entonces:

»—Haz un acto de fe, de amor, de esperanza.

»Así lo hice; y aunque improvisadas, mis expresiones, según pude darme cuenta, hicieron que los dignos eclesiásticos que atendían al Obispo se dirigieran miradas en las que había compasión, interés y admiración. El Obispo dijo:

»—¿Dónde has aprendido esas oraciones?

»—Mi corazón es mi único maestro; no tengo otro... no se me permite tener ningún libro.

»—¡Cómo! ¡Fíjate bien en lo que dices!

»—Os repito que no tengo ninguno. Me han quitado mi breviario y mi crucifijo; han despojado mi celda de cuanto tenía. Me arrodillo en el suelo... y rezo con el corazón. Si os dignáis visitar mi celda, comprobaréis que os digo la verdad.

»A estas palabras, el Obispo lanzó una terrible mirada al Superior. No obstante, se recobró en seguida ya que era un hombre que no estaba acostumbrado a ninguna emoción, y lo consideró al punto una falta a sus normas y un atropello de su dignidad. Me ordenó con voz fría que me retirase; luego, cuando iba a obedecerle, me llamó de nuevo: mi aspecto pareció sorprenderle por primera vez. Era un hombre tan absorto en la contemplación de esas frías e imperturbables aguas del deber, en las que su mente se hallaba anclada, sin flujos, corrientes ni progresos, que los objetos físicos

había que ponérselos delante con mucha antelación, para que causasen alguna impresión en él a su debido tiempo; tenía los sentidos casi osificados. Así fue como se había puesto a examinar a un supuesto endemoniado; pero había decidido que debía ser un caso de injusticia e impostura, y actuó en el asunto con un espíritu, una decisión y una integridad que le honraban.

»Pero el horror y la miseria de mi aspecto, que habrían sido lo primero en impresionar a un hombre de sentimientos *superficiales*, fueron lo último que le llegó a él. Se quedó perplejo al verme alejarme lenta y dolorosamente del altar, y su impresión fue proporcional a su lentitud. Me llamó otra vez y me preguntó, como si no me hubiese visto antes:

»—¿Cómo es que llevas el hábito tan escandalosamente destrozado? A estas palabras, pensé que podía revelarle una escena que habría humillado aún más al Superior; pero dije únicamente:

»—Es consecuencia de los malos tratos que he sufrido.

»Siguieron otras diversas preguntas del mismo género relativas a mi aspecto, que era bastante lamentable, y por último me vi obligado a revelarle toda la verdad. El Obispo se enojó hasta lo increíble. Las mentalidades rígidas, cuando se dejan llevar por la emoción, actúan con una vehemencia inconcebible, porque para ellas cada cosa constituye un deber, incluida la pasión (cuando surge). Puede también que la novedad de la emoción les resulte una deliciosa sorpresa.

»Mucho más le ocurrió al buen Obispo, que era tan puro como rígido; y se contraía de horror, de disgusto y de indignación ante los detalles que me vi obligado a facilitar (el Superior temblaba oyéndome hablar, y la comunidad no osaba contradecirme. Asumió de nuevo su actitud fría, ya que para él, el sentir era un esfuerzo, y el rigor un hábito, y me ordenó otra vez que me retirara. Obedecí y me fui a mi celda. Las paredes estaban tan desnudas como las había descrito; pero, aun contrastando con todo el esplendor y la pompa de la escena de la iglesia, parecían esmaltadas con mi triunfo. Por un momento desfiló ante mí una visión deslumbrante. Luego, todo se desvaneció, y en la soledad de mi celda, me arrodillé y supliqué al Todopoderoso que conmoviera el corazón del Obispo e infundiese en él la moderación y la sencillez con que yo le había hablado. Estando entregado a estas ocupaciones, oí pasos en el corredor. Cesaron un momento, y guardé silencio. Parecía como si fuesen personas que se hubieran detenido al oírme. Me di cuenta de que las escasas palabras que había pronunciado les habían causado impresión. Unos instantes después, el Obispo y los dignos eclesiásticos que le acompañaban, seguidos del Superior, entraron en mi celda. El primero se detuvo de golpe, horrorizado ante el aspecto que ésta ofrecía.

»Ya os he dicho, *señor*; que mi celda no tenía más que cuatro paredes desnudas y un lecho: era una visión escandalosa, degradante. Yo estaba de rodillas en el centro de la habitación, sin la menor idea, bien lo sabe Dios, del efecto que producía. El Obispo miró a su alrededor durante un rato, mientras los eclesiásticos que le asistían

manifestaban su horror con miradas y gestos que no necesitaban interpretación. El Obispo, tras una pausa, se volvió hacia el Superior:

»—Y bien, ¿qué decís a esto?

»El Superior vaciló, y dijo por último:

»—Ignoraba todo esto.

»—Eso es falso —dijo el Obispo—; y aunque fuese cierto, sería un agravante, no una disculpa. Vuestros deberes os obligan a visitar las celdas todos los días; ¿cómo ibais a ignorar el vergonzoso estado de ésta, sin descuidar vuestras obligaciones?

»Dio varias vueltas por la celda seguido de los eclesiásticos que se encogían de hombros y se dirigían el uno al otro miradas de disgusto. El Superior estaba aterrado. Salieron, y pude oír que el Obispo decía, ya en el corredor:

»—Todo este desorden debe quedar subsanado antes de que yo abandone la casa —y al Superior—: No servís para el cargo que ocupáis; tendréis que ser destituido —y añadió en tono más severo—: ¡Católicos, monjes, cristianos, esto es espantoso, horrible!, temblad ante las consecuencias si, en mi próxima visita, vuelvo a encontrar estos desórdenes... y os prometo que volveré muy pronto —luego se volvió y, deteniéndose en la puerta de mi celda, dijo al Superior—: Cuidad que todos los abusos cometidos en esta celda queden rectificadas antes de mañana por la mañana.

»El Superior manifestó en silencio su acatamiento a esta orden.

»Esa noche me acosté sobre una colchoneta desnuda, entre cuatro paredes severas. Dormí profundamente debido al agotamiento. Me desperté por la mañana, mucho después de la hora de maitines, y me encontré rodeado de todas las comodidades que puede contener una celda. Como si se hubiesen utilizado artes mágicas durante mi sueño, el crucifijo, el breviario, el pupitre, la mesa, todo había sido devuelto a su sitio. Salté de la cama y miré verdaderamente extasiado a mi alrededor. A medida que transcurría el día y se acercaba la hora de la refección, decaía mi éxtasis, e iban aumentando mis terrores; no es fácil, en la sociedad de la que se es miembro, pasar de la extrema humillación y exclusión total a la situación anterior. Cuando tocó la campana, bajé. Me detuve en la puerta un momento... Luego, con un impulso semejante al de la desesperación, entré y ocupé mi sitio de costumbre. No me pusieron objeción ninguna, ni me dijeron una sola palabra. La comunidad se dispersó después de la comida. Esperé el toque de vísperas; pensé que sería decisivo. Tocó por fin la campana, y se congregaron los monjes. Yo me uní a todos ellos sin hallar oposición; tomé asiento en el coro... Mi triunfo era completo, y eso me hizo temblar. ¡Ay!, en un momento de éxito, ¿no solemos experimentar una sensación de terror? Nuestro destino desempeña siempre, para nosotros, el papel del antiguo esclavo, a quien se le pedía cada mañana que recordase al monarca que era un hombre; y pocas veces se olvida de cumplir sus propias predicciones antes del anochecer. Transcurrieron dos días. La tormenta que durante tanto tiempo nos había agitado parecía haberse resuelto en una calma repentina. Recuperé mi antiguo lugar, ejecuté mis deberes cotidianos, y nadie me felicitó ni me amonestó. Todos parecían

mirarme como alguien que se inicia de nuevo en la vida monástica. Pasé dos días en completa tranquilidad y, pongo a Dios por testigo, gocé de este triunfo con modestia. Nunca hice alusión a mi situación anterior, nunca reproché nada a quienes habían sido los que la habían provocado, nunca dije una palabra sobre la visita que había hecho que el convento entero y yo cambiáramos los papeles en cuestión de horas, y que el oprimido pudiera asumir (si quería) el del opresor. Acogí mi triunfo con sobriedad, pues me sentía fortalecido por la esperanza de mi liberación. Sin embargo, no iba a tardar en llegar el triunfo del Superior.

»Al tercer día, por la mañana, me llamaron al locutorio, donde un mensajero puso en mis manos un sobre con (según entendí) el resultado de mi apelación. De acuerdo con las reglas del convento, estaba obligado a llevarlo al Superior para que lo leyese él antes de hacerlo yo. Cogí el sobre y me dirigí despacio al aposento del Superior. Lo examiné, palpé sus esquinas, lo sopesé una y otra vez, y traté de extraer un pronóstico de su misma forma. Luego me cruzó por la mente la terrible idea de que, de haber sido la noticia favorable, el mensajero me lo habría entregado con una expresión de triunfo y, a pesar de las reglas del convento, yo habría sido capaz de romper los sellos que cerraban la sentencia de mi liberación. Somos propensos a hacer predicciones sobre nuestro destino, y siendo el mío el de monje, los augurios eran inevitablemente negros... y así se confirmaron.

»Me detuve en la puerta de la celda del Superior con el sobre. Llamé, se me rogó que entrara y, con los ojos bajos, sólo pude distinguir los bordes de muchos hábitos, cuyos dueños se hallaban allí reunidos. Ofrecí el sobre con respeto. El Superior le echó una ojeada indiferente, y luego lo tiró al suelo. Uno de los monjes se agachó a recogerlo. El Superior exclamó:

»—Alto, que lo recoja él.

»Así lo hice, y me retiré a mi celda tras una profunda reverencia al Superior. En mi celda, me senté con el sobre fatal en mis manos. Iba a abrirlo, cuando una voz interior pareció decirme: “Para qué; conoces el resultado ya”. Transcurrieron varias horas, antes de sentirme capaz de leerlo; era un informe del fallo sobre mi apelación. Parecía, por los detalles, que el abogado había utilizado al máximo su talento, su celo y su elocuencia, y que, por un momento, el tribunal había estado muy cerca de inclinarse a favor de mis reivindicaciones; pero se consideró que era sentar un precedente demasiado peligroso. El abogado comentaba en otra parte: “Si esto triunfara, los monjes de toda España recurrirán contra sus votos”. ¿Podía esgrimirse argumento más sólido en favor de mi causa? Un impulso tan universal debe de basarse evidentemente en la naturaleza, la justicia y la verdad».

Al recordar el funesto resultado de su apelación, el desventurado español se sintió tan abrumado que tardó algunos días en reanudar el relato.

Capítulo VII

Pandere res alta terra et caligine mersas.

VIRGILIO

*I'll shew your Grace the strangest sight,
Body òme, what is it, Butts?*

SHAKESPEARE (*Enrique VIII*).

—No me es posible describir el estado de desolación mental en que me sumió la noticia de que había sido desestimada mi causa, ya que no conservo una idea muy clara. Todos los colores desaparecen de noche, y la desesperación carece de diario: la monotonía es su esencia y su maldición. Así, pasé horas enteras en el jardín sin percibir otra cosa que el ruido de mis propios pasos: el pensamiento, los sentidos, la pasión y todo cuanto ocupa esas actividades, la vida y el porvenir, se habían borrado y extinguido. Yo era ya como un habitante del país en el que “todo está prohibido”. Flotaba por regiones crepusculares de la mente donde la “luz es como la tiniebla”. Se estaban concentrando nubes que anunciaban la proximidad de la oscuridad más completa... Sin embargo, vino a disiparlas una luz repentina y extraordinaria.

»El jardín era mi constante refugio. Una especie de instinto, ya que yo no tenía la suficiente energía para elegir, me guiaba a él para evitar la presencia de los monjes. Una tarde noté un cambio. La fuente estaba estropeada. El manantial que la alimentaba se hallaba fuera de los muros del convento, y los obreros, para efectuar sus reparaciones, consideraron necesario excavar un paso por debajo de la tapia del jardín que comunicara con un descampado de la ciudad. Este acceso, no obstante, estaba estrechamente vigilado durante el día, mientras trabajaban los obreros, y se cerraba firmemente por la noche, en cuanto se iban los obreros, mediante una puerta colocada para este fin, con cadena, tranca y candado. Sin embargo, estaba abierta durante el día; y una tentadora idea de huida y de libertad, en medio de la tremenda certeza de este encarcelamiento de por vida, proporcionaba una especie excitante de comezón a los ya embotados dolores.

»Me introduje en dicho acceso y me acerqué lo que pude a la puerta que me separaba de la vida. Me senté en una piedra que habían quitado, apoyé la cabeza en mi mano y fijé los ojos tristemente en *el árbol y el pozo*, escenario del falso milagro. No sé cuánto tiempo permanecí así. Me sacó de mi abstracción un roce ligero que sonó cerca de donde yo estaba, y vi un papel que alguien trataba de introducir por debajo de la puerta, donde cierta irregularidad del suelo dejaba una ranura. Me agaché y traté de cogerlo. Lo retiraron; pero un instante después, una voz cuyo agitado tono no permitió que la identificara, susurró:

»—Alonso...

»—Sí, sí —contesté anhelante.

»Entonces fue introducido el papel, pasó a mis manos y oí el ruido de unos pasos

que se alejaban rápidamente. Leí las pocas palabras que contenía sin perder un instante: “Estate aquí mañana al anochecer, a la misma hora. He sufrido mucho por ti... destruye este papel”. Era letra de mi hermano Juan, aquella letra que yo recordaba tan bien por nuestra memorable correspondencia, aquella letra cuyos rasgos jamás había contemplado sin sentir que los correspondientes caracteres de esperanza y confianza se transmitían a mi alma como los trazos invisibles que surgen al ser expuestos al calor, que parece darles vida. Me sorprende que esa tarde, y la siguiente, no me traicionara mi agitación ante la comunidad. Pero quizá es que sólo se exterioriza la agitación que surge de causas triviales; yo estaba abismado en la mía. Lo cierto es que mi cerebro estuvo todo el día oscilando como un reloj que marca cada minuto con latidos alternos: “*Hay esperanza, no la hay*”. El día, el eterno día, concluyó al fin. Llegó el crepúsculo; ¡cómo vigilé yo las sombras crecientes! En vísperas, ¡con qué placer seguí el cambio gradual de los matices oro y púrpura a través del gran ventanal de poniente, y calculé su declinar, el cual, aunque lento, debía llegar al fin!... y llegó. Jamás hubo noche más propicia. Todo estaba tranquilo y a oscuras: en el jardín, desierto, no se veía a nadie ni se oía rumor de pasos en los senderos. Me dirigí apresuradamente al lugar convenido. De pronto, me pareció oír el ruido de alguien que me seguía. Me detuve: no eran sino los latidos de mi propio corazón, audibles en la profunda quietud de ese momento trascendental. Me apreté la mano contra el pecho, como haría una madre con un niño al que tratara de apaciguar; sin embargo, no dejó de latir con fuerza. Entré en el pasadizo. Me acerqué a la puerta, de la que parecían ser guardianas eternas la esperanza y la desesperación. Las palabras sonaban aún dentro de mí: “Estate aquí mañana al anochecer, a la misma hora”. Me incliné, y vi aparecer, con ojos voraces, un trozo de papel por debajo de la puerta. Lo cogí y lo oculté en mi hábito. En mi éxtasis, temblé al pensar que no lograría llevarlo inadvertidamente a mi celda. Pero sí lo logré; y su contenido, cuando lo hube leído, justificó mi emoción. Con indecible desasosiego, descubrí que gran parte del escrito era ilegible, debido a que se había arrugado al pasar entre las piedras, y por la humedad de la tierra de debajo de la puerta, por lo que, de la primera página, apenas pude sacar en claro que mi hermano había estado retenido en el campo casi como un prisionero por consejo del director; que un día, mientras andaba de caza con sólo un asistente, le renació de súbito la esperanza de liberación, al ocurrírsele la idea de someter a este hombre atemorizándole. Apuntó con la escopeta cargada al pobre diablo aterrado, y le amenazó con matarle al instante si ofrecía la menor resistencia. El hombre se dejó atar a un árbol. En la página siguiente, aunque bastante borrosa, pude leer que había llegado a Madrid sin percance, y entonces fue cuando se enteró del fracaso de mi apelación. El efecto de la noticia en el impetuoso, ardiente y entrañable Juan podía inferirse fácilmente de las líneas separadas e irregulares con que intentaba en vano describirlo. La carta proseguía después: “Ahora estoy en Madrid, empeñado en cuerpo y alma en no cejar hasta que seas liberado. Si eres decidido, no será imposible: ni siquiera las puertas de los conventos son inaccesibles

para una llave de plata. Mi primer objetivo, conseguir comunicarme contigo, parecía tan irrealizable como tu fuga; sin embargo, lo he logrado. Me enteré de que se estaban haciendo reparaciones en el jardín y me aposté en la puerta noche tras noche, susurrando tu nombre; pero hasta la sexta no has pasado por aquí”.

»En otra parte me explicaba sus planes más detalladamente: “Ahora los objetivos fundamentales son dinero y reserva; esto último me resulta fácil por el disfraz que llevo, pero lo primero no sé cómo conseguirlo. Mi huida fue tan repentina que salí sin nada, y me he visto obligado a vender mi reloj y mis anillos al llegar a Madrid para comprar disfraces y comer. Podría pedir prestada la cantidad que quisiera dándome a conocer, pero eso sería fatal. La noticia de que estoy en Madrid llegaría en seguida a oídos de mi padre. El único recurso que me queda es acudir a un judío; y cuando haya conseguido dinero, no me cabe duda ninguna de que podré llevar a cabo tu liberación. Ya me han dicho que hay en el convento una persona que, mediante condiciones muy especiales, estaría probablemente dispuesta a [...]

»Aquí tenía la carta un gran espacio escrito en distintos momentos. Las siguientes líneas que pude descifrar expresaban toda la alegría de este ser, el más ardoroso, voluble y abnegado de todos los creados. [...]

»No te inquietes lo más mínimo por mí; es imposible que me descubran. En el colegio destaqué siempre por mi talento dramático, y una capacidad de caracterización casi increíbles, cosas que ahora me son útiles. A veces me contoneo como un *majo*^[20] de enormes patillas. Otras, adopto acento vizcaíno y, como el marido de doña Rodríguez, “soy tan caballero como el rey, porque vengo de las montañas”. Aunque mis disfraces favoritos son los de mendigo y de adivino: el primero me facilita el acceso a los conventos, y el segundo me proporciona dinero e información. De este modo, me pagan, aunque soy yo quien parece el comprador. Cuando termino los vagabundeos y las estratagemas del día, te reirías si vieses el desván y el jergón donde descansa el heredero de los Moncada. Esta mascarada me divierte más que a los espectadores. La consciencia de nuestra propia superioridad es más deliciosa, normalmente, cuando permanece encerrada en nuestro pecho, que cuando nos la expresan otros. Además, siento como si el lecho mugriento, la silla desvencijada, las vigas cubiertas de telarañas, el aceite rancio de la lámpara y todas las demás *comodidades* de mi morada, fuesen una especie de expiación por el daño que te he causado, Alonso. Mi ánimo me abandona a veces ante privaciones tan nuevas para mí, pero una especie de energía audaz e indomable, propia de mi carácter, me sostiene. Me estremece mi situación cuando me retiro por la noche y pongo la lámpara por primera vez *con mis propias manos*, en el miserable hogar; pero me río cuando, por la mañana, me atavío con los fantásticos harapos, me doy tinte pálido en el rostro, y modulo mi acento, de suerte que la gente de la casa (donde he alquilado una buhardilla), al cruzarse conmigo en la escalera, no sabe a quién vio la noche anterior. Cambio de residencia y de indumentaria todos los días. No te preocupes por mí, ven todas las noches a la puerta del pasadizo, pues cada noche te

daré nuevas noticias. Mi actividad es incansable, mi corazón y mi espíritu arden por defender la causa y una vez más me comprometo en cuerpo y alma a no abandonar este lugar hasta que estés libre. *Confía en mi, Alonso*”.

»Os ahorraré, *señor*, el detalle de los sentimientos... ¡Los sentimientos! ¡Oh, Dios mío, perdóname que besara aquellas líneas con una unción que podía haber consagrado a la mano que las trazó, y que sólo debe rendirse a la imagen del gran Sacrificio! Pensar que era una persona joven, generosa, ferviente, con un corazón a la vez fiero y cálido, que sacrificaba su posición, su juventud, y el placer de que podía gozar, y se sometía a los disfraces más plebeyos, y aceptaba las más lamentables privaciones, luchando con lo que debía de ser intolerable para un muchacho orgulloso y voluptuoso (yo sabía que lo era), ocultando su repugnancia bajo una alegría simulada y una magnanimidad real... ¡Y todo eso por mí! ¡Oh, qué sentimientos me embargaban! [...]

»A la tarde siguiente acudí a la puerta; no apareció ningún papel, a pesar de que estuve esperando hasta que la luz se hizo tan confusa que habría sido imposible verlo aunque hubiera estado allí. El día siguiente fue más afortunado para mí: sí recibí mensaje. La misma voz disimulada susurró: “Alonso”, en un tono que era la música más dulce que jamás oyeron mis oídos. Esta vez el billete sólo contenía unas líneas (por lo que no tuve dificultad en *tragármelo* tan pronto como acabé de leerlo). Decía: “Al fin he encontrado un judío que me adelantará una gran suma. Finge no conocerme, aunque estoy convencido de que sí me conoce. Pero su interés usurario y sus prácticas ilegales son para mí una garantía. Dentro de unos días contaré, pues, con los medios para liberarte; y he sido bastante afortunado como para descubrir cómo pueden utilizarse esos medios. Hay un desdichado...”.

»Aquí terminaba el billete y durante las cuatro tardes siguientes las reparaciones despertaron tanta curiosidad en el convento (donde siempre es muy fácil despertar curiosidad), que no me atreví a permanecer en el pasadizo por temor a levantar sospechas. Durante ese tiempo sufrí no sólo la angustia de que mi esperanza se frustrase, sino el temor de que esta comunicación fortuita quedara suprimida definitivamente, ya que sabía que a los obreros les quedaban sólo unos días para terminar su trabajo. Se lo comuniqué a mi hermano en la primera ocasión que tuve. Luego me reproché haberle apremiado. Pensé en sus dificultades para ocultarse, en sus tratos con los judíos, en sus sobornos a los criados del convento. Pensé en lo que había emprendido, y en lo que había arrostrado. Luego temí que todo fuera inútil. No quisiera volver a vivir esos cuatro días, ni aun a cambio de ser el soberano de la tierra. Os daré una ligera idea de lo que sentí cuando oí decir a los obreros que iban a terminar muy pronto: me levantaba una hora antes de maitines, quitaba las piedras, pisoteaba el mortero y lo mezclaba con arcilla para dejarlo totalmente inservible; y de este modo, *deshacía el tejido de Penélope*, con tal éxito que los obreros creyeron que era el diablo quien entorpecía la tarea, hasta que optaron por no acudir al trabajo si no era provistos de un recipiente de agua bendita que asperjaban con mucha beatería y

profusión. Al quinto día recogí unas líneas de debajo de la puerta. “Todo está arreglado: me he puesto de acuerdo con el judío, *con condiciones judías*”. Aparenta ignorar mi verdadero rango y cierta (*futura*) riqueza, pero lo sabe todo, y no se atreverá, por su propio bien, a traicionarnos. La Inquisición, a la que puedo delatarle en cualquier momento, es mi mejor garantía... debo añadir, la *única*. Hay un miserable en tu convento que se acogió a sagrado por *parricida*, y optó por hacerse monje a fin de escapar a la venganza del cielo, en esta vida al menos. He oído decir que este monstruo degolló a su propio padre, cuando estaba cenando, para robarle una pequeña cantidad de dinero con que saldar una deuda de juego. Parece que su compañero, que perdió también, le había hecho promesa a una imagen de la Virgen que había cerca de la desdichada casa donde jugaban, de ponerle dos cirios en caso de ganar. Perdió; y con la furia propia del jugador, al pasar por delante de la imagen la golpeó y la escupió. Fue una acción horrible; pero ¿qué representa al lado del crimen del que ahora es compañero tuyo de convento? El uno mutiló una imagen, el otro asesinó a su padre; sin embargo, el primero murió bajo las torturas más horribles, y el otro, tras vanos esfuerzos por eludir la justicia, *se acogió a sagrado*, y ahora es hermano lego de tu convento. En los crímenes de ese miserable cifro todas mis esperanzas. Su alma debe de estar saturada de avaricia, sensualidad y desesperación. No hay nada ante lo que vacile si le sobornan; por dinero es capaz de facilitarte la liberación, y por dinero es capaz de estrangularte en tu propia celda. Le envidia a Judas las treinta monedas de plata por las que vendió al Redentor del mundo. Podría comprarse a mitad de precio su alma. Tal es el instrumento con el que debemos trabajar: repugnante, pero necesario. He leído que de los reptiles y las plantas más venenosos se han extraído las medicinas más curativas. Exprimiré el jugo y arrojaré el yerbajo.

»Alonso, no tiembles ante estas palabras. No permitas que tus hábitos prevalezcan sobre tu carácter. Confíame tu liberación, pese a los instrumentos que me veo obligado a manejar; y no dudes que la mano que escribe estas líneas estrechará muy pronto la de su hermano en completa libertad».

»Cuando me hube calmado del nerviosismo de vigilar, subir secretamente y leer estas líneas *por primera vez*, las releí una y otra vez en la soledad de mi celda, y entonces empezaron a acumularse sobre mí las dudas y los temores como si fuesen nubes tenebrosas. A medida que aumentaba la confianza de Juan, parecía disminuir la mía. Había un terrible contraste entre la intrepidez, independencia y decisión de su situación, y la soledad, la timidez y el peligro de la mía. Aunque la esperanza de escapar gracias a su valentía y destreza brillaba aún como una luz inextinguible en lo más profundo de mi corazón, sin embargo, me asustaba confiar mi destino a un joven tan impulsivo, aunque afectuoso, que había huido de casa de sus padres, vivía en el disimulo y la impostura en Madrid, y acababa de contratar como ayudante a un miserable a quien la naturaleza debía execrar. ¿En quién y en qué cifraba yo mis esperanzas de liberación? En las afectuosas energías de un ser violento, atrevido y

solitario, y en la cooperación de un demonio, que podía abalanzarse sobre el dinero del soborno y luego agitarlo triunfalmente en sus oídos, como el sello de nuestra mutua y eterna desesperación, mientras arrojaba la llave de la libertad a un abismo donde ninguna luz pudiera penetrar, y del que no lograra rescatarla poder alguno.

»Con estas impresiones deliberaba, rezaba y lloraba ahogado por la duda. Finalmente escribí unas líneas a Juan, en las que exponía modestamente mis aprensiones y recelos. Primero le hablé de mis reservas sobre la posibilidad de escapar. Le decía: ¿Acaso imaginas que un ser a quien todo Madrid, toda España, anda buscando, sea capaz de eludir su detención? Piensa, querido Juan, que me enfrento a una comunidad, a un clero, a una nación. La huida de un monje es casi imposible; su ocultación, imposible del todo. Cada campana de cada convento de España tocaría *por sí misma* en persecución del fugitivo. Los poderes militares, civiles y eclesiásticos estarían alerta. Acosado, jadeante, desesperado, andaría huyendo de pueblo en pueblo sin encontrar protección. Piensa que hay que hacer frente a los irritados poderes de la Iglesia, a la fiera y vigorosa garra de la ley, a la execración y el odio de la sociedad, a las sospechas de las clases inferiores entre las que me debo mover, a las que debo evitar, y cuya perspicacia tengo también que maldecir... mientras la llameante cruz de la Inquisición arde en la vanguardia, seguida de toda la jauría que, gritando y riendo, acosa a su presa. ¡Oh, Juan, si supieras los terrores en que vivo... y en que moriré, seguramente, antes de que nos volvamos a ver libres los dos! ¡Libres! ¡Dios mío! ¿Qué posibilidades de liberación tiene un monje en España? No hay cabaña donde pueda descansar una noche... no hay caverna cuyos ecos no resuenen al grito de mi apostasía. Si me ocultara en el seno de la tierra, me descubrirían y me arrancarían de sus entrañas. Mi querido Juan, cuando pienso en la omnipotencia del poder eclesiástico en España, me digo si no podría dirigírsele las palabras que reservamos a la Omnipotencia misma: “Si subo al cielo, *allí* estás tú; si bajo al infierno; *allí* estás también...; si tomo las alas de la mañana y vuelo *hasta el punto más lejano de los mares, también allí...*” y suponiendo que el convento se halla sumido en el más profundo embotamiento, y que el ojo siempre en vela de la Inquisición hace la vista gorda ante mi apostasía: ¿adónde iré a vivir?, ¿cómo voy a ganarme el sustento? La lujosa indolencia de mis primeros años me ha incapacitado para cualquier trabajo activo. El horrible conflicto de la apatía más profunda con la más mortal hostilidad, en la vida monástica, me inhabilita para vivir en sociedad. Derriba las puertas de cada uno de los conventos de España: ¿para qué les servirá a los que se alojan en ellos? Para nada que los embellezca o mejore. ¿Qué podría hacer yo por mí mismo?, ¿qué podría hacer para no traicionarme? Sería un Caín perseguido, jadeante, fugitivo... y marcado. ¡Ay!, quizá al expirar en las llamas, viese a *Abel*, no como *mi* víctima, sino como la de la Inquisición.

»Al concluir estas líneas, con un impulso que todos pueden explicar menos el escritor, hice pedazos el papel, los quemé con ayuda de la lámpara de mi celda, y fui

otra vez a vigilar la puerta del pasadizo: la puerta de la esperanza. Al pasar por la galería me crucé con un individuo de aspecto de lo más desagradable. Me hice a un lado, pues había adoptado el principio de evitar el más ligero contacto con la comunidad, fuera del que la disciplina de la casa me obligaba a observar. Al pasar, sin embargo, me rozó el hábito y me lanzó una mirada significativa. Inmediatamente comprendí que se trataba de la persona a la que Juan hacía referencia en su carta. Y unos instantes después, al bajar al jardín, encontré una nota que confirmaba mis conjeturas. Contenía estas palabras: “He conseguido dinero y me he puesto de acuerdo con nuestro agente. Es un demonio encarnado, pero su resolución e intrepidez son incuestionables. Date una vuelta por el claustro mañana por la tarde; alguien te rozará el hábito, cógele por la muñeca izquierda; ésa será la señal. Si le ves que vacila, susúrrale: ‘Juan’; él te contestará: ‘Alonso’. Ése será tu hombre, consulta con él. Cada paso que yo dé te lo comunicaré a través de él”.

»Después de leer estas líneas me sentí como la pieza de un mecanismo que realiza determinadas funciones para las que su cooperación es imprescindible. El precipitado vigor de los movimientos de Juan impulsaba a los míos sin que yo hiciese nada por mi parte; y como la falta de tiempo no me daba ocasión para reflexionar, tampoco la tenía para elegir. Me sentía como un reloj cuyas manecillas son empujadas adelante, y daba las horas que me obligaban a dar. Cuando ejercen una fuerza poderosa sobre nosotros, cuando se encarga otro de pensar, sentir y actuar por nosotros, nos alegramos de relegar en él la responsabilidad no sólo física, sino también moral. Decimos con cobarde egoísmo: “De acuerdo; tú decides por mí”, sin paramos a pensar que en el tribunal de Dios no hay fiador que valga. Así que a la tarde siguiente bajé a pasear por el claustro. Ordené mi hábito, mi aspecto; cualquiera habría imaginado que me hallaba sumido en profunda meditación... y lo estaba, pero no sobre las cuestiones en que ellos creían que me ocupaba. Mientras paseaba, alguien me rozó el hábito. Me sobresalté y, para consternación mía, uno de los monjes me pidió perdón por haberme rozado con la manga de su túnica. Dos minutos después vino otro a tocarme. Noté la diferencia: había una fuerza secreta y comunicativa en su modo de cogerme. Era como el que no teme que le descubran, ni necesita excusarse. Así es como el crimen nos atrapa con mano decidida, mientras que el roce de la conciencia tiembla en la orla de nuestro vestido. Uno casi podría remedar las conocidas palabras del proverbio italiano, y decir que el delito es masculino y la inocencia femenina. *Le agarré la muñeca* con mano temblorosa, y susurré: “Juan”, con el mismo aliento. Él contestó: “Alonso”, y siguió andando un instante después. Entonces tuve unos momentos para reflexionar sobre mi destino, tan singularmente confiado a un ser cuyos afectos honraban a la humanidad, y a otro cuyos crímenes la infamaban. Me hallaba suspendido, como la tumba de Mahoma, entre el cielo y la tierra. Sentía una aversión indescriptible a comunicarme con un monstruo que había tratado de ocultar las manchas del parricidio arrojando sobre sus sangrientas e imborrables huellas la vestidura del monacato. Sentía también un terror indecible a

las pasiones y el atropello de Juan; finalmente, sentía que me hallaba en poder de lo que más temía, y que debía someterme a la acción de ese poder para liberarme.

»A la tarde siguiente anduve por el claustro. No puedo decir que deambulé con paso firme, pero estoy seguro de que era artificialmente regular. Por segunda vez tocó mi hábito la misma persona, y susurró el nombre de Juan. Después de esto, no me cupo la menor duda. Dije al pasar:

»—Estoy en tus manos.

»Una voz ronca desagradable contestó:

»—No, soy yo quien está en las tuyas.

»—Bien —murmuré—, comprendo: dependemos el uno del otro.

»—Sí. No podemos hablar aquí, pero se nos brinda una ocasión providencial para nuestra comunicación. Mañana es víspera de Pentecostés; será vigilia para toda la comunidad; cada hora deberemos ir de dos en dos al altar, pasar la hora en oración, y luego ser relevados por otros dos; así durante toda la noche. Es tal la aversión que inspiras en el convento que todos se niegan a acompañarte durante tu hora, que es de dos a tres. Así que estarás solo; entonces bajaré yo contigo... Estaremos a solas y no despertaremos sospechas.

»Dichas estas palabras, se alejó. La noche siguiente fue víspera de Pentecostés; los monjes estuvieron yendo de dos en dos al altar durante toda la noche y a las dos en punto me tocó a mí. Llamaron a la puerta de mi celda, y bajé a la iglesia solo.

Capítulo VIII

*Ye monks, and nuns throughout the land,
Who go to church at night in pairs,
Never take bell-ropes in your hands,
Toraise you up again from prayers.*

COLMAN

»No soy supersticioso, pero al entrar en la iglesia sentí un frío indecible en el cuerpo y en el alma. Me acerqué al altar y traté de arrodillarme: una mano invisible me lo impidió. Una voz pareció dirigirse a mí desde lo más recóndito del altar, y preguntarme qué me traía allí. Pensé que los que acababan de dejar el lugar habían estado absortos en oración, y que los que me iban a relevar se entregarían al mismo profundo homenajes, mientras que yo acudía a la iglesia con propósitos de impostura y engaño, y aprovechaba la hora destinada a la adoración divina para maquinara la forma de huir de ella. Me sentí como un impostor al encubrir mi engaño con los mismos velos del templo. Temblé por mi propósito y por mí mismo. Me arrodillé, no obstante, pero no me atreví a rezar. Los peldaños del altar estaban terriblemente fríos...; me estremecí ante el silencio que me vi obligado a guardar. ¡Ay!, ¿cómo podemos esperar que triunfe un proyecto que no nos atrevemos a confiar a Dios? La oración, *señor*, cuando nos recogemos profundamente en ella, no sólo nos hace elocuentes, sino que comunica también una especie de elocuencia a los objetos de nuestro alrededor. Al principio, mientras desahogaba mi corazón ante Dios, me pareció que las lágrimas eran más luminosas, que las imágenes sonreían, que el aire quieto de la noche estaba lleno de formas y de voces, y que cada soplo de brisa que entraba por la puerta traía a mi oído músicas de arpa de mil ángeles. Ahora todo estaba inmóvil: las lámparas, las imágenes, el altar, el techo parecían contemplarme en silencio. Me rodeaban como testigos, cuya sola presencia basta para condenar sin articular una sola palabra. No me atrevía a mirar hacia arriba, no me atrevía a hablar, no me atrevía a rezar, por miedo a descubrir un pensamiento para el que no pudiera suplicar una bendición; y esta especie de reserva mental, que Dios debía de conocer de todos modos, era a la vez inútil e impía.

»No hacía mucho que me hallaba en este estado de agitación cuando oí acercarse unos pasos: era el sujeto que yo esperaba.

»—Levántate —dijo, dado que yo estaba de rodillas—; levántate, no tenemos tiempo que perder. Vas a estar sólo una hora en la iglesia, y tengo muchas cosas que decirte en ese tiempo —me levanté—. Mañana por la noche será la ocasión de escapar.

»—¡Mañana por la noche..., Dios misericordioso!

»—Sí; en las decisiones desesperadas es siempre más peligroso el retraso que la precipitación. Hay ya mil ojos y oídos que están alerta. Un simple movimiento

sinistro o ambiguo haría imposible que escaparas a la vigilancia de todos ellos. Quizá corras algún peligro al apresurar las cosas de este modo, pero es inevitable. Mañana por la noche, después de las doce, baja a la iglesia; probablemente no habrá nadie aquí. Si hubiese alguien (que hubiera venido a recogerse o a cumplir alguna penitencia), retírate para evitar sospechas. Vuelve a la iglesia tan pronto como esté vacía: yo estaré aquí. ¿Ves esa puerta? —y señaló una puerta baja que yo había observado muchas veces, aunque no recordaba haberla visto abierta jamás—; he conseguido la llave de esa puerta... no importa cómo. Antiguamente conducía a la cripta del convento; pero por razones que no tengo tiempo de contarte, se ha abierto otro pasadizo, y el primero ha dejado de utilizarse o frecuentarse desde hace muchos años. De ahí parte otro pasadizo que, según he oído decir, comunica con una trampa del jardín.

»—¡Que has oído decir! ¡Válgame Dios! ¿Te basas en el rumor, entonces, para un asunto tan vital? Si no estás seguro de que existe ese pasadizo, y de que conoces sus vueltas y revueltas, ¿no corremos peligro de andar vagando por él toda la noche? O quizá...

»—No me interrumpas con objeciones vanas; no tengo tiempo para escuchar temores que no puedo compadecer ni disipar. Cuando salgamos al jardín a través de la trampa (si es que salimos), nos aguardará otro peligro.

»Calló, me pareció a mí, como el hombre que estudia el efecto de los temores que suscita, no por maldad, sino por vanidad; para aumentar únicamente su propio mérito al afrontarlos. Yo guardé silencio; y al ver que ni le elogiaba ni me echaba a temblar, prosiguió:

»—Por la noche sueltan en el jardín dos fieros perros; hay que tener cuidado con ellos. La tapia tiene dieciséis pies de altura, pero tu hermano posee una escala de cuerda, que lanzará, y podrás bajar por ella al otro lado sin peligro.

»—¡Sin peligro!; pero mi hermano Juan sí que lo correrá.

»—No me interrumpas más; el peligro que vas a correr de muros adentro es mínimo; de muros afuera, ¿en dónde buscarás refugio o escondite? El dinero de tu hermano te facilitará probablemente la salida de Madrid. Puede sobornar por todo lo alto, y cada pulgada de tu camino puede ser pavimentada con su oro. Pero después se presentarán tantos riesgos que la empresa y el peligro no parecerá sino que acaban de empezar. ¿Cómo cruzarás los Pirineos? ¿Cómo?

»Y se pasó la mano por la frente con el gesto del hombre empeñado en un esfuerzo superior a su propia naturaleza, y que se siente indeciso sobre qué medios utilizar. Esta expresión, tan llena de sinceridad, me sorprendió sobremanera. Hizo de contrapeso frente a todos mis anteriores prejuicios. Pero cuanta más confianza tenía en él, más me impresionaban sus temores. Repetí:

»—¿Cómo podré escapar finalmente? Con tu ayuda puedo recorrer esos pasadizos intrincados cuyas frías humedades siento ya destilar sobre mí. Puedo salir a la luz, subir y bajar por el muro; pero después, ¿cómo escapar? ¿Cómo voy incluso a

vivir? España entera no es más que un gigantesco monasterio... Caeré prisionero haga lo que haga.

»—Tu hermano se ocupará de eso —dijo con brusquedad—; yo habré cumplido la parte que me toca.

»Entonces le apremié con varias preguntas sobre los detalles de mi huida. Su respuesta fue monótona, insuficiente y evasiva hasta el punto de llenarme nuevamente de recelo primero, y de terror después. Le pregunté:

»—¿Pero cómo has conseguido esas llaves?

»—Eso no te importa.

»Era extraño que contestara lo mismo a cada pregunta que le hacía acerca de cómo había llegado a conseguir el medio de facilitarme la huida, de modo que no tuve más remedio que desistir, insatisfecho, y volver a lo que me había contado.

»—Pero entonces, ese terrible pasadizo que pasa cerca de las criptas... ¡la posibilidad, el temor de no salir nunca a la luz! Piensa en lo que es andar vagando entre ruinas sepulcrales, tropezando con los huesos de los muertos, chocando con cosas que no puedo describir; el horror de estar entre los que no son ni vivos ni muertos: esos seres sin sombra que se divierten con los restos de los muertos y aman y celebran sus festines en medio de la corrupción, lívidos, burlescos, y terribles. ¿Debemos pasar cerca de esas criptas?

»—¿Qué ocurre?, puede que tenga yo más razones que tú para temerlas.

»¿Esperas que el espíritu de tu padre surja de la tierra para maldecirte? Ante estas palabras, que pronunció en un tono que pretendía inspirar confianza, me estremecí de horror. Las decía un parricida, jactándose de su crimen, en una iglesia, a medianoche, entre los santos cuyas silenciosas imágenes parecían temblar. Para disipar la creciente tensión volví a la insalvable tapia y a la dificultad de manejar una escala de cuerda sin que me descubriesen. La misma respuesta brotó de sus labios:

»—Eso déjalo de mi cuenta; ya está arreglado.

»Siempre que contestaba así, desviaba el rostro y sus palabras se fragmentaban en monosílabos. Por último, comprendí que el caso era desesperado, que debía confiar plenamente en él. ¡En él! ¡Dios mío! ¡Lo que sentí cuando tuve que decirme eso a mí mismo! El convencimiento que hizo estremecer mi alma fue éste: estoy en su poder. Y, sin embargo, aun bajo esta impresión, no pude por menos de insistir en las insalvables dificultades que parecían impedir mi huida. Entonces perdió la paciencia..., me acusó de timidez y de ingratitud; y al adoptar de nuevo su tono naturalmente feroz y amenazador, sentí renacer en mí la confianza en él, más que si hubiera tratado de disimularlo. Aunque sus palabras eran mitad reproche, mitad insulto, lo que decía revelaba tanta habilidad, intrepidez y destreza, que empecé a sentir una especie de dudosa seguridad. Me pareció, al menos, que si había alguien en la tierra capaz de llevar a cabo mi liberación, ese alguien era este hombre. No sabía lo que era el miedo, no sabía lo que era la conciencia. Había hecho alusión al asesinato de su padre para impresionarme con su osadía. Lo vi en su expresión al levantar

involuntariamente la mirada hacia él. No había en sus ojos ni el vacío del remordimiento ni el delirio del miedo: me miró descarado, desafiante, decidido. Para él sólo había una emoción vinculada a la palabra peligro: la de una fuerte excitación. Se lanzaba a una peligrosa empresa como el jugador que se sienta para enfrentarse a un adversario digno de él; y el que estuviese en juego la vida y la muerte era para él como jugar con apuestas más elevadas, y las crecientes exigencias de valor y talento le proporcionaban realmente el modo de afrontarlas. Íbamos a dar por terminada nuestra entrevista, cuando se me ocurrió que este hombre se estaba exponiendo por mí a un grado de peligro casi increíble; y yo estaba dispuesto a desentrañar al menos este misterio. Dije:

»—¿Pero cómo te las arreglarás para quedar a salvo? ¿Qué será de ti cuando se descubra mi huida? ¿No te aguardarán los más espantosos castigos ante la mera sospecha de que has sido el agente, y no digamos ya cuando la sospecha se convierta en la certeza más irrefutable?

»No me es posible describir el cambio de expresión que se operó en él mientras pronunciaba yo estas palabras. Me miró un momento sin hablar, con una mezcla indefinible de sarcasmo, desprecio, duda y curiosidad en su semblante; luego trató de reír, pero los músculos de su rostro eran demasiado duros y rígidos para admitir tal modulación. En rostros como el suyo, el ceño es hábito, y la sonrisa convulsión. No pudo esbozar otra cosa que un *rictus sardonicus*, cuyos terrores no hay por qué describir; es espantoso ver el crimen en su júbilo: su sonrisa puede compararse a muchos gemidos. Se me heló la sangre al verle. Esperé el sonido de su voz como una especie de alivio. Por último, dijo:

»—¿Me crees tan idiota como para organizar tu huida arriesgándome a que me encarcelen de por vida, o que me emparen, o que me entreguen a la Inquisición? —se echó a reír otra vez—. No; escaparemos juntos. ¿Pensabas que me iba a tomar tantos cuidados en una aventura en la que no iba a participar sino como ayudante? Era en mi propio peligro en lo que pensaba; es mi propia seguridad lo que me preocupa. Nuestra situación ha venido a unir a dos personas opuestas en una misma aventura, pero es una unión inevitable e *inseparable*. Tu destino ahora está unido al mío por unos lazos que ninguna fuerza humana puede romper: ya no nos separaremos nunca más. El secreto que cada uno de nosotros posee debe ser vigilado por el otro. Nuestras vidas están cada una en manos del otro, y un momento de ausencia podría significar traición. Tendremos que pasamos la vida vigilando cada suspiro que el otro deje escapar, cada mirada que el otro lance..., temiendo el sueño como a un traidor involuntario, y escuchando atentos los murmullos inconexos de las inquietas pesadillas del otro. Podemos odiamos, atormentamos... o peor aún, podemos cansarnos el uno del otro (pues el odio mismo sería un alivio comparado con el tedio de nuestra inseparabilidad); pero no podremos separarnos jamás.

»Ante este cuadro de libertad por el que había arriesgado yo tanto, mi alma retrocedió. Miré al formidable ser con el que de este modo se había asociado mi

existencia. Se iba ya, y se detuvo a unos pasos para repetir sus últimas palabras, o quizá para observar su efecto. Yo me senté en los peldaños del altar. Era tarde; las lámparas de la iglesia ardían débilmente y, al detenerse él en la nave, lo hizo en tal posición con respecto a la luz que provenía del techo que quedó iluminado solamente su rostro y su mano extendida hacia mí. El resto de su figura, envuelta en la oscuridad, dio a esta cabeza espectral y sin cuerpo un efecto verdaderamente aterrador. La ferocidad de sus facciones quedó suavizada por una sombra densa y mortal, mientras repetía:

»—Jamás nos separaremos; tendré que estar junto a ti eternamente.

»Y el tono profundo de su voz resonó como un trueno en la iglesia. Siguió un largo silencio. Él seguía en la misma postura, y yo no tenía fuerzas para cambiar la mía. El reloj dio las tres; su sonido me recordó que mi hora había expirado. Nos separamos, cada uno en distinta dirección; y por fortuna los dos monjes que debían relevarme llegaron con unos minutos de retraso (bostezando los dos espantosamente), de modo que nuestra salida de la iglesia pasó inadvertida.

»No me es posible describir el día que siguió, como no podría analizar tampoco un sueño en sus elementos componentes de cordura, delirio, recuerdos frustrados y triunfante imaginación. Jamás soportó el sultán del cuento oriental que sumergía la cabeza en una jofaina de agua y, antes de incorporarse, vivía en cinco minutos las aventuras más accidentadas e inconcebibles —era monarca, esclavo, marido, viudo, padre, hombre sin hijos—, los cambios emocionales que yo experimenté ese día memorable. Me sentí prisionero, libre, persona feliz rodeada de niños sonrientes, víctima de la Inquisición consumiéndome en medio de las llamas y las execraciones. Era un loco, oscilando entre la esperanza y la desesperación. Todo el día me pareció estar tirando de la cuerda de la campana, cuyo alternado tañido era *cielo-infierno*, y resonaba en mis oídos con toda la lúgubre e incesante monotonía de la campana del convento. Por fin, llegó la noche. Casi podría decir *llegó el día*, pues ese día había sido noche para mí. Todo me era propicio: el convento estaba totalmente en silencio. Asomé la cabeza varias veces al pasillo para cerciorarme bien: *todo estaba en silencio*. No se oía ningún rumor de pasos, ni una voz, ni un susurro, bajo este techo que albergaba tantas almas. Salí furtivamente de mi celda y bajé a la iglesia. No era raro que lo hicieran aquellos a quienes inquietaba la conciencia o el desasosiego, durante la insomne tenebrosidad de una noche conventual. Al dirigirme hacia la puerta de la iglesia, donde se mantenían perpetuamente encendidas varias lámparas, oí una voz humana. Retrocedí aterrado; a continuación me aventuré a echar una mirada. Un anciano monje rezaba ante la imagen de un santo; y el objeto de sus plegarias era pedir alivio, no para la angustia de la conciencia o la supresión del monacato, sino para los tormentos de un dolor de muelas, para el que le habían aconsejado que aplicase las encías a la imagen de un santo famoso por su eficacia en tales casos^[21]. El pobre, anciano y torturado monje, rezaba con todo el fervor de la angustia, y luego restregaba repetidamente las encías sobre el frío mármol, lo que

acrecentaba su sufrimiento y su devoción. Vigilé, escuché... había algo a la vez ridículo y espantoso en mi situación. Me daban ganas de reírme de mi propia desdicha, al tiempo que llegaba a la angustia a cada momento. Temía, también, que apareciera otro intruso, y cuando oí que mis temores se iban a convertir en realidad, porque se acercaba alguien, me volví: para mi inmenso alivio, vi a mi compañero. Le hice comprender con una seña que no debía entrar en la iglesia; él me respondió del mismo modo, y se retiró unos pasos; aunque no sin mostrarme un manojo de llaves que se sacó de debajo del hábito. Esto me levantó el ánimo, y esperé otra media hora en un estado de tortura mental que, de habérsela infligido a mi mayor enemigo sobre la tierra, creo que yo mismo habría gritado: “Basta... basta; perdonadle”. El reloj dio las dos. Me retorcí y di una patada, sin atreverme a hacer mucho ruido, en el suelo del pasadizo. No me sentía tranquilo, ni mucho menos, ante la visible impaciencia de mi compañero, que, de cuando en cuando, asomaba de su escondite —una columna del claustro—, me dirigía una mirada de salvaje e inquieta interrogación (a la que yo contestaba con otra de desaliento), y se retiraba profiriendo maldiciones entre dientes, cuyo horrible rechinar podía oír yo claramente durante los intervalos en que contenía el aliento. Finalmente, me decidí a dar un paso desesperado. Entré en la iglesia y, dirigiéndome directamente al altar, me postré en los peldaños. El anciano me observó. Creyó que había ido con el mismo propósito que él, si no con los mismos sentimientos; y se me acercó para comunicarme su intención de unirse a mis rogativas y a pedirme que me interesase en las suyas, ya que *el dolor le había pasado de la mandíbula de abajo a la de arriba*. Hay algo imposible de describir en esta conjunción de los intereses más bajos y los más elevados de la vida. Yo era un prisionero que anhelaba la libertad, y me jugaba la vida en el paso que me veía obligado a dar. Mi único interés temporal y quizá eterno, dependía de un momento; y junto a mí había arrodillado un ser cuyo destino estaba ya decidido, que no podía ser otra cosa que monje durante los pocos años que le quedaban de inútil existencia, y que suplicaba la breve remisión de un dolor temporal que yo habría querido soportar durante toda mi vida a cambio de una hora de libertad. Al acercarse a mí, y suplicarme que le permitiera unirse a mis oraciones, di un paso atrás. Me parecía que había una diferencia en el objeto de nuestras peticiones a Dios, cuyo motivo no osaba indagar en mi corazón. De momento, no sabía cuál de los dos iba mejor encaminado: si él, cuya oración no deshonoraba el lugar, o yo, que luchaba contra una condición de vida desorganizada y antinatural, cuyos votos estaba a punto de violar. Me arrodillé con él, no obstante, y recé por que se le pasara el dolor con una sinceridad fuera de duda, ya que el éxito de mis plegarias podía ser un modo de facilitar que se marchara. Entretanto, temblaba ante mi propia hipocresía. Estaba profanando el altar de Dios; estaba burlándome de los sufrimientos del ser por el cual suplicaba; me sentía el peor de los hipócritas, un hipócrita de rodillas, y ante el altar. Pero ¿acaso no me obligaban a ello? Si yo *era* hipócrita, ¿de quién era la culpa? Si profanaba el altar, ¿quién me había arrastrado hasta él para ofenderlo con votos que mi alma desmintió y rechazó

más deprisa de lo que mis labios tardaron en pronunciarlos? Pero no había tiempo para exámenes de conciencia. Seguí de rodillas, recé y temblé hasta que el pobre doliente, cansado de la ineficacia de sus plegarias, y de la falta de respuesta a ellas, se levantó y emprendió la retirada. Durante unos minutos, tirité, presa de horrible ansiedad, ante la posibilidad de que se presentara otro intruso; pero los pasos rápidos y decididos que sonaron en la nave me devolvieron en seguida la confianza: era mi compañero. Se detuvo junto a mí. Soltó unas cuantas maldiciones, que sonaron horriblemente a mis oídos, más por el hábito que llevaba y por la influencia del lugar que por el significado que tenían, y echamos a correr *hacia la puerta*. Llevaba un puñado de llaves en la mano, y seguí instintivamente a esta promesa de liberación.

»La puerta era muy baja: bajamos cuatro escalones hasta ella. Metió la llave, cubriéndola con la manga para amortiguar el ruido. A cada esfuerzo, retrocedía, hacía rechinar sus dientes, pateaba... y luego aplicaba las dos manos. La cerradura no quería ceder. Yo juntaba las manos angustiado, me las retorció con fuerza por encima de la cabeza.

»—Trae una luz —dijo él en voz baja—, coge una lámpara de una de esas estatuas.

»Me sobrecogió la ligereza con que habló de las sagradas imágenes: y el acto que me ordenaba no me pareció sino un sacrilegio. Sin embargo, fui y cogí la lámpara, y la sostuve con mano temblorosa, mientras él intentaba otra vez hacer girar la llave. Durante este segundo intento, nos comunicamos en susurros esos temores que cortan el aliento hasta para murmurar.

»—¿No ha sido eso un ruido?

»—No; ha sido el eco de esta ruidosa y obstinada cerradura. ¿Viene alguien?

»—No. Nadie.

»—Asómate al pasadizo.

»—No te podré sostener la luz.

»—No importa... con tal que no nos descubran.

»—Con tal que escapemos —repliqué con una energía que le hizo estremecer, mientras dejaba la lámpara en el suelo y unía mi fuerza a la suya para hacer girar la llave.

»Chirrió, resistió: la cerradura parecía invencible. Lo intentamos otra vez, con los dientes apretados, la respiración contenida y los dedos despellejados casi hasta los huesos. En vano. Luego, otra vez... En vano. No sé si fue que la natural ferocidad de su carácter sentía la contrariedad más que el mío, o que, como muchos hombres de indudable valor, se impacientaba ante un *ligero* dolor físico en una lucha en la que era capaz de poner en juego la vida y perderla sin una queja, o a qué se debió, pero se sentó en los peldaños que bajaban a la puerta, se secó las gruesas gotas de cansancio y terror de su frente con la manga de su hábito, y me lanzó una mirada que era a la vez promesa de sinceridad y de desesperación. El reloj dio las tres. El sonido vibró en mis oídos como la trompeta del día del juicio... la trompeta que ha de *sonar*. Juntó

las manos con fiera y convulsa agonía, como los últimos forcejeos de un malhechor impenitente: esa agonía sin remordimiento, ese sufrimiento sin compensación ni consuelo que el crimen viste, por así decir, con el ropaje deslumbrante de la magnanimidad, y nos hace admirar al espíritu caído, al que no nos atrevemos a compadecer.

»—Estamos perdidos —exclamó—; tú estás perdido. A las tres le toca venir a velar a otro monje —y añadió en un tono bajo de infinito horror—: Oigo sus pasos en el corredor.

»En el momento en que pronunciaba estas palabras, la llave, en la que casi había dejado yo de forcejear, giró en la cerradura. Se abrió la puerta, y el pasadizo quedó libre ante nosotros. Mi compañero se reanimó al verlo, y nos metimos al instante en el pasadizo. Nuestra primera precaución fue quitar la llave y cerrar la puerta por dentro; entretanto, tuvimos la satisfacción de comprobar que no había nadie más en la iglesia, ni se acercaba nadie tampoco. Nuestros temores nos habían engañado; nos retiramos de la puerta, nos miramos con una especie de renovada y jadeante confianza, e iniciamos nuestra marcha por la cripta en silencio y a salvo.

»¡A salvo! ¡Dios mío! Aún tiemblo al pensar en esa expedición subterránea entre las criptas de un convento, con un parricida por compañero. ¿Pero hay algo con lo que el peligro no sea capaz de familiarizarnos? Si me hubieran contado este mismo episodio de otro, le habría tenido por la persona más temeraria y desesperada de la tierra; sin embargo, ése era yo. Me había quedado con la lámpara (cuya luz parecía acusarme de sacrilegio con cada destello que arrojaba ante el camino por el que avanzábamos), y seguía a mi compañero en silencio. Las novelas, *señor*, han familiarizado a vuestro país con relatos sobre pasadizos subterráneos y horrores naturales. Todos ellos, descritos por la pluma más elocuente, se quedarían pequeños ante el paralizador espanto que experimenta un ser empeñado en una empresa que está más allá de su capacidad, experiencia y cálculo, y se ve obligado a confiar su vida y su liberación a unas manos manchadas con la sangre de un padre. En vano intenté *tomar una resolución*, y decirme a mí mismo: “Esto es cuestión de poco tiempo”, y luchar para convencerme de que era necesario tener esta clase de sociedades en empresas desesperadas. Todo fue inútil. Temblaba al pensar en mi situación, en mí mismo; y ése es un terror que jamás podemos superar. Chocaba con las lápidas y me estremecía a cada paso. Una niebla azulenca se formó ante mis ojos, y cubrió los bordes de la lámpara con una empañada y brumosa luz. Mi imaginación comenzó a trabajar; y al oír las maldiciones con que mi compañero reprochaba mi involuntario retraso, casi empecé a temer que seguía los pasos de un demonio que me había seducido con fines que mi imaginación no era capaz de representarse. Me venían a la memoria historias de superstición, de la misma manera que acuden imágenes de horror a quienes se hallan en la oscuridad. Había oído decir que seres infernales seducían a los monjes con esperanzas de liberación atrayéndolos hacia las criptas del convento, y allí les proponían condiciones casi tan horribles de describir

como de soportar. Pensé que iban a obligarme a presenciar las algazaras monstruosas de un festín diabólico, que iba a presenciar cómo distribuían carne podrida y cómo bebían sangre corrompida de los muertos, y que oiría aullar los anatemas de los demonios a manera de insultos, en este límite espantoso donde se entremezclan la vida y la eternidad, que oiría las aleluyas del coro, repetidas incluso por las criptas, donde los demonios celebraban la *misa negra* de su aquelarre infernal. Pensé todo lo que los interminables pasadizos, la lívida luz y el diabólico compañero podían sugerir.

»Nuestros vagabundeos por el pasadizo parecían no tener fin. Mi compañero torció a la derecha, a la izquierda, avanzó, retrocedió y se detuvo (esto último fue espantoso). Luego reanudó la marcha otra vez, se adentró en otra dirección, donde el pasadizo era tan bajo que me vi obligado a andar a gatas para seguirle, e incluso en esta postura me golpeaba la cabeza contra el techo desigual. Cuando ya llevábamos avanzando así un buen rato (eso al menos me parecía a mí, ya que los minutos se vuelven horas en las *tinieblas* del terror —el terror carece de *diurnidad*—), el pasadizo se volvió tan estrecho y tan bajo que me fue imposible continuar, y me pregunté cómo podía seguir adelante mi compañero. Le llamé, pero no recibí respuesta; en la oscuridad del pasadizo, o más bien agujero, era imposible ver más allá de diez pulgadas. Yo llevaba la lámpara todavía, y la sostenía con mano precavida y temblorosa; pero la llama empezaba a menguar en aquella atmósfera angosta y condensada. Una ola de terror me subió hasta la garganta. Rodeado de humedades y goterones, mi cuerpo empezaba a ser presa de la fiebre. Llamé otra vez, pero no me contestó ninguna voz. En las situaciones de peligro, la imaginación es desgraciadamente fértil, y no pude evitar recordar y *aplicar* a mi caso una historia que había leído sobre unos viajeros que intentaron explorar las criptas de las pirámides egipcias. Uno de ellos, avanzando a gatas como yo, quedó encajado en el pasadizo y, ya fuera por terror o por las consecuencias naturales de su situación, se hinchó de tal modo que le era imposible retroceder, avanzar, ni permitir el paso a sus compañeros. El grupo volvía de regreso; y al ver que el pasadizo estaba obstruido por este obstáculo inamovible, con las luces a punto de apagarse y el guía aterrado hasta el punto de no poder dirigir ni dar consejo alguno, decidieron con el egoísmo a que reduce la conciencia de un peligro vital, cortarle las piernas al desventurado que taponaba el pasadizo. Oyó éste la proposición, y contrayéndose al máximo con angustia, merced a un fuerte espasmo muscular, se redujo a sus dimensiones usuales, le sacaron a rastras, y dejó sitio libre para que pasaran los demás. No obstante, le asfixió el esfuerzo, y dejaron un cadáver tras ellos. Este incidente, aunque requiere bastantes palabras contarle, me cruzó por el espíritu como un relámpago; ¿por el espíritu? No, no; fue por mi cuerpo. Fue un sentimiento físico, una intensa angustia corporal: sólo Dios puede saber, y el hombre sentir, cómo esa agonía puede absorber y aniquilar en nosotros cualquier otro sentimiento... cómo podemos, en un momento así, alimentarnos de un pariente, o abrimos un acceso con los dientes hacia la libertad

y la vida, como se sabe que hacen los náufragos, royendo su propia carne para sustentar esa existencia que el antinatural mordisco va haciendo menguar a cada agónico pedazo.

»Intenté retroceder a rastras, y lo conseguí. Creo que la historia que recordé hizo efecto en mí; notaba una contracción de músculos que concordaba con lo que había leído. Me sentí casi liberado por dicha sensación, y un momento después lo estaba realmente: había salido del pasadizo sin saber cómo. Debí de hacer uno de esos esfuerzos extraordinarios, cuya energía no sólo aumenta nuestro inconsciente, sino que depende de él. Sin embargo, me había desembarazado de esa estrechez y me detuve, agotado y sin aliento, con la agonizante lámpara en la mano, mirando a mi alrededor y sin ver otra cosa que los negros y goteantes muros y los bajos arcos de la bóveda que parecían bajar sobre mí como el ceño de una hostilidad eterna, un ceño que prohíbe toda esperanza o huida. La lámpara se apagaba deprisa en mi mano; la miré fijamente. Sabía que mi vida y, lo que me era aún más querido que la vida, mi liberación, dependía de este último reconocimiento; sin embargo, seguí observando la llama con mirada idiota, estupefacta. La lámpara vaciló débilmente; su agónico resplandor me hizo volver en mí. Me levanté y miré a mi alrededor. Una fugaz llamarada me reveló un bulto a mi lado. Me estremecí, y debí de gritar, aunque no me di cuenta, porque me dijo una voz:

»—Chisst, calla; te he dejado un momento para reconocer otros pasadizos. He descubierto el que conduce a la trampa... guarda silencio; todo va bien.

»Avancé temblando; mi compañero parecía temblar también. Susurró:

»—¿Se está apagando la lámpara?

»—Ya lo ves.

»—Trata de hacerla durar unos momentos más.

»—Lo intentaré; pero si se apaga, ¿qué?

»—Pereceremos —añadió, con una maldición que creí que venía de la bóveda de encima de nosotros.

»Es cierto, *señor*, que los sentimientos desesperados son los más acordes con las situaciones desesperadas, y las blasfemias de este desdichado me dieron una especie de horrible confianza en su valor. Empezó la marcha soltando maldiciones delante de mí; yo le seguí, al tiempo que vigilaba los últimos parpadeos de la lámpara con una angustia que aumentaba mi temor a exasperar otra vez a mi horrible guía. Ya he referido antes cómo nuestros sentimientos, aun en las exigencias más espantosas, se adhieren a los detalles pequeños y despreciables. Pese a todos mis cuidados disminuyó la llama, parpadeó, produjo un súbito y pálido destello, como sonriéndome de desesperación, y se apagó. Nunca olvidaré la mirada que me dirigió mi guía al extinguirse la luz. La había vigilado como los últimos latidos de un corazón moribundo, como los estremecimientos de un espíritu a punto de partir hacia la eternidad. La vi apagarse, y me consideré ya entre aquellos a quienes “la negrura de las tinieblas les está reservada para siempre”.

»Fue en ese momento cuando nos llegó un rumor débil al oído: era el cántico de maitines, ejecutado a la luz de las velas en esta época del año, que había empezado en la capilla situada ahora muy por encima de nosotros. Esta voz del cielo nos emocionó: parecíamos exploradores de las tinieblas, en las mismas fronteras del infierno. Este soberbio alarde del triunfo celestial, que en medio de los acordes de la esperanza nos hablaba de desesperación, que anunciaba a Dios a quienes se tapaban los oídos al sonido de su nombre, produjo un efecto indeciblemente espantoso. Caí al suelo, no sé si porque tropecé en la oscuridad, o vencido por la emoción. Me levantó un rudo brazo, y la voz aún más ruda de mi compañero. Entre una sarta de maldiciones que me helaron la sangre, me dijo que no había tiempo para desfallecimientos ni temores. Le pregunté, temblando, que qué podía hacer yo. Me contestó:

»—Sígueme, y te abrirás paso en la oscuridad.

»¡Terribles palabras! Quienes sólo nos dicen *toda* nuestra desventura parecen siempre malvados; nos halaga más el que nos dice que no es tan grande como la realidad nos demuestra que es. La verdad nos llega siempre por una boca distinta de la nuestra.

»En la oscuridad, en una oscuridad total, y a gatas, pues ya no podía andar de pie, seguí tras él. Este movimiento me afectó pronto a la cabeza; primero me produjo vértigo, y luego atontamiento. El otro gruñó una maldición, y yo, instintivamente, aligeré mis movimientos, como el perro que oye la voz regañona del amo. Mi hábito estaba hecho un guiñapo debido a mis forcejeos, y tenía las rodillas y las manos desolladas. Me había dado varios golpes en la cabeza, con las melladas y toscas piedras que formaban las irregulares paredes y los techos de este pasadizo eterno. Y sobre todo, el aire estancado, unido a la intensidad de mi emoción, me había provocado una sed cuya angustia era comparable a la de un carbón ardiendo en la garganta, que yo parecía chupar buscando humedad, aunque sólo me dejaba gotas de fuego en la lengua. Tal era mi estado cuando grité a mi compañero que no podía seguir adelante.

»—Quédate y púdrete entonces —fue su respuesta; y quizá las más confortantes palabras de aliento no habrían producido en mí un efecto tan vivo.

»Esa confianza de la desesperación, ese desafío del peligro, que amenazaba al poder en su misma ciudadela, me infundió temporalmente valor; pero ¿qué es el valor en medio de la oscuridad y de la duda? Por los pasos vacilantes, la respiración sofocada, las maldiciones masculladas en voz baja, deduje lo que ocurría. Estaba en lo cierto. Era el fin... A continuación sobrevino la detención sin esperanza, anunciada con el último sollozo feroz, el desesperado castañetear de dientes, el retorcer o más bien golpear de manos crispadas, en la terrible enajenación de la agonía total. Yo estaba de rodillas detrás de él, en ese momento, y repetí cada grito y gesto suyo con una violencia que sobresaltó a mi guía. Me impuso silencio profiriendo maldiciones. Luego intentó rezar; pero sus plegarias sonaban a maldiciones, y sus maldiciones

parecían tanto plegarias al malo que, sobrecogido de horror, le supliqué que se callase. Guardó silencio, y durante casi media hora ninguno de los dos pronunciamos una sola palabra. Nos tumbamos el uno junto al otro como aquellos dos perros jadeantes que, según he leído, murieron junto al animal que perseguían, exhalando sus últimos alientos sobre su piel, sin poder llegar a morderle.

»Así nos parecía a nosotros la liberación: cercana, y no obstante, inalcanzable. Así yacíamos en el suelo: sin atrevemos a hablar; porque ¿de qué podíamos hablar sino de la desesperación, y cual de nosotros se atrevía a agravar la desesperación del otro? Esa clase de miedo que sabemos que sienten otros, y que tememos agravar si hablamos *aun con quienes ya lo saben*, es quizá la más horrible sensación jamás experimentada. La misma sed de mi cuerpo parecía desvanecerse ante la ardiente sed de comunicarse del alma, cuando toda la comunicación era inexpresable, imposible, desesperanzada. Quizá se sientan así los espíritus condenados al llegarles su sentencia final, cuando saben todo lo que tienen que sufrir, y no se atreven a revelarse uno a otro la horrible verdad, que ya no es un secreto, aunque el profundo silencio de su desesperación así lo hace parecer. El secreto del silencio es el único secreto. Las palabras son una blasfemia contra ese Dios taciturno e invisible cuya presencia nos envuelve en nuestra última extremidad. Estos momentos, que me parecieron interminables, no tardaron en cesar. Mi compañero se levantó de un salto y profirió un grito de alegría. Pensé que había perdido el juicio, pero no. Exclamó:

»—¡Luz, luz... la luz del cielo; estamos cerca de la trampa, veo luz a través de ella!

»En medio de todos los horrores de nuestra situación, él había marchado constantemente con la mirada hacia arriba; porque sabía que, si nos acercábamos a la trampa, el más mínimo indicio de luz resultaría visible en la intensa oscuridad que nos envolvía y había estado en lo cierto. Me levanté de un salto... y la vi también. Con los puños cerrados, los labios apretados, los ojos dilatados y sedientos, miramos hacia arriba. Una delgada raya de luz grisácea aparecía sobre nuestras cabezas. Y se ensanchó, y se hizo más brillante: *era* la luz del cielo; y nos llegó también el soplo de sus brisas a través de las grietas de la trampa que daba acceso al jardín.

Capítulo IX

»Aunque la vida y la libertad parecían estar tan cerca, nuestra situación era todavía muy crítica. La luz de la madrugada que colaboraba en nuestra huida podría ayudar a muchos ojos a que nos descubrieran. No había un momento que perder. Mi compañero me propuso subir primero, y no me atreví a oponerme. Me hallaba demasiado en sus manos para contradecirle; ya la temprana juventud, la arrogancia de la depravación siempre le parece superioridad de poder. Veneramos con prostituida idolatría a quienes han recorrido los grados del vicio antes que nosotros. Este hombre era un criminal, y el crimen le concedía una especie de inmunidad heroica ante mis ojos. El conocimiento prematuro de la vida se compra siempre con la culpa. Sabía más que yo: era mi único asidero en este desesperado intento. Le temía como a un demonio pero le invocaba como a un dios.

»Al final, me sometí a su propuesta. Yo soy alto, pero él era mucho más fuerte que yo. Se subió sobre mis hombros; me tambaleé bajo su peso, pero conseguí levantar la trampa... y la luz del día irrumpió de lleno sobre nosotros. Acto seguido bajó la trampa y se dejó caer al suelo con una brusquedad que me derribó.

»—Los obreros están ahí; han venido a continuar las reparaciones; si nos descubren estamos perdidos. Andan por todo el jardín, y seguirán ahí todo el día. ¡Esa maldita lámpara nos ha hecho una buena faena! De haber durado unos momentos más, podríamos haber salido al jardín, haber saltado la tapia, y ahora estaríamos libres; pero así...

»Mientras hablaba, se dejó caer al suelo crispado de rabia y de frustración. Para mí, no podía haber noticia peor. Era evidente que habíamos fracasado por cuestión de momentos, pero nos habíamos salvado del más horrible de los terrores: el de vagar hambrientos en la oscuridad hasta perecer; habíamos encontrado el camino hasta la trampa. Yo tenía una fe inquebrantable en la paciencia y el celo de Juan. Estaba seguro de que, si nos había esperado esa noche, nos esperaría muchas noches más. Finalmente, pensé que sólo era cuestión de esperar veinticuatro horas o menos, lo cual no suponía nada, comparado con la eternidad de horas que de otro modo consumiríamos en el convento. Le susurré todo esto a mi compañero mientras cerraba la trampa; pero en sus lamentos, sus imprecaciones y sus inquietos gestos de impaciencia y desesperación percibí la diferencia entre hombre y hombre, a la hora de la verdad. Él poseía una fortaleza activa, yo pasiva. Dadle algo que hacer, y lo hará sin una queja, aun a riesgo de perder un miembro, la vida y hasta el alma. Dadme a mí algo que sufrir, que soportar, o a lo que resignarme, y al punto me convertiré en el *héroe de la resignación*. Mientras este hombre, con toda su reciedumbre física y su audacia mental, se retorció en el suelo con la imbecilidad de un niño en un paroxismo de implacable pasión, yo hacía de consolador, de consejero y de báculo. Por último, accedió a escuchar a la razón; convino en que debíamos permanecer veinticuatro horas más en el pasadizo, al que dedicó toda una letanía de maldiciones. Así,

decidimos esperar en el silencio y la oscuridad hasta la noche; pero es tal la inquietud del corazón humano que este acuerdo, que unas horas antes habríamos recibido como el ofrecimiento de un ángel benévolo para nuestra liberación, comenzaba a revelar, examinado más de cerca, ciertos rasgos repulsivos que casi rayaban en el espanto. Estábamos mortalmente agotados. Nuestros esfuerzos físicos, durante las últimas horas, habían sido casi increíbles; en realidad estoy convencido de que solamente la conciencia de estar empeñados en una lucha a vida o muerte pudo permitirnos soportarlo; y ahora que la lucha había terminado, empezábamos a sentir nuestra debilidad. Nuestros sufrimientos mentales no habían sido menos importantes: el tormento lo habíamos sufrido en el cuerpo y en el alma por igual. De haber actuado nuestros esfuerzos espirituales como los corporales, se nos habría visto llorar lágrimas de sangre, tal como nos parecía a nosotros que las derramábamos a cada paso. Recuerdo también, señor, el aire horrendo que llevábamos respirando tanto tiempo, en medio de la oscuridad y el peligro, y que ahora empezaba a manifestar su insalubre y pestilente efecto provocando en nuestros cuerpos diluvios de sudor, seguidos de un frío que parecía calamos hasta el tuétano. En este estado de fiebre psíquica y agotamiento corporal, teníamos que esperar ahora muchas horas, a oscuras, sin alimento, hasta que el cielo quisiese enviarnos la noche. Pero ¿cómo transcurrirían esas horas? El día anterior había sido de una estricta abstinencia, y empezábamos a sentir la comezón del hambre, de un hambre que no sería aplacada. Debíamos ayunar hasta el momento de nuestra liberación, y hacerlo entre muros de piedra, y sentados en un suelo húmedo, lo cual nos iba mermando la fuerza necesaria para enfrentarnos a su impenetrable dureza y su frío aniquilador.

»El último pensamiento que me vino fue: ¿con qué compañero tengo que pasar estas horas? Con un ser que detestaba con toda el alma, aunque comprendía que su presencia era a la vez una maldición insoslayable y una invencible necesidad. Así, pues, nos quedamos temblando bajo la trampa, sin atrevemos a expresar nuestros mutuos pensamientos, aunque experimentando *esa desesperación de la incomunicación* que es, quizá, la más cruel maldición que puede infligirse a quienes se ven obligados a permanecer juntos; y obligados, por la misma necesidad que impone su incompatible unión, a no comunicarnos ni siquiera nuestros mutuos temores. Cada uno oía los latidos del corazón del otro, y sin embargo no se atrevía a decir: “Mi corazón late al unísono con el tuyo”.

»Mientras estábamos así, se eclipsó de pronto la claridad. No supe a qué atribuirlo, hasta que sentí una lluvia; la más violenta, quizá, que se había precipitado sobre la tierra. Se coló incluso por la trampa, y en cinco minutos me empapó hasta los huesos. Me retiré de ese lugar, aunque no antes de haberla recibido en cada poro de mi cuerpo. Vos, señor; vivís en la feliz Irlanda, que Dios ha bendecido con la exención de esas vicisitudes de la atmósfera, y no podéis haceros una idea de su violencia en los países continentales. Esta lluvia fue seguida de un estrépito de truenos que me hizo temer que Dios me perseguía hasta los abismos en los que me

había escondido para escapar de su venganza, y arrancaron a mi compañero blasfemias más sonoras aún que los mismos truenos, al sentirse calado también por el agua que ahora, inundando la cripta, nos llegaba casi al tobillo. Por último, sugirió que nos retirásemos a un lugar que decía conocer, donde estaríamos protegidos. Añadió que era a unos pasos de donde estábamos, y que de allí encontraríamos fácilmente el camino de regreso. No me atreví a oponerme, y le seguí hacia una oscura cavidad que sólo se distinguía del resto de la cripta por los vestigios de lo que una vez había sido puerta. Había ahora algo de claridad, y pude distinguir los objetos sin esfuerzo. Por los profundos agujeros para pasar la barra del cerrojo, y el tamaño de los goznes de hierro que aún seguían allí, aunque cubiertos de herrumbre, deduje que debió de ser de una solidez nada común, y que probablemente cerraría la entrada de un calabozo; ya no había puerta, pero me estremecí al entrar. Una vez dentro, agotados en cuerpo y alma, nos tendimos los dos en el duro suelo. No intercambiamos una sola palabra, y un sueño irresistible nos venció; y si iba a ser este sueño el último de mi vida o no, me era totalmente indiferente. Sin embargo, me encontraba ahora a dos dedos de la libertad; y aunque empapado, hambriento e incómodo, estaba, desde cualquier punto de vista racional, en una situación mucho más envidiable que la de la estéril seguridad de mi celda. ¡Ay! Demasiado cierto es que nuestras almas se encogen siempre ante la proximidad de una bendición, y parece como si sus potencias, exhaustas ante el esfuerzo por alcanzarla, no tuvieran ya energía para tomar posesión de ella. Así nos vemos siempre forzados a sustituir el placer de la posesión por el de la persecución, a invertir los medios y los fines, o a confundirlos para extraer algún goce de ellos, hasta que, por último, la fruición se convierte en un nombre más del cansancio. Evidentemente, estas reflexiones no se me ocurrieron cuando, agotado de cansancio, de terror y de hambre, caí al suelo vencido por un sopor que no era sueño, sino que parecía la suspensión de mi naturaleza mortal e inmortal. Mi vida animal y racional cesaron al mismo tiempo. Hay casos, *señor*; en que la capacidad de pensar parece acompañarnos hasta el mismo límite del sueño, y nos dormimos llenos de pensamientos agradables, para revivirlos en nuestros sueños: pero hay también casos en que percibimos que nuestro sueño es un “sueño para siempre”, en que renunciamos a la esperanza de inmortalidad a cambio de la esperanza de un profundo descanso, en que pedimos, en medio de las tribulaciones del destino, “descansar, descansar” nada más, en que alma y cuerpo desfallecen juntamente, y todo lo que rogamus a Dios o al hombre es que nos deje dormir.

»En este estado caí al suelo; y en ese momento, habría trocado todas mis esperanzas de liberación por doce horas de profundo descanso, del mismo modo que vendió Esaú sus derechos de primogenitura por un modesto aunque indispensable plato de comida. Pero no iba a disfrutar de este descanso mucho tiempo. Mi compañero dormía también. ¡Dormía! ¡Dios mío!, ¿qué clase de sueño era el suyo? Uno en cuya vecindad nadie podía cerrar los ojos ni, lo que es peor, los oídos.

Hablaba en voz alta sin cesar, como si hubiese ejercido todas las ocupaciones activas de la vida. Involuntariamente, oí los secretos de sus sueños. Sabía que había matado a su padre, pero ignoraba que la escena del parricidio le perseguía en sus visiones inconexas. Al principio turbó mi sueño murmurando palabras tan horribles como las que había oído junto a mi lecho en el convento. Eran unos murmullos que me desasosegaron aunque no me desvelaron del todo. Luego aumentaron, se redoblaron; y me despertaron los terrores de mis asociaciones habituales. Imaginé al Superior y la comunidad entera persiguiéndonos con antorchas encendidas. Sentí el calor de las antorchas en contacto incluso con los globos de mis ojos. Grité:

»—Perdonadme la vista, no me dejéis ciego, no me volváis loco, y lo confesaré todo.

»Una voz profunda, cerca de mí, dijo:

»—Confiesa.

»Me incorporé de un salto, completamente despierto: sólo era la voz de mi compañero dormido. Me puse en pie y le observé largamente. Resollaba y se removía en su lecho de piedra como si éste fuese de plumas. Mi compañero parecía tener una constitución de diamante. Los dentados picos de la piedra, la dureza del suelo, los surcos y asperezas de su inhospitalario lecho no le molestaban en absoluto. Podía dormir; pero dentro tenía sus sueños. Yo había leído, relatos sobre los horrores que aguardaban al culpable en su lecho de muerte. Nos habían hablado a menudo de esto en el convento. Un monje, concretamente, que era sacerdote, solía referir una agonía que había presenciado, y describir con frecuencia sus horrores. Contaba que había pedido a una persona, serenamente sentada en su silla, aunque moribunda, que se descargara en él mediante confesión. El moribundo respondió:

»—Lo haré, cuando éstos abandonen la habitación.

»El monje, imaginando que se refería a los parientes y amigos, les hizo seña de que se retiraran. Así lo hicieron, y otra vez reiteró el monje su ofrecimiento a la conciencia del penitente. La habitación estaba ahora vacía. E instó el monje al moribundo a que revelara los secretos de su conciencia. La respuesta fue la misma:

»—Lo haré cuando se marchen éstos.

»—¡Ésos!

»—Sí, éstos a quienes no podéis ver, ni conjurar... haced que se vayan y os revelaré la verdad.

»—Dímela ahora; aquí no hay nadie más que tú y yo.

»—Sí hay —contestó el moribundo.

»—No hay nadie a quien yo pueda ver —dijo el monje mirando en torno suyo.

»—Pero en cambio, sí están los que yo veo —replicó el desdichado moribundo —; y los que me ven a mí; porque me vigilan, esperando a que el último aliento salga de mi cuerpo. Los veo, los siento... están ahí, a mi derecha.

»El monje cambió de sitio.

»—Ahora están a la izquierda.

»El monje se corrió otra vez.

»—Ahora están a la derecha.

»El monje ordenó a los hijos y parientes del moribundo que entraran en la habitación y rodearan la cama. Obedecieron.

»—Ahora están por todas partes —exclamó el hombre, y expiró^[22].

»Esta terrible historia me vino a la memoria, junto con otras muchas. Había oído contar bastantes cosas sobre los terrores que rondan el lecho del culpable en su última hora; pero, por lo que tuve que escuchar en esta ocasión, así llegué a pensar que eran muy inferiores a los del sueño culpable. Ya he dicho que mi compañero empezó con leves murmullos, aunque podía distinguir algunas palabras que muy pronto me recordaron cosas que estaba deseando olvidar, al menos mientras estuviéramos juntos. Murmuró:

»—¿Es viejo? Sí, bueno; menos sangre tendrá. ¿Cabellos grises?, no importa, mis crímenes han contribuido a volverlos de ese color... Él mismo debía habérselos arrancado hace mucho. ¿Decís que son blancos?; pues esta noche se teñirán con sangre; así ya no volverán a ser blancos. Sí... el día del juicio los llevará como un estandarte de condenación contra mí. Marchará a la cabeza de un ejército más fuerte que el de los mártires: la hueste de aquellos cuyos asesinos fueron sus propios hijos. Qué importa si apuñalaron el corazón o el cuello de sus padres. Yo le clavé ya el cuchillo una vez, hasta lo más hondo; ahora, en la próxima, resultará menos doloroso, estoy seguro...

»Y reía, se estremecía y se retorció en su lecho de piedra. Sobrecogido de horror, traté de despertarle. Sacudí sus brazos musculosos, le volví boca abajo, boca arriba, pero nada pudo despertarle. Parecía como si le estuviera meciendo en su cuna de piedra. Prosiguió:

»—A por la bolsa; sé en qué cajón del armario la tiene... pero despachadle primero a él. Vaya, así que no podéis... ¡os estremecéis ante sus blancos cabellos y su sueño tranquilo! ¡Ja, ja!, estos bribones deben de ser idiotas. Bueno, yo lo haré entonces, no será más que un breve forcejeo entre él y yo; él puede que se condene, pero yo lo haré irremisiblemente. ¡Chisst!... cómo crujen los escalones, ¿no le dirán que son los pasos de su hijo que sube? No se atreverán; las piedras del muro los desmentirían. ¿Por qué no engrasasteis los goznes de la puerta? Bueno: adentro. Duerme profundamente... ¡qué tranquilo está! Cuanto más tranquilo, más apto para ir al cielo. Ahora tengo la rodilla sobre su pecho; ¿y el cuchillo? ¿Dónde está el cuchillo? ...Si me mira estoy perdido. El cuchillo... soy un cobarde; el cuchillo... si abre los ojos, se acabó; el cuchillo, malditos collones, ¿quién se atreve a echarse atrás cuando tengo agarrado a mi padre por el cuello? ¡Toma, toma, toma!... mirad: sangre hasta el mango... la sangre del viejo. Buscad el dinero mientras yo limpio la hoja. No puedo limpiarla, sus cabellos grises se mezclan con la sangre... esos cabellos que rozaron mis labios la última vez que me besó. Yo era un niño entonces. En aquel entonces no le habría matado ni por todo el oro del mundo; ahora en cambio...

Ahora, ¿qué soy? ¡Ja, ja! Dejad que Judas contrapese su bolsa de plata con la mía: él traicionó a su Salvador, y yo he asesinado a mi padre. Plata contra plata, y alma contra alma. Yo he sacado más de la mía... él fue un estúpido al vender la suya por treinta monedas. Pero ¿para quién de los dos arderá más el último fuego? No importa; ya lo comprobaré.

»Mientras mi compañero profería estas horribles expresiones, y las repetía una y otra vez, le sacudía yo y le gritaba que despertase. Por fin lo hizo, con una carcajada casi tan salvaje como el parloteo de sus sueños.

»—Bueno, ¿qué has oído? Yo le asesiné... lo sabías hace mucho. ¿Has confiado en mí en esta maldita aventura en la que corre peligro la vida de los dos, y no puedes soportar el oírme hablar conmigo mismo, aun sabiendo de antemano todo lo que decía?

»—No, no puedo soportarlo —contesté en una agonía de horror—: Ni siquiera para llevar a cabo mi huida podría soportar otra hora como la que acabo de pasar: la perspectiva de estar encerrado aquí todo un día, hambriento, en medio de humedades y tinieblas y oyendo los delirios de un... No me mires con esos ojos de burla; lo sé todo, y tu mirada me hace estremecer. Nada sino el férreo eslabón de la necesidad podría haberme atado a ti aun por un instante. *Estoy* atado a ti, y debo soportarlo mientras esto dure; pero no me hagas estos momentos más difíciles. Mi vida y mi libertad están en tus manos; y debo añadir que mi razón también, dadas las circunstancias en las que estamos inmersos... no puedo resistir la horrible elocuencia de tus sueños. Si me fuerzas a escucharte otra vez, me sacarás vivo de estos muros, pero demente, trastornado por terrores que mi cerebro es incapaz de soportar. No duermas, te lo ruego. Deja que vele a tu lado durante este día malhadado, este día que debemos medir por tinieblas y sufrimientos, en vez de por luz y alegría. Estoy dispuesto a padecer hambre, a tiritar de frío, a acostarme sobre estas duras piedras; pero no puedo soportar tus sueños. Si te duermes, tendré que despertarte para proteger mi razón. Me están abandonando rápidamente mis fuerzas físicas, y me vuelvo más celoso en el cuidado de mi entendimiento. No me lances miradas de desafío; soy menos fuerte que tú, pero la desesperación nos hace iguales.

»Mi voz sonó como un trueno a mis propios oídos; mis ojos relampaguearon visiblemente incluso para mí. Sentía la fuerza que nos confiere la pasión, y me di cuenta de que mi compañero también la sentía. Continué en un tono que a mí mismo me sobresaltó:

»—Si llegas a dormirte, te despertaré; si te mantienes firme, no te molestaré lo más mínimo: debes velar conmigo. Este largo día nos toca pasar hambre y frío juntos; y estoy decidido a que sea así. Puedo soportarlo todo; todo, menos los sueños de un hombre cuyo descanso delata la visión de su padre asesinado. ¡Despabílate, enfurécete, blasfema, pero no te duermas!

»El hombre me miró unos momentos, casi incrédulo de que fuera capaz de semejante arranque de energía y decisión. Pero cuando, con los ojos dilatados y la

boca abierta, se hubo convencido de la realidad, su expresión cambió súbitamente. Pareció sentir por voz primera cierta comunión de naturaleza conmigo. Cualquier manifestación de ferocidad era agradable y balsámica para él; y entre blasfemias que me helaron la sangre, juró que ahora le agradaba más, por mi resolución.

»—Me *mantendré* despierto —añadió, con un bostezo que le abrió las mandíbulas como las del ogro que se prepara para su caníbal festín. Luego, relajándose súbitamente, añadió—: ¿Pero cómo vamos a mantenemos despiertos? No tenemos comida ni bebida; ¿qué podemos hacer para no dormirnos? —y descargó una andanada de juramentos.

»A continuación se puso a cantar. Pero qué canciones. Estaban tan salpicadas de obscenidades y expresiones licenciosas que, habiendo pasado yo mis primeros años en el aislamiento doméstico, y en la rigidez conventual después, me pareció que junto a mí aullaba la encarnación del demonio. Le rogué que callara, pero pasaba este hombre tan instantáneamente de los extremos de la atrocidad a los de la ligereza, de los delirios de la culpa y el horror indecible a canciones que ofenderían a un burdel, que no sabía qué hacer con él. Jamás se me había ocurrido que pudiera darse esta *unión de antípodas*, esta alianza antinatural de los extremos de culpa y frivolidad. Empezaba con visiones de parricida, y acababa con canciones que habrían hecho enrojecer a una ramera. Cuán ignorante de la vida debía ser yo, al no saber que a menudo conviven la culpa y la insensibilidad, y destruyen la misma mansión; y que no hay alianza más fuerte e indisoluble en la tierra que la que se da entre la mano que se atreve a todo y el corazón que no es capaz de sentir nada.

»Mi compañero se detuvo de repente a mitad de una de las más licenciosas canciones. Miró a su alrededor durante un rato; y pese a la débil y lúgubre claridad en que nos mirábamos el uno al otro, me pareció observar que su semblante se ensombrecía con una rara expresión. No me atreví a decir nada.

»—¿Sabes dónde estamos? —susurró.

»—Ya lo creo: en la cripta de un convento; fuera del alcance del hombre, sin comida, sin luz, y casi sin esperanza.

»—Sí; es lo que podrían haber dicho sus últimos moradores.

»—¡Sus últimos moradores! ¿Quiénes fueron?

»—Te lo diré, si eres capaz de soportarlo.

»—*No soy capaz de soportarlo* —exclamé, tapándome los oídos—; no quiero oírlo. Por el narrador, adivino que debe de ser algo horrible.

»—En efecto, fue una noche horrible —dijo, aludiendo inconscientemente a una circunstancia del relato; y su voz se apagó en un murmullo, y se abstuvo de hablar más sobre el asunto. Me aparté de él todo lo que permitía la cripta; y apoyando mi cabeza sobre mis propias rodillas, traté de *no pensar*. ¡Qué estado espiritual debe ser ése que nos vemos empujados a desear no sufrirlo más, en el que de buena gana nos volveríamos “como las bestias que perecen”, para olvidar ese privilegio de la humanidad que sólo parece un indiscutido don para la infelicidad superlativa! Dormir

era imposible. Aunque el sueño parezca sólo una necesidad de la naturaleza, exige siempre que concorra un acto de la mente. Y si yo hubiese deseado descansar, la comezón del hambre, que ahora empezaba a trocarse en la más desagradable ansiedad, lo habría hecho imposible. En medio de esta complicación de sufrimiento físico y mental, resulta difícil de creer, *señor*, pero lo cierto es que lo que más me afectaba era la ociosidad, la falta de ocupación que inevitablemente implicaba mi monótona situación. Obligar a no hacer nada a un ser consciente de su fuerza para la acción, y que arde en deseos de emplearla, prohibir todo intercambio o adquisición de ideas a un ser intelectual, era inventar una tortura capaz de hacer ruborizar a Fálaris por lo inocuo de su crueldad.

»Yo había soportado sufrimientos casi intolerables, pero éste me parecía imposible de resistir; y creedme, *señor*: después de luchar con ese sufrimiento durante una hora (según contaba yo las horas) de inimaginable desdicha, me levanté y supliqué a mi compañero que me contara el episodio al que había aludido, en relación con nuestra espantosa morada. Su feroz naturaleza accedió al punto a mi petición, aunque su fuerte constitución había sufrido más que la mía, que era relativamente más endeble, en los esfuerzos de la noche y las privaciones del día, y se dispuso a realizar dicho esfuerzo con una especie de torva oficiosidad. Ahora estaba en su elemento. Tenía autorización para amedrentar a un espíritu debilitado relatando horrores, y asombrar a un ignorante exhibiendo crímenes ante él: y no necesitó más para dar comienzo.

»—Recuerdo —dijo—, un suceso extraordinario relacionado con esta cripta. Al entrar me ha sorprendido lo familiar que me resultaba esta puerta, este arco. No lo recordaba al principio; son tantos los extraños pensamientos que me vienen a la cabeza cada día, que sucesos que en otros dejarían una huella imperecedera cruzan ante mí como sombras; en cambio, los pensamientos son sólidos como las cosas. *Mis acontecimientos son las emociones*. Tú sabes qué es lo que me trajo a este maldito convento; bien, no tiembles ni te pongas más *pálido* de lo que estás. Sea como fuere, el caso es que entré en el convento, y me tuve que someter a su disciplina. Parte de ésta es que los criminales extraordinarios deben sufrir lo que ellos llaman una penitencia extraordinaria; o sea, someterse no sólo a toda la ignominia y rigor de la vida conventual (afortunadamente para sus penitentes, nunca faltan tan entretenidos recursos), sino hacer de verdugos cuando hay que infligir o aplicar un castigo señalado. Me hicieron el honor de considerarme especialmente capacitado para esta especie de diversión, aunque quizá no pretendían halagarme. Mostré toda la humildad del santo puesto a prueba; sin embargo, tenía confianza en mi habilidad a este respecto, con tal que se presentara un caso adecuado; y los monjes tuvieron la bondad de asegurarme que en el convento nunca estaría mucho tiempo sin ocuparme de alguno. Era muy tentador el cuadro de mi situación, pero descubrí que esta gente respetable no había exagerado lo más mínimo. La ocasión se presentó pocos días después de haber tenido la dicha de convertirme en miembro de esta amable

comunidad, a cuyos méritos eres sin duda sensible. Se me pidió que vigilase a un joven monje de familia distinguida, el cual había pronunciado sus votos hacía poco y realizaba sus deberes con tan inhumana puntualidad que hizo sospechar a la comunidad que su corazón estaba en otra parte. El caso pasó en seguida a mis manos; y en cuanto se me ordenó que me *ocupara* yo, comprendí que estaba obligado a concebir la más mortal hostilidad contra él. La amistad en los conventos es siempre una alianza traicionera: nos vigilamos, desconfiamos unos de otros y nos atormentamos por amor a Dios. El único crimen de este joven era el de ser sospechoso de alimentar una pasión terrenal. Como digo, era hijo de una distinguida familia, la cual (por temor a que contrajera lo que suele llamarse un matrimonio deshonesto, *id est*, que se casara con una mujer de nivel inferior, a la que amaba y con quien habría sido feliz, tal como los necios —o sea, media humanidad— entienden la felicidad) le había obligado a tomar los votos. Y unas veces parecía angustiado, pero otras había una luz de esperanza en su mirada que resultaba ominosa a los ojos de la comunidad. Lo cierto es que, no siendo la esperanza planta natural en el parterre de un convento, despertó sospechas en cuanto a su origen y su desarrollo.

»Algún tiempo más tarde, entró un joven novicio en el convento. Desde aquel mismo instante, se pudo apreciar un cambio de lo más sorprendente en el joven monje. Él y el novicio se hicieron compañeros inseparables. Había algo sospechoso en esta relación. Mis ojos se pusieron alerta inmediatamente. Los ojos se vuelven especialmente agudos en descubrir la miseria cuando se tiene la esperanza de agravarla. El afecto entre el joven monje y el novicio siguió en aumento. Siempre estaban juntos en el jardín: aspiraban el perfume de las flores, cultivaban las mismas plantas de claveles, se entrelazaban la cintura cuando paseaban juntos, y en el coro, sus voces eran como el incienso. La amistad, en la vida conventual, se lleva a menudo hasta el exceso; pero en aquel caso se parecía demasiado al amor. Por ejemplo, los salmos que se cantan en el coro adoptan a veces un lenguaje especial; en esas ocasiones, el joven monje y el novicio se dirigían las frases el uno al otro con tal sentimiento que no podría haber error alguno. Si se aplicaba a uno el más leve correctivo, el otro solicitaba sufrirlo por él. Si se concedía un día de asueto, cualquier regalo que llegaba a la celda del uno aparecía indefectiblemente en la del otro. Eso fue suficiente para mí. Adiviné el secreto de la misteriosa felicidad, que es la mayor desdicha para quienes no la pueden compartir. Redoblé mi vigilancia, y vi recompensados mis esfuerzos al descubrir un detalle revelador: un detalle que tuve que comunicar, y por el que alcanzaría mérito. No te puedes figurar la importancia que se da en un convento al descubrimiento de un secreto (sobre todo cuando la remisión de nuestras faltas depende del descubrimiento de las de los demás).

»“Una tarde, estando el joven monje y su amado novicio en el jardín, el primero arrancó un melocotón y lo ofreció a su protegido; éste lo aceptó con un movimiento que a mí se me antojó bien embarazoso; parecía lo que yo pensaba que podría ser la reverencia de una mujer. El joven monje partió el melocotón con un cuchillo; al

cortarlo se hizo un rasguño en un dedo, y el novicio, presa de inexplicable agitación, desgarró su hábito para vendarle la herida. Lo vi todo: en seguida comprendí el asunto. Fui a ver al Superior esa misma noche. Puedes imaginarte el resultado. Fueron vigilados, aunque al principio con precaución. Probablemente estaban alertados, porque durante algún tiempo ni siquiera mi acecho consiguió descubrir lo más mínimo. Cuando la sospecha está satisfecha de sus propias sugerencias como de la verdad del evangelio, se produce una situación enormemente seductora; sin embargo, hace falta un *pequeño hecho* para hacerlas creíbles a los demás”.

»“Una noche en que, por consejo del Superior, me había apostado en la galería (donde me gustaba pasarme hora tras hora, y noche tras noche, en medio de la soledad, la oscuridad y el frío, por la posibilidad de desquitarme en otros del sufrimiento que se me infligía a mí), una noche, me pareció oír ruido en la galería (como te he dicho, estaba a oscuras). Unos pasos tenues cruzaron junto a mí. Pude oír la respiración entrecortada y palpitante de la persona. Poco después, oí abrirse una puerta, y supe que era la del joven monje. Lo supe porque, debido a mis largas vigilancias a oscuras, ya haberme familiarizado con el número de celdas, los gemidos de uno, los rezos de otro, los débiles lamentos de un tercero en sus sueños inquietos, mi oído se había afinado a tal extremo que era capaz de distinguir sin vacilación cuándo se abría *aquella puerta*, de la que (para mi pesar) no había salido ningún ruido antes. Estaba yo provisto de una pequeña cadena, y trabé con ella el picaporte de la puerta con el de la puerta contigua, de manera que era imposible abrir ninguna de las dos desde dentro. A continuación corrí en busca del Superior, con un orgullo que nadie sino el descubridor de secretos culpables de los conventos puede experimentar. Creo que el propio Superior se sentía excitado por esos mismos sentimientos, ya que le encontré despierto y levantado, en su aposento, asistido por *cuatro monjes*, a los que quizá recuerdes —me estremecí al recordarlos—. Le di mi información con locuaz ansiedad, lo que no sólo era impropio del respeto que debía a sus personas, sino que incluso debió de hacer incomprensibles mis palabras; sin embargo, fueron lo bastante benévolo, no sólo para pasar por alto esa falta de corrección (que en cualquier otro caso habría sido severamente castigada), sino incluso para suplir ciertas pausas de mi relación con una condescendencia y facilidad verdaderamente milagrosas. Sabía qué era lo que iba a adquirir importancia a los ojos del Superior, y lo recalqué con toda la exaltada depravación de un confidente. Nos dirigimos allá sin perder un instante; llegamos a la puerta de la celda, y les mostré triunfal la cadena en su sitio, aunque una ligera oscilación, perceptible de cerca, indicaba que los desdichados del interior sabían ya el peligro que corrían. Quité la cadena: ¡cómo debieron de estremecerse! El Superior y sus acólitos irrumpieron en la celda, mientras yo sostenía la luz. Veo que *tiemblas*... ¿por qué? Yo era culpable, y deseaba presenciar una culpa que paliara la mía, al menos en opinión del convento. Yo había violado solamente las leyes de la naturaleza; mientras que ellos habían ultrajado el decoro de un convento; y por supuesto, para el credo de un convento, no

había proporción entre ambas transgresiones. Además, yo ansiaba presenciar esta desdicha que podía igualar o superar la mía; curiosidad que no era fácil satisfacer. De hecho, uno puede convertirse en *amateur del sufrimiento*. He oído contar a hombres que han visitado países donde se presencian a diario horribles ejecuciones por la emoción que jamás deja de producir la visión del sufrimiento, desde el espectáculo de una tragedia o un *auto de fe* a las contorsiones del reptil más despreciable que se pueda torturar, que uno siente como si esa tortura fuese consecuencia de su propio poder. Es un sentimiento del que nunca llegamos a despojarnos; un triunfo sobre aquellos a los que el sufrimiento ha puesto debajo de nosotros (el sufrimiento denota siempre debilidad), y del que nos jactamos en nuestra insensibilidad. Así lo sentí yo cuando irrumpimos en la celda. Los desdichados esposos estaban abrazados. Puedes imaginar la escena que siguió. Aquí debo hacer justicia al Superior, mal de mi grado. Era un hombre (naturalmente, por sus sentimientos conventuales) cuya noción de las relaciones entre los dos sexos era como la de dos seres de especies distintas. La escena que contempló no pudo repugnarle más que si hubiese sorprendido los horribles amores de unos babuinos con las mujeres hotentotes del cabo de Buena Esperanza, o esos otros, más repugnantes aún, que se dan entre las serpientes de Sudamérica y sus víctimas humanas^[23], cuando consiguen atraparlas y envolverlas con sus anillos, en monstruosa e indescrible unión. Verdaderamente, se quedó tan asombrado y aterrado al ver a dos seres humanos de distinto sexo que osaban amarse a pesar de los vínculos monásticos, como si presenciase las horribles uniones a las que he aludido. De haber visto dos víboras copulando en esa espantosa unión que más parece expresión de mortal hostilidad que de amor, no habría manifestado más horror; y le hago la justicia de creer que era sincero cuanto manifestaba. Cualquiera que fuese la afectación que adoptaba tocante a la austeridad conventual, aquí no había ninguna. El amor era algo que él siempre consideraba relacionado con el pecado, aunque estuviera consagrado por un sacramento y se llamase matrimonio, como lo está en nuestra Iglesia. Pero ¡amor en un convento! ¡Oh!, es imposible imaginar su furor, y más aún concebir la pomposa y desmesurada magnitud de esa ira, cuando se ve fortalecida por principios y santificada por la religión. Yo gocé de la escena lo indecible. Vi a aquellos desdichados que habían triunfado sobre mí reducidos en un instante a mi nivel: su pasión descubierta, y el descubrimiento aupándome como un héroe por encima de todos. Yo me había refugiado en sus muros como un proscrito infeliz y degradado; ¿y cuál era mi crimen? Bueno, veo que te estremeces; dejémoslo ya. Sólo puedo decir que me empujó la necesidad. Y aquí había dos seres ante los que, unos meses antes, me habría arrodillado como ante las imágenes de la capilla, y a los que, en mis momentos de desesperada penitencia, me habría agarrado como a los ‘cuernos del altar’, y que no obstante habían caído muy bajo, mucho más bajo que yo. Y aun siendo «hijos de la mañana», como yo les había considerado en la agonía de mi humillación, ‘¿cómo se habían precipitado!’. Me deleité en la degradación de ambos apóstatas; gocé, hasta el fondo de mi corazón ulcerado, de la pasión del

Superior: me hacía ver que todos eran hombres como yo. Aunque yo les había tenido por ángeles, demostraban ahora que eran mortales; y vigilando sus movimientos, y adulando sus pasiones y suscitando sus intereses, o bien exaltando mi propia hostilidad hacia ellos, mientras les hacía creer que estaba atento a la suya solamente, podía llevarles a concebir tanta aversión hacia los demás, y conseguir tanta ocupación para mí, como si realmente viviese en el mundo. Cortarle el cuello a mi padre fue en cierto modo una acción noble (perdona; no ha sido intención mía arrancarte lamento alguno); pero aquí había corazones que partir, y hasta el fondo, todos los días, y de la mañana a la noche. De manera que no me faltaba ocupación”.

»Aquí se enjugó su ruda frente, aspiró profundamente, y luego dijo:

»—Prefiero no entrar en los detalles con que esta desventurada pareja concibió la ilusoria esperanza de llevar a cabo su huida del convento. Baste decir que yo fui el agente principal, autorizado por el Superior, para guiarles por los mismos pasadizos que has recorrido tú esta noche, y que iban temblando bendiciéndome a cada paso... y que...

»—¡Calla, desdichado! —exclamé—; estás contando mi camino de esta noche paso a paso.

»—¿Qué —replicó él con una carcajada feroz—; crees que te voy a traicionar?; si fuera cierto, ¿de qué te valdrían tus sospechas? Estás en mis manos. Mi voz podría atraer a medio convento, y te cogerían en seguida; mi brazo podría sujetarte a ese muro, hasta que los perros de la muerte, que sólo esperan a que les dé un silbido, hundan sus colmillos en tu cuerpo. Imagino que sus dentelladas no serían menos penetrantes por el hecho de habérselos afilado durante tanto tiempo en una inmersión de agua bendita.

»Otra carcajada, que pareció brotar de los pulmones de un demonio, rubricó esta frase.

»—Sé que estoy en tu poder —contesté—; y si tuviese que confiar en él, o en tu corazón, mejor sería que estrellara mis sesos contra estas paredes de piedra, que no creo que sean tan duras. Pero sé que tus intereses están de uno u otro modo relacionados con mi huida, y por eso confío en ti... o debo confiar. Aunque la sangre, fría como la tengo por el hambre y la fatiga, se me hielva gota a gota al oírte, debo oírte sin embargo, y confiarte mi vida y mi libertad. Te hablo con la horrible franqueza que me ha enseñado nuestra situación: te odio, y te tengo pavor. Si nos encontrásemos en la vida, me apartaría de ti con infinita aversión, pero nuestra mutua desventura ha mezclado las más repugnantes sustancias en una coalición antinatural. La fuerza de esa alquimia debe cesar en el momento en que escape del convento y de ti; sin embargo, durante estas horas de angustia, mi vida depende de tus esfuerzos y tu asistencia, en la misma medida que mi capacidad para soportarlas depende de que continúes tu horrible relato; así que prosigue. Luchemos mientras transcurre este día espantoso. ¡Día! Esa palabra se desconoce aquí, donde el mediodía y la medianoche se dan la mano en un saludo inacabable. Luchemos “odiosos, y odiándonos el uno al

otro”; y cuando esto haya pasado, maldigámonos, y eche cada uno por su lado.

»Al decir estas palabras, señor; sentí esa terrible *confianza de la hostilidad* a la que son empujados los peores seres en las peores situaciones; y me pregunto si hay situación más horrible que aquella en la que nos aferramos al odio, en vez de al amor, en la que a cada paso que damos, ponemos una daga en el pecho de nuestro compañero, y decimos: “Si me fallas un instante, te la clavo en el corazón. Te odio, te temo; pero tengo que sufrir contigo”. Me resultaba extraño, aunque no lo sería para quien investigue la naturaleza humana, el que mientras mi estado me inspiraba una ferocidad totalmente inadecuada a nuestras situaciones relativas, y que debía de ser consecuencia de la locura y la desesperación y el hambre, el respeto de mi compañero hacia mí parecía aumentar. Tras una larga pausa, me preguntó si podía continuar su historia. Yo no podía hablar; porque, tras el último esfuerzo, me volvió el malestar del hambre, y sólo fui capaz de indicarle con un débil movimiento de mano que podía seguir.

»—Fueron conducidos aquí —prosiguió—; yo había sugerido el plan, y el Superior lo había aprobado. No estaría él presente, pero bastaba su mudo asentimiento. Yo fui el guía de la (pretendida) huida de ambos; creían que iban a fugarse con el consentimiento del Superior. Les guíé por los mismos pasadizos que hemos recorrido tú y yo. Yo tenía un plano de esta región subterránea, pero se me heló la sangre al recorrerla; y de ningún modo me volvía a su pulso normal, porque sabía cuál iba a ser el destino de mis acompañantes. Una de las veces volví la lámpara, fingiendo avivarla, para echar una mirada a los infelices enamorados. Se abrazaban el uno al otro, la luz de la alegría temblaba en sus ojos. Se susurraban mutuas palabras de esperanza, libertad y dicha, y mezclaban mi nombre en sus oraciones. Esta visión apagó el último vestigio de remordimiento que mi horrible misión me había inspirado. Se atrevían a ser felices en presencia de uno que debía ser eternamente desdichado. ¿Podía haber mayor ofensa? Decidí castigarles en el acto. Estábamos cerca ya de este mismo lugar; yo lo sabía, y el plano de sus vagabundeos no temblaba ya en mi mano. Les insté a que entraran aquí (la puerta se hallaba entonces en perfecto estado), mientras yo inspeccionaba el pasadizo. Entraron, dándome las gracias por mi precaución... no sabían que jamás saldrían vivos de este lugar. Pero ¿qué significaban sus vidas, al lado de la agonía que su felicidad me costaba a mí? En el momento en que estuvieron dentro, y se echaron en brazos el uno del otro (escena que me hizo rechinar los dientes), cerré y pasé el cerrojo. Esta acción no les produjo una inmediata alarma; la consideraron una precaución amistosa. Tan pronto como hube cerrado, corrí a ver al Superior, que estaba furioso por la ofensa infligida a la santidad de su convento, y más aún a la pureza de su perspicacia, de la que el buen Superior se preciaba, como si hubiese tenido alguna vez la más mínima. Bajó conmigo al pasadizo; los monjes nos siguieron con ojos llameantes. Agitados por el furor que les embargaba, les costó descubrir la puerta, aun después de señalarla yo repetidamente. El Superior, entonces, con sus propias manos, clavó la puerta con

varios clavos, que los monjes le procuraron ansiosamente, asegurando el cerrojo para que *no se descorriera jamás*; y cada golpe que daba, era para él como una llamada al ángel acusador para que le borrara un pecado de la lista de sus acusaciones. Pronto concluyó el trabajo, un trabajo que no se desharía jamás. Al primer ruido de pasos en el pasadizo y de golpes en la puerta, las víctimas empezaron a proferir gritos aterrados. Imaginaban que habían sido descubiertos, y que un grupo de monjes furiosos trataban de echar la puerta abajo. A estos terrores les sustituyeron muy pronto otros peores, al comprender que habían clavado la puerta, y oír alejarse nuestros pasos. Siguieron gritando; pero ¡qué distinto era el acento de su desesperación! Habían comprendido cuál era su destino [...].

»Y fue mi penitencia (no: mi deleite) vigilar la puerta so pretexto de evitar que escaparan (cosa que sabían que no era posible); aunque, en realidad, no sólo para infligirme la indignidad de ser el carcelero del convento, sino para avezarme en esa insensibilidad de corazón, dureza de nervios, terquedad de ojo y apatía de oído que eran lo más conveniente para mi oficio. Pero podían haberse ahorrado la molestia: yo tenía todo eso ya antes de ingresar en el convento. De haber sido yo el Superior de la comunidad, habría asumido de todos modos el trabajo de vigilar la puerta. Tú llamarás a eso crueldad; yo lo llamo curiosidad: esa curiosidad que arrastra a miles de personas a presenciar una tragedia, y por la que la mujer más delicada se deleita en los gemidos y las agonías. Yo tenía una ventaja sobre ellas: el gemido y la agonía en los que me recreaba eran reales. Me instalaba junto a la *puerta* (esa puerta que, como la del infierno de Dante, podía haber llevado la inscripción de “aquí no hay esperanza”) con gesto de fingida penitencia, y con sincera y cordial delectación. Podía oír cada palabra que transpiraba. Durante las primeras horas trataron de consolarse el uno al otro: se infundían esperanzas de liberación. Y cuando mi sombra, al cruzar el umbral, oscureció o restableció la luz, se dijeron: “Es él”; luego, tras repetirse esto mismo sin que nada sucediera, dijeron: “No, no es él”, y se tragaron el amargo sollozo de la desesperación, para ocultárselo el uno al otro. Hacia el anochecer vino un monje a relevarme y a ofrecerme comida. No habría abandonado mi puesto ni por todo el oro del mundo; así que hablé con el monje en su propio idioma, y le dije que quería hacer meritorios mis sacrificios ante Dios, y que estaba dispuesto a quedarme allí toda la noche, con el permiso del Superior. El monje se alegró de haber encontrado un sustituto de manera sencilla, y yo también, por la comida que me había traído, porque ya tenía hambre; aunque reservaba el apetito de mi alma para bocados más exquisitos. Les oí hablar dentro. Mientras comía, viví realmente el hambre que les devoraba a ellos, aunque no se atrevían a decirse una sola palabra. Discutieron, deliberaron; y como la desdicha se vuelve ingeniosa en su propia defensa, se aseguraron finalmente, el uno al otro, que era imposible que el Superior les hubiese encerrado allí para hacerles perecer de hambre. Al oír estas palabras, no pude reprimir una carcajada. Mi risa llegó hasta ellos, y callaron al instante. Durante toda la noche, sin embargo, estuve oyendo sus gemidos: esos

gemidos de sufrimiento físico que se burlan de los suspiros sentimentales que exhalan los corazones de los amantes más embriagados que hayan existido jamás. Les estuve oyendo toda esa noche. Yo había leído un montón de tonterías inimaginables en las novelas francesas. La propia madame de Sevigné afirma que se habría cansado de su hija en un largo viaje a solas con ella; pero encerradme dos amantes en un calabozo, sin comida, ni luz, ni esperanza; que me condenen (ya lo estoy, a propósito) si no acaban hartándose el uno del otro antes de que transcurran doce horas. El hambre y la oscuridad, al segundo día, ejercieron su acostumbrada influencia. Gritaron pidiendo que les soltaran, dieron fuertes y prolongados golpes en la puerta del calabozo. Dijeron a grandes voces que estaban dispuestos a someterse al castigo que fuera; y al oír aproximarse a unos monjes, a los que tanto habían temido la noche anterior, empezaron a suplicarles de rodillas. ¡Qué burla son, a fin de cuentas, las vicisitudes más espantosas de la vida humana! Ahora pedían lo que veinticuatro horas antes habían querido evitar, incluso sacrificando el alma a cambio. Luego, aumentó la agonía del hambre; se apartaron de la puerta y, a rastras, se separaron el uno del otro. ¡Se separaron! Cómo vigilaba yo todas estas cosas. De repente se habían vuelto hostiles... ¡Oh, qué festín para mí! No podían ocultarse las irritantes circunstancias de sus respectivos sufrimientos. Una cosa es, para los enamorados, sentarse ante un banquete espléndidamente servido, y otra muy distinta tumbarse en la lobrete y el hambre, y cambiar ese apetito que no se puede soportar sin exquisiteces y halagos, por ese otro que cambiaría a la misma Venus por un bocado de comida. La segunda noche, hablaban y gemían (como suele ocurrir); y, en medio de sus angustias (debo hacer justicia a las mujeres, a las que odio tanto como a los hombres), el hombre acusaba a la mujer de ser la causa de sus sufrimientos, en cambio, ella nunca le reprochó nada a él, nunca. Puede que sus gemidos fueran un amargo reproche a su compañero; pero no pronunció una sola palabra que pudiera haberle causado dolor. Un cambio se operó, sin embargo, en sus sentimientos físicos que yo pude observar muy bien. El primer día estuvieron abrazados, y cada movimiento que yo notaba me parecía como el de una sola persona. Al día siguiente, el hombre se revolvía y la mujer lloraba con desamparo. La tercera noche... ¿lo contaré?; bueno, tú me has pedido que continúe. Habían soportado todas las horribles y espantosas torturas del hambre; la ruptura de los lazos del corazón, de la pasión, de la naturaleza, había comenzado. En el suplicio de sus náuseas de hambre, se detestaron el uno al otro, y podían haberse maldecido, de haber sido capaces de maldecir. Fue al cuarto día cuando oí el alarido de la desventurada mujer: su enamorado, en la agonía del hambre, le había hincado los dientes en un hombro; ese cuerpo en el que se había deleitado tan a menudo se había convertido ahora en manjar para él" [...].

»—¡Monstruo!, ¿y te ríes?

»—Sí, me río de toda la humanidad, y de la impostura que se atreven a representar cuando hablan de sus corazones. Me río de las pasiones y los cuidados humanos: el vicio y la virtud, la religión y la impiedad; todo son consecuencia de

minúsculos regionalismos y situaciones artificiales. Una necesidad física, una severa e imprevista lección de los pálidos y marchitos labios de la necesidad, valen por toda la lógica de esos vacuos desventurados que se han jactado de dominarla, desde Zenón a Burgersdyck. ¡Ah!, ella hace enmudecer en un instante toda la absurda sofistería de la vida *convencional* y la pasión transitoria. Aquí había una pareja que no habría creído al mundo entero de rodillas, ni a los ángeles que hubiesen bajado a confirmarlo, que les fuera posible existir el uno sin el otro. Lo habían arriesgado todo, habían pasado por encima de lo humano y lo divino, para estar el uno en brazos del otro. Una hora de hambre había bastado para desengañarles. Una necesidad normal y corriente, cuyas exigencias habrían considerado en otro momento como una vulgar interrupción de su comunión espiritual, no sólo escindió para siempre esa comunión con su acción natural, sino que, antes de cesar, la convirtió en fuente de inconcebible tormento y hostilidad, salvo entre caníbales. Los más implacables enemigos de la tierra no se habrían mirado con más aversión que *estos amantes*. ¡Pobres miserables! Alardeáis de tener corazón; yo alardeo de no tenerlo, y la vida decidirá quién gana en esta presunción. Mi historia casi ha concluido, y espero que el día también. La última vez que estuve aquí, había algo que me excitaba; hablar en cambio de estas cosas ahora es una pobre distracción para quien las ha presenciado. Al sexto día, todo estaba en calma. Desclavamos la puerta y entramos: habían perecido. Los encontramos apartados el uno del otro, más que en ese lecho voluptuoso en que su pasión había convertido la esterilla del convento. Ella yacía encogida sobre sí misma, con un mechón de su pelo en la boca. Tenía un rasguño en el hombro: la rabiosa desesperación del hambre no había producido ninguna otra herida. Él estaba tendido cuán largo era, con la mano entre los labios; al parecer no había tenido valor para ejecutar el propósito con el que se la había llevado a la boca. Llevamos sus cuerpos a enterrar. Al sacarlos a la luz, la larga cabellera de la mujer se derramó sobre su cabeza, que ya no ocultaba su disfraz de novicio, y sus facciones me parecieron familiares. La miré más de cerca: era mi hermana, mi única hermana... y yo había estado oyendo cómo su voz se debilitaba cada vez más. Había oído...

»Y su voz se debilitó poco a poco, y cesó.

»Temiendo por la vida a la que estaba atada la mía, me acerqué tambaleante a él. Le incorporé en mis brazos y, acordándome de que debía de entrar alguna pequeña corriente de aire a través de la trampa, traté de arrastrarle hasta allí. Lo conseguí y, mientras soplaba la brisa sobre él, descubrí con inmensa alegría que había disminuido la claridad que entraba por las ranuras. Era el crepúsculo; ya no hacía falta perder más tiempo. Se recobró, ya que su desvanecimiento no se debía a un agotamiento de su sensibilidad, sino a la mera inanición. Fuera como fuese, todo mi interés estaba en vigilar su recuperación; y de haber sido yo lo bastante sagaz en observar las extraordinarias vicisitudes de la mente humana, me habría chocado el cambio operado en él al recuperarse. Sin hacer la menor alusión a su reciente relato, ni a sus últimos sentimientos, saltó de mis brazos al descubrir que la luz había disminuido, y

preparó nuestra huida a través de la trampa con renovada energía y una sensatez que podrían haberse calificado de milagrosas, de haber ocurrido en el convento; dado que estábamos a más de treinta pies de la superficie para tenerse por milagro, había que atribuir las meramente a su fuerte excitación. En efecto, no me atrevía a creer que un milagro viniese a favorecer mi profana tentativa, así que me alegré de poderlo atribuir a las causas segundas. Con destreza increíble, trepó por el muro aprovechando las irregularidades de las piedras y con la ayuda de mis hombros, abrió la trampa, me anunció que no había peligro, me ayudó a subir y, con jadeante alegría, respiré una vez más el hálito del cielo. La noche estaba completamente oscura. No se distinguían los edificios de los árboles, salvo cuando un débil soplo de brisa imprimía a éstos un ligero movimiento. A esta oscuridad, estoy convencido, debo el haber conservado mi lucidez en semejante trance: la claridad de una noche esplendorosa me habría hecho enloquecer al salir de las tinieblas, el hambre y el frío. Habría llorado, habría reído; habría caído de rodillas, y me habría convertido en idólatra. Habría “adorado a la hueste del cielo, y a la luminosa y errante luna”. La oscuridad fue mi mejor seguridad en toda la extensión de la palabra. Cruzamos el jardín sin notar el suelo bajo nuestros pies. Al acercarnos al muro experimenté otra vez un irresistible malestar: sentí vértigo, me tambaleé. Susurré a mi compañero:

»—¿No hay luces en las ventanas del convento?

»—No; esas luces sólo están en tus ojos; es efecto de la oscuridad, el hambre y el miedo; vamos.

»—Pero oigo repicar campanas.

»—Esas campanas repican sólo en tu oído; el estómago vacío es tu sacristán; por eso crees oír campanas. Éste no es momento de vacilaciones. Venga, vamos. No eches esa carga tan pesada sobre mis hombros; no desfallezcas, si puedes evitarlo. ¡Oh, Dios, se ha desmayado!

»Ésas fueron las últimas palabras que oí. Me desmayé, creo, en sus brazos. Con ese instinto que actúa más favorablemente en ausencia del pensamiento y el sentido, me arrastró hasta el muro, y *cerró mis fríos dedos* en torno a las cuerdas de la escala. El tacto me reanimó en seguida; y, casi antes de que mis manos agarraran las cuerdas, mis pies comenzaron a subirla. Mi compañero me siguió a continuación. Llegamos arriba, y yo me tambaleé de debilidad y de terror. Tenía un miedo tremendo de que, aunque la escala estaba allí, no estuviese Juan. Un instante después brilló una linterna ante mis ojos, y vi una figura abajo. Salté en ese insensato momento, sin preocuparme de si iba al encuentro de la daga de un asesino o el abrazo de un hermano.

»—Alonso, querido Alonso —murmuró una voz.

»—Juan, mi querido Juan —fue cuanto pude articular al sentir mi estremecido pecho apretado contra el más generoso y entrañable de los hermanos.

»—¡Cuánto debes de haber sufrido! ¡Cuánto he sufrido! —susurró—; durante las últimas veinticuatro horribles horas, casi te di por perdido. Date prisa, el coche está a menos de veinte pasos de aquí.

»Y mientras hablaba, el balanceo de la linterna alumbró aquellas facciones arrogantes y bellas que una vez tuve como prenda de eterna emulación, pero que ahora contemplaba como la sonrisa del orgulloso pero benevolente dios de mi liberación. Señalé a mi compañero, y no pude hablar: el hambre me consumía por dentro. Juan me sostuvo, me consoló, me animó; hizo más, mucho más, de lo que ningún hombre ha hecho nunca por otro; más, quizá, de lo que ningún hombre ha hecho jamás por el más estremecido y delicado ser del otro sexo bajo su protección. ¡Oh, con qué angustiado corazón evoco ahora esta varonil ternura! Esperamos a mi compañero, y éste se descolgó del muro.

»—¡Deprisa, deprisa! —susurró Juan—. Yo estoy hambriento también; hace cuarenta y ocho horas que no he probado nada, esperándoos.

»Echamos a correr. Era un paraje solitario. Distinguí a duras penas el coche, a la débil luz de la linterna; pero fue suficiente para mí. Salté ágilmente a su interior.

»—*Ya está a salvo* —exclamó Juan, siguiéndome.

»—*Pero ¿eres tú?* —exclamó una voz atronadora. Juan se tambaleó en el estribo del coche, y cayó hacia atrás. Salté afuera y caí también... sobre su cuerpo. Me manché con su sangre... había muerto.

Capítulo X

*Men who with mankind were foes.
Or who, in desperate doubt of grace.*

SCOTT, «*Marmion*».

»Un instante enloquecedor de alaridos de agonía; un destello de fiera y viva luz que pareció envolverme y consumirme en cuerpo y alma; un sonido que me traspasó el oído y el cerebro, como hará estremecer la trompeta del juicio final los sentidos de los que duermen en la culpa y despiertan en la desesperación; un momento así, que sintetiza y resume todos los sufrimientos imaginables en un breve e intenso dolor, y parece agotarse en el golpe que ha asestado ¡ése es el instante que recuerdo, nada más! Muchos meses de oscura inconsciencia corrieron sobre mí, sin fecha ni noticia. Mil olas pueden romper sobre el barco naufragado, y sentir las nosotros como si fuesen una sola. Conservo un vago recuerdo de haber rechazado el alimento, de haberme resistido a cambiar de lugar, etc. Pero era como los débiles e inútiles forcejeos que hacemos ante el agobio de la pesadilla; y aquellos con quienes trataba, probablemente consideraban cualquier oposición mía como las agitaciones de un durmiente desasosegado.

»Por las referencias que después pude recoger, debí pasar lo menos cuatro meses en ese estado; y unos perseguidores corrientes habrían renunciado a mí, viéndome irremisiblemente sumido en nuevos sufrimientos; pero la maldad de los religiosos es demasiado industriosa, y demasiado ingeniosa, para renunciar a la esperanza de atrapar a una víctima, a menos que ésta pierda la vida. Si el fuego se extingue, se sientan a vigilar las ascuas. Si oyen saltar las fibras del corazón, esperan a ver si es la última la que se ha roto. Es un espíritu que se complace en cabalgar sobre la *décima ola*, y observa cómo ésta hunde y sepulta para siempre a la víctima [...].

»Habían ocurrido muchos cambios sin que yo hubiera tenido ningún conocimiento de ellos. Quizá la profunda tranquilidad de mi *última* morada contribuyó más que ninguna otra cosa a que recobrase el juicio. Recuerdo claramente que desperté a la vez al pleno ejercicio de mis sentidos y de mi razón, para descubrir que me hallaba en un lugar que examiné con asombrada y recelosa curiosidad. Mi memoria no me inquietaba lo más mínimo. Nunca se me ocurrió preguntar por qué estaba allí o qué había sufrido antes de que me llevaran a ese lugar. El retorno de las facultades intelectuales fue lento, como las olas de la marea creciente; y afortunadamente para mí, la memoria fue la última: la ocupación de mis sentidos, al principio, era suficiente. No esperéis horrores novelescos, *señor*, en mi relato. Quizá una vida como la mía repugne al paladar que se ha regalado hasta la saciedad; pero la verdad a veces proporciona plena y espantosa compensación, presentándonos hechos en lugar de imágenes.

»Me encontré con que estaba acostado en un lecho no muy distinto del de mi

celda, aunque el aposento sí era diferente por completo del anterior. Era algo más amplio, y estaba cubierto de esteras. No había crucifijo, ni cuadros, ni recipiente para el agua bendita; la cama, una mesa tosca sobre la que había una lámpara encendida, y una vasija que contenía agua eran todo el mobiliario. No había ventana; y los clavos de la puerta, a los que la luz de la lámpara daba una especie de lúgubre brillo y prominencia, revelaban que estaba fuertemente reforzada. Me incorporé, apoyándome en mi brazo, y miré a mi alrededor con el recelo del que teme que el más leve movimiento pueda romper el encanto, y le hunda otra vez en las tinieblas. En ese momento, me vino de golpe, como el estallido de un trueno, el recuerdo de lo que había pasado. Proferí un grito que me dejó sin aliento, y me derrumbé en la cama, no desvanecido sino exhausto. Recordé instantáneamente todos los sucesos, con una intensidad que sólo podría equipararse a la experiencia real y actual de los mismos: mi huida, mi salvación, mi desesperación. Sentí el abrazo de Juan; y luego, su sangre manando sobre mí. Vi girar sus ojos con desesperación, antes de cerrarlos para siempre, y proferí otro grito como nunca en la vida se había oído entre esos muros. Tras este nuevo alarido se abrió la puerta, se acercó una persona vestida con un hábito que jamás había visto, y me indicó mediante señas que debía observar el más profundo silencio. En efecto, nada podía expresar mejor lo que quería decir que su propia renuncia a hacer uso de la voz. Miré en silencio esta aparición: mi asombro tuvo toda la apariencia de una clara sumisión a sus requerimientos. Se retiró, y yo empecé a preguntarme dónde estaba. ¿Era entre los muertos? ¿O en un mundo subterráneo de seres mudos y sin voz, donde no había aire que transmitiera el sonido ni eco que lo repitiese, y donde el oído hambriento esperaba en vano su más delectable banquete: la voz humana? Estas divagaciones se me disiparon al entrar de nuevo la misma persona. Colocó pan, agua y una pequeña porción de carne sobre la mesa, me ayudó acercarme a ella (lo que hice maquinalmente), y cuando estuve sentado, me *susurró* que, dado que mi estado de postración me había tenido incapacitado para comprender las normas del lugar en que me hallaba, se había visto obligado a aplazar el ponerme al corriente de ellas; pero *ahora* tenía obligación advertirme que no debía elevar nunca la voz más arriba del tono con que él dirigía a mí, y que eso bastaba para todo tipo de comunicación; por último, me aseguró que los gritos, exclamaciones de cualquier género, y hasta *toser demasiado fuerte*^[24] (que podía interpretarse como una señal), se consideraban un atentado contra las normas inviolables del lugar, y se castigaban con máxima severidad. A mis repetidas preguntas de dónde estaba, qué lugar e éste, y cuáles eran sus misteriosas reglas, me contestó en voz baja que su cometido consistía en transmitir órdenes, no en contestar preguntas; y dicho esto marchó. Por extraordinarios que parezcan estos requerimientos, el modo comunicarlos fue tan imperioso, perentorio y *habitual*, parecía tan poco una disposición particular o una manifestación transitoria y tanto el lenguaje establecido de un sistema absoluto y largamente estatuido, que era inevitable obedecerlos. Me eché en la cama, y murmuré para mis adentros: “¿Dónde estoy?”

hasta que el sueño me venció.

»He oído decir que el primer sueño de un maníaco recuperado es sumamente profundo. El mío no lo fue; estuvo turbado por muchos sueños inquietos. Uno de ellos, sobre todo, me devolvió al convento. Soñé que era interno que estudiaba a Virgilio. Leía ese pasaje del Libro Segundo en el que el espectro de Héctor se aparece a Eneas, y su forma horrible e infamada suscita la dolida exclamación:

*“Heu quantum mutatus ab illo,
Quibus ab oris, Hector expectate venis?”.*

Luego soñé que Juan era Héctor; que el mismo fantasma, pálido y sangriento, se alzaba gritándome que huyera: “Heu fuge”; mientras yo intentaba en vano obedecerle. ¡Oh, qué lúgubre mezcla de veracidad y delirio, de realidad e ilusión, de elementos conscientes e inconscientes de la existencia, visita los sueños de los desventurados! Él era Panteo, y murmuraba:

“Venit summa dies, et ineluctabile tempus”.

Al parecer, lloraba y me debatía en mi sueño. Me dirigía a la figura que estaba ante mí unas veces como Juan, y otras como la imagen de la visión troyana. Por último, la figura exclamó, con una especie de alarido quejumbroso, en esa vox stridula^[25] que sólo oímos en sueños:

“Proximus ardet Ucalegon”.

y me levanté completamente despierto, con todos los horrores del que espera ver un incendio.

Es increíble, señor, cómo los sentidos y la mente pueden funcionar durante la aparente suspensión de sus respectivas actividades; cómo el sonido puede impresionar al oído que parece sordo, un objeto a la vista cuando su órgano parece estar cerrado, ni cómo se pueden grabar en la conciencia dormida imágenes aún más horriblemente vívidas que las presentadas por la realidad. Desperté con idea de que las llamas rozaban los globos de mis ojos, y vi sólo una pálida luz, sostenida por una mano aún más pálida; en efecto, la tenía cerca de mis ojos, aunque se retiró en el instante en que desperté. La persona que la sostenía la cubrió un momento; luego avanzó, y todo el resplandor se proyectó sobre mí y sobre ella. Y de repente me vinieron los recuerdos de nuestro último encuentro. Me levanté de un salto y dije:

»—Entonces, ¿estamos libres?

»—Chisst; uno de nosotros sí lo está; pero no debes hablar alto.

»—Bueno, ya me lo han dicho antes, pero no comprendo la necesidad de

cuchichear. Si estoy libre, dímelo, y dime si Juan ha sobrevivido a ese horrible momento final: mi entendimiento empieza ahora a funcionar. Dime cómo está Juan.

»—¡Oh, espléndidamente! Ningún príncipe en toda la tierra descansa bajo un dosel más suntuoso. Imagínate: columnas de mármol, banderas flameantes y cabeceantes penachos de plumas. Tuvo música también, pero no creo que la oyera. Yacía sobre terciopelo y oro; aunque parecía indiferente a todos esos lujos. Había una curva en sus labios blancos que parecía expresar una inefable burla ante todo lo que sucedía... Pero fue orgulloso hasta su hora final.

»—¡Su hora final! —exclamé—; entonces, ¿ha muerto?

»—¿Puedes dudarlo, cuando sabes quién le asestó el golpe? Ninguna de mis víctimas ha necesitado de mí una segunda vez.

»—¿Tú, tú?

»Durante unos instantes, floté en un mar de llamas y de sangre. Me volvió el furor, y sólo recuerdo que proferí maldiciones que habrían colmado la venganza divina hasta el agotamiento, de haberles dado cabal cumplimiento. Podría haber continuado hasta perder la razón; pero me acalló una carcajada, y me aturdió en medio de mis maldiciones, anulándolas.

»Esa risa me hizo callar, y alcé los ojos hacia él como esperando ver a persona; pero seguía siendo el mismo.

»—¿Y soñaste, en tu temeridad —exclamó—, soñaste que podrías burlar la vigilancia de un convento? Dos muchachos, el uno loco de miedo y el otro de temeridad, eran los antagonistas idóneos para ese estupendo sistema cuyas raíces se hunden en las entrañas de la tierra, y cuya cabeza se alza hasta las estrellas: ¡escapar *tú* de un convento!, ¡desafiar *tú* a un poder que desafía a los soberanos! A un poder cuya influencia es ilimitada, infinita y desconocida aun para quienes la ejercen, del mismo modo que hay mansiones tan inmensas que moradores, llegada su última hora, confiesen no haber visitado todos sus aposentos; un poder cuya actividad es como su divisa: una e indivisible. El alma del Vaticano alienta hasta en el convento más humilde de España; y tú, insecto encaramado en una rueda de esta máquina descomunal, imaginaste que serías capaz de detener su marcha, mientras su rotación se apresuraba a aplastarte, reduciéndote a átomos.

»Mientras decía estas palabras, con una rapidez y energía inconcebible (rapidez en la que, literalmente, cada palabra parecía devorar a la siguiente), tuve que hacer, para comprenderle y seguirle, un esfuerzo mental parecido jadeante respiración de aquel cuyo aliento ha estado suspendido o contenido mucho tiempo. Lo primero que me vino al pensamiento, lógicamente en mi situación, fue que no era la persona que parecía ser, que no era mi compañero de fuga el que ahora me hablaba; hice acopio de todo mi entendimiento para verificarlo. Unas cuantas preguntas resolverían esta cuestión, si tenía el valor de formularlas.

»—¿No me ayudaste tú a escapar? ¿No fuiste tú el hombre que...? ¿Qué lo que te tentó a dar ese paso, cuyo fracaso tanto parece alegrarte?

»—El soborno.

»—Y dices que me has traicionado, y te jactas de tu traición; ¿qué es lo que te ha tentado para esto?

»—Un soborno mayor. Tu hermano me dio oro, pero el convento me prometido la salvación: y éste es un negocio que deseaba ardientemente poner en manos de ellos, ya que me reconozco incompetente para manejarlo yo solo.

»—¿La salvación, con tus traiciones y asesinatos?

»—Traiciones y asesinatos: dos palabras muy duras. Bueno, para hablar con sentido común, ¿no es la tuya la más vil de las traiciones? Recurriste contra tus votos; declaraste ante Dios y ante el hombre que las palabras que pronunciaste ante ellos no habían sido sino balbuceos de niño; al seducir a tu hermano, apartándole de su deber y de tus padres, le indujiste a intrigar contra la paz y la santidad de una institución monástica; ¿y te atreves tú a hablar de traición? ¿Y no aceptaste, o mejor, no te uniste en tu huida, con una insensibilidad de conciencia sin precedentes en una persona tan joven, a un socio a quien sabías que estabas seduciendo contra sus votos, contra todo lo que el hombre tiene por sagrado y todo lo que Dios (si es que lo hay) debe de considerar que ata al hombre? Sabías mi crimen, sabías mi atrocidad; sin embargo, me alzaste como tu estandarte, desafiando al Todopoderoso, aunque la divisa, escrita en luminosos caracteres, era: impiedad, parricidio, irreligión. Aunque desgarrada, todavía colgaba esta bandera junto al altar, hasta que tú la arrancaste de allí para envolverte en sus pliegues y evitar que te descubrieran; ¿y *tú* hablas de traición? No existe sobre la tierra un desdichado más traidor que tú. ¿Crees que por ser yo más ruin y culpable, el tinte de mis crímenes iba a borrar el rojo de tu sacrilegio y apostasía? En cuanto al asesinato, sé que soy parricida. Es cierto que degollé a mi padre; pero no sintió el golpe; ni yo tampoco, ya que me encontraba ebrio de vino, de pasión, de sangre, de... no importa qué; pero tú, con mano fría y deliberada, asestaste sendos golpes al corazón de tu padre y de tu madre. Tú asesinaste pulgada a pulgada; yo, en cambio, de un solo golpe. ¿Quién de los dos es asesino de verdad? ¿Y *tú* hablas de traición y de asesinato? A tu lado, soy tan inocente como el niño que acaba de nacer. Tu padre y tu madre se han separado: ella ha ingresado en un convento para ocultar su desesperación y su vergüenza por tu conducta antinatural; y tu padre se sumerge alternativamente en el abismo de la voluptuosidad y en el de la penitencia, y es igualmente desdichado en ambos; tu hermano, en su desesperado intento de liberarte, ha perecido. Has sembrado la desolación en toda tu familia: has apuñalado la paz y el corazón de cada uno de sus miembros con una mano que ha meditado y deliberado el golpe, y luego lo ha asestado tranquilamente; ¿y te atreves a hablar de traición y de asesinato? Eres mil veces más condenable que yo, y tan culpable como me consideras a mí. Yo me mantengo como un árbol seco, estoy herido en el corazón, en la raíz; me marchito solo... tú, en cambio, eres el upas, bajo cuyas gotas venenosas perecen todos los seres: tu padre, tu madre, tu hermano, y finalmente, tú mismo. Las erosiones del veneno, cuando ya no queda nada por consumir, se vuelven

hacia dentro, y se apoderan de tu propio corazón. ¡Desdichado, condenado más allá de la compasión del hombre, más allá de la redención del Salvador!, di, ¿qué puedes añadir a esto?

»Me limité a contestar:

»—¿Ha muerto Juan, y tú fuiste tú su homicida... fuiste efectivamente tú? Creo todo lo que dices; debo de ser muy culpable; pero ¿ha muerto Juan?

»Mientras hablaba, alcé hacia él mis ojos, que no parecían ver, y mi semblante, que no reflejaba otra expresión que la del estupor o el intenso dolor. No fui capaz de expresar ni sentir reproche alguno: mi sufrimiento había rebasado mi capacidad de queja. Esperé su respuesta; él permaneció callado; pero su diabólico silencio era bien elocuente.

»—¿Y se ha recluso mi madre en un convento? —asintió—. ¿Y mi padre?

»Sonrió, y yo cerré los ojos. Podía soportarlo todo menos su sonrisa. Alcé la cabeza un momento después, y le vi hacer, en un gesto habitual (no podía ser otra cosa) el signo de la cruz, al dar la hora un reloj en alguna parte. Este gesto me recordó la obra tan frecuentemente representada en Madrid, y que yo había visto en los escasos días en que fui libre, *El diablo predicador*. Veo que sonreís, señor, ante tal recuerdo en semejante momento, pero así es; y si hubieseis visto esa obra en las singulares circunstancias en que la vi yo, no os sorprendería que me chocara la coincidencia. En esta obra, el espíritu infernal es el héroe, se aparece en un convento disfrazado de monje, y allí atormenta y acosa a la comunidad con una mezcla de maldad y alegría verdaderamente satánica. La noche en que vi la representación, un grupo de monjes llevaba el Santísimo Sacramento a una persona moribunda; los muros del teatro eran tan endebletes que se pudo oír con claridad la campana que iban tocando en esa ocasión. Al punto, actores y espectadores, todos en fin, cayeron de rodillas; y el diablo, que se hallaba casualmente en escena, se arrodilló con los demás y se santiguó con visibles muestras de una devoción igualmente excepcional y edificante. Me concederéis que la coincidencia fue irresistiblemente asombrosa.

»Cuando terminó su monstruosa profanación del sagrado signo, clavé la mirada en él con expresión inequívoca. Se dio cuenta. No existe reproche más profundo en la tierra que el silencio, ya que siempre remite al culpable a su propio corazón, cuya elocuencia rara vez deja de llenar la pausa en detrimento del acusado. Estoy seguro ahora de que mi mirada le produjo una furia como no había podido producírsela el más amargo reproche que le hubiese arrojado a la cara. La imprecación más tremenda habría llegado a su oído como una melodía arrulladora; le habría convencido de que su víctima sufría cuanto él le estaba infligiendo. Todo esto delató la violencia de sus exclamaciones:

»—¡Qué pasa, desdichado! —gritó—; ¿acaso crees que entré en el convento por vuestras misas y mojigangas, vuestras vigiliass y ayunos, y vuestro absurdo desgranar de rosarios, para echar a perder mi descanso todas las noches levantándome para maitines, y abandonar mi estera para hincar las rodillas en la piedra hasta echar raíces

en ella y pensar que se me vendría pegada cuando me levantase? ¿Crees que entré para escuchar sermones en los que no creen ni los predicadores, y rezos pronunciados por labios que bostezan con la indiferencia de su infidelidad; para cumplir penitencias que pueden encargarse a un hermano lego a cambio de una libra de café o de rapé, o hacer los más bajos menesteres que se le antojan al capricho y pasión de un Superior; para escuchar a hombres que tienen a Dios perpetuamente en la boca y al mundo en el corazón, hombres que no piensan en otra cosa que en aumentar su distinción temporal, y ocultan bajo la más repugnante afectación de bienes espirituales su codiciosa rapacidad en cuanto a encumbramiento terrenal? ¡Desdichado!, ¿crees que ha sido para esto? ¿Que este *ateísmo intolerante*, este credo de sacerdotes que han estado siempre en conexión con el poder (esperando incrementar así sus intereses) podía tener alguna influencia sobre *mí*? Yo había sondeado antes que ellos todas las profundidades abismales de la depravación. Les conocía, y les detestaba. Me inclinaba ante ellos con el cuerpo, y les despreciaba con el alma. Con toda su beatería, tenían el corazón tan mundano que casi no merecía la pena acechar su hipocresía: el secreto tardó muy poco en salir a la luz por sí mismo. No necesité de averiguaciones, ni de lugares donde descubrirles. He visto a prelados y abades y sacerdotes apareciendo ante los fieles como dioses descendidos, resplandecientes de oro y joyas, entre el fulgor de los cirios y el esplendor de una atmósfera que irradiaba una luz viva, entre suaves y delicadas armonías y deliciosos perfumes; hasta que, al desaparecer en medio de nubes de incienso graciosamente esparcidas en el aire con dorados incensarios, los embriagados ojos imaginaban verles subir al paraíso. Ése era el *decorado*; pero, *¿qué había detrás?* Yo lo veía todo. Dos o tres de ellos salían apresuradamente de la ceremonia y corrían a la sacristía so pretexto de cambiarse. Uno podría pensar que estos hombres tendrían al menos la decencia de contenerse durante los intervalos de la santa misa. Pero no; yo les oía a veces. Mientras se cambiaban, hablaban sin cesar de promociones y nombramientos, de este o aquel prelado, moribundo o difunto ya, de alguna rica prebenda vacante, de un dignatario que había regateado lo indecible con el Estado para que ascendieran a un pariente, de otro que abrigaba fundadas esperanzas de obtener un obispado; ¿por qué?, no por su sabiduría o su piedad, ni por su talante pastoral, sino por los valiosos beneficios a los que renunciaría a cambio, y que podrían repartirse los numerosos candidatos. Ésa era su conversación, y ésos sus únicos pensamientos, hasta que se iniciaban los últimos sonos del aleluya en la iglesia, y corrían presurosos a ocupar otra vez sus puestos en el altar. ¡Ah!, qué mezcla de bajeza y orgullo, de estupidez y presunción, de mojigatería clara y torpemente trasnochada, cuyo esquema mental (esquema de una mente “terrenal, sensual y diabólica”) resultaba visible a cualquier ojo. ¿Para vivir entre estos desdichados, quienes, aun siendo yo un malvado, hacían que me alegrase pensar que al menos no era, como ellos, un reptil insensible, un ser hecho de formas y ropajes, mitad de raso y harapos, mitad de avemarías y credos, inflado y abyecto, que trepa y ambiciona, que se enrosca para subir más y más por el pedestal del poder, una

pulgada por día, abriéndose paso hacia la cúspide mediante la flexibilidad de sus culebreos, la oblicuidad de su trayectoria y la viscosidad de su baba? ...¿Para esto?

»Calló, medio ahogado por la emoción.

»Este hombre podía haber sido buena persona en circunstancias más favorables; al menos, sentía desprecio por todo lo que significaba vicio, al tiempo que una gran avidez por lo atroz.

»—¿Para eso me he vendido —prosiguió—, y me he encargado de sus trabajos tenebrosos, y me he convertido en esta vida en una especie de aprendiz de Satanás, tomando lecciones anticipadas de tortura, y he firmado un pacto aquí que habrá de cumplirse abajo? No; yo lo desprecio, lo detesto todo, a los agentes y al sistema, a los hombres y a sus asuntos.

»Pero es en el credo de ese sistema (y no importa que sea verdadero o falso: es necesario que exista algún tipo de credo, y quizá sea preferible el falso; porque la falsedad, al menos, halaga), donde el mayor criminal puede expiar sus pecados, vigilando atentamente, y castigando con severidad a los enemigos del cielo. Cada malhechor puede comprar su inmunidad aceptando convertirse en verdugo del pecador al que traiciona y denuncia. En términos legales de otro país, pueden “delatar al cómplice” y comprar su propia vida al precio de la de otro; transacción que todo hombre está siempre dispuesto a realizar. Pero en la vida religiosa, esta clase de transferencia, este sufrimiento sustitutivo, se adopta con suma avidez. ¡Cómo nos gusta castigar a los que la Iglesia denomina enemigos de Dios, conscientes de que, aunque nuestra animosidad contra Él es infinitamente mayor, nos volvemos aceptables a sus ojos atormentando a quienes quizá sean menos culpables, pero están en nuestro poder! Te odio, no porque tenga un motivo natural o social para odiarte, sino porque el agotar mi resentimiento en ti puede hacer que disminuya el de la deidad hacia mí. Si yo persigo y atormento a los enemigos de Dios, ¿no puedo llegar a ser amigo de Dios? Cada dolor que yo inflijo a otro, ¿no se inscribe en el libro del Omnisciente como una expurgación de uno de los sufrimientos que me esperan en el más allá? Yo no tengo religión, no creo en ningún Dios, no repito ningún credo; pero tengo esa superstición del miedo al más allá que aspira a lograr un desesperado alivio en los sufrimientos de otro cuando se ha agotado el nuestro, o cuando (caso mucho más frecuente) no estamos dispuestos a soportarlos. Estoy convencido de que mis crímenes serán borrados por los crímenes que yo pueda fomentar o castigar en los demás, sean cuales fueren. ¿No tengo, pues, sobrados motivos para incitarte al crimen? ¿No tengo sobrados motivos para vigilar y agravar tu castigo? Cada tizón que acumulo sobre tu cabeza equivale a uno que quitan de ese fuego que arde eternamente para la mía. Cada gota de agua que evito que llegue a tu lengua abrasada, espero que me sirva para apagar el fuego apocalíptico al que un día seré arrojado. Cada lágrima que exprimo, cada gemido que arranco, estoy convencido, contribuirá a redimir mis propios pecados; así que imagina el valor que doy a los tuyos, o a los de cualquier víctima. El hombre de la antigua leyenda tembló y se detuvo ante los

miembros esparcidos de su hijo, y renunció a la persecución; el verdadero penitente se abalanza sobre los miembros despedazados de la naturaleza y la pasión, los recoge con una mano sin pulso, y un corazón sin sentimiento alguno, y los levanta ante la Divinidad como una ofrenda de paz. Mi teología es la mejor de todas: la de la absoluta hostilidad hacia los seres cuyos sufrimientos puedan mitigar los míos. En esta teoría aduladora, tus crímenes se convierten en virtudes mías; no necesito tener ninguna que sea mía propia. Aunque soy culpable de un crimen que injuria a la naturaleza, tus crímenes (los crímenes de quienes ofenden a la Iglesia) son de un orden mucho más nefando. Pero tu culpa es mi exculpación, y tus sufrimientos son mi triunfo. No necesito arrepentirme; no necesito creer. Si tú sufres, yo estoy salvado: eso es suficiente para mí. ¡Cuán glorioso y fácil es alzar el trofeo de nuestra salvación sobre las pisoteadas y sepultadas esperanzas de otro! ¡Cuán sutil y sublime es la alquimia que puede convertir el hierro de la contumacia y la impenitencia en el oro precioso de la propia redención! Yo me he ganado literalmente *mi* salvación con *tu* miedo y tu temblor. Con esa esperanza fingí cooperar en el plan trazado por tu hermano, cuyos detalles fui comunicando paso a paso al Superior. Con esa esperanza pasé esa desventurada noche y ese día en la mazmorra contigo; pues, de haber llevado a cabo la huida a la luz del día, habría suscitado la alarma de una credulidad tan estúpida como la tuya. Pero durante todo ese tiempo, acariciaba la daga que llevaba en mi pecho, y que me habían facilitado con un propósito ampliamente cumplido. En cuanto a ti, el Superior consintió en tu intento de fuga sólo para tenerte más en su poder. Él y la comunidad estaban cansados de ti; comprendieron que nunca serías monje: tu apelación había traído la deshonra sobre ellos; tu presencia era un reproche y una carga para todos. Tenerte delante era una espina para los ojos: y pensaron que cumplirías mejor como víctima que como prosélito, y pensaban bien. Eres un huésped más apropiado para tu actual morada que para la anterior. Y aquí no hay peligro de que escapes.

»—Entonces, ¿dónde estoy?

»—Estás en *las prisiones de la Inquisición*.

Capítulo XI

Oh! torture me no more, I will confess.

Enrique VI

You have betrayed her to her to own reproof.

«LA COMEDIA DE LOS ERRORES»

»Y era verdad: era prisionero de la Inquisición. Las situaciones excepcionales nos inspiran sentimientos acordes con ellas; son muchos los hombres que han hecho frente a una tempestad en el océano, y luego se han acobardado al oírla retumbar en la chimenea. Creo que eso es lo que me pasó a mí: se había desencadenado la tormenta, y me preparé para afrontarla. Estaba en la Inquisición; pero sabía que mi crimen, por atroz que fuese, no caía propiamente bajo su jurisdicción. Era una de las más graves faltas conventuales, pero su sanción competía solamente al poder eclesiástico. El castigo de un monje que se había atrevido a escapar de su convento podía ser espantoso: merecía la cárcel, o la muerte quizá; pero no podía ser legalmente prisionero de la Inquisición. Jamás, a lo largo de todas mis desventuras, había pronunciado una sola palabra irrespetuosa para con la Santa Madre Iglesia, o que pusiera en duda nuestra sagrada fe; no había vertido expresión ninguna que fuese herética, ofensiva o ambigua con relación a algún punto del deber o de los artículos de la fe. Las absurdas acusaciones de brujería y posesión, esgrimidas contra mí en el convento, habían sido totalmente invalidadas durante la visita del Obispo. Mi aversión al estado monacal era de sobra conocida y estaba fatalmente demostrada, pero no era motivo para las investigaciones o castigos de la Inquisición. Nada tenía que temer de la Inquisición; al menos, eso me decía a mí mismo en la prisión, al tiempo que me sentía convencido de ello. El séptimo día después de mi recuperación fue el designado para mi interrogatorio, de lo que recibí puntual notificación; aunque creo que eso va en contra de las normas habituales de la Inquisición. Y el interrogatorio tuvo lugar en el día y hora señalados.

»Sin duda sabéis, *señor*, tocante a las historias que se cuentan sobre la disciplina interior de la Inquisición, que nueve de cada diez son pura fábula, ya que los prisioneros están obligados bajo juramento a no revelar lo que ocurre entre sus muros; y quienes se atreven a violar este juramento, no tienen tampoco escrúpulos en deformar la verdad sobre los detalles que hicieron posible su liberación. Me está prohibido, por un juramento que nunca quebrantaré, revelar las circunstancias de mi encarcelamiento o interrogatorio. Soy libre, sin embargo, para referir ciertos aspectos de ambas cosas, ya que tienen que ver con mi extraordinario relato. Mi primer interrogatorio acabó bastante favorablemente; se deploró y desaprobó, efectivamente, mi contumacia y aversión al monacato, pero no se tocó ninguna otra cuestión: nada que alarmase los especiales temores de un huésped de la Inquisición. De modo que me sentía todo lo feliz que la soledad, la oscuridad, el jergón de paja, el pan y el agua

podían hacerme a mí o a cualquiera, hasta que, a la cuarta noche de mi interrogatorio, me despertó una luz. Brillaba con tal fuerza ante mis ojos que me incorporé de un salto. Entonces se retiró la persona que sostenía dicha luz, y descubrí una figura sentada en el rincón más alejado de mi celda. Aunque gratamente sorprendido ante la visión de una forma humana, había adquirido de tal modo los hábitos de la Inquisición que pregunté con voz fría y tajante quién se había atrevido a irrumpir de esa manera en la celda de un prisionero. La persona contestó con el acento más suave que jamás haya apaciguado oído humano alguno, y me dijo que era, como yo, un prisionero de la Inquisición; que, por indulgencia de ésta, se le había permitido visitarme, y que esperaba...

—¿Pero es posible nombrar aquí la *esperanza*? —exclamé sin poderme contener.

»Él contestó en el mismo tono suave y suplicante; y, sin referirse a nuestras circunstancias particulares, aludió al consuelo que podía derivarse de la compañía de dos hombres que sufrían, a los que se permitía poder verse y comunicarse.

»Este hombre me visitó varias noches seguidas; yo no pude por menos de notar tres detalles extraordinarios en sus visitas y su aspecto. El primero era que siempre (cuando podía) mantenía los ojos apartados de mí; se sentaba de lado o de espaldas, cambiaba de postura o de sitio, o se ponía la mano delante de los ojos; pero cuando le *sorprendía*, o levantaba la luz por encima de mí, comprobaba que jamás había visto ojos tan llameantes en un rostro mortal: en la oscuridad de mi prisión, me veía obligado a protegerme con la mano de tan preternatural resplandor. El segundo era que venía y se iba aparentemente sin ayuda ni obstáculo; que entraba a cualquier hora como si tuviese la llave maestra de mi calabozo, sin pedir permiso ni tropezar con prohibición alguna, que recorría las prisiones de la Inquisición como el que tiene una ganzúa capaz de abrir el más recóndito departamento. Finalmente, hablaba no sólo en un tono claro y audible, totalmente distinto de las comunicaciones en voz baja de la Inquisición, sino que me hablaba de su aversión a todo el sistema, su indignación contra la Inquisición, los inquisidores y todos sus auxiliares y secuaces, desde santo Domingo al más bajo oficial, con tan irreprimible furor, tan extremado sarcasmo, tan desenvuelta licencia de ridícula y no obstante inhumana gravedad, que me hacía temblar.

»Sin duda sabéis, *señor*, o todavía no, quizá, que hay en la Inquisición personas *autorizadas* para consolar la soledad de los prisioneros, a condición de obtener, bajo pretexto de una conversación amistosa, aquellos secretos que ni aun bajo tortura se les ha logrado arrancar. En seguida descubrí que mi visitante no era una de estas personas: sus injurias al sistema eran demasiado generales; su indignación, demasiado sincera. Sin embargo, en sus continuas visitas había una circunstancia más que me inspiraba un sentimiento de terror que me paralizaba, y anulaba todos los terrores de la Inquisición.

»Aludía continuamente a sucesos y personajes que estaban más allá de su *posible recuerdo*, después callaba, y proseguía luego con una especie de risa burlona y

violenta ante su propia *distracción*. Pero esta constante alusión a cosas ocurridas bastante tiempo atrás y a hombres que hacía mucho que descansaban en sus tumbas, me producían una impresión imposible de describir. Su conversación era rica, variada e inteligente; pero se hallaba tan salpicada de alusiones a los muertos que se me podía perdonar que tuviera la sensación de que mi interlocutor era uno de ellos. Hacía continuas referencias a anécdotas de la historia; y como yo era un ignorante en ese aspecto, me encantaba escucharle, ya que lo contaba todo con la fidelidad de un testigo ocular. Habló de la *Restauración* en Inglaterra, y repitió, recordando puntualmente, el comentario de la reina madre Enriqueta de Francia de que, de haber sabido la primera vez que llegó el inglés lo que sabía en la segunda, jamás la habrían arrancado del trono; luego añadió, para mi asombro, que se encontraba él junto a su carroza, *la única que entonces existía en Londres*^[26]. Más tarde habló de las espléndidas fiestas que daba Luis XIV, Y describió, con una minuciosidad que me llenó de alarma, la suntuosa carroza en que el monarca personificó al dios del día, mientras todos los alcahuetes y ramera de la corte le seguían como la plebe del Olimpo. Después se refirió a la duquesa de Orleans, hermana de Carlos II; al espantoso sermón del Père Bourdaloue^[27] pronunciado ante el lecho mortal de la real belleza, muerta por envenenamiento (según se sospechó); y añadió que había visto las rosas amontonadas en su tocador, destinadas a engalanarla para una fiesta esa misma noche, y junto a ellas el píxide y los cirios y el óleo, amortajadas en el encaje de ese mismo atavío. Luego pasó a Inglaterra; habló del desventurado y justamente censurado orgullo de la esposa de Jacobo II, la cual “consideró una vejación” sentarse a la mesa con un oficial irlandés que había comentado a su esposo (entonces duque de York) que *él* había estado a la mesa como oficial al servicio de Austria, cuando el padre de la duquesa (el duque de Módena) había estado de pie, detrás de una silla, como vasallo del emperador de Alemania.

»Estas anécdotas eran insignificantes y podía contarlas cualquiera; pero había una minuciosidad en los detalles que obligaba constantemente al pensamiento a aceptar la idea de que había visto las cosas que describía, y que había conversado con los personajes de los que hablaba. Yo le escuchaba con una mezcla de curiosidad y terror. Por último, mientras refería un incidente trivial ocurrido en el reinado de Luis XIII, empleó las siguientes palabras^[28]: “Una noche en que el Rey estaba en una fiesta, en la que se hallaba presente también el cardenal Richelieu, tuvo éste la insolencia de salir precipitadamente de salón antes que su Majestad, justo cuando se anunció el coche del Rey. El Rey sin manifestar la menor indignación ante la arrogancia del ministro, dijo con mucha *bonhomie*: ‘Su Eminencia el Cardenal siempre quiere ser el primero’. ‘El primero en asistir a su Majestad’, contestó el Cardenal con admirable y cortés presencia de ánimo; y quitándole la antorcha a un paje que había a *mi lado* alumbró al Rey hasta su carruaje”. No pudieron por menos de sorprenderme las extraordinarias palabras que se le habían escapado, y le pregunté:

»—¿Dónde estabas?

»Él me contestó de manera evasiva y, evitando el tema, siguió distrayéndome con otras curiosas anécdotas de la historia privada de esa época, de la que hablaba con una minuciosidad *inquietante*. Confieso que mi placer en escucharlas disminuía debido a la extraña sensación que me inspiraban su presencia y su conversación. Cuando se marchaba, lamentaba su ausencia; aunque no podía explicarme el extraordinario sentimiento que me invadía durante sus visitas.

»Unos días después, iba a tener lugar mi segundo interrogatorio. La noche antes me visitó uno de los *oficiales*. Estos hombres no son como los oficiales corrientes de una prisión, sino que están respaldados en cierto modo por los altos poderes de la Inquisición; y escuché con el debido respeto su notificación, sobre todo por transmitirla con más énfasis y energía de lo que se podía esperar de un habitante de esta silenciosa mansión. Esta circunstancia me hizo esperar algo extraordinario, y su discurso lo confirmó cabalmente; mucho más de lo que yo calculaba. Me dijo con toda claridad que desde hacía poco había cierta perturbación e inquietud en la Inquisición, cosa que jamás había ocurrido. Su motivo era el rumor de que había una figura humana que se aparecía en las celdas de algunos prisioneros, profiriendo palabras no sólo hostiles al catolicismo y a la disciplina de la sagrada Inquisición, sino a la religión en general, a la creencia en un Dios y en una vida en el más allá. Añadió que la más estrecha vigilancia de los oficiales, en el potro, no había logrado sorprender a este ser en sus visitas a las celdas de los prisioneros; que se había doblado la guardia y se habían adoptado todas las precauciones que la circunspección de la Inquisición podía emplear, sin resultado hasta ahora; y que el único indicio que tenían de tan extraño visitante provenía de algunos prisioneros en cuyas celdas había entrado, a los que había dirigido palabras que parecían dichas por el enemigo de la humanidad para hundir en la perdición a estos infelices. Hasta aquí, había evitado que le descubrieran; pero confiaba en que, con las medidas recientemente adoptadas, le resultase imposible a este agente del mal seguir ofendiendo y burlando más tiempo al sagrado tribunal. Me advirtió que estuviese prevenido sobre este punto, ya que indudablemente sería abordado en mi próximo interrogatorio, y quizá con más apremio de lo que yo podía imaginar; y tras encomendarme a la sagrada custodia de Dios, se marchó.

»No enteramente ignorante de la cuestión a que aludía esta extraordinaria comunicación, pero inocente de cualquier ulterior significación en lo que a mí se refería, esperé mi siguiente interrogatorio más con esperanza que temor. Tras las usuales preguntas sobre por qué estaba allí, quién me había acusado, por qué delito, y si recordaba alguna frase que hubiese hecho pensar en algún tipo de desconsideración hacia la Santa Iglesia, etc., etc., con un detalle que el oyente perdonará si paso por alto, me formularon determinadas cuestiones extraordinarias que parecían relacionadas de algún modo con la aparición de mi anterior visitante. Les contesté con una sinceridad que pareció impresionar hondamente a mis jueces. Declaré con toda claridad, respondiendo a sus preguntas, que había aparecido una persona en mi

calabozo.

»—Debes decir celda —dijo el Supremo.

»—Pues en mi celda. Habló con la mayor desenvoltura del Santo Oficio; profirió palabras que no sería respetuoso por mi parte repetir. Me costaba trabajo creer que semejante persona tuviera permiso para visitar los calabozos (las celdas, quiero decir) de la Santa Inquisición.

»Al decir estas palabras, uno de los jueces, temblando en su asiento (mientras su sombra, aumentada por la imperfecta luz, trazaba en el muro que yo tenía enfrente la figura de un gigante paralítico), trató de dirigirme unas preguntas. Al hablar, brotó de su garganta un ruido cavernoso, y sus ojos giraron en sus cuencas: sufrió un ataque de apoplejía, y murió antes de que hubiese tiempo para trasladarle a otro aposento. El interrogatorio se suspendió de repente, y con cierta confusión; pero al enviarme de nuevo a mi celda, pude percibir, para consternación mía, que había causado en el ánimo de los jueces una impresión de lo más desfavorable. Habían interpretado este accidente fortuito de la manera más extraordinaria e injusta, y comprendí las consecuencias que todo esto tendría en mi próximo interrogatorio.

»Esa noche recibí en mi celda la visita de uno de los jueces de la Inquisición, quien conversó conmigo largamente, y de manera seria y desapasionada. Comentó la impresión atroz y desagradable con que había llegado yo ante la Inquisición: la de un monje apóstata, acusado del crimen de brujería en el convento y que en su impío intento de escapar, había ocasionado la muerte de su hermano, al que había seducido para que colaborara con él, sumiendo finalmente a una de las primeras familias en la desesperación y la vergüenza. Aquí iba a replicar yo; pero me contuvo, y dijo que no había venido a escuchar, sino a hablar; y siguió informándome de que, aunque había sido absuelto del cargo de comunicación con el espíritu maligno en la visita del Obispo, habían adquirido sorprendente fuerza ciertas sospechas acerca de mí, por el hecho de que nunca se habían conocido en la prisión de la Inquisición las visitas del extraordinario ser, de quien había oído lo suficiente como para convencerme de su realidad, hasta mi entrada en ella. Que la conclusión clara y probable no podía ser sino que yo era víctima del enemigo de la humanidad, a cuyo poder (merced al renuente permiso de Dios y de santo Domingo; y se santiguó mientras lo decía) se consentía vagar incluso a través de los muros del Santo Oficio. Me prevenía, en términos severos y claros, contra el peligro de la situación en que me encontraba, por las sospechas que universal y (según temía él) justamente despertaba; por último, me conminaba, si tenía en algo mi salvación, a que depositara mi entera confianza en la misericordia del Santo Oficio, y, si la *figura* me visitaba nuevamente, espíase lo que sus impuros labios pudieran sugerir, y lo transmitiese fielmente al Santo Oficio.

»Cuando el inquisidor se hubo marchado, reflexioné sobre lo que había dicho. Me pareció que era como las conspiraciones que tan a menudo tienen lugar en el convento. Pensé que quizá fuera un intento de involucrarme en alguna maquinación contra mí mismo, algo que pudiera hacerme colaborar activamente en mi propia

condenación... Comprendí que necesitaba adoptar una atenta y cuidadosa prudencia. Yo sabía que era inocente, y ésta es una conciencia que desafía incluso a la propia Inquisición; pero dentro de los muros de la Inquisición, esa conciencia, y el desafío que inspira, son inútiles por igual. Finalmente, resolví vigilar cualquier contingencia que ocurriese dentro de mi propia celda, amenazado como estaba a la vez por los poderes de la Inquisición y los del demonio infernal; pero no tuve que esperar mucho tiempo. A la segunda noche de mi interrogatorio, vi entrar a este personaje en mi celda. Mi primer impulso fue llamar a los oficiales de la Inquisición. Sentí una especie de vacilación, imposible de describir, entre arrojarme en manos de la Inquisición o en las de este ser extraordinario, más formidable quizá que todos los inquisidores de la tierra, desde Madrid a Goa. Temía la impostura por ambas partes. Imaginaba que esgrimían el terror frente al terror; no sabía qué creer ni qué pensar. Me sentía rodeado de enemigos, y habría dado mi corazón al primero que hubiese arrojado la máscara y me hubiese confesado que era mi decidido y declarado enemigo. Tras meditarlo un rato, consideré que era mejor *desconfiar de la Inquisición*, y escuchar lo que este extraordinario visitante tuviera que decir. En mi fuero interno le creía agente secreto de ellos: les hacía una grave injusticia. Su conversación esta vez fue más entretenida de lo normal, aunque desde luego tomó unos derroteros que justificaban las sospechas de los inquisidores. A cada frase que pronunciaba, me daban ganas de levantarme de un salto y llamar a los oficiales. Luego consideré que la acusación se volvería contra mí, y que me señalarían como víctima de su condenación. Temblé ante la idea de entregarme yo mismo con una palabra, con lo que los poderes de esta espantosa institución podrían sentenciarme a una muerte por tortura, o peor aún, a una lenta y prolongada muerte por inanición, con todos sus horrores: la mente famélica, el cuerpo desnutrido, el anonadamiento por efecto de una interminable y desesperada soledad, la terrible inversión del sentimiento natural que hace de la vida objeto de depreciación, y de la muerte, una indulgencia.

»El resultado fue que permanecí escuchando el discurso (si puedo llamarlo así) de este extraordinario visitante que parecía considerar los muros de la Inquisición como si fuesen paredes de un aposento doméstico, mientras él hablaba sentado junto a mí con la misma tranquilidad que si estuviese en el más lujoso sofá que hayan mullido nunca los dedos de la voluptuosidad. Yo tenía los sentidos tan aturcidos, y la mente tan confundida, que apenas recuerdo su conversación. Parte de ella discurrió así:

»—Eres prisionero de la Inquisición. Evidentemente, el Santo Oficio se ha instituido con fines discretos que están fuera de la capacidad de comprensión de pecadores como nosotros; pero, hasta donde a mí se me alcanza, sus prisioneros no sólo son insensibles a los beneficios que podrían derivarse de su vigilancia providente, sino vergonzosamente desagradecidos respecto de esta labor. Como tú, que estás acusado de brujería y fratricidio, así como de sumir en la desesperación con tu atroz desvarío a una familia ilustre y afectuosa, y que ahora te encuentras

afortunadamente exento de más violencias contra la naturaleza, la religión y la sociedad debido a tu saludable reclusión en este lugar; y tienes tan poca conciencia de estas bendiciones que tu mayor deseo es huir, en vez de seguir disfrutando de ellas. En una palabra, estoy convencido de que el deseo secreto de tu corazón (todavía no convertido, a pesar de la inmensa caridad que en ti derrocha el Santo Oficio) no es en absoluto acrecentar el peso de tu agradecimiento a ellos, sino, al contrario, disminuir lo más posible el agobio que sienten estas beneméritas personas, dado que tu permanencia aquí contamina sus sagradas paredes, abreviando tu estancia mucho más de lo que ellos tienen intención de retenerte. Tu deseo es escapar de la prisión del Santo Oficio si es posible..., y sabes que lo es.

»No contesté una sola palabra. Sentí terror ante esta salvaje y brutal ironía; terror ante la sola mención de escapar (y tenía razones fatales para ello); un terror indescriptible a todos y cada uno de los que se acercaban a mí. Me imaginaba a mí mismo oscilando en lo alto de una estrecha cresta montañosa, como una Al-araf, entre los abismos alternos del espíritu infernal y la Inquisición (no menos temible) abiertos a cada lado de mi insegura marcha. Apreté los labios; apenas dejé escapar el aliento.

»Mi interlocutor prosiguió:

»—Respecto a tu huida, aunque puedo prometértela (y eso es algo que ningún poder humano te puede prometer), debes tener en cuenta la dificultad que entraña. ¿Te aterrará esa dificultad, vacilarás?

»Continué callado; mi visitante interpretó, quizá este silencio como de duda, y prosiguió:

»—Tal vez crees que tu permanencia aquí, en esta mazmorra de la Inquisición, te garantiza infaliblemente la salvación. No existe error más absurdo y, no obstante, más arraigado en el corazón humano, que el de creer que los sufrimientos favorecen la salvación espiritual.

»Aquí me sentí seguro al replicar que sabía y confiaba en que mis sufrimientos serían efectivamente aceptados como una parcial mitigación de mi bien merecido castigo en el más allá. Reconocía mis muchos errores, me confesaba culpable de mis desventuras como si hubiesen sido crímenes; y con la energía de mi pesar, unida a la inocencia de mi corazón, me encomendé al Todopoderoso con una unción verdaderamente sentida; invoqué el nombre de Dios del Salvador, y de la Virgen, con la fervorosa súplica de mi sincera devoción. Cuando abandoné mi postura arrodillada, mi visitante se había ido [...].

»Se siguieron uno tras otro mis interrogatorios ante los jueces, con, una rapidez sin precedentes en los anales de la Inquisición. ¡Ay! ¡Ojalá hubiera *anales*, ojalá hubiera algo más que simples actas de *un día* de abusos, opresión, falsedad y tortura! En mi siguiente comparecencia ante los jueces, fui interrogado conforme a las normas usuales, y luego me llevaron a hablar, mediante preguntas astutamente elaboradas (como si hubiese necesidad de astucia para llevarme a ese terreno), del asunto del que tantas ganas tenía yo de descargarme. En cuanto se mencionó el tema, comencé mi

relato con unos deseos de sinceridad que habrían dejado satisfecho a cualquiera menos a los inquisidores. Informé que había tenido otra visita del ser desconocido. Repetí, con precipitada y temblorosa ansiedad, cada una de las palabras de nuestra última conversación. No suprimí ni una sílaba de sus insultos al Santo Oficio, de la cruel y diabólica acritud de su sátira, de su confesado ateísmo, de lo demoníaco de su conversación. Me extendí en cada pormenor, y esperaba *hacer méritos* ante la Inquisición acusando a su enemigo y al de la humanidad. ¡Oh, es imposible describir el celo angustioso con que nos afanamos entre dos enemigos mortales, esperando ganarnos la amistad de uno de ellos! La Inquisición me había hecho sufrir mucho, pero en este momento me habría prosternado ante los inquisidores, les habría pedido la plaza de oficial más humilde de su prisión, habría suplicado que me concediesen el puesto repugnante de verdugo, habría soportado lo que la Inquisición hubiese querido infligirme, con tal que no se me considerase aliado del enemigo de las almas. Para mi confusión, observé que cada palabra que decía, con toda la angustia de la verdad, con toda la desesperada elocuencia del alma que lucha con los demonios que la arrastran más allá de toda piedad, era desoída. Los jueces parecían efectivamente impresionados por la franqueza con que hablaba. Por un momento, dieron una especie de crédito instintivo a mis palabras, arrancadas por el terror; pero un momento después pude darme cuenta de que era yo, no mi declaración, quien les impresionaba de aquella manera. Parecían mirarme a través de una deformante atmósfera de misterio y de sospecha. Me instaban una y otra vez a que les diera nuevos detalles, nuevos pormenores, algo en fin que estaba en *sus* cerebros y no en el mío. Cuanto más trabajo se tomaban en formular sus hábiles preguntas, más incomprensibles me resultaban éstas. Yo les había dicho lo que sabía, estaba deseoso de contarlo todo, pero no podía decirles más de lo que sabía; y la angustia de mi solicitud por conocer el objeto de los jueces se agravaba en proporción a mi ignorancia de cuál podía ser. Al enviarme de nuevo a mi celda, se me advirtió de la manera más solemne que si dejaba de vigilar, recordar y comunicar cada una de las palabras pronunciadas por el extraordinario ser, cuyas visitas reconocían tácitamente no poder impedir ni descubrir, podía esperar el mayor rigor del Santo Oficio. Prometí todo esto y cuanto se me pidió; finalmente, como prueba última de mi sinceridad, supliqué que se le permitiera a alguien pasar la noche en mi celda; o si esto era contrario a las reglas de la Inquisición, que se apostara en el pasadizo que comunicaba con mi celda un guardián con el que yo pudiera ponerme en contacto mediante una señal convenida, caso de que este ser innominado se apareciese, pudiendo así ser descubierta y castigada su impía intrusión de una vez por todas. Al hablar así, se me concedía un privilegio de todo punto excepcional en la Inquisición, donde el prisionero debe responder a preguntas, pero jamás hablar, a menos que se le exhorte a ello. Mi propuesta, no obstante, dio lugar a cierta deliberación. Y al terminar, averigüé con horror que ninguno de los oficiales, ni aun bajo la disciplina de la Inquisición, se encargaría de vigilar la puerta de *mi* celda.

»Regresé a ella, presa de una angustia indecible. Cuanto más me había esforzado en librarme de sospechas, más me había enredado. Mi único recurso y consuelo estaba en la determinación de obedecer estrictamente los requerimientos de la Inquisición. Me mantuve diligentemente despierto, pero *él* no vino en toda la noche. Hacia el amanecer, me dormí. ¡Oh, qué sueño tuve!, los genios o demonios del lugar parecieron introducirse en la pesadilla que me atormentó. Estoy convencido de que ninguna víctima del (pretendido) *auto de fe* ha sufrido más, durante su horrible procesión hasta las llamas temporales y eternas, de lo que sufrí yo durante esa pesadilla. Soñé que había concluido el juicio, que había sonado la campana, y que salíamos de la Inquisición; había quedado demostrado mi crimen, y decidida mi sentencia como monje apóstata y hereje diabólico y comenzó la procesión: primero iban los dominicos, luego seguían los penitentes con los brazos y pies desnudos, cada uno de ellos con un cirio, unos con el *sambenito*, otros sin él, pálidos todos, ojerosos, jadeantes, con sus caras espantosamente parecidas al color terroso de sus brazos y sus piernas. A continuación, iban los que tenían en sus negras vestiduras el *fuego revolto*^[29]. Luego... *me vi a mí mismo*; y esa horrible visión que tiene uno de sí mismo en sueños, ese acoso que sufres de tu mismo espectro cuando aún estás con vida, es quizá una maldición casi equivalente a la de tus crímenes visitándote en los castigos de la eternidad. Me vi vestido con el indumento del condenado, con *las llamas apuntando hacia arriba*, mientras los demonios pintados en mi ropa eran escarnecidos por los demonios que me cercaban los pies y revoloteaban en torno a mis sienes. Los jesuitas, a uno Y otro lado, me instaban a que considerase la diferencia entre este fuego pintado, y el que iba a envolver mi alma por toda la eternidad. Las campanas de Madrid parecían resonar en mis oídos. No había luz, sino un oscuro crepúsculo, como ocurre siempre en los sueños (ningún hombre ha soñado jamás con la luz del sol); había un resplandor confuso y humeante de antorchas, cuyas llamas no tardarían en *arder en mis ojos*. Vi la escena ante mí: yo encadenado en mi asiento, en medio de tañidos de campanas, prédicas de jesuitas y gritos de la multitud. Un espléndido anfiteatro se alzaba delante: el rey y la reina de España, y toda la nobleza y jerarquía del país, estaban allí para presenciar nuestra quema. Nuestros pensamientos vagan en los sueños; yo había oído contar un *auto de fe* en el que una joven judía no mayor de dieciséis años, condenada a ser quemada viva, se había postrado ante la reina, exclamando: “Salvadme, salvadme, no dejéis que me quemen; mi único crimen es creer en el Dios de mis padres”; la reina (creo que era Isabel de Francia, esposa de Felipe II) lloró, pero siguió la procesión. Algo así ocurrió en mi sueño. Vi rechazado al suplicante; a continuación, su figura era la de mi hermano Juan, que se agarraba a mí gritando: “¡Sálvame, sálvame!”. Un momento después, estaba yo encadenado otra vez a mi silla; habían encendido las hogueras, tocaban las campanas, se oía el canto de las letanías, mis pies abrasados se habían convertido en ceniza, mis músculos crujían, mi sangre y mis tuétanos siseaban, mi carne se consumía como el cuero que se encoge; los huesos de mis piernas eran dos

palos negros, secos, inmóviles entre las llamas que ascendían y prendían en mi pelo... las llamas me coronaban; mi cabeza era una bola de metal fundido, mis ojos fulguraban y se derretían en sus cuencas; abrí la boca y bebí fuego; la cerré, y noté el fuego dentro; las campanas seguían tocando y la muchedumbre gritaba, y el rey y la reina y toda la nobleza y el clero miraban. ¡Y nosotros ardíamos y ardíamos!... En el sueño, yo era un cuerpo y un alma de ceniza.

»Desperté con las horribles exclamaciones eternamente proferidas aunque jamás oídas por nadie de esos desdichados, cuando las llamas se elevan rápidamente, y me caí. *¡Misericordia, por amor de Dios!*. Me despertaron mis propios gritos: estaba en la prisión, y junto a mí se hallaba el tentador. Con un impulso que no pude contener, un impulso nacido de los horrores de mi sueño, me puse de pie y le supliqué que “me salvara”.

»No sé, *señor* si es problema que pueda resolver el entendimiento humano, el de si tenía o no este ser inescrutable poder para influir en mis sueños, y dictar a un demonio tentador las imágenes que me habían arrojado a sus pies implorando la esperanza y salvación. Fuera como fuese, lo cierto es que aprovechó mis agonías, medio quiméricas medio reales; y mientras me aseguraba que podía llevar a efecto mi huida de la Inquisición, me propuso esa incomunicable condición que me está prohibido revelar, salvo en acto de confesión».

Aquí Melmoth no pudo por menos de recordar la *incomunicable condición* que le fue propuesta a Stanton en el manicomio... Se estremeció, pero no dijo nada. El español prosiguió:

»—En el siguiente interrogatorio, las preguntas fueron más acuciantes y graves, y yo estaba mucho más deseoso de que me escucharan que de que me preguntaran; así, pese a la eterna circunspección y gravedad del interrogatorio inquisitorial, llegamos a entendernos muy pronto. Yo tenía algo que ganar, y ellos nada que perder con que yo ganase. Confesé sin vacilación que había recibido otra visita de este ser misteriosísimo, el cual podía penetrar en lo más recóndito de la Inquisición sin su permiso ni impedimento (los jueces temblaron en sus asientos al pronunciar yo estas palabras); que yo estaba totalmente dispuesto a revelar cuanto habíamos abordado en nuestra última conversación, pero que solicitaba primero confesar con un sacerdote y recibir la absolución. Aunque esto era contrario a las reglas de la Inquisición, me lo concedieron gracias a lo extraordinario del caso. Corrieron un negro cortinaje en uno de los rincones; me arrodillé ante un sacerdote, y le confié el tremendo secreto que, de acuerdo con las reglas de la Iglesia católica, no puede revelar el confesor más que al Papa. No entiendo cómo se manejó el asunto, pero el caso es que se me pidió que repitiera la misma confesión ante los inquisidores. La repetí, palabra por palabra, omitiendo solamente lo que mi juramento y mi conciencia del sagrado secreto de la confesión me impedían revelar. La sinceridad de esta confesión, pensé, obraría un milagro en mi favor. Y así fue; aunque no el milagro que yo esperaba. Me requirieron para que revelase el secreto incomunicable; les dije que estaba ya en el pecho del

sacerdote con quien me había confesado. Conferenciaron en voz baja, y deliberaron, al parecer, sobre la conveniencia de aplicar tortura.

»A todo esto, como es de suponer, eché una mirada ansiosa y desamparada en torno al aposento, donde el enorme crucifijo, de trece pies de alto, se alzaba por encima del sillón del Supremo. En ese momento vi, sentada ante una mesa cubierta con negros crespones, a una persona que hacía las veces de secretario o encargado de anotar las deposiciones del acusado. Cuando me condujeron hasta esa mesa, dicha persona me lanzó una mirada de reconocimiento: era mi temible compañero; ahora era oficial de la Inquisición. Comprendí que todo estaba perdido al ver su ceño feroz y escrutador, semejante al del tigre antes de saltar de su matorral, o el lobo de su madriguera. Este individuo me lanzaba miradas de cuando en cuando, sobre cuyo significado no podía equivocarme, aunque no me atrevía a interpretar; y tengo razones para creer que la tremenda sentencia pronunciada contra mí salió, si no de sus labios, al menos de su dictado:

»Tú, Alonso de Moncada, monje profeso en la orden de... acusado de los crímenes de herejía, apostasía, fratricidio (“¡Oh, no, no!”, grité, pero nadie me hizo caso) y conspiración con el enemigo de la humanidad contra la paz de la comunidad en la que ingresaste como devoto de Dios, y contra la autoridad del Santo Oficio; acusado, además, de tener comunicación en tu celda de la prisión del Santo Oficio con un mensajero infernal del enemigo de Dios, del hombre y de tu propia alma apostatada; condenado, según tu propia confesión, por el espíritu infernal que ha tenido acceso a tu celda, serás por ello relajado a...

»No oí nada más. Grité, pero mi voz fue sofocada por el murmullo de los oficiales. El crucifijo colgado detrás del sillón del juez giró, vaciló ante mis ojos; la lámpara que colgaba del techo pareció emitir veinte luces. Alcé las manos en señal de abjuración, pero otras manos más fuertes me las bajaron. Traté de hablar, pero me taparon la boca. Caí de rodillas; y estaban a punto de sacarme de allí de ese modo, cuando un inquisidor de avanzada edad hizo una seña a los oficiales, me soltaron, y se dirigió a mí con estas palabras, palabras terribles por la misma sinceridad del que hablaba. Por su edad, por su súbita intervención, esperé misericordia. Era muy anciano, hacía veinte años que se había quedado ciego, pero se levantó para maldecirme; mis pensamientos volaron de Apio Claudio, de Roma (bendiciendo su ceguera, que le salvaba de presenciar la vergüenza de su país), a este ciego, Inquisidor General de España, que afirmaba que Felipe, al sacrificar a su hijo, imitaba al Todopoderoso, que había sacrificado a su Hijo por la salvación de la humanidad. ¡Horrenda profanación, y asombrosa comparación, en el corazón de un católico! Éstas fueron las palabras del Inquisidor:

»—Desdichado, apóstata y excomulgado, bendigo a Dios por haber secado estos ojos que ya no pueden verte. El demonio te ha rondado desde tu nacimiento; naciste en el pecado, los demonios mecieron tu cuna y hundieron sus garras en la sagrada pila bautismal, mientras escarnecían a los padrinos de tu impío bautismo. Ilegítimo y

maldecido, fuiste siempre una carga para la Santa Iglesia. Y ahora, el espíritu infernal viene a reclamar lo que es suyo, y tú le reconoces como tu dueño y señor. Te ha buscado y te ha confirmado como su propiedad, incluso en la cárcel de la Inquisición. ¡Vete, maldito, te relajamos al brazo secular, al que pedimos que no se muestre demasiado severo contigo!

»A estas palabras, cuyo significado comprendí demasiado bien, dejé escapar un grito de angustia: único sonido *humano* que ha sonado siempre entre los muros de la Inquisición. Pero me sacaron de allí; y ese grito, en el que había puesto yo toda la fuerza de la naturaleza, no fue escuchado sino como uno de los muchos que resuenan en la cámara de tortura. Al regresar a mi celda, tuve el convencimiento de que todo era un plan inquisitorial para implicarme en una autoacusación (su objetivo constante, que siempre trata de conseguir), y castigarme por un crimen, cuando sólo era culpable de haberme dejado arrancar una confesión.

»Con un arrepentimiento y una angustia indecibles, maldije mi torpe y crédula estupidez. ¿Quién podía haber caído en semejante intriga sino un idiota, un necio? ¿Era razonable creer que las prisiones de la Inquisición podían ser visitadas a voluntad por un desconocido al que nadie podía ver ni apresar? ¿Que ese ser pudiese traspasar celdas impenetrables al poder humano, y trabar conversación con los prisioneros a su antojo, aparecer y desaparecer; insultar, ridiculizar y blasfemar; proponer fugas y sugerir los medios con una precisión y facilidad que debían de ser resultado de sereno y profundo cálculo, y todo entre los muros de la Inquisición, casi al alcance del oído de los jueces, y en presencia de los guardianes que paseaban noche y día por los pasadizos con atenta e inquisitorial vigilancia? ¡Era ridículo, monstruoso, imposible! No había sido sino un complot para que yo mismo me condenara. Mi visitante era agente y cómplice de la Inquisición, y yo era mi propio traidor y verdugo. Ésa fue mi conclusión; y aunque demoledora, parecía la única probable.

»Ahora no me cabía esperar otra cosa que el más espantoso de los destinos, en medio de la oscuridad y el silencio de mi celda, donde la total suspensión de las visitas del desconocido confirmaba a todas horas mi convicción acerca de su naturaleza y objeto, hasta que acaeció algo cuyas consecuencias desbarataron por igual el miedo, la esperanza y las suposiciones. Me refiero al gran incendio que se declaró dentro de los muros de la Inquisición, hacia finales del pasado siglo.

»La noche del 29 de noviembre de 17... fue cuando tuvo lugar tan extraordinario suceso; extraordinario, dadas las conocidas precauciones que adopta la vigilancia del Santo Oficio para evitar tales accidentes; y también por la escasa cantidad de combustible que se consume en su interior. A la primera voz de que el fuego se propagaba rápidamente y amenazaba peligro, se ordenó sacar a los prisioneros de sus celdas y que fueran custodiados en un patio de la prisión. Debo reconocer que nos trataron con gran humanidad y consideración. Nos sacaron de nuestras celdas con toda prudencia, cada uno escoltado por dos guardianes que no nos infligieron

violencia alguna ni nos trataron con áspero lenguaje, sino que nos aseguraban a cada momento que si el peligro llegaba a hacerse inminente, nos dejarían escapar. Componíamos una escena digna del lápiz de Salvatore Rosa o de Murillo. Nuestra lamentable indumentaria y lúgubre aspecto contrastaban con el igualmente sombrío aunque imponente y autoritario semblante de los guardianes y oficiales, iluminados todos por la luz de las antorchas que ardían, o parecían arder, cada vez más débilmente a medida que las llamas se elevaban y rugían triunfales por encima de las torres de la Inquisición. El cielo se veía en llamas, y las antorchas, sostenidas por manos ya no firmes, difundían una luz pálida y temblona. Se me antojaba un impresionante cuadro del fin del mundo. Dios parecía descender en medio de la luz que envolvía los cielos, mientras nosotros permanecíamos pálidos y estremecidos en la luz de abajo.

»Entre el grupo de prisioneros había padres e hijos que quizá habían estado en celdas contiguas durante años, ignorantes de su mutua vecindad... y que no se atrevían a reconocerse el uno al otro. ¿No era, acaso, como el día del juicio, en el que semejantes parientes mortales pueden encontrarse como distintas clases de ovejas y cabras, sin atreverse a reconocer a la que han extraviado en el rebaño de un pastor diferente? Había también padres e hijos que sí se reconocieron, y se tendían sus brazos escuálidos, aunque comprendían que no se reunirían jamás, por estar condenados unos a la hoguera, otros al encarcelamiento, y otros a los servicios de la Inquisición, como medio de mitigar sus sentencias. ¿No era esto como en el día del juicio, en el que padre e hijo reciben destinos diferentes, y los brazos que atestiguarían la última prueba de mortal afecto se tienden en vano sobre el abismo de la eternidad? Detrás y alrededor de nosotros se hallaban distribuidos los oficiales y guardianes de la Inquisición, vigilando y calculando el avance de las llamas, aunque sin temor a las consecuencias respecto a sí mismos. Tal debe ser el sentir de los espíritus que presencian la sentencia del Todopoderoso, y saben cuál es el destino de aquellos a quienes deben vigilar. ¿Y no era eso como en el día del juicio? Muy altas, muy por encima de nosotros, se elevaron las llamas en voluminosas y sólidas masas de fuego, ascendiendo en volutas hacia los cielos incendiados. Las torres de la Inquisición se derrumbaron carbonizadas: aquel tremendo monumento del poder y el crimen y la tenebrosidad del espíritu humano se deshizo como un pergamino entre las llamas. ¿No era eso, también, como en el día del juicio? El auxilio llegó lentamente: los españoles son muy indolentes, los aparatos funcionaban mal, el peligro crecía, el fuego se elevaba cada vez más; las personas que manejaban los ingenios, paralizadas de terror, cayeron de rodillas y suplicaron a todos los santos que fueron capaces de invocar que detuviesen el avance de las llamas. Sus exclamaciones eran tan fuertes y llenas de convicción que no parecía sino que los santos estaban sordos o se complacían en el incendio, dado que no les escuchaban. Fuera como fuese, prosiguió el fuego. Todas las campanas de Madrid repicaban. Se impartieron órdenes a cada alcaide. El propio rey de España (tras una agotadora jornada de caza^[30]), acudió en

persona. Se iluminaron todas las iglesias, y miles de devotos rezaron de rodillas, junto a sus antorchas o cualquier luz que pudieron procurarse, para que las almas condenadas que había encerradas en la Inquisición pudieran sentir los fuegos que consumían sus muros como una mera anticipación de esas otras llamas en las que arderían por los siglos de los siglos. El fuego seguía su acción devastadora, haciendo el mismo caso a los reyes y a los sacerdotes que a los bomberos. Estoy convencido de que veinte hombres expertos, avezados en este trabajo, podían haber extinguido el incendio; pero cuando nuestros hombres debían manejar sus ingenios, se pusieron todos de rodillas.

»Por último, las llamas descendieron hacia el patio. Entonces empezó una escena de indescriptible horror. Los infelices que habían sido condenados a la hoguera creyeron que les había llegado la hora. Idiotizados por el largo encierro, y sumisos, según los deseos del Santo Oficio, comenzaron a delirar al ver acercarse las llamas, gritando: “Ahorradme dolor, hacedme sufrir lo menos posible”. Otros, arrodillándose ante las llamas, las invocaban como si fuesen santos. Creían contemplar las visiones que ellos habían adorado, los ángeles celestiales y hasta la Santísima Virgen, descendiendo en llamas para acoger sus almas cuando saliesen de la hoguera; y proferían aullidos de aleluya mitad de horror, mitad de esperanza. En medio de esta escena de confusión, los inquisidores conservaban su frialdad. Era admirable ver su actitud firme y solemne. Mientras las llamas se propagaban, no les falló el pie, ni hicieron signo alguno con la mano, ni parpadearon tampoco; su deber, su rígido e inhumano deber, parecía ser el único principio y motivo de su existencia. Se asemejaban a una falange protegida de impenetrable hierro. Cuando rugió el fuego, se santiguaron serenamente; cuando gritaron los prisioneros, hicieron una seña imponiendo silencio; cuando se atrevieron a rezar de rodillas, les levantaron a la fuerza, indicándoles la inutilidad de la oración en trance semejante, cuando podían estar seguros de que las llamas a las que impetraban serían aún más abrasadoras en aquella región de la que no había manera de escapar ni esperanza de salir. Y entonces, estando entre el grupo de prisioneros, mis ojos se quedaron estupefactos ante una extraordinaria visión. Puede que sea en esos momentos de desesperación cuando más fuerza cobra la imaginación, y por ello son los que han sufrido los que mejor pueden describir y sentir. Con el resplandor de las llamas, el campanario de la iglesia de los dominicos se veía como si fuese mediodía. Estaba al lado de la prisión de la Inquisición. La noche era intensamente oscura; pero tan fuerte era la luz del incendio que podía verse brillar el chapitel, con el resplandor, como un meteoro. Las manecillas del reloj eran tan visibles como si hubiesen colocado una antorcha delante de ellas; y quizá ese mudo e imperturbable progreso del tiempo, en medio de la tumultuosa confusión de los horrores de la noche, de esa escena de angustia del mundo físico y mental en infructuosa e incesante agitación, habría impreso en mí una honda y singular imagen, de no haber centrado toda mi atención en una figura humana situada en uno de los pináculos del chapitel, la cual contemplaba la escena

con absoluta tranquilidad. Era una figura inequívoca: la del que me había visitado en las celdas de la Inquisición. Las esperanzas de mi justificación me hicieron olvidarlo todo. Llamé a los guardianes, les señalé la figura visible a todo el mundo por la intensa claridad que reinaba. Nadie tuvo tiempo de verla, sin embargo, porque en ese mismísimo instante cedió la arcada del patio que teníamos ante nosotros, y se derrumbó a nuestros pies, derramando hacia nosotros un océano de llamas. Esto arrancó un alarido de todas las gargantas. Prisioneros, guardianes e inquisidores, todos retrocedieron en aterrada confusión.

»Un instante después, al quedar sofocadas las llamas por el derrumbamiento de semejante masa de piedras, se elevó una nube de humo y polvo tan cegadora que fue imposible distinguir el rostro ni la figura de quienes estaban a nuestro lado. El tumulto aumentó debido al contraste de esta súbita oscuridad, frente a la intolerable luz que había estado quemándonos la vista durante la última hora, ya los gritos de los que estaban junto a la arcada y ahora yacían mutilados y retorciéndose bajo los fragmentos. En medio de los gritos y la oscuridad y las llamas, se abría un espacio ante mí. El pensamiento y el impulso actuaron a la vez: nadie me vio, nadie me persiguió; y horas antes de que se descubriese mi ausencia o se preguntase por mí, me había escabullido secretamente entre los escombros, y estaba en las calles de Madrid.

»Para los que se han salvado de un peligro extremo, cualquier otro peligro parece banal. Al desdichado que se salva nadando de un naufragio no le preocupa a qué costa es arrojado; y aunque Madrid era para mí, de hecho, sólo una prisión más amplia que la Inquisición, el saber que ya no estaba en manos de los oficiales me produjo una vaga sensación de seguridad. De haberme parado a pensar un segundo, me habría dado cuenta de que mi extraña indumentaria y mis *pies descalzos* me delatarían allá donde fuera. La coyuntura, no obstante, fue muy favorable para mí: las calles estaban totalmente desiertas; todo habitante que no estaba en la cama o enfermo se encontraba en la iglesia suplicando a la ira del cielo, y pidiendo la extinción de las llamas.

»Seguí corriendo, sin saber hacia dónde, hasta que no pude más. El aire puro, que tanto tiempo hacía que no respiraba, actuaba, mientras corría, como una mortificante espiguilla en mi garganta y mis pulmones, y me impedía respirar, pese a que al principio pareció reanimarme. Vi un edificio cerca cuyas grandes puertas estaban abiertas. Entré precipitadamente: era una iglesia. Caí jadeante en el pavimento. Había entrado en la nave lateral, separada del presbiterio por grandes rejas. En el interior, pude distinguir a los sacerdotes en el altar, junto a las lámparas recién encendidas, y unos cuantos fieles arrodillados. Había un gran contraste entre el resplandor de las lámparas del interior del presbiterio, y la desmayada luz que se filtraba por los vitrales de la nave lateral, alumbrando vagamente los túmulos, en uno de los cuales me había apoyado para sosegar un instante el pulso de mis sienes. No podía, no me atrevía a descansar; así que me levanté, eché una involuntaria mirada a la inscripción del túmulo. La luz pareció aumentar maliciosamente, contribuyendo a que viera

mejor. Leí: *Orate pro anima*. Y llegué al nombre: “Juan de Moncada”. Salí corriendo de aquel lugar como perseguido por los demonios; la prematura tumba de mi hermano me había servido de lugar de descanso».



CHARLES ROBERT MATURIN, también conocido como C. R. Maturin (Dublín, 25 de septiembre de 1782, 30 de octubre de 1824, Dublín) fue un predicador protestante anglo-irlandés (ordenado por la Iglesia de Irlanda), dramaturgo y escritor de novela gótica.

Descendiente de una familia hugonote francesa, nació en Dublín (1782) y se educó en el Trinity College de esa misma ciudad. Sus tres primeras obras fueron publicadas bajo el pseudónimo de Dennis Jasper Murphy y resultaron rotundos fracasos. Lograron captar la atención, sin embargo, del novelista Sir Walter Scott, quien recomendaría el trabajo de Maturin a Lord Byron, y entre ambos lograron que Maturin viera representados algunos de sus dramas. La consagración definitiva le llegaría con la publicación en 1820 de la novela *Melmoth el errabundo*, obra inspirada en parte en la leyenda del Judío Errante.

Obra:

- **Novela.**
- *The Fatal Revenge; or, the Family of Montorio* (1807).
- *The Wild Irish Boy* (1808).
- *The Milesian Chief* (1812).
- *Women; or, Pour Et Contre; a Tale* (1818).
- *Melmoth the Wanderer* (1820).

- The Albigenses (1824).
- Leixlip Castle (1825).

- **Teatro**

- Bertram (1816).
- Manuel (1817).
- Fredolfo (1819).

- **Poesía**

- The Universe (1821).

- **Sermones**

- Sermons (1819).
- Five Sermons on the Errors of the Roman Catholic Church (1824)

http://es.wikipedia.org/wiki/Charles_Maturin

Notas

[2] Mrs. Marshall, la Roxana original del *Alexander* de Lee, y única mujer virtuosa de la escena por aquel entonces. Era conducida tal como se describe por deseo de lord Orrery, quien, viendo rechazados todos sus requerimientos, llegó a simular una ceremonia de desposorios, ejecutada por un criado disfrazado de sacerdote. (N. del A). <<

[3] Véase Pope (copiando a Donne):

Paz, locos, u os detendrá Gonson por papistas,
Si os sorprende con vuestro Jesús, Jesús... (*N. del A.*) <<

[4] Véase el *Old Bachelor*, cuya Araminta, cansada de la repetición de esta frase, prohíbe a su amante que se dirija a ella con ninguna frase que empiece de ese modo. (N. del A.) <<

[5] Véase cualquiera de las viejas obras de teatro, lector, que tengas la paciencia de leer; o, *instar omnium*, lee los galantes amores de Rhodophil y Melantha, Palamede y Doralice, en *Mariage à la Mode* de Dryden. (N. del A) <<

[6] Véase *Oroonoko* de Sourhern; me refiero a la parte cómica. (N. del A.) <<

[7] «Un encanto, una canción, un homicidio y un fantasma». Prólogo a *Edipo*. (N. del A.) <<

[8] Véanse las *Cartas* de LeBlanc. (*N. del A.*) <<

[9] Véase *History of the stage* de Betterton (*N. del A.*) <<

[10] Rochefoucault (*N. del A.*) <<

[11] Véase *Cutter of Colman Street*. (N. del A.) <<

[12] Hecho que me relató una persona que estuvo a punto de suicidarse, en una situación similar, para escapar de lo que ella llamaba la «agudísima tortura del vértigo» (*N. del A.*) <<

[13] Véase *Enrique IV. Segunda Parte.* (N. del A.) <<

[14] «Fuego para los cigarros, y agua helada para beber», voces que aún se pregonan por Madrid, (*N. del A*) <<

[15] Véase *Anachronism prepense* de Buffa. (N. del A.) <<

[16] Véase *Julien Delmour* de Madame Genlis. (N. del A.) <<

[17] Véase la *Ecclesiastical History* de Mosheim, para la veracidad de esta parte del relato. He suprimido las circunstancias del original por resultar demasiado horribles a los oídos extranjeros. (N. del A.) <<

[18] Esta expresión no es exagerada. Durante los sueños de la brujería, o de la impostura, se suponía que el malo ejecutaba un escarnio de la misa; y en Beaumont y Flechter se habla de *howling a black Santis*, o sea de una misa de Satanás. (N. del A.)

<<

[19] No nos atrevemos a imaginar los *horrores* de estos susurros, pero todo conocedor de la historia eclesiástica sabe que *Tetzel* ofrecía indulgencias en Alemania, aunque el pecador fuese culpable del *crimen imposible* de haber violado a la madre de Dios. (*N. del A.*) <<

[20] Entre matón y calavera (*N. del A.*) <<

[21] Véase *View of France and Italy* de Moore. (N. del A.) <<

[22] Verídico: *me ipso texte*. <<

[23] Véase *History of Paraguay* de Charlevoix (N. del A.) <<

[24] Éste es un hecho comprobado (*N. del A.*) <<

[25] Éste es un hecho comprobado (*N. del A.*) <<

[26] He leído esto en alguna parte, aunque no lo creo. Beaumont y Fletcher hablan de carrozas; y Samuel Bucler, en su *Remains*, incluso de carrozas acristaladas. (N. del A.) <<

[27] Error de Maturin: en realidad el sermón lo pronunció Bossuet y no el jesuita Bourdaloue. <<

[28] Esta circunstancia se recoge, creo, en *Jewish Spy* (N. del A.). En realidad se trata de *Letters Written by a Turkish Spy*. <<

[29] El «*Fuego revocado*», indica que el criminal no va a ser quemado (N. del A.) <<

[³⁰] Es bien conocida la pasión por los deportes campestres del difunto rey de España [se refiere a Carlos IV, muerto en 1819]. (*N. del A.*) <<